

El extraño caso del doctor Jekyll
y Mr. Hyde ♪ y otros relatos de terror ♪

R.L. STEVENSON



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Con «El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde» (1886), obra maestra de la literatura de terror con que se abre esta selección de sus mejores narraciones de miedo, **R.L. Stevenson** volvió a ocuparse de un tema que le preocupó durante toda su corta vida: la dualidad de la naturaleza humana. Todo empezó con un sueño: «Lo que soñé sobre el doctor Jekyll —confesó el autor al New York Herald— fue que un hombre se ve obligado a entrar en un armario e ingiere una droga que lo transforma en otro ser. Me desperté y comprendí inmediatamente que había encontrado el eslabón perdido que andaba buscando desde hacía mucho tiempo, y antes de irme a la cama tenía muy claro casi todos los detalles de la trama».

Localizada en el corazón de un Londres victoriano, la novela viene a ser una sucesión de testimonios procedentes de varios testigos cuyo presunto fin es desvelar un misterio. Jekyll y Hyde son como una entidad disociada en dos. Hyde es la personalidad demoníaca, monstruosa de Jekyll, al que horrorizan las acciones de su doble maligno, y simboliza el mal que Jekyll se reprime a sí mismo, el cual, una vez liberado no puede controlar.

La edición, a cargo de Juan Antonio Molina Foix se completa con otros cuatro relatos: «Janet, la torcida» (1881), historia que transcurre en Escocia en 1712, fue el resultado de un concienzudo estudio de Stevenson sobre la brujería escocesa; «El ladrón de cadáveres» (1881) aborda un hecho real ocurrido en Escocia a comienzos del siglo XIX; en «Markheim» (1884) vuelve a aparecer el tema del doble, pero el doble, en este caso, es el diablo; y «Olalla» (1885), que también fue producto de un sueño y plantea el contraste entre la prístina belleza del escenario natural y la “antigua y ruinoso casa solariega” símbolo de la degeneración hereditaria.

L≡**LIBROS**

Robert Louis Stevenson

**El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde
y otros relatos de terror**

INTRODUCCIÓN

Tras su ajetreada estancia en California, Davos (Suiza), las Tierras Altas escocesas y la Riviera francesa, Stevenson pasó casi cuatro años (1884-1887) en Inglaterra, antes de abandonar definitivamente Europa. Para estar cerca del colegio donde cursaba estudios su hijastro Lloyd Osbourne, él y Fanny fijaron su residencia en la ciudad balneario de Bournemouth, situada en las costas del Canal de la Mancha y, por tanto, de fácil acceso para los visitantes procedentes de Londres. Primero alquilaron Bonallie Tower en Branksome Park, y en febrero de 1885, con dinero de su padre (regalo a Fanny), compraron y amueblaron un *cottage* que rebautizaron Skerryvore, en honor del faro diseñado por su tío Alan Stevenson sobre las rocas de igual nombre (con reminiscencias artúricas) en Argyllshire, a unas doce millas de la isla Tiree, del que había una reproducción a escala en la entrada. Graham Balfour, sobrino y biógrafo del autor, la recuerda como « una casa moderna de ladrillo, cubierta de hiedra, desde cuyas ventanas más altas podía verse el mar. Tenía un encantador jardín de medio acre que, desde la pradera de la parte trasera y pasando por una extensión cubierta de brezo, llegaba hasta un altozano lleno de rododendros, al final del cual corría un minúsculo arroyo » .

Dado que su precaria salud (con frecuentes hemorragias, una de ellas casi fatal) le obligó a no abandonar la casa prácticamente durante los tres años que vivió allí, Stevenson volvió a ocuparse de un tema que le preocupó durante toda su corta vida: la dualidad de la naturaleza humana, que ya había intentado abordar directamente en el melodrama *Deacon Brodie, or The Double Life*, que escribió con W. E. Henley entre octubre de 1878 y enero de 1880 (a partir de unos esbozos suyos que databan de 1864), y sobre todo en el relato breve “Markheim” (1884), y que, en el resto de su obra, transmutó convenientemente en un implacable enfrentamiento de contrarios que en realidad se complementan: la controvertida pareja John Silver y Jim Hawkins de *La isla del tesoro* (1883) anuncia futuros pares de opuestos conflictivos, como el tándem David Balfour y Alan Breck en *Kidnapped* (1886) y en su continuación *Catriona* (1893), los dos hermanos rivales de *The Master of Ballantree* (1887), o la pareja de vizcondes Anne y Alain de *St. Ives* (1897), obra póstuma que terminó Sir Arthur Quiller-Couch.

La dualidad o existencia de dos caracteres distintos dentro de una misma persona, las distintas y encontradas voluntades que puede albergar el ser humano, es un tema recurrente del viejo folclore escocés, encarnado en el *coimimeadh* (hombre-reflejo), es decir, « el que camina con uno », descrito por Robert Kirk como una especie de « gemelo y compañero, ligado a la persona como una sombra », que le acompaña casi siempre para « guardarle de los secretos

embates de su propia gente o, simplemente, para imitar todos sus actos, como haría un mono bromista^[1]». Si en el cuento alegórico “Markheim” reaparecen ecos de este doble, anverso o imagen especular, conocido en toda Inglaterra por *fetch* (salvo en Yorkshire, donde lo llaman *waff*), es en la sin par novela *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (1886) donde alcanza verdadero protagonismo convirtiéndose en el tema central de la misma.

Todo empezó con un sueño. Algo que no debe sorprender dado que Stevenson siempre se definió a sí mismo como un «soñador» o «visionario», al igual que Hawthorne o Poe, quienes formarían con él, según Conan Doyle, el triunvirato de mejores cuentistas de la literatura anglosajona. «Todo lo que soñé sobre el doctor Jekyll —confesó el autor al *New York Herald* el 8 de septiembre de 1887— fue que un hombre se ve obligado a entrar en un armario e ingiere una droga que lo transforma en otro ser. Me desperté y comprendí inmediatamente que había encontrado el eslabón perdido que andaba buscando desde hacía mucho tiempo, y antes de irme a la cama tenía muy claro casi todos los detalles de la trama».

En el ensayo “A Chapter on Dreams”, nuestro autor se muestra mucho más explícito: «Hacia mucho tiempo que estaba intentando escribir un relato sobre [...] la intensa sensación que a veces tiene cualquier criatura pensante de que la naturaleza del hombre es doble. Incluso había escrito uno, “The Travelling Companion”, que me devolvió un editor alegando que era una obra de genio pero indecente, y que el otro día eché al fuego porque no era una obra de genio y *Jekyll* ya la había suplantado. Luego vino una de aquellas fluctuaciones financieras a las que (con elegante modestia) me he referido hasta ahora en tercera persona^[2]. Durante dos días me estuve devanando los sesos en busca de algún tipo de trama; y la segunda noche soñé la escena de la ventana, y una escena, después escindida en dos, en la que Hyde, perseguido por algún delito, toma la pócima y experimenta el cambio en presencia de sus perseguidores. Todo lo demás lo hice despierto, y conscientemente, aunque creo que en su mayor parte puede rastrearse el estilo de mis *brownies*^[3]».

Contamos también con la versión de Fanny, incluida en la nota introductoria al texto en la edición TUSITALA (1924): «Los gritos de horror de mi marido me obligaron a despertarlo, lo cual le indignó mucho. “Estaba soñando un magnífico cuento espectral”, me dijo él con reproche, y a continuación trazó un rápido esbozo de Jekyll y Hyde hasta la escena de la transformación, en medio de la cual yo lo había despertado. Al amanecer estaba ya trabajando en el nuevo libro con febril actividad. En tres días había acabado la primera redacción, que contenía treinta mil palabras, pero la destruyó por completo e inmediatamente la volvió a escribir desde otro punto de vista: el de la alegoría, que era palpable y que, sin embargo, había sido omitido, probablemente por la precipitación y la irresistible influencia del sueño. En otros tres días el libro, salvo unas cuantas

correcciones sin importancia, estaba listo para ser impreso» .

Balfour y la propia hermana de Fanny, Nelly Sánchez, corroboran esta explicación, que ha terminado por convertirse en la versión oficial, difundida por la familia. Pero los estudiosos de Stevenson prefieren creer que lo que a Fanny no le gustaron fueron ciertas alusiones al sexo, que un lector victoriano habría encontrado inaceptables. Lo cierto es que quemó el primer manuscrito y volvió a redactar el cuento en tres días. Antes de un mes había escrito la versión definitiva. Más tarde, RLS confesaría que el primer esbozo era lo mejor que había escrito en toda su vida, dando a entender que Fanny lo había echado a perder. Lo único que se sabe de aquel borrador es que en él la naturaleza de Jekyll era completamente perversa sin necesidad de la pócima y que su transformación en Hyde se conseguía gracias a un disfraz.

A finales de octubre Stevenson envió el manuscrito definitivo a Longmans, que inicialmente le ofreció señalar el relato en su revista mensual. Descartada esta alternativa, el tres de octubre firmaba un contrato para sacarlo en forma de libro. La fecha prevista en principio para la publicación era diciembre de 1885, pero ante la avalancha de libros navideños se pospuso a enero de 1886. Al principio, las ventas fueron bastante escasas. Pero pronto apareció una reseña anónima en *The Times* llamando la atención sobre el libro y la gente empezó a leerlo y a hablar de él. En seis meses se vendieron más de cuarenta mil ejemplares. Fue el primer libro de Stevenson que conseguía una amplia audiencia entre el público adulto, lo que dio un giro importante a su carrera.

La fuente de inspiración de esta singular novela, siempre según Fanny, fue « un artículo sobre el subconsciente que leyó en una revista científica francesa y que le había impresionado profundamente», el cual, « combinado con sus recuerdos de “Deacon” Brodie^[4] fue el germen de la idea luego desarrollada en la obra teatral, lo utilizó de nuevo en el cuento de Markheim y finalmente, durante un acceso de actividad febril que siguió a una hemorragia pulmonar, culminó en el sueño de Jekyll y Hyde». Localizada, como “Markheim”, en el corazón de un Londres victoriano^[5] contemporáneo del autor (utiliza la niebla con igual maestría que Dickens), el estilo elegido por Stevenson se ajusta perfectamente a sus fines^[6]. Combina por un lado la estructura narrativa concéntrica (a la manera del *Frankenstein* de Mary Shelley) con la técnica acumulativa típica de la ficción gótica. La novela viene a ser una sucesión de testimonios procedentes de varios testigos, cuyo presunto fin es desvelar un misterio. Al lector primero se le presenta la acción escueta y luego los informes de sendos científicos, que tratan de explicarla y lo que hacen es enfatizar todavía más su extrañeza.

Como en las *Memorias privadas y confesiones de un pecador justificado* (1824), de James Hogg (otro escocés insigne), el lector se entera de todo por

duplicado y de tercera mano. La historia es contada y vuelta a contar por un segundo narrador. Al igual que Mary Shelley y Hawthorne antes que él, Stevenson utiliza a una pareja de científicos: uno de ellos (Lanyon) rechaza la mística y se mantiene dentro de los estrictos límites del enfoque materialista (muy influenciado por Schopenhauer y en la misma onda que Nietzsche, coetáneo del autor); el otro (el propio Jekyll) está dispuesto a desafiar a Dios y a explorar más allá de los límites humanos, menospreciando la cautela de su colega y destruyéndose a sí mismo. La doble narrativa, primero de Lanyon, luego de Jekyll, tiene un propósito a más de proporcionar la creciente sensación de que se está desvelando un misterio. Se trata de evocar (e incluso de explotar) las incipientes inquietudes victorianas acerca del progreso de la ciencia y sobre la dirección que esta debería tomar, que iban surgiendo poco a poco al intentar enfrentarse a las revelaciones darwinianas sobre la evolución^[7]. Anticipándose a la teoría de la degeneración del zoólogo británico Edwin Ray Lankester, seguidor de Darwin, Stevenson evoca por vez primera la reversión en la escala evolutiva, luego tema central de *La isla del doctor Moreau* (1896) de H. G. Wells, al describir a Hyde como una especie de mono.

Jekyll y Hyde son como una entidad disociada en dos. Es lo que Otto Rank llama personalidades opuestas. Según este discípulo de Freud, en las sociedades primitivas el *dóblese*, concebía como una *sombra*, que representaba tanto la persona viva como la muerta. Esta sombra sobrevivía a la personalidad, asegurando la inmortalidad, y funcionaba como una especie de ángel guardián. Sin embargo, en las civilizaciones modernas la sombra se convierte en presagio de muerte, y los dobles en opuestos y demonios más que en ángeles. Hyde es, por tanto, la personalidad demoníaca, monstruosa, de Jekyll. Es a la vez monstruo (enano deforme y un tanto simiesco) y sombra *par excellence*.

La naturaleza de la relación entre ambos la elude Stevenson cuidadosamente, describiéndola simplemente como una relación de opuestos. Pero Hyde no es, en realidad, el opuesto de Jekyll, sino algo dentro de él. El hecho de ser físicamente más pequeño demuestra que sólo es una parte de aquel, mientras que Jekyll es un todo complejo, lo que Stevenson subraya en una de sus más sorprendentes afirmaciones: « Jekyll se interesaba más que un padre; Hyde mostraba mayor indiferencia que un hijo ». Ese es precisamente el aspecto de la relación entre el doctor Frankenstein y su monstruo que Mary Shelley excluye en su célebre novela, probablemente porque tal creatividad « contra natura » parecería casi una parodia de la divina. Stevenson admite que Hyde es una especie de « hijo de Dios » paródico, pero sólo a expensas de otras represiones del autor, sobre todo de índole sexual.

A Jekyll le horrorizan las acciones de su doble maligno, que claramente es una objetivación del mal que lleva en su interior, pues no es una persona autónoma sino una metamorfosis del doctor. Hyde simboliza el mal que Jekyll se

reprime a sí mismo, el cual, una vez liberado, no puede controlar. Hyde es sólo Hyde, sin el resto de Jekyll. Cuando está suelto, el resto de Jekyll deja de existir y él disfruta de sus pasiones sin ningún escrúpulo ni remordimientos. Jekyll no sólo padece el tormento de la conciencia y las reconvenciones de los principios morales, en todo momento tiene dentro de sí a Hyde y todo lo que él significa. No puede adaptarse al horror desvelado por Hyde. Teme más el descubrimiento de aquel secreto que a la propia muerte. Por eso acaba suicidándose, como su mismo nombre parece anunciar^[8]. Stevenson no parece vislumbrar ninguna otra alternativa: una vez que la bestia anda suelta, la única solución es matarla. El propio Jekyll da a entender que si se hubiera encontrado en un estado de ánimo diferente cuando se tomó la pócima por primera vez, el segundo yo liberado habría sido muy distinto, tal vez un ángel en lugar de un demonio. La perspectiva de un Hyde amable e inteligente es atractiva pero quizás poco creíble.

La novela no es una simple alegoría acerca del bien y el mal que todos llevamos dentro, como a menudo se ha malinterpretado, sino un sofisticado estudio psicológico de las terribles consecuencias de reducir cualquier comportamiento a esos niveles tan simples. Representa asimismo la ruptura del ego estable en la ficción victoriana tardía y una fascinación por la irracionalidad que, como afirma Jack Sullivan^[9], prefigura la obra de Conrad, Joyce o Virginia Woolf. Sin embargo, como acertadamente ha señalado Nabokov, el encanto y la grandeza de Stevenson radican no tanto en los temas elegidos como en el lenguaje empleado, en su « magnífico estilo » y en « el delicioso sabor a vino que recorre todo el texto »^[10].

Al igual que a Washington Irving, como él viajero incansable y exacerbado romántico, a Stevenson le encantaban los cuentos de miedo desde que en su infancia su ceñuda *tata* “Cummie” lo dormía con ellos. Por eso, pese a su intrépido y contagioso optimismo vital, este aventurero inválido, que iba por el mundo haciendo frente con valor, ingenio y buen humor a la certeza de una muerte a corto plazo, había frecuentado ya con sumo placer la literatura de horror antes de embarcarse en *Jekyll & Hyde*. Los relatos “Janet la Torcida” y “El ladrón de cadáveres” (1881), “Markheim” (1884) y “Olalla” (1885), que completan esta antología, dan plena fe de ello.

“Janet la Torcida” fue su primera incursión en el género. La historia transcurre en Escocia en 1712 y fue el resultado de su concienzudo estudio de la brujería escocesa. « En ningún país —afirma Montague Summers en *The Geography of Witchcraft*— floreció con más exuberancia el culto de las brujas, en ningún país persistió por más tiempo esta creencia, en ningún país se persiguió a las brujas con tanto ensañamiento [...] como en Escocia. El mismo paisaje terrestre y celeste invita a creer en ellas ». Stevenson era un apasionado del tema y conocía con detalle los numerosos ejemplos de ejecuciones bárbaras que, en

virtud de tamaña acusación, aparecen en los anales de la nación escocesa. Su bruja torcida^[11], poseída por el demonio, está inspirada sin duda en algunas populares figuras de la trágica crónica de sucesos relacionada con la caza de brujas desde finales del siglo XV hasta comienzos del XVIII. Apellidos ilustres en aquel campo como Douglas, Wishart, Peaston o Cornfoot^[12], tenían en común, aparte de sus prácticas perseguidas, que se llamaban Janet, detalle que Stevenson no dejó pasar en esta su primera creación espectral, que no obstante presenta un agradecido toque irónico.

Más tarde Stevenson confesaría que el cuento « tiene un par de defectos: sólo es verosímil desde un punto de vista histórico, para una parroquia escocesa de montaña de los viejos tiempos, pero no desde una perspectiva más general. Los pecados del señor Soulis pueden considerarse como virtudes y sentimos que su conversión le hace peor, lo cual, aunque cada vez que lo leo me entusiasma, deja una impresión dolorosa en la gente» . Y pese a ello no tuvo reparos en afirmar que, aunque no hubiese escrito más que este cuento y la historia de Tod Lapraik de *Catriona*, pensaría que había sido un verdadero escritor.

Tanto este relato como el siguiente, “El ladrón de cadáveres”, los escribió en 1881 en Pitlochry, en las Tierras Altas, durante su estancia de dos meses en el *cottage* Kinaird. Ambientado también en su ciudad natal, “El ladrón de cadáveres” aborda un hecho real ocurrido en Escocia durante la tercera década del siglo XIX: el llamado *affaire* de los «resurreccionistas», individuos especializados en suministrar cadáveres para las mesas de disección, que iban a desenterrar a los cementerios^[13]. El doctor Robert Knox (1791-1862), que dirigía la escuela de cirugía de la Universidad de Edimburgo, exigía cada vez cadáveres más recientes, por lo que dos desaprensivos de origen irlandés, William Burke y William Hare, improvisaron un procedimiento más expeditivo: ellos mismos asesinaban a sus víctimas (por asfixia) y vendían sus cuerpos, todavía calientes. Al ser descubiertos, Hare culpó de todo a Burke, que fue ahorcado públicamente en 1829, mientras que él quedó en libertad y se dice que, sumido en la pobreza, murió en Londres hacia 1860. Como consecuencia de este desagradable asunto, a partir de 1832 entró en vigor un decreto por el que todos los cadáveres que no fueran reclamados por sus familiares debían ser entregados a las facultades de medicina. Desde entonces, en el argot inglés «to burke» es sinónimo de matar por asfixia y, a partir de 1840, significa figuradamente «hacer callar» a alguien, o «echar tierra» sobre determinado asunto.

Este mismo hecho inspiró una de las admirables *Vidas imaginarias* (1896) de Marcel Schwob, “Los señores Burke y Hare”, así como la pieza teatral de James Bridie *The Anatomist* (1930), que echa la culpa de todo a Knox y fue llevada al cine en 1961 y a la televisión en 1980, y el guión radiofónico de Dylan Thomas, *The Doctor and the Devils* (1941), adaptado finalmente a la pantalla en 1986 por

Freddie Francis, con el título de *El doctor y los diablos*, pero cambiando los apellidos y exonerando a Knox por expresa indicación de la censura británica, como antes había ocurrido con *The Greed of William Hart* (1948). John Gilling escribió y dirigió una versión más elaborada y fiel, *The Flesh and the Fiends (La carne y el demonio)*, (1959), que además de restaurar los nombres históricos presenta una inolvidable caracterización de Peter Cushing como Dr. Knox y una extraordinaria reconstrucción (con tintes hogarthianos) del ambiente de los bajos fondos de Edimburgo. Mucho menos interesante fue la posterior versión de Vernon Sewell *Burke & Hare* (1971).

En el cuento de Stevenson, que rememora en cierta manera los ambientes de sus correrías de joven bohemio en los antros de los barrios bajos de Edimburgo y anticipa la sutil disquisición filosófica de *Jekyll & Hyde* sobre la naturaleza del bien y del mal, la figura del Dr. Knox queda en segundo plano para centrarse en el dubitativo pero ambicioso estudiante Fettes, nombrado por aquél «segundo auxiliar de prácticas o subadjunto», a las órdenes directas de otro médico joven, Wolfe Macfarlane, «ídolo indiscutible de los estudiantes revoltosos, un tipo listo, disipado y falto de escrúpulos por completo», con el encargo de «proveer, recibir y repartir las diversas piezas destinadas a la práctica anatómica». En lugar de Burke y Hare, los abastecedores de cadáveres son simples profanadores de tumbas, oficio que también se ven obligados a desempeñar los propios Macfarlane y Fettes en el alucinante desenlace. Nadie que haya visto la versión cinematográfica que Robert Wise llevó a cabo en 1943, titulada igualmente *The Body Snatcher*, podrá olvidar jamás el rostro y la voz de Boris Karloff, que interpreta al cochero y profanador de tumbas Gray, repitiendo a Macfarlane (el genial Henry Daniell, probablemente el único villano del Hollywood clásico que se puede comparar con Basil Rathbone) en medio de la tormenta, «¡Nunca te librarás de mí!». Aunque lo abandonó muy pronto «con justificable repugnancia», Stevenson volvió a él tres años después, cuando intentaba escribir un relato de terror para el número navideño de la *Pall Mall Magazine*, donde acabó publicándose en diciembre de 1884.

“Markheim” era el cuento que Stevenson había escrito inicialmente (a finales de noviembre de 1884) para el citado encargo navideño, pero le salió demasiado corto, por lo que tuvo que sustituirlo por “El ladrón de cadáveres”. Bajo la influencia de Chamisso (*La maravillosa historia de Peter Schlemihl*, 1814), Poe (“William Wilson”, 1839) y Dostoievski (*Crimen y castigo*, 1866), en “Markheim” vuelve a aparecer el tema del doble, pero desde una perspectiva diferente. Pese a su brevedad, el texto contiene, como casi todos los suyos, la clave de un acuciante dilema o problema moral. Tras un comienzo meramente detectivesco, con la inopinada aparición del doble, en este caso el diablo, el relato adquiere un inquietante tono discursivo a raíz del enfrentamiento dialéctico entre

ambos a propósito del bien y del mal y de la posibilidad de que una persona predispuesta a uno de esos polos pueda negarse a seguir sus dictados. O sea, de nuevo el eterno problema de la predestinación que tanto angustiaba al «pecador justificado» de Hogg, y que Stevenson resuelve brillantemente con un final completamente inesperado que defiende la libertad frente al determinismo. Una versión revisada del mismo, que ha sido la que he utilizado para esta traducción, se publicó en 1887 en *The Merry Men and Other Tales and Fables*, selección en la que igualmente incluyó “Janet la Torcida”.

La *nouvelle* que cierra esta selección, “Olalla”, también fue producto de un sueño, según explica el propio autor en “A Chapter on Dreams”. «El patio, la madre, el hueco de la madre, Olalla, el aposento de Olalla, los encuentros en la escalera, la ventana rota, la lamentable escena del mordisco, todo ello me fue dado a granel y en detalle como he tratado de describirlos, y sólo tuve que añadir el escenario exterior (pues en mi sueño nunca fui más allá del patio), el retrato, los personajes de Felipe y el cura, la moraleja, tal cual, y las últimas páginas, ¡ay!, tal cual. E incluso puedo decir que en este caso la misma moraleja me fue inspirada, pues surgió en seguida de la comparación entre la madre y la hija, y de la horrible superchería del atavismo de la primera».

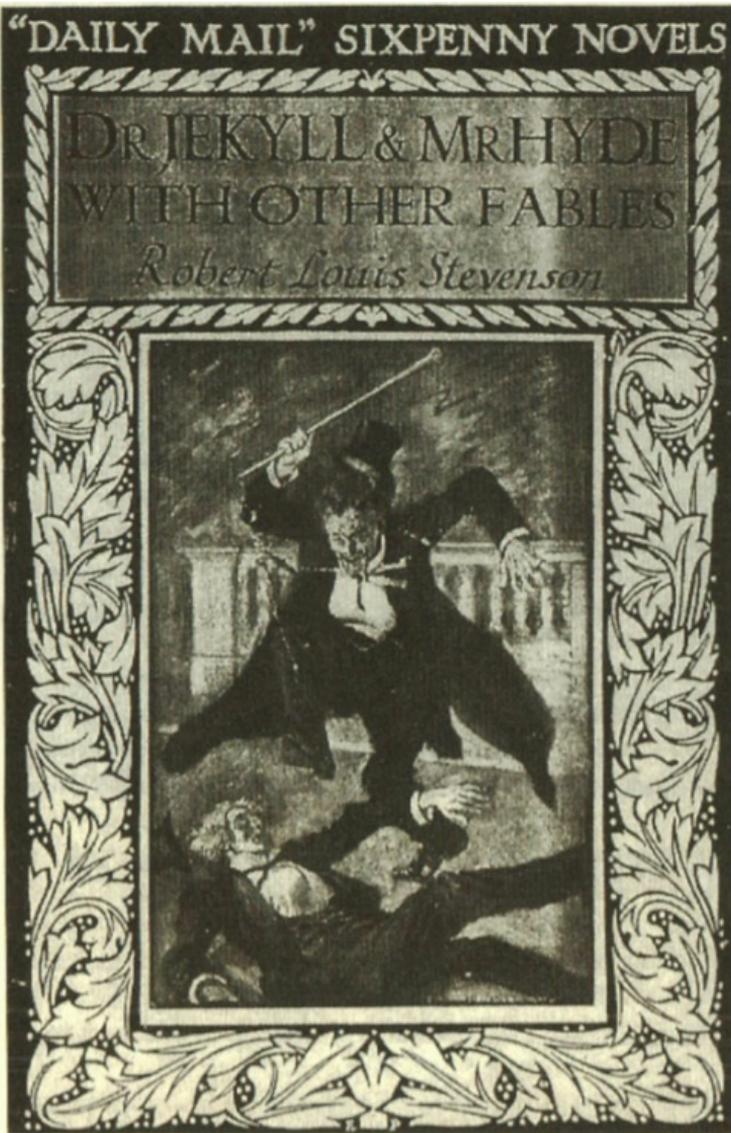
Fue escrito en Skerryvore durante el otoño de 1885, a la vez que *Jekyll & Hyde*, y lo publicó la *Court and Society Review* en su número navideño de aquel año. Ambientado en España, el tema principal del relato es, una vez más, el conflicto entre los aspectos físico y animal del hombre y su sensibilidad moral y espiritual, entre el cuerpo y el alma. Por encima de su desaforado romanticismo (quizás el personaje de Olalla sea demasiado irreal, esté demasiado idealizado), destaca la habilidad con que Stevenson desarrolla pausadamente la intriga y plantea uno de sus típicos antagonismos: el contraste entre la pristina belleza del escenario natural y la «antigua y ruinoso casa solariega», símbolo de degeneración hereditaria.

Apasionante por su trama, delicada por su refrescante estilo y elegante por su técnica narrativa, “Olalla” es una fascinante mezcla de amores románticos, aventuras, folclore, horror y misterio, en la que, sin embargo, su aspecto fantástico no es lo esencial por más que lo parezca. No obstante, el *leitmotiv* del relato: la fatalidad de una herencia puramente animal contra la que nada podemos, parece anunciar con más de cincuenta años de antelación esa joya del cine de terror que es *La mujer pantera* (*Cat People*, 1942), de Jacques Tourneur, basada en un relato del guionista y productor Val Lewton, “The Bagheeta” (1930), sin duda algo más que inspirado por el texto stevensoniano (más algunas incrustaciones procedentes de “Antiguas brujerías” de Algernon Blackwood), con sólo cambiar de escenarios (Serbia por España) y de animal salvaje (el típico gato montés nuestro por una improbable pantera negra). No importa que el relato no esté acabado ni cerrado. Después de leer el desenlace queda en el lector

como una desazón, que sin duda también debió de afectar a Stevenson. « El problema de Olalla —escribió a su amiga Lady Taylor— es que, en cierto modo, suena a falso. [...] “Markheim” es verosímil, “Olalla”, falso; y no sé por qué, ni lo supe mientras trabajaba en ellos; me sentí mucho más inspirado escribiendo “Olalla”, como se ve por el estilo. [...] está escrito con mucha solidez» .

**ÁLBUM
DE ILUSTRACIONES**

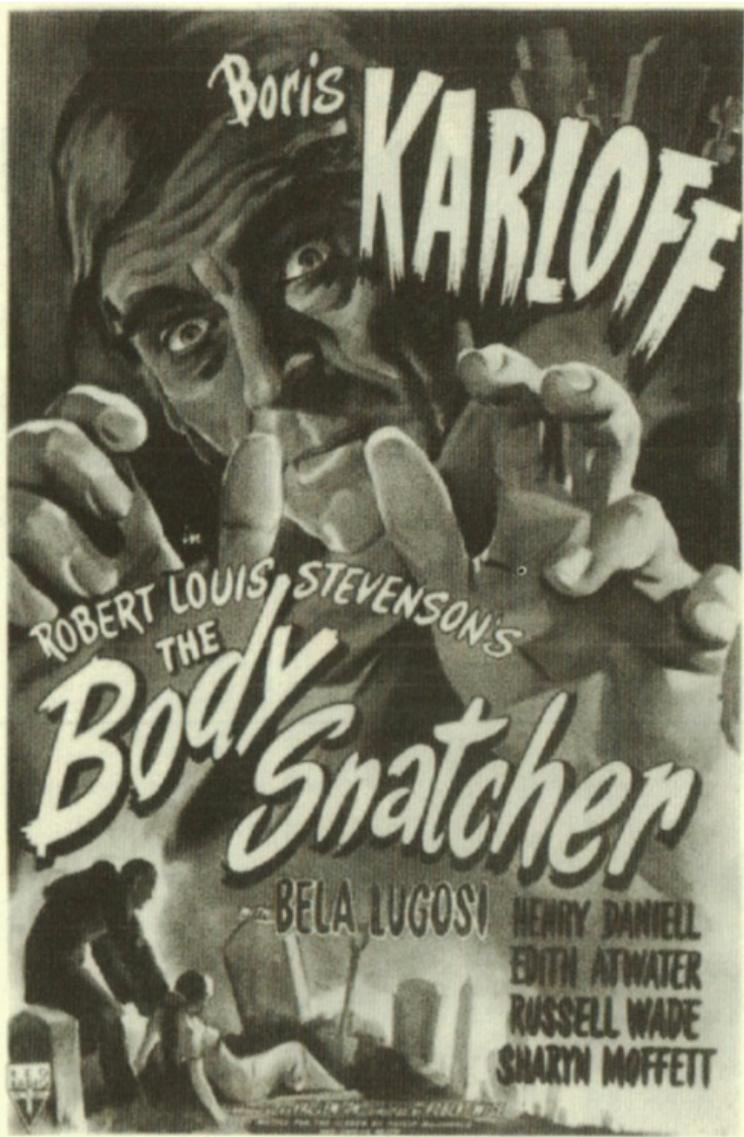




Cubierta de una edición popular de *Dr. Jekyll & Mr. Hyde* (1897)



Cartel del film *El hombre y el monstruo* (1931)



Cartel del film *The Body Snatcher* (1943)



Boris Karloff en *The Body Snatcher*



Cartel español de *La mujer pantera* (1942)

PRICE SIXPENCE. B

PALL MALL CHRISTMAS "EXTRA"

R. Louis Stevenson's Part
No
5424
185
1884

THE BODY SNATCHER



Twenty Guinea Prizes.

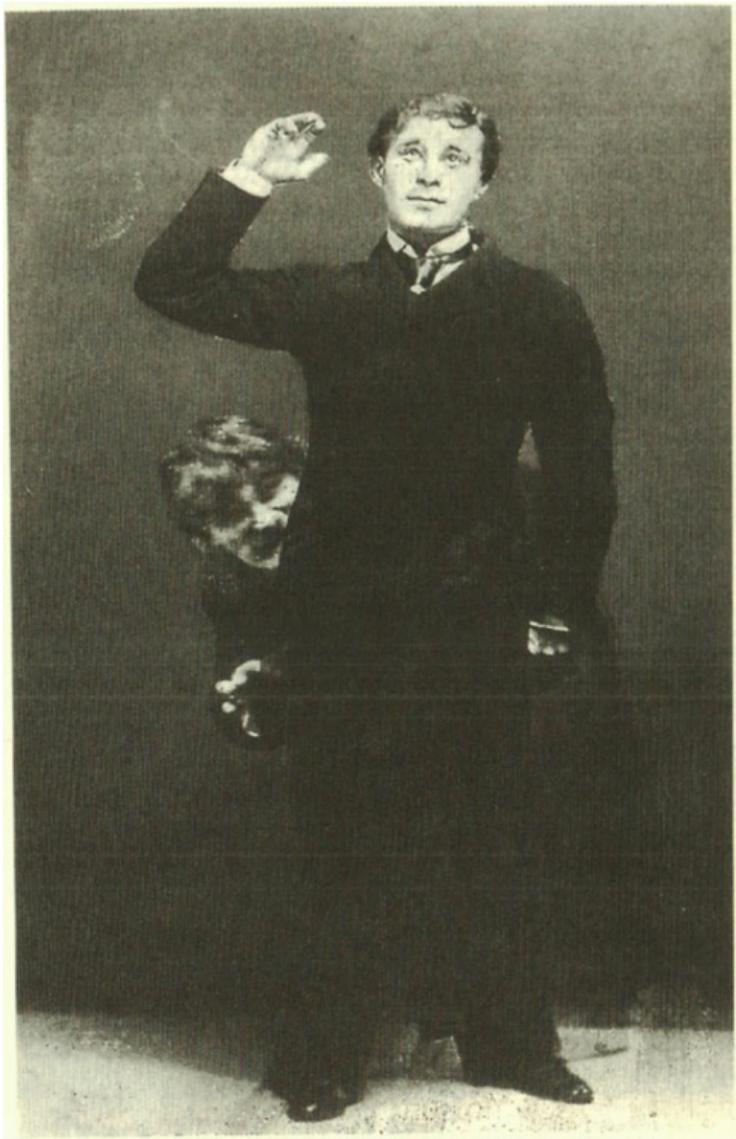
FOR PARTICULARS SEE CONTENTS.

OFFICE, 1, NORTHUMBERLAND STREET, STRAND, LONDON, W.C.

1884.

All rights reserved.

Cubierta de una edición barata de *The Body Snatcher* (1888)



El actor Richard Mansfield en la versión teatral de *Dr. Jekyll & Mr. Hyde* (1887)



Ilustración de Edward A. Wilson para *Dr. Jekyll & Mr. Hyde* (1952)

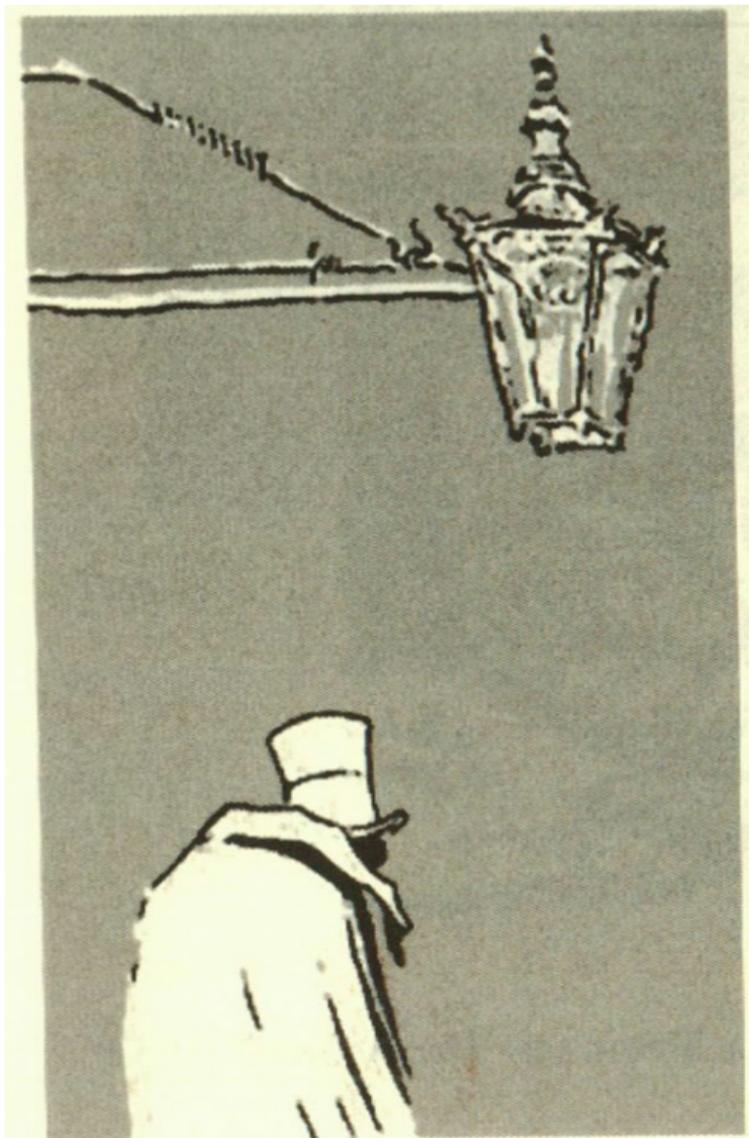


Ilustración de Charles R. Macauley para *Dr. Jekyll & Mr. Hyde* (1904)



Grabados en madera de Constant Le Breton para *Docteur Jekyll* (1932)





Ilustraciones de Mervyn Peake para *Dr. Jekyll & Mr. Hyde* (1948)

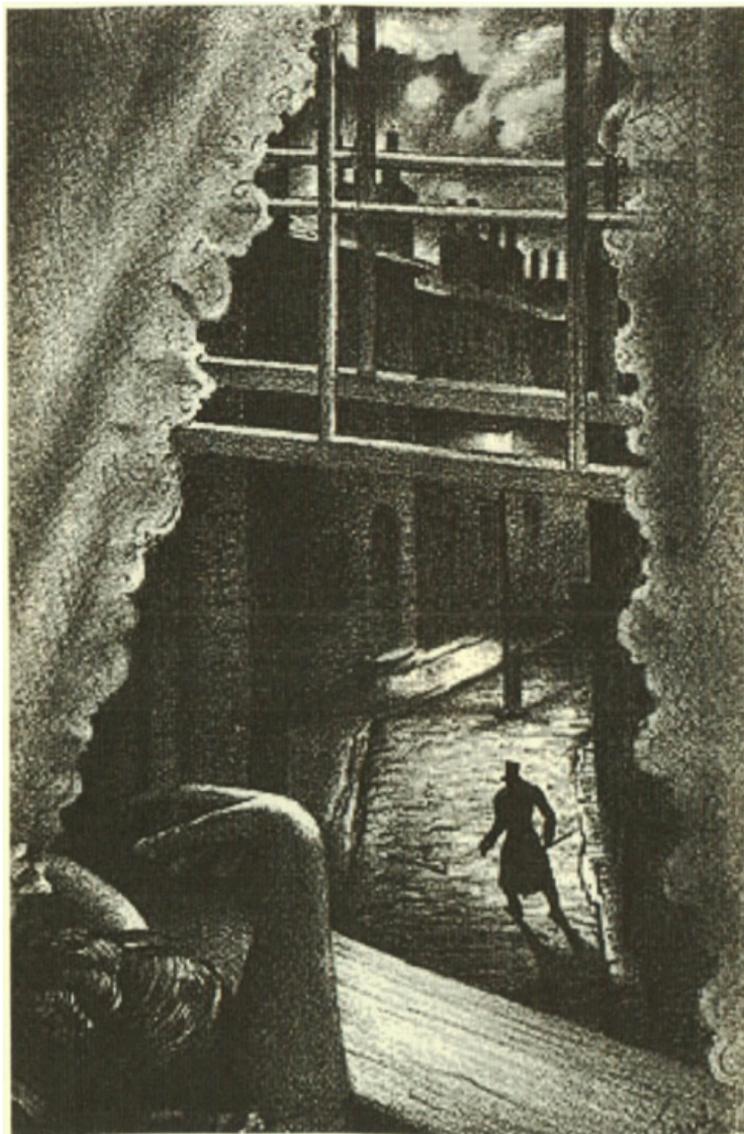


Ilustración de John Mason para *Dr. Jekyll & Mr. Hyde*

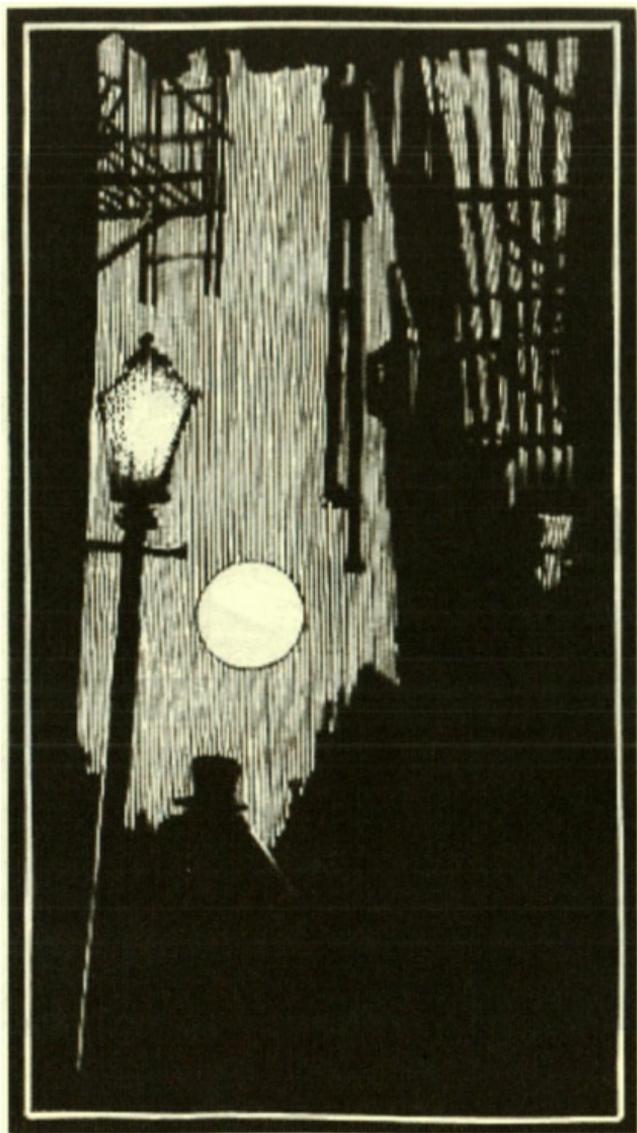


Ilustración de Barry Moser para *Dr. Jekyll & Mr. Hyde* (1991)

**ELEXTRAÑO CASO
DEL DOCTOR JEKYLL
Y MR. HYDE**

A

KATHARINE DE MATTOS^[14]

Malo es desatar los lazos que unen por decreto divino;
seguiremos siendo los hijos del brezo y del viento;
aun lejos del hogar, para ti y para mí
todavía florece hermosa la retama en la región del norte.

LA HISTORIA DE LA PUERTA

El abogado señor Utterson era un hombre de semblante adusto, jamás iluminado por una sonrisa; frío, parco y vergonzoso en la conversación; remiso en sentimientos; enjuto, alto, taciturno, aburrido, y sin embargo adorable, en alguna medida. En las reuniones de amigos, y cuando el vino era de su agrado, irradiaba de sus ojos algo eminentemente humano; algo que, a decir verdad, jamás salía a relucir en su conversación, pero que expresaba no sólo con aquellos gestos silenciosos de su cara después de la cena, sino más a menudo y llamativamente en su vida cotidiana. Era austero consigo mismo; bebía ginebra cuando estaba solo, para mortificar su afición por los vinos añejos; y aunque le encantaba el teatro, hacía ya veinte años que no cruzaba las puertas de ninguno. En cambio mostraba una acreditada tolerancia en su trato con los demás; unas veces asombrándose, casi con envidia, de la gran tensión anímica que implicaban sus delitos; y en cualquier situación extrema era más propenso a prestar ayuda que a reprender. «Me inclino por la herejía de Caín —solía decir pintorescamente—: Dejo que mi hermano se vaya al diablo por su propio pie» [15]. Con este carácter, a menudo tuvo la suerte de ser el último conocido de confianza y la última influencia bienhechora en las vidas de hombres venidos a menos. Y mientras estos siguieron acudiendo a sus aposentos, jamás les mostró el más leve cambio de actitud.

Sin duda esa proeza le resultaba fácil al señor Utterson, ya que era reservado en el mejor de los casos, e incluso sus amistades parecían basarse en una similar liberalidad francamente cordial. Es característico de un hombre modesto el aceptar su círculo de amistades creado de manera casual; y ese era el estilo del abogado. Sus amigos eran los que tenían su misma sangre, o aquellos a quienes conocía desde hacía más tiempo; sus afectos crecían con el tiempo, como la hiedra, y no implicaban la menor inclinación por el objeto. De ahí, sin duda, el vínculo que le unía con el señor Richard Enfield, pariente lejano suyo y hombre muy conocido en la ciudad. A muchos les intrigaba qué podían ver el uno en el otro, o qué tema de conversación podían compartir. Quienes se tropezaban con ellos en sus paseos dominicales contaban que no decían nada, que parecían extraordinariamente aburridos, y que acogían con evidente alivio la aparición de un amigo. A pesar de todo eso, aquellos dos hombres otorgaban la mayor importancia a esas excursiones, las consideraban lo máspreciado de cada semana y, con tal de poder disfrutarlas sin interrupción, no sólo dejaban de lado ocasiones de placer, sino que incluso se resistían a las demandas de sus negocios.

Sucedió que en uno de aquellos paseos sus pasos los llevaron a una callejuela en un concurrido barrio de Londres. La calle era pequeña y de las consideradas tranquilas, aunque en los días laborables se llevaba a cabo en ella un floreciente comercio. Al parecer, a sus habitantes les iba muy bien, y todos ellos porfiaban

con la esperanza de que les fuera todavía mejor y empleaban el excedente de sus ganancias en coquetería; de modo que los escaparates de las tiendas que se alineaban a lo largo de aquella calle parecían invitarle a uno como si fueran filas de sonrientes dependientas. Incluso en domingo, cuando ocultaba sus más floridos encantos y permanecía relativamente vacía de tráfico, la calle resplandecía por contraste con su sórdido vecindario, como un fuego en un bosque; y con sus postigos recién pintados, sus bronces bien pulidos, y la general limpieza y alegría ambiental, atraía y complacía en el acto la mirada del viandante.

A dos puertas de una esquina, a mano izquierda yendo hacia el este, la entrada a un patio rompía el alineamiento de las fachadas; y justo en aquel lugar, la siniestra mole de cierto edificio proyectaba su gablete sobre la calle. Tenía dos pisos de altura; no se veía ninguna ventana, sólo una puerta en la planta baja y un frente ciego de muro descolorido en el piso superior; y en todos sus rasgos mostraba las señales de un prolongado y sórdido abandono. La puerta, desprovista de campanilla o aldaba, estaba excoriada y despintada. Los vagabundos se metían en el hueco y encendían cerillas en los entrepaños; los niños jugaban a las tiendas en los escalones; el colegial había probado su navaja en las molduras; y durante casi una generación nadie parecía haber ahuyentado a aquellos visitantes fortuitos, ni reparado sus destrozos.

El señor Enfield y el abogado se encontraban al otro lado de la callejuela; pero cuando llegaron frente a la entrada, el primero alzó su bastón y la señaló.

—¿Te has fijado alguna vez en esta puerta? —preguntó; y cuando su compañero le contestó afirmativamente, añadió—: Mi mente la asocia con una historia muy extraña.

—¿De verdad? —dijo el señor Utterson, con un leve cambio de voz—, ¿y de qué se trata?

—Pues verás, ocurrió así —replicó el señor Enfield—: Una oscura mañana de invierno, a eso de las tres, regresaba yo a mi casa procedente de algún lugar situado en los confines del mundo y atravesaba una parte de la ciudad donde no había literalmente nada que ver salvo las farolas. Recorrí una interminable sucesión de calles... iluminadas como para una procesión y tan vacías como una iglesia... y todo el mundo estaba dormido, hasta que por fin me sobrevino ese estado de ánimo en el que un hombre presta atención a cualquier ruido y empieza a anhelar la presencia de un policía. De pronto vi dos figuras: una de ellas era un hombrecillo que caminaba a buen paso en dirección hacia el este, y la otra, una niña de unos ocho o diez años que bajaba por la bocacalle corriendo todo lo que podía. En fin, señor, lógicamente ambas figuras se encontraron en la esquina; y entonces se produjo la parte horrible del asunto; pues el hombre pisoteó tranquilamente el cuerpo de la niña y la dejó tendida en el suelo chillando. Contado no parece gran cosa, pero fue horrible verlo. No parecía un hombre; más bien era como un maldito Juggernaut^[16]. Lancé un grito^[17], puse

pies en polvorosa, cogí por el cuello al caballero y lo volví a llevar a donde ya se había reunido un verdadero grupo en torno a la niña que chillaba. Estaba completamente tranquilo y no opuso resistencia, pero me echó una mirada tan desagradable que me hizo sudar tanto como la carrera que acababa de darme. La gente que se había congregado era la propia familia de la chica; y muy pronto apareció el médico al que precisamente la habían enviado a buscar. En realidad la niña no tenía nada grave sino que más bien estaba asustada, según el matasanos; y con ello podrías suponer que se acababa el asunto. Pero se dio una curiosa circunstancia. Desde el primer momento yo le había tomado aversión a aquel caballero. Lo mismo le había pasado a la familia de la niña, lo cual era perfectamente normal. Pero me sorprendió la reacción del médico. Era el típico galeno rutinario, sin edad ni color de tez concretos, con un fuerte acento de Edimburgo y casi tan emotivo como una gaita. En fin, señor, le pasó lo mismo que al resto de nosotros: cada vez que miraba a mi prisionero, el matasanos palidecía y le entraban ganas de matarlo. Yo sabía lo que pasaba por su mente, lo mismo que él percibía lo que pasaba por la mía; y como no era cuestión de matarlo hicimos lo mejor que podíamos hacer. Le dijimos al hombre que podíamos y estábamos dispuestos a armar tal escándalo por aquello que su nombre sería odiado de un extremo a otro de Londres. Si tenía algún amigo o influencia, nos encargáramos de que los perdiera. Y mientras arremetíamos contra él acaloradamente, todo el tiempo tuvimos que mantener a distancia a las mujeres lo mejor que pudimos, ya que estaban tan furiosas como arpias. Nunca he visto un conjunto de rostros tan odiosos; y el hombre estaba en medio, con una especie de perversa y socarrona frialdad... asustado también, como pude percibir... pero salió airoso del asunto como un verdadero Satanás.

»—Si quieren sacar provecho de este accidente —dijo—, no puedo hacer nada, por supuesto. Cualquiera caballero que se precie desea evitar una escena. Díganme la cantidad.

» En fin, le apretamos las clavijas hasta sacarle cien libras para la familia de la niña; evidentemente él habría preferido no ceder; pero había algo en todos nosotros que indicaba que podíamos causarle daño, y finalmente se rindió. El paso siguiente era conseguir el dinero; y ¿adónde cree usted que nos llevó? Pues a la casa de la puerta... sacó de repente una llave, entró, y volvió en seguida con diez libras en monedas de oro y un cheque por el resto contra el banco de Coutts^[18], librado al portador y firmado con un nombre que no puedo mencionar, aunque sea una de las gracias de mi relato, pero diré por lo menos que era muy conocido y frecuentemente mencionado en los periódicos. La cifra era alta; pero la firma, si era auténtica, valía más que todo eso. Me tomé la libertad de señalar al caballero que todo aquel asunto me parecía apócrifo; y que en la vida real no es normal que un hombre entre por la puerta de un sótano a las cuatro de la mañana y salga con un cheque firmado por otro por un importe de

casi cien libras. Pero él estaba muy tranquilo y desdeñoso.

» —Tranquíllicense —dijo—. Me quedaré con ustedes hasta que abra el banco y yo mismo haré efectivo el cheque.

» De modo que nos pusimos en camino, el médico, el padre de la niña, nuestro amigo y yo mismo, y pasamos el resto de la noche en mis habitaciones; y al día siguiente, cuando hubimos desayunado, fuimos todos juntos al banco. Yo mismo entregué el cheque y dije que tenía motivos para creer que se trataba de una falsificación. Nada de eso. El cheque era auténtico.

—¡Tate! —dijo el señor Utterson.

—Veo que tú piensas lo mismo que yo —dijo el señor Enfield—. Sí, es una fea historia. Pues nuestro hombre era un individuo a quien nadie podía ver, un hombre verdaderamente detestable; y la persona que extendió el cheque era todo un dechado del decoro, célebre además, y (lo que es peor) uno de esos tipos que hacen lo que se suele llamar el bien. Se trata de un chantaje, supongo; un hombre honrado que está pagando muy caro alguna travesura de su juventud. Por consiguiente, la Casa del Chantaje es como yo llamo a aquel lugar de la puerta. Aunque eso, como sabes, está lejos de explicarlo todo —añadió; y tras decir esas palabras se sumió en profundas cavilaciones.

El señor Utterson le sacó de ellas al preguntarle de pronto:

—¿Sabes si el librador del cheque vive allí?

—Un sitio apropiado, ¿no te parece? —replicó el señor Enfield—. Pero da la casualidad de que me he fijado en su dirección; vive en cierta plaza por aquí cerca.

—¿Y nunca has preguntado por... aquel lugar de la puerta? —dijo el señor Utterson.

—No, señor. Me parecía poco delicado —fue su respuesta—. Me resisto mucho a hacer preguntas; participa bastante del estilo del día del Juicio Final. Plantear una pregunta es como lanzar una piedra. Se sienta uno tranquilamente en lo alto de una colina y allá va la piedra, poniendo en marcha a las demás; y en seguida algún tipo anodino (el último en el que uno habría pensado) recibe un golpe en la cabeza en su propio huerto, y la familia tiene que cambiar de nombre. No, señor, tengo por norma que cuanto más sospechosa me parece una cosa, menos preguntas hago.

—Una norma muy buena, además —dijo el abogado.

—Pero he examinado aquel lugar por mi cuenta —prosiguió el señor Enfield—. No parece una casa ni mucho menos. No hay ninguna otra puerta, y nadie entra ni sale por ella, salvo, de vez en cuando, el caballero de mi aventura. En el piso de arriba hay tres ventanas que dan al patio; ninguna en el piso bajo; las ventanas están siempre cerradas, pero limpias. Y además hay una chimenea, que por lo general echa humo; de modo que alguien debe de vivir allí. Sin embargo, no es posible asegurar eso, pues los edificios están tan juntos en torno a

ese patio que es difícil decir dónde termina uno y comienza otro.

La pareja volvió a caminar un rato en silencio; luego dijo el señor Utterson:

—Enfield, esa norma tuya está muy bien.

—Sí, eso creo —replicó Enfield.

—Pero a pesar de todo —continuó el abogado—, hay una cosa que quiero preguntarte: quiero preguntarte cómo se llama el hombre que pisoteó a la niña.

—En fin —dijo el señor Enfield—, no veo que eso le haga mal a nadie. Era un hombre llamado Hyde.

—¡Hummm! —dijo el señor Utterson—. ¿Qué aspecto tiene ese hombre?

—No es fácil de describir. Algo le pasa a su aspecto; algo desagradable, algo realmente detestable. Nunca vi a un hombre que me desagradase tanto, y sin embargo seguramente no sabría decir por qué. Debe de estar desfigurado en alguna parte; da la impresión de que es deforme, aunque no podría especificar en qué sentido. Es un hombre de aspecto extraordinario, y sin embargo no puedo mencionar realmente nada fuera de lo común. No, señor; no sabría precisarlo; no puedo describir a ese hombre. Y no es por falta de memoria, pues confieso que es como si lo estuviera viendo ahora mismo.

El señor Utterson siguió caminando en silencio, obviamente bajo la influencia de alguna cavilación.

—¿Estás seguro de que usó una llave? —preguntó por fin.

—Mi querido señor... —empezó a decir Enfield, que no cabía en sí de la sorpresa.

—Sí, lo sé —dijo Utterson—; sé que debe de parecer extraño. La verdad es que, si no te pregunto el nombre del otro cómplice, es porque ya lo conozco. Ya ves, Richard, que tu relato ha dado en el blanco. Si has sido inexacto en algún punto, más vale que lo corrijas.

—Creo que podrías habérmelo advertido —replicó el otro, con una pizca de resentimiento—. Pero, como dices, he sido exacto hasta la pedantería. Aquel individuo tenía una llave; y lo que es más, la tiene todavía. Le vi usarla no hace ni una semana.

El señor Utterson suspiró profundamente, pero no dijo ni una palabra; y en seguida prosiguió el joven:

—Otra vez aprenderé a callarme —dijo—. Me avergüenza haberme ido de la lengua. Hagamos un trato: nunca volveremos a mencionar este asunto.

—De todo corazón —dijo el abogado—. Cerremos el trato con un apretón de manos, Richard.

EN BUSCA DE MR. HYDE

Aquella noche el señor Utterson volvió a su piso de soltero con el ánimo sombrío, y se sentó a cenar sin apetito. Los domingos tenía por costumbre, una vez finalizada esa comida, sentarse junto al fuego con un aburrido volumen de teología en su atril, hasta que el reloj de la iglesia cercana diera las doce, hora en que sensatamente y agradecido se iba a la cama. Aquella noche, sin embargo, en cuanto quitaron la mesa, tomó una vela y entró en su despacho. Allí abrió su caja fuerte, extrajo de su rincón más secreto un documento en cuyo sobre estaba anotado que se trataba del testamento del doctor Jekyll, y se sentó con el ceño ensombrecido a examinar su contenido. El testamento era ológrafo; pues, aunque se había hecho cargo de él una vez terminado, el señor Utterson se había negado a prestar la menor ayuda en su confección. El testamento estipulaba no sólo que, en caso de fallecimiento de Henry Jekyll, M.D., D.C.L., L.L.D., F.R.S.^[19], etc., todas sus propiedades debían pasar a manos de su « amigo y benefactor Edward Hyde », sino que en caso de « desaparición o ausencia inexplicada por un período que rebasara los tres meses », el susodicho Edward Hyde ocuparía el puesto de Henry Jekyll sin más demora, y libre de todo gravamen u obligación, aparte del pago de unas pequeñas sumas a los miembros de la servidumbre del doctor. Aquel documento ofendía la vista del abogado desde hacía mucho tiempo. Le ofendía no sólo como abogado sino como partidario de los aspectos sensatos y habituales de la vida, para quien cualquier extravagancia era impúdica. Hasta entonces había sido su desconocimiento de Mr. Hyde lo que acrecentaba su indignación; ahora, tras un súbito cambio, era su conocimiento. Si era ya bastante grave que el nombre no pudiera decirle nada más, fue peor cuando empezó a revestirse de atributos detestables; y al rasgarse el cambiante y frágil velo que durante tanto tiempo le había nublado la vista, surgió la repentina y precisa premonición de que era un malvado.

—Pensé que era una locura —dijo, mientras volvía a meter el odioso documento en la caja fuerte—; y ahora empiezo a temer que sea una infamia.

A continuación apagó la vela, se puso un gabán y se encaminó en dirección a Cavendish Square, ese baluarte de la medicina donde su amigo, el gran doctor Lanyon, tenía su casa y recibía a su abigarrada clientela. « Si alguien sabe algo, será Lanyon », había pensado.

El solemne mayordomo lo reconoció y le dio la bienvenida; no lo sometió a las interminables antenas propias de las visitas ordinarias, sino que lo hizo pasar directamente de la puerta al comedor, donde el doctor Lanyon estaba sentado, tomando a solas su vino. Era un caballero cordial, saludable, atildado, de faz rubicunda, con una melena prematuramente blanca y unos modales impetuosos y resueltos. Al ver al señor Utterson se levantó de su silla de un salto y le dio la bienvenida tendiéndole ambas manos. La cordialidad habitual de aquel hombre

era algo teatral a primera vista; pero se basaba en sentimientos sinceros. Pues ambos eran viejos amigos, antiguos compañeros tanto de colegio como de universidad, profundamente respetuosos de sí mismos y el uno del otro y, lo que no siempre es lógico, ambos disfrutaban a conciencia de su mutua compañía.

Después de divagar un poco, el abogado pasó a ocuparse del asunto que lo tenía preocupado de manera tan desagradable.

—Supongo, Lanyon —dijo—, que tú y yo debemos de ser los dos amigos más viejos que tiene Henry Jekyll.

—Ojalá fuesen más jóvenes esos amigos —dijo el doctor Lanyon, riéndose entre dientes—. Pero supongo que así es. ¿Y a qué viene eso? Ahora lo veo poco.

—¿De veras? —dijo Utterson—. Creía que teniais un vínculo de intereses comunes.

—Lo teníamos —fue su respuesta—. Pero hace ya más de diez años que Henry Jekyll se volvió demasiado extravagante para mi gusto. Empezó a descarriarse, a extraviarsele la mente; y aunque, por supuesto, sigo interesándome por él en recuerdo de los viejos tiempos, como suele decirse, lo veo y lo he visto la mar de poco. Tales disparates tan poco científicos —añadió el doctor, enrojándose de pronto—, habrían enajenado la amistad de Damón y Fintias^[20].

Aquel pequeño arrebato de ira en cierto modo fue un alivio para el señor Utterson. «Únicamente habrán discrepado en algunas cuestiones científicas», pensó; y no siendo un hombre apasionado por la ciencia (excepto en materia de trasposos de bienes inmuebles), incluso añadió:

—¡No es nada más que eso!

Concedió a su amigo unos cuantos segundos para que recobrase su compostura, y luego abordó la pregunta que había venido a hacer.

—¿Te has tropezado alguna vez con un protegido suyo... un tal Hyde? —preguntó.

—¿Hyde? —repitió Lanyon—. No. Nunca oí hablar de él. En toda mi vida.

Esa fue toda la información que el abogado se llevó consigo a la sombría cama grande en la que se revolvió de un lado para otro hasta que las primeras horas de la mañana empezaron a alargarse. Fue una noche de poca tranquilidad para su esforzada mente, que, asediada por los interrogantes, se afanaba en plena oscuridad.

Las campanas de la iglesia que estaba tan oportunamente próxima a la morada del señor Utterson dieron las doce, y él seguía dándole vueltas al problema. Hasta entonces sólo lo había afectado en el aspecto intelectual, pero ahora su imaginación también estaba comprometida, o más bien esclavizada; y mientras estaba acostado y se revolvió en la densa oscuridad de la noche que envolvía la encortinada habitación, el relato del señor Enfield pasaba por su mente en una sucesión de imágenes luminosas.

Lo primero que percibía era la gran extensión de farolas de una ciudad en plena noche; luego, la figura de un hombre que caminaba velozmente; después, la de una niña que venía corriendo de casa del médico; y finalmente se encontraban ambos, y aquel Juggernaut humano atropellaba a la niña y pasaba de largo, indiferente a sus chillidos. O si no, divisaba una habitación de una casa lujosa, donde su amigo yacía dormido, soñando y sonriendo en sus sueños; y entonces se abría la puerta de aquella habitación, se apartaban las cortinas del lecho, el durmiente se despertaba y, ¡hete aquí!, allí estaba, a su lado, una figura que tenía ascendiente sobre él, e incluso a altas horas de la noche tenía que levantarse y cumplir sus órdenes. En ambas visiones, aquella figura atormentaba al abogado durante toda la noche; y si en algún momento este echaba una cabezada, era sólo para verla deslizarse más furtivamente todavía en el interior de casas dormidas, o moverse cada vez con mayor rapidez, hasta marearlo, a través de los inmensos laberintos de la ciudad iluminada por farolas, y en cada esquina atropellaba a una niña y la dejaba chillando. Y la figura todavía no tenía un rostro por el que pudiera reconocerla; ni siquiera en sus sueños tenía rostro, o si lo tenía le desconcertaba y se desvanecía ante sus ojos.

Así fue como surgió y creció rápidamente en la mente del abogado una curiosidad particularmente intensa, casi desmesurada, de contemplar las facciones del auténtico Mr. Hyde. Si pudiera ponerle los ojos encima aunque sólo fuera una vez, pensaba que el misterio se aclararía y quizás se disiparía del todo, como suele suceder con las cosas misteriosas cuando se examinan bien. Podía imaginarse un motivo para la extraña preferencia o servidumbre (llámenlo como quieran) de su amigo, e incluso para las sorprendentes cláusulas del testamento. Y al menos sería un rostro digno de verse: el rostro de un hombre sin entrañas y despiadado, un rostro que, con sólo mostrarse, suscitara en la mente del impenetrable Enfield un perdurable sentimiento de odio.

A partir de aquel momento, el señor Utterson empezó a rondar la puerta que daba a la callejuela de las tiendas. Por la mañana antes de las horas de oficina, al mediodía cuando había mucho trabajo y el tiempo era escaso, por la noche bajo la faz de la luna con la ciudad envuelta en niebla, bajo cualquier luz y a cualquier hora, solitaria o concurrida, se podía encontrar al abogado apostado en el lugar elegido.

« Si él es Mr. Hyde —había pensado—, yo seré Mr. Seek^[21] ».

Y al final su paciencia fue recompensada. Era una magnífica noche sin lluvia, con escarcha; las calles estaban tan limpias como la pista de un salón de baile; las farolas, impertérritas ante cualquier tipo de viento, dibujaban un estampado uniforme de luces y sombras. A eso de las diez, cuando ya habían cerrado las tiendas, la callejuela estaba muy solitaria y, a pesar de la tenue reverberación de Londres a su alrededor, muy silenciosa. Los sonidos débiles llegaban lejos; los ruidos domésticos procedentes de las casas eran claramente

audibles a ambos lados de la calzada; y cuando un viandante se aproximaba, el rumor de sus pasos lo precedía mucho tiempo antes. El señor Utterson llevaba algunos minutos en su puesto cuando se apercibió de unos extraños pasos ligeros que se aproximaban. En el transcurso de sus rondas nocturnas hacía tiempo que se había acostumbrado al curioso efecto con que las pisadas de una sola persona que todavía está muy lejos surgen de pronto con nitidez del vasto murmullo y estrépito de la ciudad. Sin embargo, su atención nunca se había visto atraída tan repentina y contundentemente; y con una acusada y supersticiosa premonición de éxito, se retiró a la entrada del patio.

Los pasos se acercaron cada vez más rápido y de pronto sonaron más fuerte cuando doblaron el final de la calle. Mirando hacia delante desde la entrada, el abogado pudo ver en seguida el tipo de hombre al que tenía que enfrentarse. Era de baja estatura e iba vestido con sencillez; y su aspecto, incluso a aquella distancia, no predisponía mucho en su favor a quien lo contemplase. Pero se dirigió directamente a la puerta, cruzando la calzada para ahorrar tiempo, y según venía, sacó una llave del bolsillo, como quien se acerca a su casa.

El señor Utterson salió a su encuentro y cuando pasó a su lado lo tocó en el hombro.

—Me imagino que usted es Mr. Hyde, ¿no es cierto?

Mr. Hyde retrocedió y aspiró una bocanada de aire, emitiendo un sonido sibilante. Pero su miedo fue sólo momentáneo; y aunque no miró a la cara al abogado, respondió con mucha calma:

—Así me llamo. ¿Qué quiere usted?

—Veo que va a entrar —replicó el abogado—. Soy un viejo amigo del doctor Jekyll... el señor Utterson, que vive en Gaunt Street... usted debe de haber oído mencionar mi nombre. Y ya que lo he encontrado tan oportunamente, pensé que tal vez me dejaría entrar.

—No encontrará en casa al doctor Jekyll; ha salido —respondió Mr. Hyde, metiendo de sopetón la llave. Y luego preguntó de pronto, sin levantar los ojos—: ¿Cómo me ha reconocido?

—¿Querría usted, por su parte —dijo el señor Utterson—, hacerme un favor?

—Con mucho gusto —respondió el otro—. ¿De qué se trata?

—¿Me permite ver su rostro? —preguntó el abogado.

Mr. Hyde pareció titubear; luego, como si de pronto se lo hubiera pensado mejor, se encaró con él con aire desafiante; y los dos se miraron fijamente el uno al otro durante unos pocos segundos.

—Ahora podré reconocerlo la próxima vez que nos veamos —dijo el señor Utterson—. Puede ser útil.

—Sí —replicó Mr. Hyde—, está bien que nos hayamos encontrado; y *à propos*, aquí tiene mi dirección.

Y le dio el número de una calle del Soho.

—¡Madre mía! —pensó el señor Utterson—. ¿Será posible que él también haya estado pensando en el testamento?

Pero dominó sus sentimientos y se limitó a gruñir agradeciéndole la dirección.

—Veamos —dijo el otro—, ¿cómo me ha reconocido?

—Por la descripción —fue su respuesta.

—¿La descripción de quién?

—Tenemos amigos comunes —dijo el señor Utterson.

—¡Amigos comunes! —repitió Mr. Hyde, con la voz un tanto ronca.

—Jekyll, por ejemplo —dijo el abogado.

—Él nunca le habló de mí —gritó Mr. Hyde, en un arrebato de ira—. No pensé que usted fuera a mentirme.

—Vamos —dijo el señor Utterson—, no está bien que hable así.

El otro emitió un sonoro gruñido que en seguida se convirtió en una feroz risotada; y un instante después, con extraordinaria rapidez, había abierto la puerta y desapareció en el interior de la casa.

Después de que Mr. Hyde se marchara, el abogado se quedó allí un rato, semejando su rostro la viva imagen de la preocupación. Luego empezó a remontar la calle lentamente, deteniéndose a cada paso y llevándose la mano a la frente como si estuviera perplejo. El problema que estaba así deliberando mientras caminaba era de esos que casi nunca se resuelven. Mr. Hyde era pálido y de baja estatura; aunque no tenía ninguna malformación específica, daba la impresión de ser deforme, tenía una sonrisa desagradable; se había comportado con el abogado con una especie de criminal mezcla de timidez y descaro homicida, y hablaba con una voz ronca, susurrante y un tanto entrecortada... todos aquellos rasgos le eran desfavorables, pero ni siquiera todos ellos juntos podían explicar la repugnancia, el asco y el miedo, hasta entonces desconocidos, con que el señor Utterson lo miraba.

«Tiene que ser otra cosa», se decía el perplejo caballero, «Hay algo más, aunque no sé cómo llamarlo. ¡Que Dios me proteja, ese hombre apenas parece humano! Podríamos decir que tiene algo de troglodita. ¿O tal vez se trate de la vieja historia del doctor Fell^[22]? ¿O es la mera irradiación de un alma vil que de ese modo transpira por completo y transfigura su envoltorio de barro? Creo que más bien es esto último; ya que, ¡oh mi bueno de Harry Jekyll!, si alguna vez he visto grabada en un rostro la firma de Satanás, ha sido en el de tu nuevo amigo».

A la vuelta de la esquina de la callejuela había una manzana de casas antiguas y elegantes, deterioradas en su mayoría y alquiladas por pisos y despachos a gente de cualquier clase y condición: grabadores de mapas, arquitectos, turbios abogados, y apoderados de empresas dudosas. Una casa, sin embargo, la segunda a partir de la esquina, estaba todavía habitada en su totalidad; y el señor Utterson se detuvo frente a su puerta, que tenía un magnífico aspecto de riqueza

y bienestar, aunque ahora estuviera sumida en la oscuridad a excepción del tragaluz, y llamó. Un anciano sirviente bien vestido abrió la puerta.

—Poole, ¿está en casa el doctor Jekyll? —preguntó el abogado.

—Voy a ver, señor Utterson —dijo Poole, dejando entrar al visitante mientras hablaba en una amplia y confortable sala de techo bajo, pavimentada con baldosas, caldeada (al estilo de las casas de campo) mediante una chimenea y amueblada con costosos bargueños de roble.

—Señor, ¿quiere esperar aquí, junto al fuego? ¿O le enciendo una lámpara en el comedor?

—Aquí, gracias —dijo el abogado; y acercándose a la chimenea, se apoyó en el elevado guardafuegos.

Aquella sala, en la que ahora se había quedado solo, era el antojo favorito de su amigo el doctor; y el propio Utterson solía referirse a ella como la estancia más agradable de Londres. Pero aquella noche un estremecimiento le corría por las venas; el rostro de Hyde no se apartaba de su memoria; sentía náuseas y repugnancia por la vida (lo cual era raro en él); y su lúgubre ánimo parecía intuir una amenaza en los vacilantes reflejos de la lumbrera sobre los pulidos bargueños y en los inquietantes juegos de sombras en el techo. Se sintió avergonzado de su alivio cuando en seguida volvió Poole para anunciarle que el doctor Jekyll se había marchado.

—He visto entrar a Mr. Hyde por la puerta de la vieja sala de disección —le dijo Utterson—. ¿Es eso normal cuando el doctor Jekyll no está en casa?

—Completamente normal, señor Utterson —respondió el sirviente—. Mr. Hyde tiene una llave.

—Poole, su señor parece depositar mucha confianza en ese joven —prosiguió el otro, pensativo.

—Sí, señor, en efecto —dijo Poole—. Todos nosotros tenemos órdenes de obedecerlo.

—No recuerdo haberme tropezado nunca con Mr. Hyde —dijo Utterson.

—¡Dios mío!, claro que no, señor. Él nunca *cena* aquí —respondió el mayordomo—. La verdad es que le vemos muy poco por esta parte de la casa; casi siempre entra y sale por el laboratorio.

—En fin, buenas noches, Poole.

—Buenas noches, señor Utterson.

Y el abogado se puso en camino hacia su casa con el corazón bastante oprimido. «¡Pobre Harry Jekyll!», pensó, «me temo que esté con el agua al cuello! Era muy disoluto de joven; de eso hace ya mucho tiempo, por cierto; pero la ley de Dios no establece ninguna limitación. ¡Ah!, debe de ser eso; el fantasma de algún viejo pecado, el cáncer de alguna ignominia oculta; el castigo que llega, *pede claudu*^[23], años después de que la memoria haya olvidado, y el amor propio perdonado, la falta». Y el abogado, intimidado por aquel

pensamiento, dio vueltas durante un rato a su propio pasado, buscando a tientas en todos los recovecos de su memoria, no fuera que por casualidad saltara como un resorte alguna antigua iniquidad y saliera a la luz. Su pasado era bastante irreprochable; pocos hombres podían consultar los anales de su vida con menos recelo; sin embargo se sentía profundamente humillado por las muchas malas acciones que había cometido, y exaltado de nuevo hasta una sobria y temerosa gratitud por las otras muchas que había estado a punto de cometer y había evitado. Y entonces, volviendo al tema anterior, concibió una pizca de esperanza. « Este Mr. Hyde, si se le estudiara », pensó, « debe de tener sus propios secretos: tremendos secretos, a juzgar por su aspecto; secretos comparados con los cuales los peores del pobre de Jekyll serían como un rayo de sol. Las cosas no pueden continuar como están. Me dan escalofríos al pensar en aquel ser acercándose sigilosamente como un ladrón a la cabecera de Harry; pobre Harry, ¡menudo despertar! ¡Y qué peligro! Pues si el tal Hyde sospecha la existencia del testamento, puede impacientarse por heredar. ¡Ah!, debo arrimar el hombro... si es que Jekyll me lo permite... », añadió, « si Jekyll me lo permite ». Pues una vez más desfilaron por su imaginación, tan nítidas como una transparencia, las cláusulas del testamento.

EL DOCTOR JEKYLL SE ENCONTRABA COMPLETAMENTE A GUSTO

Dos semanas después, por una feliz casualidad, el doctor Jekyll dio una de sus gratas cenas a cinco o seis viejos compinches, todos ellos hombres inteligentes y estimables, y entendidos en buen vino; y el señor Utterson se las ingenió para quedarse después de que los demás se hubieran marchado. Aquello no era nada nuevo, sino que había acontecido montones de veces. Cuando alguien apreciaba a Utterson, su aprecio era completo. A los anfitriones les encantaba retener al mordaz abogado, cuando los despreocupados y los sueltos de lengua tenían ya el pie en el umbral; les gustaba sentarse un rato en su discreta compañía, ejercitándose para la soledad, serenando sus mentes con el generoso silencio de aquel hombre, después del dispendio y las tensiones de la diversión. El doctor Jekyll no era una excepción a esta regla; y ahora, mientras permanecía sentado al lado opuesto del fuego... un hombre de unos cincuenta años, corpulento, fuerte, bien afeitado, con aspecto un tanto malicioso tal vez, pero inequívocamente competente y amable... podía verse por sus miradas que profesaba al señor Utterson un sincero y cálido afecto.

—Estaba deseando hablar contigo, Jekyll —empezó a decir este último—. Acerca de tu testamento.

Un observador atento podría haberse dado cuenta de que el tema no resultaba nada grato; mas el doctor, como si tal cosa, salió airoso de la situación.

—Mi buen Utterson —dijo—, has sido poco afortunado con un cliente como yo. Nunca he visto a un hombre tan angustiado como tú por mi testamento; como no sea ese pedante chapado a la antigua de Lanyon ante lo que llamó mis herejías científicas. ¡Ah!, ya sé que es un buen tipo... no hace falta que frunzas el ceño... un tipo estupendo, siempre tengo el propósito de verlo más; pero a pesar de todo eso, un pedante chapado a la antigua; un ignorante y descarado pedante. Ningún hombre me ha decepcionado tanto como Lanyon.

—Ya sabes que yo nunca lo he aprobado —prosiguió Utterson implacablemente, haciendo caso omiso del nuevo asunto.

—¿Te refieres a mi testamento? Sí, desde luego, y a lo sé —dijo el doctor, con cierta acritud—. Ya me lo has dicho.

—Pues bien, te lo vuelvo a decir —continuó el abogado—. Me he enterado de algo relacionado con el joven Hyde.

El rostro ancho y hermoso del doctor Jekyll palideció intensamente y algo tenebroso afloró en su mirada.

—No me apetece oír nada más —dijo—. Creía que habíamos acordado dejar de lado este asunto.

—Lo que oí era abominable —dijo Utterson.

—Eso no cambia nada. No comprendes mi posición —contestó el doctor, de

un modo algo incoherente—. Me encuentro en un trance difícil, Utterson; mi situación es muy extraña... muy extraña. Es uno de esos asuntos que no se pueden arreglar hablando.

—Jekyll —dijo Utterson—, ya me conoces: soy un hombre en el que se puede confiar. Confiésmelo en confianza, y te aseguro que podré librarte de ello.

—Mi buen Utterson —dijo el doctor—, eres muy amable, realmente muy amable, y no encuentro palabras para agradecértelo. Te creo plenamente; confiaría en ti antes que en cualquier otro hombre, sí, antes que en mí mismo, si pudiera elegir; pero realmente no es lo que tú te imaginas; no es tan grave como todo eso. Y sólo para tranquilizar a tu buen corazón, te diré una cosa: en el momento que quiera, puedo librarme de Mr. Hyde. Te doy mi palabra respecto a eso, y te lo agradezco una y otra vez; y sólo añadiré unas pocas palabras que estoy seguro, Utterson, que no tomarás a mal: se trata de un asunto privado, y te ruego que lo dejes estar.

Utterson reflexionó un poco, mirando al fuego.

—No me cabe la menor duda de que tienes toda la razón —dijo por fin, poniéndose en pie.

—Pues bien, ya que hemos tocado este asunto, y espero que por última vez —prosiguió el doctor—, hay un punto que me gustaría que entendieras. La verdad es que el pobre Hyde me interesa mucho. Ya sé que lo has visto; él me lo contó; y me temo que fue descortés contigo. Pero sinceramente tengo un gran interés, grandísimo, por ese joven; y si desaparezo, Utterson, deseo que me prometas que tendrás paciencia con él y harás valer sus derechos. Creo que lo harías, si lo supieras todo; y me quitarías un peso de encima si me lo prometieras.

—No puedo pretender que llegue a gustarme —dijo el abogado.

—No te pido eso —imploró Jekyll, poniendo su mano en el brazo del otro—; sólo pido justicia; sólo te pido que le ayudes por mí, cuando yo y ya no esté aquí.

Utterson dejó escapar un suspiro incontenible.

—Está bien —dijo—, lo prometo.

EL CASO DEL ASESINATO DE CAREW

Casi un año después, en el mes de octubre del año 18..., un crimen de singular ferocidad sobresaltó a todo Londres y alcanzó gran notoriedad por la elevada posición de la víctima. Los detalles eran escasos y sorprendentes. Una criada que vivía sola en una casa no lejos del río había subido a acostarse a eso de las once. Aunque la niebla envolvió la ciudad a últimas horas de la tarde, la primera parte de la noche estuvo despejada, y el callejón al que daba la ventana de la criada estaba intensamente iluminado por la luna llena. Al parecer, ella era muy dada al romanticismo, pues se sentó sobre su arcón, que estaba justo debajo de la ventana, y se sumió en ensoñaciones contemplativas. Nunca (solía decir ella, hecha un mar de lágrimas, cuando narraba la experiencia), nunca se había sentido más en paz con todos los hombres ni había apreciado más el mundo.

Y mientras permanecía así, advirtió la presencia de un anciano y guapo caballero de pelo cano, que se acercaba por el callejón; y que otro caballero de muy corta estatura, al que al principio prestó menos atención, se dirigía hacia él. Cuando se encontraron frente a frente (justo ante los ojos de la criada), el anciano se inclinó y abordó al otro con unos modales bastante corteses. El tema de su conversación no parecía ser de gran importancia; en efecto, a juzgar por sus indicaciones, a veces parecía que sólo le estaba preguntando alguna dirección; pero la luna iluminó su rostro mientras hablaba, y la chica se alegró de verlo, tan inocente y anticuada disposición a la bondad parecía irradiar, aunque también cierta altanería que parecía proceder de un bien fundado amor propio. La chica observó en seguida al otro, y le sorprendió reconocer en él a un tal Mr. Hyde, que una vez había visitado a su amo, y al cual ella había cogido antipatía. Llevaba en la mano un pesado bastón, con el cual jugueteaba; pero no respondía ni una sola palabra, y parecía escuchar con impaciencia mal contenida. Y entonces, estalló de pronto en un arrebató de ira, golpeó el suelo con los pies blandiendo el bastón, y se comportó (según lo describió la criada) como un loco. El anciano caballero retrocedió un paso, bastante sorprendido y un poco dolido; y sin más, Mr. Hyde perdió los estribos y lo derribó al suelo a garrotazos. Y un momento después, empezó a pisotear a su víctima con furia simiesca, y le descargó una andanada de golpes, bajo los cuales se oyeron crujir sus huesos, mientras su cuerpo rebotaba sobre la calzada. Horrorizada por lo que estaba viendo y oyendo, la criada se desmayó.

Eran las dos cuando la chica volvió en sí y llamó a la policía. El asesino se había ido hacía tiempo; pero su víctima yacía allí en medio del callejón, increíblemente destrozada. El bastón con que se había llevado a cabo aquella acción, aunque era de cierta madera poco común, muy dura y pesada, se había partido por la mitad bajo el ímpetu de aquella crueldad insensata; y una de sus mitades astilladas había rodado hasta la alcantarilla más próxima... la otra, sin

duda, se la había llevado el asesino. Encima de la víctima se encontró un monedero y un reloj de oro, pero ninguna tarjeta o documento, a excepción de un sobre cerrado y sellado, que probablemente iba a echar al correo, y que llevaba el nombre y la dirección del señor Utterson.

A la mañana siguiente dicho sobre fue entregado al abogado antes de que se hubiese levantado; y en cuanto lo hubo visto y le contaron las circunstancias, soltó una solemne insolencia.

—No diré nada hasta haber visto el cadáver —dijo—; esto puede ser muy serio. Tenga la amabilidad de esperar mientras me visto.

Y con igual semblante serio se apresuró a desayunar y se dirigió en coche a la comisaría de policía, adonde habían llevado el cadáver. Nada más entrar en la celda, asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—, lo reconozco. Siento decir que se trata de sir Danvers Carew.

—¡Madre mía, señor! —exclamó el agente de policía—, ¿será posible?

Y un instante después se le iluminaron los ojos de ambición profesional.

—Esto dará mucho que hablar —dijo—. Tal vez pueda usted ayudarnos a encontrar a ese hombre.

Y contó sucintamente lo que la criada había visto, y mostró el bastón roto.

El señor Utterson había temblado al oír mencionar a Mr. Hyde; pero cuando le pusieron delante el bastón, ya no le cupo la menor duda: aunque estaba partido y destrozado, lo reconoció como el que él mismo había regalado a Henry Jekyll varios años antes.

—¿El tal Mr. Hyde es una persona de corta estatura? —inquirió.

—Bastante bajo y de aspecto particularmente malvado, según afirma la criada —dijo el agente de policía.

El señor Utterson reflexionó; y luego, alzando la cabeza, dijo:

—Si se viene conmigo en el coche que he alquilado —dijo—, creo que podré llevarlo a su casa.

Para entonces serían ya las nueve de la mañana, y habían hecho su aparición las primeras nieblas de la temporada. Un gran velo de color chocolate encapotaba el cielo, pero el viento no dejaba de soplar, dispersando aquellos acuciantes vapores; de modo que, mientras el coche de alquiler circulaba lentamente de calle en calle, el señor Utterson contempló una portentosa cantidad de grados y matices de penumbra: aquí, oscuro como la noche cerrada; allí, un resplandor de un color marrón subido, chillón, como procedente de un extraño incendio; y por un momento la niebla se dispersaba por completo, y entre sus arremolinadas volutas asomaba un macilento rayo de luz diurna. Visto bajo aquellos destellos cambiantes, el deprimente barrio del Soho, con sus calles embarradas, sus desaseados transeúntes y sus farolas, que no habían sido apagadas o las habían vuelto a encender para combatir aquella nueva y lúgubre invasión de la oscuridad, le parecía al abogado que formaba parte de alguna

ciudad de pesadilla. Además, sus pensamientos eran de lo más pesimista; y cuando echó una ojeada a su acompañante en aquel trayecto, tuvo conciencia de ese amago de terror a la ley y a sus representantes que puede asaltar a veces incluso a los más honrados.

Cuando el coche de alquiler se paró delante de la dirección indicada, la niebla se levantó un poco y le mostró una sórdida calle, una taberna, una humilde casa de comidas francesa, una tienda de venta al por menor de revistas sensacionalistas a un penique y lechugas a dos peniques, muchos niños harapientos apiñados en los portales, y diversas mujeres de diferentes nacionalidades que salían, llave en mano, a tomar un trago matutino; y un instante después la niebla, de color pardo oscuro como la tierra de sombra, se instaló de nuevo en aquel lugar y lo aisló de aquel ambiente canallesco. Aquel era el hogar del protegido de Henry Jekyll; de un hombre que iba a heredar un cuarto de millón de libras esterlinas.

Una anciana de rostro marfileño y cabello plateado abrió la puerta. Tenía un semblante depravado, suavizado por la hipocresía; pero sus modales eran excelentes. Sí, les dijo, aquella era la casa de Mr. Hyde, pero él no estaba; aquella noche había vuelto muy tarde pero se había marchado de nuevo hacia menos de una hora: no era nada extraño, sus hábitos eran muy irregulares y se ausentaba a menudo; por ejemplo, ayer hizo casi dos meses que no lo había visto.

—Muy bien, entonces, queremos ver su piso —dijo el abogado; y cuando la mujer empezó a decir que era imposible, añadió—: será mejor que le diga a usted quién es esta persona que me acompaña. Es el inspector Newcomen, de Scotland Yard.

Un detestable destello de júbilo cruzó el rostro de la mujer.

—¡Ah! —dijo—, ¿tiene problemas! ¿Qué ha hecho?

El señor Utterson y el inspector intercambiaron miradas.

—No parece un personaje muy popular —observó el último—. Y ahora, buena mujer, permita que este caballero y yo echemos un vistazo.

De la totalidad de la casa, que, salvo por la anciana, permanecía inhabitada, Mr. Hyde sólo utilizaba un par de habitaciones; pero estas estaban amuebladas con lujo y buen gusto. Había una despensa llena de vinos; la vajilla era de plata, la mantelería fina; un valioso cuadro colgaba de la pared, regalo (suponía Utterson) de Henry Jekyll, que era todo un experto; y las alfombras eran de pelo largo y de agradables colores. En aquel momento, sin embargo, las habitaciones tenían todo el aspecto de haber sido registradas recientemente y con precipitación: había ropa tirada por el suelo con los bolsillos vueltos, los cajones con cerradura estaban abiertos y en la chimenea había un montón de cenizas grises, como si se hubieran quemado muchos papeles. De entre aquellos rescoldos el inspector desenterró el extremo de un talonario de cheques verde, que había resistido la acción del fuego; la otra mitad del bastón fue encontrada

detrás de la puerta; y, como aquello confirmaba sus sospechas, el policía declaró estar encantado. Una visita al banco, donde se comprobó que el asesino tenía un saldo positivo de varios miles de libras, colmó su satisfacción.

—Puede estar seguro, señor —le dijo a Utterson—, de que lo tengo en mis manos. Debe de haber perdido la cabeza, pues de otro modo jamás habría abandonado el bastón ni, menos aún, quemado el talonario de cheques. Pues el dinero es vital para ese hombre. Lo único que tenemos que hacer es esperarlo en el banco y distribuir octavillas con su filiación.

Esto último, sin embargo, no era tan fácil de llevar a cabo, ya que Mr. Hyde contaba con pocos amigos íntimos: incluso el patrón de la sirvienta sólo lo había visto un par de veces; no se pudo localizar a su familia por ninguna parte; nunca lo habían fotografiado; y los pocos que podían ofrecer una descripción suya disentían completamente, como suele ocurrir con los observadores normales. Sólo estaban de acuerdo en un punto: la obsesiva y tácita sensación de deformidad con que impresionaba a todos aquellos que lo contemplaban.

EL INCIDENTE DE LA CARTA

La tarde estaba ya muy avanzada cuando el señor Utterson consiguió llegar a la puerta del doctor Jekyll, donde fue admitido inmediatamente por Poole y conducido, a través de las dependencias de la cocina y de un patio que antes había sido un jardín, al edificio conocido indistintamente como laboratorio o sala de disección. El doctor había comprado la casa a los herederos de un famoso cirujano; y, como le gustaba más la química que la anatomía, había cambiado el destino del bloque que había al fondo del jardín.

Era la primera vez que el abogado era recibido en aquella parte de la residencia de su amigo, por lo que observó con curiosidad la sórdida construcción sin ventanas y miró a su alrededor con una desagradable sensación de extrañeza aquel escenario, hace tiempo atestado de estudiantes entusiasmados y ahora desolado y solitario, las mesas cargadas de aparatos de química, el suelo cubierto de cajones y sembrado de paja para embalajes, apenas iluminado por una luz tenue que se filtraba a través de la velada cúpula. Al otro extremo, un tramo de escaleras subía hasta una puerta cubierta de tapete verde; y al atravesarla, el señor Utterson fue introducido finalmente en el gabinete del doctor. Era una habitación amplia, rodeada de vitrinas, amueblada, entre otras cosas, con un espejo de cuerpo entero y una mesa de despacho, y provista de tres ventanas polvorientas con barrotes de hierro que daban al patio. En la chimenea ardía un fuego, y había una lámpara encendida sobre la repisa, pues la espesa niebla empezaba a extenderse incluso en el interior de las casas, y allí, cerca del fuego, estaba sentado el doctor Jekyll, dando la impresión de encontrarse muy enfermo. No se levantó para recibir a su visitante, sino que le tendió una mano helada y le dio la bienvenida con voz demudada.

—Y bien —dijo Utterson, en cuanto Poole se hubo marchado—, ¿te has enterado de las noticias?

El doctor se estremeció.

—Las estaban pregonando en la plaza —dijo—. Las oí en mi comedor.

—Escucha —dijo el abogado—, Carew era cliente mío, pero también lo eres tú; y quiero saber lo que estoy haciendo. ¿No estarás cometiendo una locura al ocultar a ese individuo?

—Utterson, lo juro por Dios —exclamó el doctor—. Juro por Dios que nunca le volveré a poner los ojos encima. Te doy mi palabra de honor de que he acabado con él para siempre. Todo ha terminado. En realidad, él no necesita mi ayuda; tú no lo conoces como yo; está a salvo, completamente a salvo; fijate en lo que te digo: nunca más se volverá a oír hablar de él.

El abogado lo escuchaba con melancolía; no le gustaba la febril actitud de su amigo.

—Pareces estar muy seguro de él —dijo—; y espero, por tu bien, que tengas

razón. Si se llegase a celebrar un juicio, tu nombre podría salir a la luz.

—Estoy completamente seguro de él —replicó Jekyll—; los motivos que tengo para esa certeza no los puedo compartir con nadie. Pero hay una cosa sobre la que puedes aconsejarme. He... recibido una carta; y no sé si debería mostrársela a la policía. Me gustaría dejarla en tus manos, Utterson; tú sabrás juzgar prudentemente, estoy seguro. Confío en ti plenamente.

—¿Temes, pues, que eso podría conducir a su localización? —preguntó el abogado.

—No —dijo el otro—. No puedo decir que me importe lo que le pase a Hyde; he terminado por completo con él. Estaba pensando en mi propia reputación, que con este odioso asunto ha quedado bastante expuesta.

Utterson caviló durante un rato; le sorprendía el egoísmo de su amigo, y sin embargo le aliviaba.

—Pues bien —dijo por fin—, déjame ver la carta.

La carta estaba escrita con letra pequeña y picuda, y firmada «Edward Hyde»; e indicaba, muy brevemente, que el benefactor del remitente, el doctor Jekyll, a quien durante tanto tiempo había pagado tan indignamente sus muchas generosidades, no tenía que preocuparse por su seguridad, pues disponía de medios para escapar, en los que confiaba plenamente. Al abogado le gustó bastante aquella carta: presentaba la intimidad entre Jekyll y Hyde con colores más favorables de lo que él se había imaginado; y se censuró a sí mismo por algunas de sus anteriores sospechas.

—¿Tienes el sobre? —preguntó.

—Lo quemé —respondió Jekyll— sin pensar en lo que hacía. Pero no llevaba ningún matasellos. La misiva fue entregada en mano.

—¿Permites que me quede con ella y consulte con la almohada? —preguntó Utterson.

—Quisiera que me dieras tu opinión —fue la respuesta—. He perdido la confianza en mí mismo.

—Bien, lo pensaré —respondió el abogado—. Y ahora una cosa más: ¿fue Hyde quien dictó los términos de tu testamento relacionados con tu desaparición?

El doctor pareció que iba a desmayarse; mantuvo la boca bien cerrada y asintió con la cabeza.

—Lo sabía —dijo Utterson—. Tenía intención de asesinarte. De buena te has librado.

—He conseguido algo más que todo eso —repuso el doctor solemnemente—: he recibido una lección... ¡Dios mío, y qué lección, Utterson!

Y por un momento se cubrió el rostro con las manos.

Cuando salía, el abogado se detuvo y cruzó unas palabras con Poole.

—A propósito —dijo—, hoy han entregado en mano una carta: ¿qué aspecto tenía el mensajero?

Pero Poole afirmó categóricamente que no había llegado nada salvo el correo.

—Y eran sólo circulares —añadió.

Aquellas noticias reavivaron los temores del visitante. Evidentemente la carta había llegado a través de la puerta del laboratorio; de hecho, posiblemente había sido escrita en el gabinete del doctor; y si fue así, debía ser juzgada de otro modo, y tratada con más cautela. Cuando iba por la calle, los repartidores de periódicos gritaban por las aceras hasta enronquecer: «Edición especial. Espantoso asesinato de un miembro del Parlamento».

Era la oración fúnebre de un amigo y cliente; y no pudo evitar un cierto temor a que el buen nombre de otro se viera arrastrado por el torbellino del escándalo. La decisión que tenía que tomar era, por lo menos, delicada; y, aunque solía ser muy independiente, empezó a abrigar el deseo de pedir consejo a otros. No podía obtenerlo directamente; pero quizás, pensó, podría rebuscar un poco.

Inmediatamente después, se sentó a un lado de su propia chimenea, con el señor Guest, su principal pasante, al otro extremo, y a mitad de camino entre ambos, a una distancia del fuego calculada con precisión, una botella de un especial vino añejo que durante mucho tiempo había estado depositada en los sótanos de su casa, protegida del sol. Todavía suspendida al vuelo, la niebla cubría la ciudad, y las farolas brillaban tenuemente como carbúnculos; y abriéndose paso entre aquellas nubes perdidas que lo envolvían todo, el desfile de la vida ciudadana seguía llegando a raudales a través de las grandes arterias con el estruendo de un fuerte vendaval. Pero la lumbre alegraba la habitación. Los ácidos hacía mucho tiempo que se habían disipado en la botella; el majestuoso tinte se había suavizado con el paso del tiempo, al igual que se difuminan los colores en las vidrieras; y el arrebol de las cálidas tardes de otoño en los viñedos de las laderas estaba a punto de aflorar y de dispersar las nieblas de Londres.

Imperceptiblemente, el abogado se fue ablandando. Con ningún otro hombre tenía menos secretos que con el señor Guest; y no siempre estaba seguro de que fueran tantos como él quisiera. Guest había visitado a menudo la casa del doctor por asuntos profesionales; conocía a Poole, y era poco probable que no hubiese oído hablar de la familiaridad con que Mr. Hyde entraba y salía de la casa; podría sacar conclusiones: ¿no era conveniente, pues, que viese una carta que explicaba aquel misterio? Y sobre todo, dado que Guest era un gran estudioso y perito en escritura a mano, ¿consideraría que aquel paso era lógico y condescendiente? El empleado además era asesor jurídico; sería raro que leyera un documento tan extraño sin hacer alguna observación; y mediante aquella observación el señor Utterson podría determinar su rumbo futuro.

—Ese asunto relacionado con sir Danvers es bastante lamentable —le dijo.

—Sí, señor, en efecto. Ha provocado a buena parte de la opinión pública —

repuso Guest—. Ese hombre, por supuesto, estaba loco.

—Me gustaría saber qué opina usted sobre esto —replicó Utterson—. Tengo aquí un documento de su puño y letra; debe quedar entre nosotros, pues no sé muy bien qué hacer con él; cuando menos es un feo asunto. Pero ahí está; es típico de él: el autógrafo de un asesino.

Los ojos de Guest se iluminaron e inmediatamente se sentó y lo examinó con pasión.

—No, señor —dijo—; no está loco; pero la letra es muy extraña.

—Y al decir de todos, él es tan extraño como su forma de escribir —añadió el abogado.

En aquel preciso momento entró el criado con una misiva.

—¿Es del doctor Jekyll, señor? —inquirió el pasante—. Creo reconocer la letra. ¿Es realmente privada, señor Utterson?

—No es más que una invitación a cenar. ¿Por qué? ¿Quiere verla?

—Sólo un momento. Gracias, señor —y el pasante puso las dos hojas de papel, una al lado de la otra, y comparó diligentemente sus contenidos—. Gracias, señor —dijo por fin, devolviéndole ambas—; es un autógrafo muy interesante.

Hubo una pausa, durante la cual el señor Utterson se debatió consigo mismo.

—¿Por qué la ha comparado, Guest? —preguntó de pronto.

—Verá usted, señor —respondió el empleado—, existe un parecido bastante singular; los dos tipos de escritura son idénticos en muchos aspectos: sólo difieren en la inclinación de la letra.

—¡Qué raro! —dijo Utterson.

—Sí, como usted dice, es bastante raro —respondió Guest.

—Yo no hablaría de esta misiva, ¿sabe? —dijo el abogado.

—Claro que no, señor —contestó el pasante—. Lo comprendo.

Pero en cuanto el señor Utterson se quedó solo aquella noche, guardó la misiva en su caja fuerte, donde desde entonces ha estado depositada.

« ¡Cómo! », pensó. « ¡Henry Jekyll falsifica una firma para proteger a un asesino! ».

Y la sangre se le heló en las venas.

EL EXTRAORDINARIO^[24] INCIDENTE DEL DOCTOR LANYON

Pasó el tiempo; se ofrecieron miles de libras de recompensa, pues la muerte de sir Danvers fue tomada como una ofensa pública; pero Mr. Hyde había desaparecido sin que la policía diera con él, como si nunca hubiese existido. Se desenterró gran parte de su pasado, en efecto, y era bastante lamentable: se contaban historias acerca de la crueldad de aquel hombre, tan insensible y violento al mismo tiempo, de su infame vida, de sus extrañas compañías, del odio que parecía haber rodeado a sus andanzas; pero de su actual paradero, ni el menor indicio. Desde que había abandonado su casa en el Soho la mañana del crimen, sencillamente se había esfumado; y poco a poco, según pasaba el tiempo, el señor Utterson empezó a recuperarse de su acuciente inquietud y estaba cada vez más en paz consigo mismo. A su modo de ver, la muerte de sir Danvers estaba más que compensada con la desaparición de Mr. Hyde. Suprimida ya aquella influencia nefasta, una nueva vida comenzaba para el doctor Jeky ll. Salió de su aislamiento, reanudó sus relaciones con los amigos, y se convirtió una vez más en el consabido invitado y anfitrión; y aunque siempre había sido conocido por su caridad, ahora se distinguía no menos por su religiosidad. Estaba ocupado, pasaba mucho tiempo al aire libre, hacía el bien; su rostro parecía más sincero y luminoso, como si por dentro fuera consciente de estar a disposición de los demás; y durante más de dos meses, el doctor vivió en paz.

El día 8 de enero Utterson había cenado en casa del doctor con un pequeño grupo de invitados, entre ellos Lanyon; y el anfitrión había mirado a uno y a otro como en los viejos tiempos, cuando formaban un trío de amigos inseparables. El día 12, y de nuevo el 14, el abogado se encontró con la puerta cerrada.

—El doctor está confinado en casa —le dijo Poole—, y no recibe a nadie.

El día 15 lo intentó de nuevo, y volvió a ser rechazado; y dado que durante los dos últimos meses se había acostumbrado a ver a su amigo casi a diario, aquel retorno a la soledad pesó en su ánimo. La quinta noche recibió en casa a Guest para cenar con él; y la sexta se fue a ver al doctor Lanyon.

Allí al menos no le negaron la entrada; pero una vez dentro, le sorprendió el cambio que había experimentado el aspecto del doctor. Llevaba escrito en su rostro de manera legible que estaba condenado a muerte. Aquel hombre de tez sonrosada estaba mucho más pálido; había adelgazado; visiblemente estaba más viejo y más calvo; y sin embargo, aquellas muestras de una rápida decadencia física no llamaron tanto la atención del abogado como la expresión de su mirada y su actitud, que parecían revelar un pánico profundamente arraigado en su mente. Era poco probable que el doctor temiese a la muerte; y sin embargo, era eso lo que Utterson estuvo tentado de sospechar.

« Sí », pensó; « él es médico, debe de conocer su propio estado y saber que sus días están contados; y ese conocimiento es más de lo que puede soportar » .

Y sin embargo, cuando Utterson comentó su mal aspecto, Lanyon declaró con gran firmeza que estaba condenado a muerte.

—He sufrido una conmoción —dijo—, y jamás me recobraré. Es cuestión de semanas. En fin, la vida ha sido agradable; me ha gustado; sí, señor, solía gustarme. A veces pienso que si supiéramos todo lo que puede depararnos, nos alegraríamos más al abandonarla.

—Jekyll también está enfermo —observó Utterson—. ¿Lo has visto?

Pero la expresión del rostro de Lanyon cambió a la vez que alzaba una mano temblorosa.

—No quiero volver a ver al doctor Jekyll ni oír una sola palabra más sobre él —dijo, en voz alta, entrecortada—. He terminado completamente con esa persona; y te ruego que me ahorres cualquier alusión a alguien a quien considero muerto.

—¡Tate! —dijo el señor Utterson; y luego, tras una considerable pausa, preguntó—: ¿Puedo hacer algo? Los tres somos viejos amigos, Lanyon; no viviremos lo suficiente para hacer otros nuevos.

—Nada puede hacerse —respondió Lanyon—; pregúntale a él.

—No quiere verme —dijo el abogado.

—Eso no me sorprende —fue la respuesta—. Algún día, Utterson, después de que me haya muerto, tal vez llegues a enterarte de los pormenores de todo este asunto. Yo no puedo contártelos. Y mientras tanto, si puedes quedarte para hablar conmigo de otras cosas, por el amor de Dios, hazlo; pero si no puedes evitar ese maldito asunto, entonces vete, en el nombre de Dios, pues yo no puedo soportarlo.

En cuanto llegó a su casa, Utterson se puso a escribir a Jekyll, quejándose de que no lo admitiese en su casa y preguntándole por el motivo de su desafortunada ruptura con Lanyon; y al día siguiente recibió una larga respuesta, en ocasiones redactada con mucho patetismo, y en otras, enigmáticamente misteriosa en cuanto a su sentido. La riña con Lanyon fue irremediable.

« No culpo a nuestro viejo amigo », escribía Jekyll, « pero comparto su opinión de que no debemos vernos más. De ahora en adelante, tengo la intención de llevar una vida de total aislamiento; no debes sorprenderte, ni dudar de mi amistad, si mi puerta permanece a menudo cerrada incluso para ti. Debes permitir que siga mi propio camino, por muy misterioso que te parezca. He atraído sobre mí un castigo y un peligro que no puedo nombrar. Soy el mayor de los pecadores, y también el que más sufre de todos. No podía imaginar que en esta tierra hubiese lugar para sufrimientos y terrores tan inhumanos; y tú, Utterson, no puedes hacer más que una cosa para aliviar ese destino: respetar mi silencio » .

Uttersson se quedó asombrado; la siniestra influencia de Hyde había desaparecido, el doctor había vuelto a sus antiguas actividades y amistades; hacía una semana, el futuro parecía sonreírle prometiéndole una vejez jovial y honorable; y ahora, en sólo un momento, las amistades, la tranquilidad de espíritu y todo el curso de su vida, se habían desbaratado. Un cambio tan grande e improvisado indicaba que estaba loco; pero, considerando la actitud y las palabras de Lanyon, el motivo debía de ser más profundo.

Una semana después el doctor Lanyon se metía en la cama y en algo menos de dos semanas había muerto. La noche después del funeral, que le había afectado de forma lamentable, Utterson se encerró con llave en su despacho y, allí sentado a la melancólica luz de una vela, sacó y puso ante sí un sobre manuscrito y lacrado con el sello de su difunto amigo.

« PRIVADO: para entregar en mano SOLAMENTE a J. G. Utterson y, en caso de que este hubiera muerto antes, *para ser quemado sin leer* » .

Ese era el categórico mensaje escrito en el sobre; y el abogado tuvo miedo de mirar el contenido.

« Hoy he enterrado a un amigo », pensó: « ¿y si esto me costase otro? » .

Y entonces, renegando de aquel temor por considerarlo un síntoma de deslealtad, rompió el sello. En el interior había otro sobre, igualmente lacrado, en el que se indicaba: « No abrir hasta la muerte o desaparición del doctor Henry Jekyll ». Utterson no daba crédito a sus ojos. Sí, ponía « desaparición »; aquí también, como en aquel demencial testamento, que hacía tiempo había devuelto a su autor; aquí también estaba implicado Henry Jekyll y se mencionaba su posible desaparición. Pero en el testamento, dicha mención había surgido por siniestra sugerencia de Hyde; estaba allí con un propósito totalmente evidente y horrible. ¿Qué podía significar, pues, escrita por la mano de Lanyon? Una gran curiosidad incitaba al fideicomisario a desatender la prohibición, y a zambullirse de inmediato hasta el fondo de aquellos misterios; pero el honor profesional y la confianza en su difunto amigo eran obligaciones ineludibles; y el paquete fue a parar al más recóndito rincón de su caja fuerte.

Pero una cosa es mortificar la curiosidad, y otra vencerla; y no podía sorprender que, a partir de aquel día, Utterson buscara con igual ansia la compañía del único amigo que le quedaba. Pensaba en él con cariño; pero sus pensamientos eran preocupantes y tremendos. Fue a visitarlo, en efecto; pero posiblemente se sintió aliviado al serle negada la entrada; quizás, en el fondo de su corazón, prefería hablar con Poole en el umbral de la casa, rodeado del ambiente y los ruidos de la ciudad abierta, antes que ser admitido en aquella casa de cautiverio voluntario, y sentarse a hablar con su inescrutable recluso. La verdad es que las noticias que Poole tenía que comunicarle no eran demasiado agradables. El doctor, al parecer, se encerraba cada vez más en su gabinete encima del laboratorio, donde a veces incluso dormía: estaba muy abatido,

hablaba muy poco, no leía; parecía que algo le obsesionaba. Utterson se acostumbró tanto a aquellos rumores, siempre los mismos, que, poco a poco, fue disminuyendo la frecuencia de sus visitas.

EL INCIDENTE DE LA VENTANA

Un domingo, cuando el señor Utterson daba su habitual paseo con el señor Enfield, ocurrió que una vez más tuvieron que pasar por la callejuela; y que, cuando llegaron frente a la puerta, se detuvieron ambos a mirarla.

—En fin —dijo Enfield—, por lo menos aquella historia ha terminado. Nunca más veremos a Mr. Hyde.

—Espero que no —dijo Utterson—. ¿Te he contado que una vez me lo encontré, y sentí por él la misma repulsión que tú?

—Era imposible una cosa sin la otra —respondió Enfield—. Y a propósito, ¿qué estúpido debí de parecerme cuando no supe reconocer que esta era la entrada trasera de la casa del doctor Jekyll! En parte fue culpa tuya que lo descubriera, cuando eso ocurrió.

—Así que ya lo has descubierto, ¿no es cierto? —dijo Utterson—. Pues, siendo así, podemos entrar al patio y echar una ojeada a las ventanas. Si quieres que te diga la verdad, me preocupa el pobre Jekyll; y tengo la impresión de que, incluso desde fuera, la presencia de algún amigo podría sentarle bien.

El patio estaba muy frío y algo húmedo, y aunque por encima de nosotros el sol de poniente todavía iluminaba el cielo, unas prematuras penumbras lo invadían todo. De las tres ventanas, la de en medio estaba entreabierta; y sentado junto a ella, tomando el fresco con una expresión de tristeza infinita, como un prisionero desconsolado, Utterson vio al doctor Jekyll.

—¡Caramba, Jekyll! —exclamó—. Espero que te encuentres mejor.

—Estoy muy deprimido, Utterson —contestó el doctor sombríamente—; muy deprimido. No duraré mucho, gracias a Dios.

—Pasas demasiado tiempo en casa —dijo el abogado—. Deberías salir, para activar la circulación, como hacemos Enfield y yo. (Te presento a mi primo... el señor Enfield... aquí, el doctor Jekyll). Venga, vamos; coge tu sombrero y date una vuelta con nosotros.

—Eres muy amable —suspiró el otro—. Me gustaría mucho; pero no, no; es totalmente imposible; no me atrevo. Pero realmente, Utterson, me alegro mucho de verte; de verdad que es un gran placer. Os pediría que subierais, a ti y al señor Enfield, pero la verdad es que no hay sitio.

—Pues bien, entonces —dijo el abogado, afablemente—, lo mejor que podemos hacer es quedarnos aquí y hablar contigo desde donde estamos.

—Eso era precisamente lo que iba a permitirme proponeros —respondió el doctor, sonriendo.

Pero antes de que acabase de pronunciar aquellas palabras, la sonrisa se borró de su rostro para dar paso a una expresión tan abyecta de terror y desesperación que los dos caballeros de abajo sintieron que se les helaba la sangre. Sólo alcanzaron a verla fugazmente, ya que inmediatamente la ventana

se cerró de golpe; pero aquella vislumbre había sido suficiente y, dándose la vuelta, abandonaron el patio sin pronunciar una sola palabra. Recorrieron la callejuela, también en silencio, y sólo cuando llegaron a una calle cercana, en la que incluso en domingo todavía había algunos indicios de vida, el señor Utterson finalmente se volvió y miró a su compañero. Ambos estaban pálidos, y el terror se reflejaba en sus ojos.

—¡Que Dios nos perdone! ¡Que Dios nos perdone! —dijo el señor Utterson.

Pero el señor Enfield se limitó a asentir con la cabeza muy en serio y siguieron caminando en silencio.

LA ÚLTIMA NOCHE

Una noche después de cenar, el señor Utterson estaba sentado junto al fuego cuando le sorprendió recibir la visita de Poole.

—Caramba, Poole, ¿qué le trae por aquí? —exclamó; y luego, volviéndolo a mirar, añadió—: ¿Qué le sucede?; ¿está enfermo el doctor?

—Señor Utterson —dijo—, algo está pasando.

—Tome asiento y bébase un vaso de vino —dijo el abogado—. A ver, tómese el tiempo que quiera y dígame sin rodeos lo que desea.

—Usted, señor, ya conoce los hábitos del doctor —replicó Poole—, y sabe cuánto le gusta encerrarse. Pues bien, se ha vuelto a encerrar en el gabinete; y eso no me gusta, señor... Que me muera si me gusta. Señor Utterson, tengo miedo.

—Escuche, buen hombre —dijo el abogado—, sea explícito. ¿De qué tiene miedo?

—He tenido miedo desde hace cosa de una semana —respondió Poole, ignorando porfiadamente la pregunta—; y no lo puedo soportar más.

El aspecto de aquel hombre confirmaba ampliamente sus palabras; sus modales habían empeorado; y salvo en el momento en que por primera vez había anunciado su terror, ni una sola vez había vuelto a mirar a la cara al abogado. Incluso ahora, sentado con el vaso de vino intacto sobre sus rodillas, tenía fija la mirada en un rincón del suelo.

—No lo puedo soportar más —repetió.

—Vamos —dijo el abogado—, me figuro que tiene usted alguna buena razón, Poole. Me figuro que debe de suceder algo grave. Trate de contarme de qué se trata.

—Creo que ha habido juego sucio —dijo Poole, con la voz quebrada.

—¡Juego sucio! —exclamó el abogado, muy asustado y, por tanto, bastante dispuesto a sentirse irritado—. ¿Qué clase de juego sucio? ¿Qué quiere decir este hombre?

—No me atrevo a decirlo, señor —fue la respuesta—; pero ¿querrá venir conmigo y verlo por usted mismo?

Como única respuesta, el señor Utterson se levantó y cogió su sombrero y su gabán; pero observó con asombro el gran alivio que apareció en el rostro del mayordomo, y quizá con no menos asombro, que el vino seguía intacto cuando él lo dejó para acompañarlo.

Era una noche fría y desapacible, propia de marzo, con una luna pálida recostada sobre el horizonte como si el viento hubiese arremetido contra ella, y unas nubes volantes de la más diáfana y algodonosa textura. El viento dificultaba el habla y hacía que la sangre se agolpara en el rostro. Además, parecía haber barrido las calles, vaciándolas de viandantes más que de costumbre; hasta el

punto de que el señor Utterson pensó que nunca había visto tan desierta aquella parte de Londres. Él habría deseado que fuese de otro modo; jamás en toda su vida había tenido tan clara conciencia de desear ver y tocar a sus semejantes; y a que, por mucho que se esforzara en negarlo, había caído en la cuenta de que se avecinaba una apabullante calamidad.

Cuando llegaron allí, la plaza estaba invadida por el viento y el polvo, y los delgados árboles del jardín azotaban la verja. Poole, que durante todo el trayecto se había mantenido uno o dos pasos por delante, se detuvo en mitad de la acera y, a pesar del frío penetrante, se quitó el sombrero y se enjugó la frente con un pañuelo rojo. Pero, con toda la prisa de su venida, no fueron las gotas de sudor propias del esfuerzo lo que secó, sino la humedad producida por una sofocante angustia; y a que su rostro había palidecido y su voz, cuando habló, era áspera y quebrada.

—En fin, señor —dijo—, ya hemos llegado, y quiera Dios que no pase nada malo.

—Amén, Poole —dijo el abogado.

Inmediatamente después el sirviente llamó con mucha cautela; la puerta se abrió hasta el tope de la cadena y una voz preguntó desde el interior:

—¿Es usted, Poole?

—Sí, todo en orden —dijo Poole—. Abre la puerta.

Cuando entraron, el vestíbulo estaba intensamente iluminado; un gran fuego ardía en la chimenea, y toda la servidumbre, hombres y mujeres, seguía apiñada a su alrededor como un rebaño de ovejas. Al ver al señor Utterson, la criada se puso a gimotear como una histérica, y la cocinera corrió hacia él como si fuera a abrazarlo, exclamando:

—¡Bendito sea Dios!

—¡Cómo! ¿Qué es esto? ¿Estáis todos aquí? —dijo el abogado, irritado—. Es inadmisibile, muy indecoroso; a vuestro amo no le haría la menor gracia.

—Están todos asustados —dijo Poole.

Siguió un silencio absoluto, nadie puso reparos; sólo la criada alzó la voz y se puso a llorar estrepitosamente.

—¡Cállate! —le dijo Poole, con una ferocidad que revelaba su crispado nerviosismo; y en efecto, cuando la chica elevó el tono de sus lamentos de manera tan repentina, se sobresaltaron todos ellos y se volvieron hacia la puerta interior con una expresión de espantosa expectación en los rostros.

—Y ahora —continuó el mayordomo, dirigiéndose al trinchante—, alcánzame una vela y de inmediato nos pondremos manos a la obra.

Y entonces rogó al señor Utterson que lo siguiera y lo condujo al jardín trasero.

—Ahora, señor —dijo—, vaya lo más despacio que pueda. Quiero que esté al tanto, pero que no puedan oírle. Y escuche, señor, si por casualidad el doctor le

pide a usted que entre, no lo haga.

Ante este imprevisto final, el señor Utterson se sobresaltó tanto que estuvo a punto de perder el equilibrio; pero recobró el valor y siguió al mayordomo al interior del laboratorio y, atravesando el quirófano, abarrotado de cajones y botellas, llegó hasta el pie de la escalera. Allí Poole le indicó con la mano que se hiciera a un lado y escuchase, mientras que él, dejando la vela en el suelo y apelando obviamente a toda su resolución, subió los escalones y llamó a la puerta del gabinete, golpeando con mano un tanto vacilante el tapete rojo que la recubría.

—El señor Utterson pregunta por usted, señor —anunció; y mientras lo hacía, le indicó una vez más al abogado de manera concluyente que prestara oídos.

Una voz respondió desde el interior.

—Dile que no puedo ver a nadie —dijo aquella voz, lamentándose.

—Gracias, señor —dijo Poole, en un tono de voz un tanto triunfal; y tomando su vela, volvió a llevar al patio al señor Utterson y lo hizo entrar en la gran cocina, donde el fuego estaba apagado y las cucarachas correteaban por el suelo.

—Señor —dijo, mirando a los ojos al señor Utterson—, ¿era esa la voz de mi amo?

—Parece muy cambiada —replicó el abogado, muy pálido, devolviéndole la mirada.

—¿Cambiada? Bueno, sí, eso creo —dijo el mayordomo—. ¿He servido veinte años en casa de este hombre y no voy a ser capaz de identificar su voz? No, señor; mi amo ha desaparecido; desapareció hace ocho días, cuando le oímos gritar en el nombre de Dios; ¡y *quién* está ahí en su lugar, y *por qué* está ahí, es algo que clama al cielo, señor Utterson!

—Lo que usted me cuenta es muy extraño, Poole; parece más bien un disparate —dijo el señor Utterson, mordiéndose un dedo—. Supongamos que fuera como usted dice, pero si el doctor Jekyll ha sido... digamos... asesinado, ¿qué induciría al asesino a quedarse? Esa historia no se sostiene por sí misma; no parece razonable.

—En fin, señor Utterson, es usted un hombre difícil de convencer; sin embargo, lo intentaré —dijo Poole—. Durante toda la semana pasada (es preciso que lo sepa), ese individuo, o lo que sea que vive en ese gabinete, ha estado pidiendo a gritos noche y día cierta medicina, que no puede conseguir a su gusto. A veces adoptaba la costumbre (del amo, quiero decir) de escribir sus órdenes en una hoja de papel y dejarla tirada en la escalera. Durante toda la semana no hemos encontrado otra cosa: sólo notas, y una puerta cerrada; y hasta las comidas se dejaban allí para que las recogiera a escondidas cuando nadie lo viese. En fin, señor, a diario, y hasta dos o tres veces en un mismo día, hemos estado recibiendo órdenes y quejas, y he tenido que visitar precipitadamente a todos los mayoristas de productos químicos de la ciudad. Cada vez que le traía el

producto, aparecía otra nota en la que me ordenaba que lo devolviese porque no era puro, y un nuevo encargo para un establecimiento distinto. Sea para lo que sea, señor, lo cierto es que necesita esa droga a toda costa.

—¿Conserva usted alguna de esas notas? —preguntó el señor Utterson.

Poole buscó en su bolsillo y sacó una nota arrugada, que el abogado, acercándose a la vela, examinó cuidadosamente. Su contenido rezaba así:

«El doctor Jekyl saluda a los Sres. Maw y les asegura que su último envío es impuro y no sirve realmente para el fin propuesto. En el año 18... el doctor J. compró a los Sres. M. una cantidad bastante considerable de dicho producto. Hoy les ruega que busquen con la mayor diligencia y cuidado, y que, si les quedase algo de similar calidad, lo envíen inmediatamente. No reparen en gastos. No exagere si afirmo la gran importancia que tiene para el doctor J.» .

Hasta aquí la carta estaba redactada en un tono bastante mesurado; pero a partir de ahí, con un súbito embarullamiento de la pluma, se desataban las emociones del remitente.

«Por el amor de Dios», añadía, «encuéntrenme un poco de la antigua remesa» .

—Esta nota es muy extraña —dijo el señor Utterson; y de pronto añadió—: ¿Cómo es que está abierta?

—El empleado de Maw se enfadó mucho, señor, y me la devolvió como si le diera asco —respondió Poole.

—Es la letra del doctor sin lugar a dudas, ¿verdad? —continuó el abogado.

—Eso me pareció a mí —dijo el mayordomo, bastante malhumorado, y luego prosiguió, en un tono de voz distinto—. ¿Pero qué importa quién la escribiera? ¡Lo he visto con mis propios ojos!

—¿Dice usted que lo ha visto? —repitió el señor Utterson—. ¿Y bien?

—¡Eso es! —dijo Poole—. Fue así: entré de repente en la sala de operaciones a través del jardín. Al parecer había salido en busca de la droga, o lo que sea, pues la puerta del gabinete estaba abierta, y allí estaba al otro extremo de la habitación, buscando entre las cajas. Cuando yo entré, miró para arriba, lanzó una especie de grito, y subió a toda prisa las escaleras y se metió en el gabinete. Lo vi apenas unos instantes, pero se me pusieron los pelos de punta. Señor, si aquel hombre era mi amo, ¿por qué se cubría el rostro con una máscara? Si era mi amo, ¿por qué chilló como una rata y huyó de mí? He estado a su servicio durante mucho tiempo. Y además...

El mayordomo hizo una pausa y se pasó la mano por el rostro.

—Todas esas circunstancias son muy extrañas —dijo el señor Utterson—, pero creo que empiezo a ver claro. Es obvio que su amo, Poole, es presa de una de esas enfermedades que al mismo tiempo torturan y desfiguran al que las padece; de ahí, que yo sepa, el cambio de voz; y la máscara y el evitar a sus amigos; y su impaciencia por encontrar esa droga, en la que esa pobre alma

deposita sus últimas esperanzas de recuperación... ¡Quiera Dios que no se equivoque! Esa es mi explicación; es bastante deplorable, Poole, sí, y terrible de aceptar; pero es sencilla y lógica, bastante coherente, y nos libra de excesivos sustos.

—Señor —dijo el mayordomo, mientras su rostro empezaba a adquirir una especie de palidez jaspeada—, aquella cosa no era mi amo, esa es la verdad. Mi amo —y al llegar a este punto miró a su alrededor y empezó a hablar en voz baja— es un hombre alto y de buena figura, y aquel era más bien un enano.

Utterson intentó protestar.

—¡Oh!, señor —exclamó Poole—, ¿cree usted que no conozco a mi amo después de veinte años a su servicio? ¡Piensa que no sé a qué altura le llega la cabeza en la puerta del gabinete, donde lo he visto toda mi vida por las mañanas? No, señor, aquella cosa con máscara no era el doctor Jekyll... Dios sabrá quién es, pero no era el doctor Jekyll; y en el fondo estoy convencido de que se ha cometido un asesinato.

—Poole —replicó el abogado—, si usted dice eso, es mi deber comprobarlo. Por más que no desee herir los sentimientos de su amo, por mucho que me desconcierte esta nota, que parece demostrar que todavía está vivo, considero que es mi deber forzar esa puerta.

—¡Ah, señor Utterson, así se habla! —exclamó el mayordomo.

—Y ahora viene la segunda cuestión —prosiguió Utterson—: ¿Quién va a hacerlo?

—Pues bien, señor, usted y yo —fue la intrépida respuesta.

—Así me gusta —respondió el abogado—; y sean cuales fueren las consecuencias, me propongo asegurarme de que usted no salga perdiendo.

—Hay un hacha en la sala de operaciones —continuó Poole—; y usted podría coger el atizador de la cocina.

El abogado asió aquel instrumento tosco aunque pesado y lo sopesó.

—¿Sabe, Poole —dijo, alzando la mirada—, que usted y yo vamos a exponernos a una situación que ofrece cierto peligro?

—Bien puede usted decirlo, señor, y a lo creo —respondió el mayordomo.

—Es conveniente, entonces, que seamos francos —dijo el otro—. Los dos nos imaginamos más de lo que hemos dicho; confesémoslo. ¿Reconoció usted al tipo enmascarado que vio?

—Verá usted, señor, sucedió todo tan rápido, e iba tan encorvado, que apenas podría jurarlo —fue la respuesta—. Pero si usted se refiere a si era Mr. Hyde... ¡caramba, señor, creo que era él! Verá usted, era más o menos de su estatura, y tenía sus mismos andares rápidos y ligeros; y además, ¿quién más podría haber entrado por la puerta del laboratorio? ¿Se ha olvidado usted, señor, de que cuando se cometió el asesinato él todavía tenía la llave? Pero eso no es todo. No sé, señor Utterson, si usted vio alguna vez a ese Mr. Hyde.

—Sí —dijo el abogado—, una vez hablé con él.

—Entonces debe usted saber, lo mismo que todos nosotros, que había algo raro en aquel caballero... algo que asustaba... no sé exactamente cómo decirlo, señor, como no sea de este modo: que uno sentía que le penetraba hasta la médula... una especie de frío y debilidad.

—Yo mismo sentí algo parecido a lo que usted describe —dijo el señor Utterson.

—Así es, señor —respondió Poole—. Pues bien, cuando aquella cosa enmascarada saltó como un mono entre las sustancias químicas y en un abrir y cerrar de ojos se metió en el gabinete, algo helado me recorrió la columna vertebral de arriba abajo. ¡Oh!, ya sé que eso no prueba nada, señor Utterson; soy lo bastante instruido para saberlo; pero un hombre tiene sus presentimientos; ¡y le juro solemnemente que era Mr. Hyde!

—Sí, sí —dijo el abogado—. Mis temores me inducen a pensar lo mismo. La alarma, me temo, no carecía de fundamento... era inevitable que surgiera el mal... de aquella relación. Sí, sinceramente le creo; creo que el pobre Harry ha sido asesinado; y creo que su asesino (sólo Dios sabe con qué propósito) está todavía escondido en la habitación de su víctima. Pues bien, nos desquitaremos en su nombre. Llame a Bradshaw.

El lacayo acudió a la llamada muy pálido y nervioso.

—Tranquícese, Bradshaw —dijo el abogado—. Sé que esta incertidumbre les está afectando a todos; pero ahora tenemos la intención de acabar con eso. Poole y yo vamos a entrar por la fuerza en el gabinete. Si todo se encuentra en orden, tengo las espaldas lo suficientemente anchas para soportar reproches. Mientras tanto, para que no pase nada realmente, ni que ningún malhechor intente escapar por la parte de atrás, usted y el muchacho den la vuelta a la esquina con un par de buenos garrotes y apóstense junto a la puerta del laboratorio. Les damos diez minutos para que lleguen a sus puestos.

Cuando se marchó Bradshaw, el abogado miró su reloj.

—Y ahora, Poole, ocupemos nuestros puestos —dijo; y llevando el atizador bajo el brazo, se dirigió al patio.

Empujadas por el viento, las nubes se habían acumulado sobre la luna, y ahora todo estaba oscuro. Mientras andaban, el viento, que sólo soplabla a ráfagas y bocanadas dentro de aquel profundo patio de luces, agitaba la vela de un lado para otro, hasta que se refugiaron en la sala de operaciones, donde se sentaron en silencio a esperar. Por todas partes se oía el solemne murmullo del tráfico londinense; pero más cerca, el silencio sólo lo rompía el sonido de unos pasos que recorrían de un lado a otro el piso del gabinete.

—Lleva todo el día paseando así, señor —susurró Poole—; sí, y la mayor parte de la noche. Sólo descansa un poco cuando llega algún nuevo pedido de la droguería. ¡Ay, qué enemigo más grande del reposo es la mala conciencia!

¡Señor, a cada paso que da, derrama sangre de mala manera! Pero escuche de nuevo con un poco más de cuidado... preste atención con toda su alma, señor Utterson, y dígame si son esos los pasos del doctor.

Los pasos resonaban levemente y de una manera rara, con un cierto vaivén, a pesar de lo despacio que iba; eran muy diferentes efectivamente de los andares pesados y poco seguros de Henry Jekyll. Utterson suspiró.

—¿No hay nada más?

Poole asintió con la cabeza.

—Una vez —dijo—... ¡una vez le oí llorar!

—¿Llorar? ¿Cómo es eso? —dijo el abogado, perfectamente consciente del súbito escalofrío de horror que se había apoderado de él.

—Lloraba como una mujer o un alma en pena —dijo el mayordomo—. Me quedé tan apesadumbrado, que estuve a punto de llorar también.

Pero los diez minutos llegaron a su fin. Poole desenterró el hacha de debajo de un montón de paja de embalar; pusieron la vela encima de la mesa más cercana para que les alumbrara durante el ataque; y se acercaron conteniendo la respiración al lugar donde aquellos perseverantes pasos seguían yendo y viniendo, de un lado a otro, en el silencio de la noche.

—Jekyll —exclamó Utterson en voz alta—, insisto en verte.

Se calló un momento, pero no obtuvo respuesta.

—Te lo advierto claramente; tengo que verte, porque abrigamos sospechas —prosiguió—; si no es por las buenas, será por las malas... si no es con tu consentimiento, ¡será por la fuerza!

—Utterson —dijo la voz—, ¡ten piedad, por el amor de Dios!

—¡Ah!, esa no es la voz de Jekyll... ¡es la de Hyde! —exclamó Utterson—. ¡Derribe esa puerta, Poole!

Poole blandió el hacha por encima del hombro; el golpe hizo temblar todo el edificio, y la puerta forrada de tapete rojo se estremeció, aunque la cerradura y los goznes resistieron. Un lúgubre chillido, como de animal aterrado, resonó en el gabinete. El hacha se elevó otra vez, y de nuevo se astillaron los entrepaños y tembló el marco; el mayordomo descargó el hacha cuatro veces más, pero la madera era resistente y los herrajes de excelente factura; sólo al quinto golpe se partió y saltó la cerradura, y la puerta cayó destrozada hacia el interior sobre la alfombra.

Consternados por el estruendo que habían organizado y el silencio que siguió, los asaltantes retrocedieron un poco y miraron al interior. Ahí estaba el gabinete, delante de sus propios ojos, alumbrado por una discreta lámpara: un buen fuego resplandecía y chisporroteaba en la chimenea, la tetera silbaba sus tenues acordes, había uno o dos cajones abiertos, varios periódicos cuidadosamente apilados sobre la mesa de trabajo y, más cerca del fuego, el servicio de té preparado; diríase que era la habitación más tranquila y, a no ser por las vitrinas

llenas de productos químicos, la más vulgar de todo Londres aquella noche.

Justo en medio yacía el cuerpo de un hombre bastante contorsionado y todavía crispado. Se acercaron de puntillas, lo volvieron boca arriba y contemplaron el rostro de Edward Hyde. Vestía ropas de la talla del doctor, que le venían muy grandes; las fibras de su rostro todavía se movían como si aún le quedara algo de vida, aunque estaba completamente muerto; y por el frasco triturado que llevaba en la mano y el fuerte olor a almendras que flotaba en el aire, Utterson supo que se encontraba frente al cuerpo de un suicida.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo con severidad—, tanto para salvarlo como para castigarlo. Hyde ha muerto por su cuenta; y sólo nos queda encontrar el cadáver de su amo.

La mayor parte del edificio estaba ocupada por la sala de operaciones, que cubría casi toda la planta baja y estaba iluminada desde arriba, y el gabinete, que se encontraba en un extremo y constituía el piso superior con vistas al patio. Un pasillo empalmaba la sala de operaciones con la puerta que daba a la callejuela, la cual se comunicaba independientemente con el gabinete a través de un segundo tramo de escaleras. Había además unos cuantos aposentos oscuros y un espacioso sótano. Todos fueron examinados minuciosamente. Bastó una sola ojeada para cada aposento, ya que todos estaban vacíos y, por el polvo que cayó de sus puertas, hacía mucho tiempo que nadie las había abierto. El sótano estaba lleno, desde luego, de trastos viejos y desvencijados, que en su mayor parte procedían de la época del cirujano que había precedido a Jekyll; pero en cuanto abrieron la puerta se percataron de la inutilidad de un registro posterior por la caída de una maraña de telarañas que durante años habían sellado la entrada. En ninguna parte había el menor rastro de Henry Jekyll, muerto o vivo.

Poole golpeó con el pie las baldosas del pasillo.

—Debe de estar enterrado aquí —dijo, escuchando el sonido.

—O es posible que haya huido —dijo Utterson, y se volvió a examinar la puerta que daba a la callejuela. Estaba cerrada; y cerca encontraron la llave, tirada sobre las baldosas y manchada ya de orín.

—No parece que haya sido usada —comentó el abogado.

—¡Usada! —repitió Poole—. ¿No ve, señor, que está rota? Parece como si alguien la hubiese pisoteado.

—Sí —continuó Utterson—, y las fracturas también están oxidadas.

Los dos hombres intercambiaron una mirada de pánico.

—No puedo entenderlo, Poole —dijo el ahogado—. Volvamos al gabinete.

Subieron la escalera en silencio y, echando de vez en cuando alguna mirada atemorizada al cadáver, siguieron examinando más minuciosamente el contenido del gabinete. En una mesa había rastros de algún ensayo químico, varios montones de cierta sal blanca colocados en platillos de cristal para ser pesados, como si el desdichado doctor hubiera sido interrumpido en su experimento.

—Es la misma droga que yo le traía siempre —dijo Poole; y nada más decir eso, la tetera empezó a hervir con un alarmante silbido.

Eso los llevó hasta la chimenea, a la que habían arrimado el sillón para mayor comodidad, y el servicio de té, con el azúcar ya en la taza, estaba listo al alcance de la mano. Había varios libros en una estantería y otro abierto junto al servicio de té; y Utterson se quedó asombrado al comprobar que se trataba de una obra piadosa, por la que Jekyll había expresado varias veces una gran estima, la cual estaba anotada, de su propia mano, con sobrecogedoras blasfemias.

Luego, durante su examen de la cámara, llegaron al espejo de cuerpo entero, en cuyo fondo se miraron con involuntario horror. Pero lo habían vuelto de tal forma que sólo les mostró el resplandor rosado del fuego en el techo, sus múltiples destellos repetidos en los frentes de las vitrinas, y sus propios semblantes, pálidos y asustados, inclinados para mirar.

—Este espejo ha tenido que ver algunas cosas raras, señor —susurró Poole.

—Y sin duda, ninguna más rara que él mismo —repitió el abogado en el mismo tono—. Pues ¿qué podía Jekyll —al pronunciar esta palabra se interrumpió sobresaltado y luego añadió, superando su flaqueza—... qué podía querer Jekyll de él?

—¡Y usted que lo diga! —dijo Poole.

A continuación pasaron a la mesa de trabajo. Sobre el escritorio, entre una serie de papeles ordenados, destacaba un sobre grande en el que estaba escrito, de puño y letra del doctor, el nombre de Utterson. El abogado lo abrió y cayeron al suelo varios documentos anexos. El primero era un testamento, redactado en los mismos términos extravagantes que el que él mismo había devuelto seis meses antes, con el fin de que sirviera de última voluntad del doctor en caso de muerte, o de escritura de donación en caso de desaparición; pero en lugar del nombre de Edvard Hyde, el abogado leyó, con indescriptible asombro, el nombre de Gabriel John Utterson. Miró un momento a Poole y luego de nuevo a los documentos, y por último al cadáver del malhechor que estaba tendido sobre la alfombra.

—Me da vueltas la cabeza —dijo—. Todos estos días los documentos han estado en su poder; no tenía ningún motivo para simpatizar conmigo; debió de enfurecerse al verse desplazado; pero no ha destruido este documento.

Cogió el siguiente documento; era una breve nota, de puño y letra del doctor, y fechada en su encabezamiento.

—¡Oh, Poole! —exclamó el abogado—, hoy todavía vivía y estuvo aquí. No puede haberse deshecho de él en tan poco tiempo; tiene que estar vivo todavía, ¡debe de haber huido! Pero entonces, ¿por qué huyó?, ¿y cómo?, y en tal caso, ¿podemos aventurarnos a declarar que se trata de un suicidio? Debemos tener cuidado. Presiento que podemos implicar a su amo en alguna horrible catástrofe.

—¿Por qué no lo lee, señor? —preguntó Poole.

—Porque tengo miedo —replicó el abogado solemnemente—. Quiera Dios que no haya motivos para tenerlo.

Y tras decir esto se acercó el papel a los ojos y leyó lo que sigue:

Mi querido Utterson: cuando estas líneas caigan en sus manos, yo habré desaparecido, aunque no pueda prever en qué circunstancias; pero mi instinto y todas las circunstancias de mi indescriptible situación me dicen que el final es seguro y debe de estar próximo. Adelante, pues, primero lee el relato que Lanyon me advirtió que iba a poner en tus manos; y si quieres saber más, vuelve a la confesión de tu indigno y desdichado amigo

HENRY JEKYLL

—¿Había un tercer documento anexo? —preguntó Utterson.

—Aquí está, señor —dijo Poole, y le entregó un voluminoso paquete lacrado en varios lugares.

El abogado se lo metió en el bolsillo.

—Yo no hablaría a nadie de este documento. Si su amo ha huido o está muerto, al menos podemos proteger su reputación. Ahora son las diez; debo irme a casa y leer con tranquilidad estos documentos; pero estaré de vuelta antes de medianoche, y entonces podremos llamar a la policía.

Salieron, cerrando tras ellos la puerta de la sala de operaciones; y dejando de nuevo a la servidumbre reunida alrededor del fuego del salón, Utterson regresó a su despacho dando una caminata con el fin de leer los dos relatos en los que iba a explicarse este misterio.

EL RELATO DEL DOCTOR LANYON

El nueve de enero, hace ahora cuatro días, recibí en el correo de la tarde un sobre certificado, con la dirección escrita de puño y letra por mi colega y antiguo compañero de colegio Henry Jekyll. Aquello me sorprendió bastante, ya que no teníamos ni mucho menos la costumbre de escribirnos; lo había visto y había cenado con él la noche anterior, desde luego; y no podía imaginar nada en nuestro trato que justificara la formalidad de la certificación. El contenido del sobre aumentó mi asombro, pues la carta rezaba así:

10 de diciembre de 18...

Mi querido Lanyon:

Eres uno de mis más viejos amigos y, aunque a veces podamos haber disentido en cuestiones científicas, no puedo recordar, al menos en lo que a mí respecta, ninguna ruptura en nuestras relaciones. No hubo un solo día en el que, si tú me hubieras dicho: « Jekyll, mi vida, mi honor, mi razón, dependen de ti », yo no habría sacrificado mi fortuna o mi mano izquierda para ayudarte. Lanyon, mi vida, mi honor, mi razón, están completamente a tu merced; si esta noche me fallas, estoy perdido. Quizás imagines, después de este preámbulo, que voy a pedirte que hagas algo deshonroso. Juzga por ti mismo.

Quiero que pospongas cualquier compromiso que tengas esta noche... sí, aunque te hubieran convocado a la cabecera de un emperador; que tomes un coche de alquiler, a menos que tengas tu carruaje esperando en la puerta; y que, con esta carta en las manos para consultarla, te dirijas directamente a mi casa. Mi mayordomo, Poole, ha recibido las oportunas instrucciones; lo encontrarás esperando tu llegada, acompañado de un cerrajero. La puerta de mi gabinete tendrá que ser forzada; y tú entrarás solo, abrirás la vitrina marcada con la letra E que está a mano izquierda, rompiendo la cerradura si estuviese cerrada, y sacarás, *con todo lo que contiene, tal como esté*, el cuarto cajón contando desde arriba o (lo que es lo mismo) el tercero desde abajo. Estoy tan angustiado que tengo un miedo enfermizo a que no entiendas bien mis instrucciones; pero, aunque cometa alguna equivocación, reconocerás el cajón de que se trata por su contenido: unos polvos, un frasco y una libreta. Te ruego que te lleves ese cajón a tu casa en Cavendish Square, exactamente como está.

Esa es la primera parte del favor que te pido: he aquí la segunda. Si te pones en camino en cuanto recibas esta carta, estarás de vuelta mucho antes de medianoche; pero te dejaré todo ese margen, no sólo por miedo a uno de esos obstáculos que no se pueden evitar ni prever, sino porque, para lo que queda por hacer, es preferible que sea a una hora en que tus criados estén acostados. Tengo que pedirte, pues, que a medianoche estés solo en tu consultorio, que personalmente dejes entrar en tu casa a un hombre que se presentará en mi

nombre, y que pongas en sus manos el cajón que te habrás llevado del gabinete. Con ello habrás desempeñado tu papel y ganado toda mi gratitud. Cinco minutos después, si insistes en recibir una explicación, comprenderás que estas disposiciones son de capital importancia; y que de no cumplirse una sola de ellas, por fantásticas que puedan parecerse, mi muerte o el naufragio de mi razón podrían cargar sobre tu conciencia.

Aunque confío en que te tomarás en serio esta petición, se me cae el alma a los pies y mi mano tiembla sólo de pensar en tal posibilidad. Piensa que a estas horas estoy en un extraño lugar, trabajando presa de una malévolos angustia que ninguna imaginación podría exagerar, y sin embargo bien consciente de que, sólo con que cumplas puntualmente lo que te pido, mis problemas se esfumarán como un relato una vez contado. Hazme este favor, mi querido Lanyon, y salva a tu amigo

H.J.

P.D. Ya había lacrado esta carta cuando un nuevo terror se apoderó de mi alma. Es posible que el servicio de correo me falle, y que esta carta no llegue a tus manos hasta mañana por la mañana. En tal caso, querido Lanyon, lleva a cabo mi recado cuando más conveniente te resulte a lo largo del día; y una vez más espera a mi mensajero a medianoche. Puede que entonces sea ya demasiado tarde; y si esta noche no ocurre nada, has de saber que nunca más volverás a ver a Henry Jekyll.

Al leer esta carta, tuve la certeza de que mi colega estaba loco; pero, mientras no se confirmara aquello sin ninguna posibilidad de duda, me sentí obligado a hacer lo que me pedía. Cuanto menos comprendía aquel fárrago, menos en condiciones estaba de juzgar su importancia; y una petición así expresada no podía rechazarse sin incurrir en una grave responsabilidad. Por consiguiente, me levanté de la mesa, me monté en un cabriolé con pescante y me dirigí directamente a la casa de Jekyll. El mayordomo estaba esperando mi llegada; había recibido una carta certificada con instrucciones en el mismo correo que yo, e inmediatamente había mandado llamar a un cerrajero y a un carpintero. Los artesanos llegaron mientras todavía estábamos hablando; y todos juntos nos trasladamos a la antigua sala de operaciones del doctor Denman, desde la cual (como sin duda sabes) se accede más cómodamente al gabinete privado de Jekyll. La puerta era muy resistente, y la cerradura excelente; el carpintero admitió que, si había que hacer uso de la fuerza, tendría muchas dificultades y causaría grandes destrozos; y el cerrajero estaba al borde de la desesperación. Pero este último era un tipo muy mañoso, y después de dos horas de faena, la puerta quedó abierta. La vitrina marcada con la letra E no estaba

cerrada con llave; saqué el cajón, lo rellené de paja y lo envolví en una sábana, y regresé con él a mi casa en Cavendish Square.

Allí me puse a examinar su contenido. Los polvos estaban preparados con bastante habilidad, aunque no con la precisión de un farmacéutico: así que era evidente que Jekyll los había manufacturado personalmente; y cuando abrí una de las envolturas, encontré lo que me pareció una simple sal cristalina de color blanco. Después presté atención al frasco, que estaba lleno aproximadamente hasta la mitad de un líquido de color rojo sangre, muy acre al olfato, que me pareció que contenía fósforo y algún éter volátil. En cuanto a los demás ingredientes, no conseguí adivinarlos. La libreta era un cuaderno de notas corriente, que contenía poco más que una serie de fechas. Aunque cubrían un período de varios años, observé que las anotaciones cesaban, de modo muy brusco, desde hacía casi un año. De vez en cuando algún breve comentario se añadía a la fecha, por lo general una sola palabra: «doble», que aparecía tal vez seis veces sobre un total de varios centenares de anotaciones; y en una ocasión, muy al principio de la lista, y entre varios signos de admiración, «¡¡¡fracaso total!!!».

Aunque todo aquello avivó mi curiosidad, no me decía nada que fuera definitivo. Tenía ante mí un frasco de cierta tintura, un envoltorio con cierta sal, y el registro de una serie de experimentos que (como tantas otras investigaciones de Jekyll) no habían conducido a ningún resultado de utilidad práctica. ¿Cómo podía afectar la presencia de aquellos objetos al honor, la cordura o la vida de mi inconstante colega? Si el mensajero de Jekyll podía ir a determinado lugar, ¿por qué no podía ir él a otro? E incluso, admitiendo que existiera algún impedimento, ¿por qué tenía yo que recibir en secreto a aquel caballero? Cuanto más reflexionaba, más me convencía de que se trataba de un caso de enfermedad mental; y aunque di permiso a la servidumbre para irse a la cama, cargué un viejo revólver, por si tuviera que utilizarlo en legítima defensa.

Acababan de oírse las doce en Londres cuando sonó muy suavemente la aldaba de la puerta. Fui a abrir yo mismo y me encontré con un hombre de baja estatura, agazapado entre las columnas del pórtico.

—¿Viene usted de parte del doctor Jekyll? —le pregunté.

Me dijo que «sí» con gesto forzado; y cuando lo invité a entrar, no me obedeció sin antes lanzar una minuciosa mirada hacia atrás, a la oscuridad de la plaza. Había un policía no muy lejos, que avanzaba hacia nosotros con la pantalla de su linterna sorda descorrida; y me pareció que, al verlo, mi visitante se sobresaltaba y se daba más prisa.

Aquellos detalles, lo confieso, me impresionaron de mala manera; y mientras lo seguía a la consulta, radiantemente iluminada, no aparté mi mano del arma. Allí, por fin, tuve ocasión de verlo con claridad. Nunca le había puesto la vista encima, de eso estaba seguro. Era de baja estatura, como ya he dicho; me

sorprendió además la chocante expresión de su fisonomía, su admirable combinación de gran actividad muscular y aparente debilidad de constitución, y... por último, aunque no menos importante... la extraña turbación subjetiva que su proximidad provocaba. Era algo así como una rigidez incipiente, y venía acompañada de una acusada disminución del pulso. En aquel momento, lo atribuí a cierta aversión idiosincrásica y personal, y simplemente me sorprendió la agudeza de los síntomas; pero desde entonces he tenido motivos para creer que la causa se encuentra más hondamente arraigada en la naturaleza humana, y depende de algo mucho más noble que el principio del odio.

Aquel hombre (que desde el mismo momento en que entró suscitó en mí lo que sólo puedo describir como una fastidiosa curiosidad) iba vestido de un modo que en cualquier persona corriente habría parecido ridículo; aunque sus ropas eran, por así decirlo, de un tejido excelente y sobrio, le estaban enormemente grandes: los pantalones colgaban de sus piernas y estaban remangados para que no llegasen al suelo, la cintura del gabán le quedaba por debajo de las caderas, y las solapas casi le llegaban a los hombros. Aunque parezca extraño, aquel grotesco atavío distó mucho de hacerme reír. Como en la esencia misma de aquel ser que tenía ante mí había algo anormal y estrafulario... algo sobrecogedor, sorprendente y repugnante... más bien me pareció que esta nueva disparidad no sólo encajaba con aquella sino que la reforzaba; de modo que, a mi interés por la naturaleza y el carácter de aquel hombre, se añadió la curiosidad acerca de su origen, su vida, su fortuna y su posición social.

Aunque me ha llevado tanto tiempo ponerlas por escrito, estas observaciones fueron, sin embargo, cosa de unos pocos segundos. Mi visitante estaba enardecido, en efecto, por una sombría excitación.

—¿Lo tiene usted?—exclamó—. ¿Lo tiene usted?

Y su impaciencia era tan grande que incluso me puso una mano en el brazo y trató de zandearme.

Me aparté de él, consciente de que, al tocarme, un escalofrío me había helado la sangre.

—Vamos, señor —le dije—. Olvida usted que no tengo todavía el placer de conocerlo. Tenga la amabilidad de sentarse.

Y para darle ejemplo, me senté en mi asiento de costumbre, imitando mi comportamiento habitual con un paciente, en la medida en que me lo permitieron lo tardío de la hora, la índole de mis preocupaciones y el pavor que me producía mi visitante.

—Discúlpeme, doctor Lanyon —replicó él, bastante cortésmente—. Llevo usted razón en lo que dice; mi impaciencia ha dejado atrás a mi cortesía. Vengo aquí a petición de su colega, el doctor Henry Jekyll, por un asunto de cierta importancia; y tenía entendido —se detuvo y se llevó una mano a la garganta, y pude ver que, a pesar de sus sosegados modales, estaba intentando reprimir un

acceso de histeria—... tenía entendido que cierto cajón...

Pero al llegar a ese punto, me compadecí de la ansiedad de mi visitante, y quizá también un poco de mi creciente curiosidad.

—Aquí está, señor —le dije, señalando el cajón, que estaba en el suelo, detrás de una mesa, cubierto todavía por la sábana.

Se abalanzó sobre él, y luego se detuvo, llevándose la mano al corazón; pude oír cómo le rechinaban los dientes por el movimiento compulsivo de las mandíbulas; y su rostro tenía un aspecto tan horroroso que temí por su vida y su razón.

—Cálmese —le dije.

Me dirigió una sonrisa espantosa y, como impulsado por la desesperación, tiró de la sábana. Al ver el contenido, profirió un sollozo de alivio de tal intensidad que me quedé petrificado. Y un instante después, con una voz que ya parecía bastante controlada, me preguntó:

—¿Tiene una vasija graduada?

Me levanté de mi asiento con cierto esfuerzo y le di lo que pedía.

Me dio las gracias con una risueña inclinación de cabeza, midió unas cuantas gotas de la tintura roja y añadió una pizca de polvos. La mezcla, de una tonalidad rojiza al principio, a medida que se disolvían los cristales empezó a adquirir un color más vivo, a hervir de forma audible y a despedir nubecillas de vapor. De pronto, en aquel mismo momento cesó la ebullición y el compuesto se tornó de un color púrpura oscuro, que gradualmente perdió intensidad hasta convertirse en un verde desvaído. Mi visitante, que había observado con atención todas aquellas metamorfosis, sonrió, puso la vasija sobre la mesa, y luego se volvió y me miró con aire escudriñador.

—Y ahora —dijo—, acordemos lo que queda pendiente. ¿Será usted sensato? ¿Querrá dejarse aconsejar? ¿Me permitirá irme de su casa llevándome esta vasija en la mano sin decir una palabra más? ¿O es que el ansia de curiosidad lo domina a usted demasiado? Piénselo antes de responder, pues se hará lo que usted decida. Si así lo decide, se quedará usted como estaba antes, ni más rico ni más sabio, a menos que el sentimiento de haberle hecho un favor a un hombre en un gran apuro pueda contarse como una especie de riqueza espiritual. O si prefiere elegir, un nuevo campo del conocimiento y nuevos caminos hacia la fama y el poder se abrirán ante usted inmediatamente aquí en esta habitación; y sus ojos quedarán obnubilados por un prodigio capaz de hacer tambalear la incredulidad de Satanás.

—Señor —le dije, fingiendo una sangre fría que verdaderamente estaba lejos de poseer—, usted habla de manera enigmática, y tal vez no le sorprenda que yo lo escuche sin creerme demasiado lo que dice. Pero he ido demasiado lejos en mi prestación de favores inexplicables para detenerme antes de ver en qué acaba todo.

—Está bien —replicó mi visitante—. Lanyon, recuerde que lo ha jurado: lo que sigue es un secreto profesional. Y ahora, usted que durante tanto tiempo ha estado constreñido por los puntos de vista más restringidos y materialistas, que ha negado la virtud de la medicina trascendental, que se ha mofado de sus superiores... ¡mire!

Se llevó la vasija a los labios y se bebió el contenido de un trago. Siguió un grito; vaciló, se tambaleó, se agarró a la mesa y se sujetó, con los ojos extraviados e inyectados en sangre, jadeando con la boca abierta; y mientras yo le observaba creí percibir un cambio: pareció hincharse... de pronto su rostro se puso negro, y sus facciones parecieron desvanecerse y alterarse... y un instante después me levanté de un salto y retrocedí hasta la pared, con el brazo levantado para protegerme de aquel prodigio, y la mente sumida en el terror.

—¡Cielos! —grité—. ¡Cielos! —repetí una y otra vez; ya que ante mis ojos... pálido y tembloroso, medio desfallecido y tanteando ante sí con las manos como un resucitado... ¡estaba Henry Jekyll!

No me atrevo a trasladar al papel lo que me contó durante la hora siguiente. Vi lo que vi, oí lo que oí, y mi alma sintió náuseas por ello; y sin embargo, ahora que aquella visión se ha desvanecido de mis ojos, me pregunto si creo en su existencia, y no sé qué contestar. Mi vida ha quedado conmocionada por completo; el sueño me ha abandonado; el más atroz de los terrores me acompaña a todas horas del día y de la noche; tengo el presentimiento de que mis días están contados y que voy a morir; y sin embargo moriré sin creérmelo. En cuanto a la infamia moral que aquel hombre me desveló, aunque fuera entre lágrimas de arrepentimiento, no puedo, ni siquiera en el recuerdo, detenerme en ella sin un estremecimiento de horror. Sólo diré una cosa, Utterson, y será más que suficiente (si eres capaz de llegar a creerla). El ser que entró sigilosamente en mi casa aquella noche era conocido, según confesión del propio Jekyll, por el nombre de Hyde, y lo buscaban por todos los rincones del país por el asesinato de Carew.

Hastie Lanyon

DECLARACIÓN COMPLETA DE HENRY JEKYLL SOBRE EL CASO

Nací en el año 18... en una familia de gran fortuna, dotado además de talento, diligente por naturaleza, respetuoso con aquellos semejantes míos que consideraba prudentes y buenos, y por consiguiente, como podría suponerse, con toda clase de garantías en cuanto a un futuro honorable y distinguido. Y de hecho, el peor de mis defectos era una cierta e impaciente predisposición al regocijo, que ha hecho felices a muchos, pero que yo encontré difícil de conciliar con mi imperioso deseo de llevar bien alta la cabeza y mostrar ante el público un semblante más serio de lo que es normal. De ahí que ocultase mis placeres, y que, cuando alcancé la edad de la reflexión y comencé a mirar a mi alrededor y a hacer inventario de mis progresos y de mi posición social, mi vida estuviese ya sometida a una profunda duplicidad. Muchos hombres incluso habrían alardeado de las irregularidades de las que yo era culpable; pero dados los importantes objetivos que me había trazado, yo las respetaba y las ocultaba con una sensación de vergüenza casi enfermiza. Por lo tanto, fue más bien la naturaleza rigurosa de mis aspiraciones, y no una determinada degradación de mis defectos, lo que hizo de mí lo que fui, y lo que separó en mí, abriendo una zanja más profunda incluso que en la mayoría de los hombres, aquellos territorios del bien y del mal que dividen y componen la naturaleza dual del hombre. En este caso, me vi obligado a reflexionar profunda e inveteradamente sobre esa dura ley de la vida, que radica en el fondo de todas las religiones, y es una de las más abundantes fuentes de congoja. Y aunque aquella duplicidad fuese tan profunda, yo no era un hipócrita de ninguna manera; mis dos facetas eran completamente sinceras; no era en mayor medida yo mismo cuando dejaba a un lado cualquier restricción y me sumía en el deshonor, que cuando me esforzaba, a la luz del día, para profundizar en el conocimiento o el alivio de las penas y los sufrimientos.

Y sucedió que la orientación de mis estudios científicos, totalmente dirigidos hacia lo esotérico y lo sobrenatural, sufrió un cambio y arrojó más luz sobre esta percepción de la perenne guerra entre mis miembros. Día tras día, y en las dos facetas de mi inteligencia, la moral y la intelectual, me fui acercando, pues, cada vez más a esa verdad por cuyo descubrimiento parcial he sido condenado a tan espantosa catástrofe: el hombre no es realmente uno, sino dos. Digo dos, porque el nivel de mis conocimientos no me permite ir más allá. Otros seguirán, otros me dejarán atrás en esa misma vía; y me aventuro a conjeturar que, en última instancia, el hombre será conocido como una mera comunidad de múltiples habitantes, incongruentes e independientes entre sí. Por mi parte, dada la naturaleza de mi vida, avancé infaliblemente en una sola dirección. Fue en la faceta moral, y en mi propia persona, donde aprendí a reconocer la completa y primitiva dualidad del hombre; me di cuenta de que, de las dos naturalezas que luchaban en el campo de batalla de mi conciencia, aun cuando podía decirse con

razón que yo era cualquiera de las dos, ello se debía únicamente a que era radicalmente ambas; y desde muy temprana fecha, antes incluso de que el curso de mis descubrimientos científicos comenzara a sugerir la más ostensible posibilidad de semejante milagro, ya había aprendido yo a recrearme con placer, como en una querida ensoñación, en la idea de la separación de estos elementos. Si cada uno de ellos, me decía, pudiera alojarse en identidades distintas, la vida se vería exonerada de todo cuanto es insoportable; lo injusto podría seguir su camino, liberado de las aspiraciones y remordimientos de su doble más íntegro; y lo justo podría recorrer con firmeza y tenacidad su senda ascendente, haciendo las buenas obras en las que encontraba placer, sin exponerse más a la ignominia y al remordimiento a causa de un mal ajeno a él. Precisamente era una maldición para la humanidad que aquellas incongruentes gavillas estuviesen así unidas... que esos dobles opuestos tuvieran que enfrentarse continuamente en las atormentadas entrañas de la conciencia. ¿Cómo podían, pues, disociarse?

Hasta ahí había llegado en mis reflexiones, cuando, como ya he dicho, una luz indirecta, procedente de la mesa del laboratorio, comenzó a aclarar el tema que me preocupaba. Empecé a percibir con mayor claridad de lo que jamás se ha afirmado, la trémula insignificancia, la nebulosa transitoriedad, de este cuerpo aparentemente tan sólido en el que vamos envueltos. Descubrí que ciertos agentes tienen el poder de sacudir y arrancar esa vestidura carnal, del mismo modo que el viento podía agitar las cortinas de un pabellón. Por dos buenas razones no entraré más a fondo en este aspecto científico de mi confesión. En primer lugar, porque he tenido que aprender que el destino y la responsabilidad de nuestras vidas los llevamos ligados para siempre a nuestras espaldas; y cuando alguien intenta deshacerse de ellos, no hacen más que volver a gravitar sobre nosotros con una fuerza más desconocida y más tremenda. En segundo lugar, porque, como mi relato, ¡ay de mí!, pondrá en evidencia, mis descubrimientos fueron incompletos. Baste, pues, con decir que no sólo llegué a comprender que mi cuerpo material no era más que el aura y refulgencia de ciertas potencias que componían mi espíritu, sino que conseguí elaborar una droga por medio de la cual estas potencias podían ser destronadas de su supremacía, y ser sustituidas por una segunda forma y compostura, no menos naturales en mí, ya que eran expresión y reflejo de los aspectos más viles de mi alma.

Vacilé mucho antes de poner a prueba esta teoría. Sabía muy bien que me arriesgaba a morir; ya que cualquier droga que controlara tan poderosamente e hiciera temblar la fortaleza misma de la identidad podría suprimir totalmente, con la menos escrupulosa sobredosis o la más ínfima inoportunidad en cuanto al momento de administrarla, aquel tabernáculo inmaterial que yo pretendía cambiar. Pero la tentación de un descubrimiento tan singular y profundo superó finalmente cualquier asomo de alarma. Hacía mucho que había preparado mi

tintura; en seguida compré, en un mayorista de productos químicos, una gran cantidad de cierta sal que, según sabía por mis experimentos, era el último ingrediente necesario; y bien entrada una infausta noche, combiné los elementos, observé cómo hervían y humeaban en la vasija, y cuando cesó la ebullición, en un inusitado arranque de valor, me bebí la pócima de un trago.

Me acometieron las angustias más atroces: un crujir de huesos triturados, una terrible náusea, y un horror en el alma imposible de superar ni en la hora del nacimiento ni de la muerte. Luego, aquellas angustias empezaron a apaciguarse rápidamente y volví en mí como si saliese de una grave enfermedad. Había algo extraño en mis sensaciones, algo nuevo e inefable y, por su misma novedad, de increíble dulzura. Me sentía más joven, más ligero de cuerpo, más alegre; notaba dentro de mí una impetuosa osadía, una oleada de turbulentas imágenes sensuales se sucedían vertiginosas en mi imaginación, como el agua en el caz de un molino, una disolución de las ataduras del deber, una desconocida, aunque no inocente, libertad de espíritu. Me di cuenta, en el primer aliento de esta nueva vida, de que era más perverso, diez veces más perverso, que estaba esclavizado a mi genio maléfico primitivo; y ese pensamiento, en aquel momento fortaleció mi ánimo y me deleitó como si fuera vino. Estiré los brazos, exultante por la novedad de estas sensaciones, y al hacerlo, de pronto fui consciente de que mi estatura había menguado.

En aquella época no había espejo en mi habitación; el que hay ahora junto a mí mientras escribo fue traído más tarde, con motivo precisamente de esas transformaciones. La noche, sin embargo, estaba ya muy entrada y el amanecer, todavía oscuro, estaba a punto de alumbrar el nuevo día... a aquellas horas, los habitantes de mi casa estaban sumidos en el sueño de rigor, por lo que decidí, rebosante como estaba de esperanzas y de júbilo, aventurarme bajo mi nuevo envoltorio hasta mi dormitorio. Atravesé el patio, donde las constelaciones me miraron asombradas, podía haber pensado, ya que era el primer ser de esa especie que su insomne vigilancia les había revelado; forastero en mi propia casa, llegué a mi habitación y vi por vez primera el aspecto de Edward Hyde.

Aquí me veo obligado a hablar sólo en teoría, diciendo no lo que sé, sino lo que me imagino más probable. El lado malo de mi naturaleza, al que había transferido el sello de la eficacia, era menos robusto y estaba menos desarrollado que el lado bueno al que acababa de deponer. Además, en el transcurso de mi vida, que había sido, después de todo, una vida de esfuerzo, virtud y control en sus nueve décimas partes, dicho lado había sido mucho menos ejercitado y estaba mucho menos agotado. De ahí, creo yo, que Edward Hyde fuese mucho más pequeño, más ligero y más joven que Henry Jekyll. Del mismo modo que el bien resplandecía en el semblante de uno, el mal estaba claramente grabado en el rostro del otro. Además, el mal (al que todavía debo considerar el lado letal del hombre) había dejado en aquel cuerpo una impronta de deformidad y de

decadencia. Y sin embargo, al contemplar en el espejo aquella fea imagen, no sentí la menor repugnancia, sino más bien un impulso de bienvenida. Aquel también era yo. Parecía natural y humano. Traía a mis ojos una imagen más realista del espíritu, parecía más directo y simple que el semblante imperfecto y escindido que hasta entonces solía considerar mío. Y en eso tenía indudablemente razón. He observado que cuando adoptaba la apariencia de Edward Hyde, nadie podía acercarse a mí al principio sin una visible aprensión física. Esto, según creo, se debía a que todos los seres humanos, tal como los conocemos, son una mezcla del bien y del mal; mientras que Edward Hyde era el único representante del mal puro en todo el ámbito del género humano.

Me quedé sólo un momento ante el espejo: el segundo y concluyente experimento todavía quedaba por hacer; aún quedaba por ver si había perdido irremediablemente mi identidad y debía huir, antes de que amaneciese, de una casa que ya no era mía; y volví corriendo a mi gabinete, preparé otra vez la pócima y me la bebí, sufrí una vez más los tormentos de la disolución, y de nuevo volví a mi ser, recobrando la naturaleza, la estatura y el rostro de Henry Jekyll.

Aquella noche había llegado a una encrucijada fatal. Si hubiera enfocado mi descubrimiento con un espíritu más noble, si hubiera corrido el riesgo del experimento estando bajo la influencia de aspiraciones generosas o piadosas, todo habría sido diferente, y de aquellas angustias de muerte y de nacimiento habría surgido un ángel en lugar de un demonio. La droga no tenía ningún efecto discriminatorio; no era ni diabólica ni divina; tan sólo hacía temblar las puertas de la cárcel de mi temperamento y, como los cautivos de Filipos^[25], lo que estaba dentro salía al exterior. Por aquel entonces mi virtud dormitaba; lo que había de malo en mí, que la ambición mantenía despierto, estaba alerta y dispuesto a no dejar escapar la ocasión; y lo que estaba planeado era Edward Hyde. Por lo tanto, aunque ahora tenía dos naturalezas lo mismo que dos apariencias, una de ellas era completamente malvada, y la otra seguía siendo el viejo Henry Jekyll, ese incongruente compuesto de cuya reforma y mejora había aprendido ya a desesperar. Así que la tendencia estaba totalmente orientada hacia lo peor.

Ni siquiera entonces había superado todavía mi aversión a la aridez de una vida dedicada al estudio. A veces seguía teniendo una alegre disposición; y como mis placeres eran indecorosos (por no decir otra cosa peor), y no sólo era bien conocido y muy considerado, sino que me estaba haciendo mayor, esa incoherencia de mi vida se iba haciendo cada día más incómoda. Fue por ahí por donde mi nuevo poder me tentó hasta hacerme caer en la esclavitud. No tenía más que beber la pócima e inmediatamente me libraría del cuerpo del eminente profesor y adoptaría, como un grueso capote, el de Edward Hyde. La idea me hacía sonreír; en aquel tiempo me parecía graciosa; por tanto hice mis preparativos con el mayor esmero posible. Alquilé y amueblé aquella casa en el

Soho adonde llegó la policía siguiendo la pista de Hyde; y contraté como ama de llaves a una criatura de cuyo silencio y pocos escrúpulos tenía buena constancia. Por otra parte, anuncié a la servidumbre que un tal Mr. Hyde (del que di su descripción) debía gozar de total libertad y plenos poderes en mi casa de la plaza; y, para evitar contratiempos, incluso la visité bajo mi nueva caracterización para que se familiarizasen con mi presencia. Luego redacté aquel testamento al que tantos reparos pusiste; de modo que, si algo me sucedía en mi personificación del doctor Jekyll, pudiera pasarme a la de Edward Hyde sin pérdidas pecuniarias. Y fortalecido así en ambos flancos, eso creía, empecé a sacar provecho de las inesperadas inmunidades de mi situación.

Antes los hombres alquilaban matones para llevar a cabo sus crímenes, mientras que sus propias personas y su reputación quedaban a cubierto. Yo fui el primero que hizo eso para satisfacer mis placeres. Era el primero que podía, de esta manera, aparecer públicamente revestido de una cordial respetabilidad, y un instante después, como un colegial, despojarme de aquellos préstamos y tirarme de cabeza al mar de la libertad. Y sin embargo, envuelto en un manto impenetrable, para mí la seguridad era completa. Imagínate... ¡ni siquiera existía! Me bastaba con poder escapar por la puerta del laboratorio, y disponer de un par de segundos para mezclar y tomarme el bebedizo que siempre tenía preparado; y, fuera lo que fuese lo que hubiera hecho, Hyde desaparecería como el vaho del aliento en un espejo; y en su lugar, tranquilamente en su casa, despidiendo la lámpara de su despacho a medianoche, pudiéndose permitir irse de cualquier sospecha, sería Henry Jekyll.

Los placeres que me apresuré a buscar bajo este disfraz fueron, como he dicho, indecorosos; no me atrevería a emplear un término más severo. Pero, en manos de Edward Hyde, pronto empezaron a derivar hacia lo monstruoso. Cuando volvía de aquellas correrías, a menudo me sumía en una especie de asombro ante mi vicaria depravación. Aquel demonio familiar que hice surgir de mi propia alma, y solté para que hiciese cuanto se le antojara, era un ser de una maldad y vileza inherentes; todos sus actos y pensamientos se centraban en sí mismo; bebía el placer con avidez bestial infligiendo a los demás toda clase de torturas; era tan implacable como una estatua de piedra. Henry Jekyll se horrorizaba a veces ante los actos de Edward Hyde; pero la situación estaba al margen de las leyes ordinarias, y se evadía insidiosamente del control de la conciencia. Después de todo, el culpable era Hyde, y sólo Hyde. Jekyll no estaba peor; volvía a despertarse con sus buenas cualidades aparentemente intactas; incluso se apresuraba, cuando ello era posible, a reparar el mal hecho por Hyde. Y así su conciencia se adormecía.

No tengo intención de entrar en detalles acerca de la infamia de la que, de este modo, fui cómplice (pues ni siquiera ahora puedo admitir apenas que la cometí); sólo quiero señalar las advertencias y las sucesivas etapas mediante las

cuales se fue acercando mi castigo. Sufrí un accidente que, como no tuvo consecuencias, no haré más que mencionar. Un acto de crueldad con una niña atrajo sobre mí la ira de un transeúnte, al que reconocí el otro día en la persona de un pariente tuyo; el médico y la familia de la niña se unieron a él; hubo momentos en que temí por mi vida; y por fin, para apaciguar su más que justo enfado, Edward Hyde tuvo que llevarlos hasta la puerta y pagarles con un cheque extendido a nombre de Henry Jekyll. Pero aquel peligro fue fácilmente eliminado en lo sucesivo, abriendo una cuenta en otro banco a nombre del propio Edward Hyde; y cuando, torciendo un poco la escritura, hube proporcionado una firma a mi doble, creí hallarme a salvo de los embates del destino.

Unos dos meses antes del asesinato de sir Danvers, había salido yo a correr una de mis aventuras, de la que regresé muy tarde, y al día siguiente me desperté en la cama con unas sensaciones un tanto extrañas. En vano miré a mi alrededor; en vano vislumburé el decoroso mobiliario y las amplias proporciones de mi habitación en la casa de la plaza; en vano reconocí el estampado de los cortinajes del lecho y el diseño del armazón de caoba; algo seguía insistiendo en decirme que no me encontraba donde creía encontrarme, que no me había despertado donde parecía estar, sino en la pequeña habitación del Soho en la que solía dormir en el cuerpo de Edward Hyde. Sonreí para mis adentros y, siguiendo mis hábitos psicológicos, me puse a investigar lentamente los componentes de aquella ilusión y, mientras lo hacía, volví a caer, de vez en cuando, en una agradable somnolencia matutina. Seguía ocupado en aquello cuando, en uno de los momentos en que me encontraba más despierto, mis ojos repararon en una de mis manos. Pues bien: Henry Jekyll (como me has comentado muchas veces) tenía las manos típicas de un profesional tanto en forma como en tamaño: grandes, firmes, blancas y delicadas. Pero la mano que vi en aquellos momentos con bastante claridad a la luz amarillenta de la media mañana londinense, medio cerrada sobre el embozo de la cama, era delgada, nervuda, nudosa, de una palidez fosca, y estaba cubierta por abundante vello oscuro. Era la mano de Edward Hyde.

Debí de quedarme mirándola fijamente cerca de medio minuto, sumido como estaba en el mero estupor del asombro, antes de que el terror despertase en mi pecho, tan inesperado y sobrecogedor como el estrépito de unos platillos, y saltando de la cama, me precipitara hacia el espejo. Al ver lo que se encontraron mis ojos, me pareció que mi sangre se volvía menos espesa y sumamente helada. Sí, me había acostado como Henry Jekyll y había despertado como Edward Hyde. ¿Cómo podía explicarse eso?, me pregunté; y luego, con otro sobresalto de terror: ¿cómo iba a remediarlo? Aquello ocurrió ya muy entrada la mañana; la servidumbre ya se había levantado; todas mis drogas estaban en el gabinete... desde donde me encontraba, paralizado por el terror, tenía que recorrer un largo trayecto: bajar dos tramos de escaleras, recorrer el pasillo de

atrás, cruzar el patio y atravesar la sala de anatomía. Podría, en efecto, cubrirme el rostro; pero ¿de qué serviría eso, si no podía ocultar el cambio de estatura? Y entonces, con gran alivio consolador, me vino a la memoria que la servidumbre estaba ya acostumbrada a las idas y venidas de mi segundo yo. En seguida me vestí, lo mejor que pude, con ropas de mi propia talla; no tardé en atravesar la casa, donde Bradshaw me miró fijamente y retrocedió al ver a Mr. Hyde a semejante hora y con tan extraño atavío; y diez minutos después, el doctor Jekyll había recuperado su propia apariencia y estaba sentado, con expresión sombría, fingiendo que desayunaba.

La verdad es que tenía poco apetito. Aquel inexplicable incidente, aquella inversión de mi experiencia anterior, parecía deletrear mi sentencia, como los dedos sobre el muro babilónico^[26]; y empecé a reflexionar más seriamente que nunca acerca de las consecuencias y posibilidades de mi doble existencia. Aquella parte de mí que yo tenía el poder de proyectar últimamente había sido muy ejercitada y fomentada; en los últimos tiempos tenía la impresión de que el cuerpo de Edward Hyde había aumentado de estatura, como si (cuando adoptaba aquella forma) notara una mayor afluencia de sangre; y empecé a barruntar el peligro de que, si aquello se prolongaba mucho, mi equilibrio mental podría ser destruido irreparablemente, que podría perder la facultad de cambiar a voluntad, y que la personalidad de Edward Hyde se apoderaría de mí irrevocablemente. El poder de la droga no siempre se había manifestado igual de eficaz. Una vez, muy al principio de mi carrera, me había fallado por completo; a partir de entonces en más de una ocasión me había visto obligado a doblar la dosis, e incluso una vez, arrojando un infinito peligro de muerte, a triplicarla; y hasta la fecha aquellas raras incertidumbres habían sido la única sombra que empañaba mi satisfacción. Ahora, sin embargo, a la luz del accidente de aquella mañana, llegué a la conclusión de que, en tanto que al principio la dificultad había residido en quitarse de encima el cuerpo de Jekyll, posteriormente, de forma gradual aunque decidida, dicho inconveniente se había transferido al lado contrario. Por consiguiente, todo parecía indicar que estaba perdiendo lentamente el control de mi personalidad original y mejor, y que poco a poco me estaba convirtiendo en mi segundo y peor yo.

Me di cuenta de que debía elegir entre las dos. Mis dos naturalezas compartían una misma memoria, pero todas las demás facultades estaban bastante desigualmente repartidas entre ellas. Jekyll (que era un compuesto), unas veces con el más sensible recelo, otras con vehemente entusiasmo, planeaba y compartía los placeres y aventuras de Hyde; pero a Hyde le tenía sin cuidado Jekyll, o a lo sumo se acordaba de él como el bandolero montaraz recuerda la cueva en la que se oculta de sus perseguidores. Jekyll se interesaba más que un padre; Hyde mostraba mayor indiferencia que un hijo. Unir mi suerte a la de Jekyll suponía renunciar a aquellos apetitos a los que durante tanto

tiempo había cedido a escondidas y que últimamente había empezado a consentir. Compartirla con Hyde significaba renunciar a miles de intereses y aspiraciones, y convertirme, de golpe y para siempre, en un ser despreciado y sin amigos.

La apuesta podía parecer desigual; pero había que sopesar otra consideración; pues mientras que Jekyll padecía con desazón los ardores de la abstinencia, Hyde ni siquiera era consciente de todo lo que había perdido. Por extraña que fuera mi situación, los términos de este debate son tan viejos y vulgares como el hombre mismo; pues son poco más o menos los mismos estímulos y temores los que deciden la suerte de cualquier pecador que se enfrenta tembloroso a la tentación; y me sucedió lo que a la inmensa mayoría de mis semejantes: que elegí la mejor parte pero descubrí que carecía de energías para ceñirme a ella.

Sí, elegí al médico descontento y de edad avanzada, rodeado de amigos y que tan honradas esperanzas abrigaba; y me despedí resueltamente de la libertad, la relativa juventud, el paso ligero, los impulsos repentinos y los placeres secretos de los que había disfrutado bajo el disfraz de Hyde. Tomé aquella decisión quizás con cierta reserva inconsciente, pues no abandoné la casa del Soho, ni destruí la ropa de Edward Hyde, que todavía sigue lista en mi gabinete. Sin embargo, durante un par de meses fui fiel a mi determinación; durante dos meses llevé una vida más austera de lo que nunca había conseguido llevar, y disfruté de las compensaciones de una conciencia tranquila. Pero finalmente el tiempo empezó a hacerme olvidar la inmediatez de aquellos temores; los halagos de la conciencia comenzaron a convertirse en cosa normal; empecé a sentirme torturado por angustias y anhelos, como si Hyde forcejeara para liberarse; y al fin, en un momento de debilidad moral, volví una vez más a preparar y apurar de un trago el bebedizo transformador.

Supongo que cuando un borracho razona consigo mismo acerca de su vicio, ni una sola vez entre quinientas se siente afectado por los peligros que le hace correr su brutal insensibilidad física; tampoco yo, por mucho que haya examinado mi situación, tuve bastante en cuenta la completa insensibilidad moral y la insensata disposición al mal, que eran los rasgos dominantes de Edward Hyde. Sin embargo, a causa de ellos fui castigado. Mi demonio llevaba mucho tiempo enjaulado y salió rugiendo. Era consciente, incluso mientras me tomaba el bebedizo, de que mi propensión al mal era cada vez más desenfrenada, más furiosa. Debí de ser eso, imagino, lo que provocó en mi alma aquella tempestuosa impaciencia con que escuché las cortesías de mi desdichada víctima; al menos, declaro ante Dios que ningún hombre moralmente sano podía haber sido culpado de aquel crimen en base a tan irrisoria provocación; y que le golpeé con la misma falta de juicio con que un niño enfermo podría romper un juguete. Pero me había despojado voluntariamente de todos aquellos instintos compensatorios mediante los cuales incluso el peor de nosotros sigue su camino

con cierto grado de estabilidad en medio de las tentaciones; y en mi caso, ser tentado, aunque fuera levemente, suponía caer.

En el acto se despertó en mí el espíritu infernal y me puse furioso. Con un arrebatado de júbilo, vapuleé aquel cuerpo que no ofrecía resistencia, saboreando con deleite cada golpe; y sólo cuando empezó a manifestarse el cansancio, senti de pronto, en la cima de mi delirio, que un frío estremecimiento de horror me traspasaba el corazón. Al disiparse aquella niebla, comprendí que mi vida estaba sentenciada; y hui del escenario de aquellos excesos, exultante y tembloroso al mismo tiempo, complacidas y estimuladas mis ansias de mal, más exaltado que nunca mi amor a la vida. Corrí a mi casa en el Soho, y (para mayor seguridad) destruí mis documentos; salí de allí a las calles iluminadas por farolas, con la mente escindida por el mismo éxtasis, recreándome en mi crimen, tramando despreocupadamente otros para el futuro, y sin embargo apresurándome y atento por si oía los pasos de mis perseguidores.

Hyde tenía una canción en los labios mientras preparaba el brebaje, y al tomárselo brindó por el hombre muerto. Todavía no habían terminado de desgarrarlo los tormentos de la transformación, cuando Henry Jekyll, derramando abundantes lágrimas de gratitud y remordimiento, cayó de rodillas y alzó al cielo las manos entrelazadas. El velo de la autocompasión se había rasgado de arriba abajo y vi mi vida en su totalidad; la seguí desde los días de mi infancia, cuando paseaba de la mano de mi padre, y a través de los trabajos abnegados de mi vida profesional, hasta llegar una y otra vez, con la misma sensación de irrealidad, a los tremendos horrores de aquella noche. Estuve a punto de gritar; traté de calmar con lágrimas y oraciones la repugnante multitud de imágenes y sonidos que se desbordaban en mi recuerdo; y sin embargo, en medio de las súplicas, el feo rostro de mi iniquidad miraba al interior de mi alma. Cuando aquel remordimiento agudo empezó a desvanecerse, lo siguió una sensación de júbilo. El problema de mi conducta estaba solucionado. A partir de entonces Hyde ya no era posible; lo quisiera yo o no, ahora estaba reducido a la mejor parte de mi existencia; y ¡oh, cómo me regocijó pensar en eso!, ¡con qué complaciente humildad abracé de nuevo las restricciones de la vida normal!, ¡con qué sincera renunciación cerré la puerta por la que tan a menudo había entrado y salido, y destrocé la llave bajo mis pies!

Al día siguiente llegó la noticia de que el asesinato había sido investigado, que la culpabilidad de Hyde era evidente para todo el mundo, y que la víctima era un hombre muy estimado públicamente. No fue sólo un crimen, había sido un trágico desatino. Creo que me alegré de saberlo; creo que me alegré de que mi terror al patíbulo hubiese apuntalado y protegido mis mejores impulsos. Jekyll era ahora mi baluarte; si Hyde asomara por un momento, todo el mundo alzaría las manos para detenerlo y matarlo.

Decidí redimir el pasado con mi conducta futura; y puedo decir con toda

sinceridad que mi decisión produjo algún bien. Tú sabes con cuánto empeño me esforcé en los últimos meses del año pasado por aliviar los sufrimientos; y también sabes lo mucho que hice por los demás, y que los días pasaban tranquilamente, casi felizmente para mí. Tampoco puedo decir realmente que me cansara de aquella vida inocente y caritativa; creo, por el contrario, que cada día disfrutaba más de ella; pero todavía padecía mi dualidad de propósitos; y mientras se embotaba el primer filo de mi arrepentimiento, mi parte más ruin, consentida durante tanto tiempo y tan recientemente encadenada, empezaba a refunfuñar pidiendo licencia. No es que pensara en resucitar a Hyde; la simple idea de hacer eso me asustaba hasta el paroxismo: no, era mi propia persona la que una vez más estaba tentada de jugar con mi conciencia; y a escondidas, como un vulgar pecador, fue como acabé cediendo a los asaltos de la tentación.

A todas las cosas les llega su fin; incluso la medida de mayor capacidad termina por colmarse; y aquella breve condescendencia con lo que había de malo en mí finalmente destruyó el equilibrio de mi alma. Y sin embargo, no estaba alarmado; la caída parecía normal, como una vuelta a los viejos tiempos anteriores a mi descubrimiento. Era un hermoso y claro día de enero, con el suelo mojado por haberse fundido la escarcha, pero sin nubes en el cielo; y Regent's Park estaba lleno de gorjeos invernales y dulces fragancias primaverales. Me senté al sol en un banco; el animal que llevo dentro se relamía en sus recuerdos; el lado espiritual estaba un poco adormecido, prometiendo un posterior arrepentimiento, pero sin decidirse a empezar. Después de todo, pensaba, soy como mis semejantes; y entonces sonreí, comparándome con los demás hombres, comparando mi buena voluntad tan activa con la desidiosa crueldad de su negligencia. Y en el momento mismo en que aquel pensamiento de vanagloria cruzaba mi mente, me sobrevino un mareo, una náusea horrosa y unos tremendos escalofríos. Los síntomas desaparecieron, pero quedé exhausto; y entonces, cuando a su vez disminuyó la debilidad, empecé a darme cuenta de un cambio en mis pensamientos, una mayor audacia, un desprecio al peligro, una disolución de las ataduras del deber. Bajé la mirada; mis ropas colgaban informes sobre mis miembros encogidos; la mano que reposaba sobre mi rodilla era nudosa y peluda. De nuevo me había convertido en Edward Hyde. Un momento antes era digno del respeto de todo el mundo, rico y querido... la mesa preparada me esperaba en el comedor de mi casa; ahora, en cambio, me había convertido en una vulgar presa de los hombres, un perseguido, sin hogar, un conocido asesino, candidato al cadalso.

Mi razón flaqueó, pero no me falló del todo. Más de una vez había observado que, en mi segunda personificación, mis facultades parecían haberse agudizado hasta cierto punto y mi ánimo haberse vuelto más tenso y elástico; y así sucedió que, allí en donde Jekyll quizás hubiese sucumbido, Hyde estuvo a la altura de las circunstancias. Mis drogas estaban en una de las vitrinas de mi gabinete; ¿cómo

llegar a ellas? Ese era el problema que (estrujándome las sienes con las manos) me puse a resolver. Había cerrado la puerta del laboratorio. Si intentaba entrar por la casa, mis propios criados me enviarían al patíbulo. Comprendí que tenía que utilizar a otra persona, y pensé en Lanyon. Pero ¿cómo llegar hasta él?, ¿cómo persuadirlo? Suponiendo que lograrse evitar que me capturasen en la calle, ¿cómo iba a abrirme paso hasta él?, y ¿cómo podía yo, un visitante desconocido y desagradable, convencer al famoso médico para que desvalijara el despacho de su colega, el doctor Jekyll? Entonces recordé que todavía me quedaba una parte de mi personalidad original: podía escribir con mi propia letra; y en cuanto tuve aquella brillante ocurrencia, el camino a seguir quedó iluminado desde el principio hasta el final.

Inmediatamente después, me arreglé la ropa lo mejor que pude, y llamando a un cabriolé con pescante que pasaba por allí, me dirigí a un hotel en Portland Street, cuyo nombre recordé por casualidad. Al ver mi aspecto (que la verdad es que era bastante cómico, por trágico que fuera el destino que aquella ropa ocultaba), el cochero no pudo ocultar la risa. Rechiné los dientes ante él en un acceso de furia diabólica, y la sonrisa se desvaneció de su rostro... afortunadamente para él... pero todavía más para mí, pues si se hubiera prolongado sólo un momento más sin duda lo habría arrojado de su pescante. Cuando entré en la posada, miré a mi alrededor con tan adusto semblante que hice temblar a los empleados; no intercambiaron ni una sola mirada en mi presencia, sino que atendieron servilmente mis órdenes, me condujeron a una habitación privada y me trajeron recado de escribir. Cuando su vida peligraba, Hyde se convertía en una criatura nueva para mí: se estremecía desmesuradamente de ira, se excitaba hasta bordear el asesinato, deseaba hacer sufrir a sus semejantes. Sin embargo aquel ser era astuto; dominó su furia con un gran esfuerzo de voluntad; escribió dos cartas importantes, una para Lanyon y otra para Poole; y, para asegurarse de que eran cursadas, las mandó con instrucciones de que fueran certificadas.

A partir de entonces permaneció todo el día en su habitación junto al fuego, mordiéndose las uñas; allí cenó, sentado a solas con sus temores, con el camarero visiblemente acobardado en su presencia; y desde allí, cuando se hizo completamente de noche, partió en un coche de alquiler cerrado, oculto en un rincón, y fue conducido de un lado a otro por las calles de la ciudad. Digo él... pues no puedo decir yo. Aquel ser infernal no tenía nada de humano; en él no habitaba más que el miedo y el odio. Y cuando por fin, creyendo que el cochero había empezado a abrigar sospechas, despidió el coche y, ataviado con sus ropas demasiado grandes que le hacían llamar la atención, se aventuró a andar en medio de los transeúntes nocturnos, aquellas dos degradantes pasiones bramaban en su interior como una tempestad. Caminaba deprisa, perseguido por sus temores, hablando consigo mismo, escondiéndose en las calles menos transitadas,

contando los minutos que todavía lo separaban de la medianoche. En una ocasión le habló una mujer, ofreciéndole, creo, una caja de cerillas. Él la golpeó en el rostro y ella huyó.

Cuando volví a mi ser en casa de Lanyon, quizá me afectó un poco el horror manifestado por mi viejo amigo: no lo sé; al menos fue sólo una gota en el océano de odio con que rememoraba aquellas horas. Un cambio se había producido en mí. Ya no era el miedo al patíbulo, era el pavor de ser Hyde lo que me atormentaba. Acogí la condena de Lanyon en parte como un sueño; y en parte como un sueño regresé a mi propia casa y me metí en la cama. Tras el abatimiento de aquel día, dormí con un sueño intenso y profundo que ni siquiera pudo interrumpir la pesadilla que me dejó extenuado. Me desperté por la mañana desconcertado, debilitado, pero repuesto. Seguía odiando y temiendo la idea de que en mi interior dormía una bestia, y no había olvidado, por supuesto, los peligros del día anterior; pero estaba otra vez en casa, en mi propia casa y cerca de mis drogas; y la gratitud por haber logrado escapar brillaba tan intensamente en mi alma que casi rivalizaba con el resplandor de la esperanza.

Paseaba sin prisas por el patio después del desayuno, aspirando con deleite el frescor del aire, cuando volvieron a apoderarse de mí aquellas sensaciones indescriptibles que anunciaban el cambio; y apenas si tuve tiempo de ponerme a cubierto en mi gabinete, cuando una vez más las pasiones de Hyde me pusieron furioso y me dejaron paralizado. En aquella ocasión necesité una dosis doble para volver a ser yo mismo; y, ¡ay de mí!, seis horas más tarde, mientras estaba sentado contemplando con tristeza el fuego, volvieron las angustias y tuve que administrarme de nuevo la droga. En pocas palabras, a partir de aquel día pareció que sólo mediante un gran esfuerzo, como en la gimnasia, y sólo bajo el inmediato estímulo de la droga, era yo capaz de conservar el aspecto de Jekyll. A cualquier hora del día y de la noche me asaltaban aquellos estremecimientos premonitorios; sobre todo, si me dormía, o incluso si dormitaba un momento en el sillón, me despertaba siempre como Hyde.

Bajo la tensión de aquel funesto destino que continuamente se cernía sobre mí, y a causa del insomnio al que me había condenado yo mismo, sí, incluso más allá de lo que había creído humanamente posible, me convertí, sin perder mi propia personalidad, en un ser devorado y consumido por la fiebre, débil y enfermizo de cuerpo y de mente, y únicamente dominado por una sola idea: el horror a mi otro yo. Pero cuando me dormía, o cuando desaparecía el efecto del medicamento, sin apenas transición (pues los dolores de la transformación cada día eran menos acusados), se apoderaba de mí una fantasía plagada de imágenes aterradoras, mi alma bullía de odios sin motivo, y mi cuerpo no parecía lo bastante fuerte para contener las irrefrenables energías de la vida.

Los poderes de Hyde parecían haber aumentado con la mala salud de Jekyll. Y sin duda, el odio que ahora los dividía era igual por ambas partes. Para Jekyll

era una cuestión de instinto vital. Había conocido ya toda la deformidad de aquel ser que compartía con él algunos de los fenómenos de conciencia, y era su coheredero hasta de la muerte: más allá de aquellos lazos comunes, que en sí mismos constituían la parte más intensa de su sufrimiento, pensaba que Hyde era, pese a toda su energía vital, algo no sólo infernal sino inorgánico. Eso era lo más espantoso: que el limo del abismo parecía proferir gritos y voces; que el polvo amorfo gesticulaba y pecaba; que lo que estaba muerto y carecía de forma usurpaba las funciones de la vida. Y también esto: que aquel horror insurgente estaba unido a él más estrechamente que una esposa, o que un ojo; estaba enjaulado en su cuerpo, donde le oía murmurar y sentía cómo se esforzaba por renacer; y que en cualquier momento de debilidad, y durante la relajación del sueño, se imprimiría sobre él y lo desposeería de la vida.

El odio de Hyde por Jekyll era de otro orden. Su terror al patíbulo lo empujaba continuamente a cometer un suicidio temporal, y a volver a su condición de parte subordinada y no de persona; pero aborrecía la necesidad, aborrecía el desaliento en que Jekyll había caído ahora, y le ofendía la aversión que su presencia provocaba. De ahí las simiescas jugarretas que le gastaba, garabateando blasfemias en las páginas de los libros con mi propia letra, quemando las cartas y destruyendo el retrato de mi padre; y en efecto, de no haber sido por su miedo a morir, hace tiempo que se habría destruido a sí mismo con tal de arrastrarme a mí a la destrucción. Pero su amor a la vida es asombroso; y aún diría más: yo, que me pongo enfermo y siento escalofríos sólo de pensar en él, cuando recuerdo lo abyecto y apasionado que es ese apego suyo a la vida, y me doy cuenta de hasta qué punto le aterra el poder que tengo sobre él de eliminarlo mediante el suicidio, compruebo que en el fondo lo compadezco.

Es inútil prolongar esta descripción, y de veras me falta tiempo para ello; baste con decir que nadie ha sufrido nunca semejantes tormentos; y sin embargo la costumbre de sobrellevarlos me ha proporcionado... no alivio, desde luego... sino una cierta insensibilidad en el alma, una cierta conformidad con la desesperación; y mi castigo podría haberse prolongado durante años, de no ser por la última calamidad que acaba de acontecer, y que finalmente me ha despojado de mi propio rostro y naturaleza. Mi provisión de aquella sal, que no había sido renovada desde mi primer experimento, empezó a escasear. Envié a por un nuevo suministro, y mezclé la poción; se produjo la consiguiente ebullición y el primer cambio de color, aunque no el segundo; me la bebí, pero no surtió efecto. Sabrás por Poole cómo he registrado todo Londres; fue en vano; y ahora estoy persuadido de que mi primer suministro era impuro, y que fue esa impureza desconocida la que prestó eficacia a la pócima.

Ha pasado alrededor de una semana, y ahora estoy terminando esta declaración bajo la influencia del último resto de los viejos polvos. Esta es, pues, la última vez, a menos que ocurra un milagro, que Henry Jekyll puede pensar por

sí mismo o contemplar su propio rostro (¡ahora tan lamentablemente alterado!) en el espejo. Y no debo demorar demasiado la terminación de mi escrito; pues si mi relato se ha librado hasta ahora de la destrucción, ha sido gracias a la combinación de una gran prudencia y de abundante buena suerte. Si mientras escribo me vinieran los dolores del cambio, Hyde haría pedazos esta declaración; pero si transcurre algún tiempo después de que la guarde, su sorprendente egoísmo y su circunscripción al momento probablemente la librarán una vez más de su rencor simiesco. Y la verdad es que el funesto destino que se cierne sobre nosotros dos ha contribuido también a cambiarlo y a abrumarlo. Dentro de media hora, cuando una vez más, y para siempre, vuelva a adoptar esa odiosa personalidad, sé que permaneceré sentado en mi sillón, temblando y llorando, o continuaré yendo y viniendo por esta habitación (mi último refugio en este mundo), en un tenso arrebato de pánico, prestando oídos a cualquier ruido que pueda suponer una amenaza.

¿Morirá Hyde en el cadalso? ¿O encontrará el valor suficiente para liberarse por sí mismo en el último momento? Sólo Dios lo sabe; me trae sin cuidado; yo muero en este preciso instante, y lo que venga después concierne a otro, no a mí. Aquí, pues, mientras dejo a un lado la pluma y me dispongo a lacrar mi confesión, pongo fin a la vida del desdichado Henry Jekyll.

JANET LA TORCIDA

Hacia mucho tiempo que el reverendo Murdoch Soulis era pastor de la parroquia de Balweary, en los páramos del valle del Dule. Aquel anciano de rostro severo y triste, que atemorizaba a cuantos le escuchaban, moraba en los últimos años de su vida, sin parientes ni criados ni ninguna otra compañía humana, en la pequeña y solitaria rectoría más abajo del Hanging Shaw. A pesar de la férrea serenidad de sus facciones, tenía una mirada extraviada, asustada e insegura; y cuando, en admoniciones privadas, hacía hincapié en el futuro que les esperaba a los que no se arrepentían, parecía como si sus ojos contemplasen, a través de las tormentas temporales, los terrores de la eternidad.

Muchos jóvenes que acudían a él para prepararse a recibir la Sagrada Comunión por Pascua quedaban espantosamente afectados por su forma de hablar. Tenía un sermón sobre la Primera Epístola de Pedro (v. 8), “El demonio como león rugiente”, para el primer domingo después de cada diecisiete de agosto, y en dicho texto solía superarse a sí mismo tanto por la horrible naturaleza del tema expuesto como por el terror que inspiraba su comportamiento en el pulpito. Los niños temblaban de miedo y los viejos parecían más sentenciosos de lo que era habitual en ellos, y se pasaban todo el día dando aquel tipo de consejos que Hamlet desaprobaba.

La rectoría misma, situada junto a las aguas del Dule entre árboles frondosos, con el Shaw sobresaliendo por un lado y, por el otro, varias cumbres frías y yermas que se elevaban hacia el cielo, había empezado, desde muy al comienzo del ministerio del señor Soulis, a ser evitada en las horas del crepúsculo por todo aquel que se jactara de prudente; y los hombres de bien, sentados en la taberna de la aldea, daban muestras de desaprobación ante la idea de pasar a hora tan tardía por aquella extraña vecindad. Había un lugar en concreto que inspiraba un sobrecogimiento extraordinario. La rectoría se hallaba entre la carretera y la corriente del Dule, y tenía un gablete a cada lado; desde su parte posterior se veía la iglesia parroquial de la aldea de Balweary, a eso de media milla de distancia; por delante, un jardín pelado, rodeado de espino, ocupaba la franja de tierra entre el río y la carretera.

La casa era de dos plantas, con dos amplias habitaciones en cada una de ellas. No se comunicaba directamente con el jardín, sino a través de un sendero o pasaje en terraplén, que daba a la carretera por un lado y, por el otro, terminaba entre los altos sauces y saúcos que bordeaban la corriente. Y era aquel trozo de sendero elevado el que gozaba de tan infame reputación entre los jóvenes feligreses de Balweary. El pastor paseaba a menudo por allí después de anochecer, gimiendo a veces en voz alta por la insistencia de sus silenciosas plegarias; y cuando estaba ausente, y la puerta de la rectoría cerrada con llave, los colegiales más osados se aventuraban, con los corazones palpitantes, a «seguir a mi guía» a través de aquel legendario lugar.

Esa atmósfera de terror que rodeaba de aquel modo a un hombre de Dios de

carácter y ortodoxia intachables era frecuente motivo de asombro y tema de indagación para los escasos forasteros que el azar o los negocios llevaban a aquellos desconocidos y remotos parajes. Pero incluso muchos de los parroquianos ignoraban los extraños acontecimientos que habían marcado el primer año de ministerio del señor Soulis; y entre los que estaban mejor informados, algunos eran de natural reservado, y otros desconfiaban de aquel asunto en particular. Sólo de vez en cuando, alguno de los más viejos se armaba de valor después de su tercer vaso y volvía a contar la causa del extraño aspecto y vida solitaria del pastor.

Hace cincuenta años, cuando llegó por vez primera a Balweary, el señor Soulis era todavía un hombre joven... un mozo, decía la gente... lleno de saberes librescos y elocuente al exponerlos, pero, como era natural en un hombre tan joven, sin ninguna experiencia en materia de religión. Los más jóvenes apreciaban mucho su talento y su palique; pero los de más edad, hombres y mujeres, preocupados y serios, incluso se sentían impulsados a rezar por el joven pastor, al que consideraban que, además de engañarse a sí mismo, resultaba perjudicial para la parroquia, que iba a estar mal atendida.

Ocurrió antes de la época de los moderados... la maldición caiga sobre ellos; pero las cosas malas son como las buenas... unas y otras vienen poco a poco, una pequeña cantidad cada vez; y hubo gente, incluso entonces, que decía que el Señor había dejado que los catedráticos de universidad se las arreglaran solos, y que los muchachos que iban a estudiar con ellos habrían hecho mejor quedándose sentados en una turbera como sus antepasados durante la persecución, con una Biblia bajo el brazo y actitud devota en su corazón.

En resumidas cuentas, no había la menor duda de que el señor Soulis había pasado demasiado tiempo en la universidad. Se interesaba y preocupaba de muchas cosas además de la única realmente necesaria. Tenía un montón de libros... más de los que nunca se habían visto en aquella casa parroquial; y menudo trabajo debieron de darle al transportista, pues había tantos como para haberlos enterrado en la Ciénaga del Diablo desde aquí a Kilmackerie. Eran libros de teología, por supuesto, o así los llamaban; pero la gente sería era de la opinión de que no podía servir de mucho tener tantos cuando la Palabra de Dios cabría en la esquina de un cuadro escocés.

Además se pasaba la mitad del día y de la noche nada menos que escribiendo, lo cual es poco razonable; al principio temían que leyera sus sermones; y después resultó que estaba escribiendo un libro, lo que sin duda no encajaba con sus años ni con su escasa experiencia.

En todo caso, le incumbía buscar una mujer vieja y decente que se hiciera cargo de la rectoría y le preparase sus frugales comidas; y le recomendaron una

vieja prostituta... Janet M'Clour la llamaban... y, como estaba tan abandonado a sí mismo, se dejó convencer. Hubo muchos que le aconsejaron lo contrario, pues Janet era más que sospechosa para la mejor gente de Balweary. Hace mucho tiempo había tenido un niño de un soldado de caballería; llevaba quizás treinta años sin acercarse a comulgar; y los chiquillos la habían visto mascullando para sí en Key ð Loan al anochecer, lo que era un momento y un lugar muy extraños para una mujer temerosa de Dios.

De cualquier manera, fue el propio señor de aquellas tierras el primero en hablarle de Janet al párroco; y en aquellos días este habría hecho cualquier cosa por complacer al terrateniente. Cuando la gente le decía que Janet tenía parentesco con el demonio, se lo tomaba como una superstición; y cuando le echaban en cara la Biblia y la bruja de Endor^[27], les restregaba por las narices que ya habían pasado los días del demonio, el cual, gracias a Dios, estaba más comedido.

En fin, cuando corrió por la aldea la voz de que Janet M'Clour iba a servir en la rectoría, la gente se enfadó bastante, tanto con ella como con el párroco; y a algunas buenas mujeres no se les ocurrió nada mejor que ir a su puerta y acusarla con insolencia de todo lo que se sabía en su contra, desde lo del hijo del soldado hasta lo de las dos vacas de John Tamson. Janet no era persona que hablara mucho; la gente la dejaba obrar a su antojo y ella hacía lo mismo con ellos, sin darles siquiera los buenos días ni las buenas noches; pero cuando se empeñaba, Janet tenía una lengua capaz de ensordecer al molinero.

Se puso furiosa, y no hubo ningún viejo chisme en Balweary que no sacara a relucir aquel día; por cada cosa que le decían, ella podía contestarles con otras dos; hasta que, al final, las buenas mujeres la agarraron, le quitaron el abrigo y la llevaron a rastras desde la aldea hasta el río, y la arrojaron a las aguas del Dule, para ver si era bruja o no, si flotaba o se ahogaba. La vieja chilló tanto que pudieron oírla hasta en el Hanging Shaw, y peleó como diez; hubo muchas buenas mujeres que al día siguiente, e incluso muchos días después, seguían mostrando huellas de la pelea; y justo en lo más acalorado de la reyerta, apareció (sin duda por sus pecados) nada menos que el nuevo párroco.

—Mujeres —les dijo (tenía una gran voz)—, os exhorto en el nombre del Señor a que la dejéis ir.

Janet corrió hacia él... estaba bastante enloquecida de terror... y le abrazó y le suplicó que, por el amor de Dios, la librara de las comadres; y ellas, por su parte, le contaron al párroco lo que sabían de Janet y puede que algo más.

—Mujer —le dijo a Janet—, ¿es eso cierto?

—Igual que el Señor me está viendo —dijo ella—, y me creó, no es verdad ni una sola palabra. Aparte lo del niño —añadió—, toda mi vida he sido una mujer decente.

—¿Querrás renunciar —dijo el señor Soulis—, en el nombre de Dios, y ante

mí, Su indigno ministro, al demonio y a sus obras?

Pues bien, podría pensarse que cuando le pidió esto, ella daría un gruñido que asustaría a quienes la estaban viendo, y que estos oírían cómo le castañeteaban los dientes; pero no hubo ni lo uno ni lo otro; Janet alzó la mano y renunció al demonio delante de todos.

—Y ahora —dijo el señor Soulis a aquellas buenas mujeres—, váyanse a casa todas y rueguen a Dios que les perdone.

Y le ofreció el brazo a Janet, aunque no llevaba encima más que una camisa, y la acompañó a la aldea hasta dejarla frente a la puerta de su casa, como si fuese una dama; y ella chillaba y reía tanto que era un escándalo oírlo.

Aquella noche hubo mucha gente que rezó más de lo acostumbrado; pero a la mañana siguiente era tal el miedo que se había apoderado de Balweary que los niños se escondieron, e incluso los hombres atisbaban desde sus casas. Pues Janet llegaba a la aldea... ella o alguien que se le parecía, nadie sabría decirlo... con el cuello torcido, la cabeza ladeada, como si la hubieran ahorcado, con una mueca en la cara como un cadáver antes de ser enterrado.

Poco a poco se fueron acostumbrando, e incluso le preguntaron para saber qué pasaba; pero a partir de aquel día ella no pudo hablar como una cristiana, sólo babeaba y hacía un chasquido con los dientes como el de las tijeras para esquilarse; y a partir de aquel día el nombre de Dios no volvió a aflorar a sus labios. A veces trataba de decirlo, pero no podía ser. Los que más sabían eran los que menos decían; pero nunca le dieron a aquel ser el nombre de Janet M'Clour; pues la vieja Janet, según ellos, para entonces estaba ya en el infierno. Pero el párroco no pudo contenerse ni utilizar paños calientes; sólo predicó sobre la crueldad de la gente, que le había provocado una parálisis a la vieja; pegó a los niños que se metían con ella; y aquella misma noche se la llevó a la rectoría y vivió allí con ella por su cuenta bajo el Hanging Shaw.

En fin, el tiempo iba pasando y los tipos ociosos comenzaron a darle menos importancia a aquel sombrío asunto. El párroco estaba bien considerado; siempre se quedaba hasta tarde escribiendo, la gente veía el reflejo de su vela en las aguas del Dule pasada la medianoche; y parecía contento e indiferente como al principio, aunque cualquiera podía darse cuenta de que se estaba consumiendo. En cuanto a Janet, iba y venía; si antes no hablaba mucho, ahora, con más razón, hablaba todavía menos; no se metía con nadie; pero a todos les parecía horripilante y nadie habría tenido tratos con ella por todas las tierras beneficianas de Balweary.

Hacia finales de julio tuvimos una racha de mal tiempo, como jamás habíamos tenido por estas tierras; la presión era baja y hacía un calor insoportable; los rebaños no podían subir a Black Hill y los niños estaban demasiado cansados para jugar; y, sin embargo, era también deprimente, con ráfagas de viento caliente soplando por las cañadas y breves chaparrones que no

refrescaban nada. Creíamos que habría tormenta a la mañana siguiente; pero llegaba la mañana, y la siguiente, y continuaba aquel tiempo extraño, tan molesto para las personas y para las bestias. Entre los que lo aguantaban peor, ninguno sufrió tanto como el señor Soulis; no podía dormir ni comer, le contó a los más mayores, y cuando no estaba escribiendo su aburrido libro, deambulaba por el campo como un poseoso, cuando los demás se sentían felices de quedarse dentro de casa para estar más frescos.

Más arriba del Hanging Shaw, al abrigo de Black Hill, hay un trozo de terreno cercado con una verja de hierro; al parecer, en los viejos tiempos, era el cementerio de Balweary, consagrado por los papistas antes de que la luz bendita brillara sobre el reino^[28]. En todo caso era el lugar predilecto del señor Soulis; iba allí a sentarse para meditar sus sermones y, a decir verdad, era un lugar resguardado.

El caso es que un día, al llegar al extremo occidental de Black Hill, vio primero dos, luego cuatro, y después siete cuervos volando en círculo sobre el viejo cementerio. Volaban bajo y con dificultad, graznándose unos a otros; y el señor Soulis no dudaba de que algo les había sacado de su comportamiento ordinario. No era un hombre que se asustara fácilmente, y se fue directamente hacia la tapia; ¿y qué diréis que encontró?: un hombre, o algo con apariencia humana, sentado sobre una tumba allí dentro. Era de gran estatura y tan negro como un demonio^[29], y tenía unos ojos muy raros. El señor Soulis había oído hablar de los hombres negros en numerosas ocasiones; pero había algo extraño en aquel individuo que lo intimidaba. A pesar del calor que tenía, sintió que una especie de escalofrío se le metía en los huesos hasta el tuétano; no obstante alzó la voz y dijo:

—Amigo, ¿es usted forastero en este lugar?

El negro no contestó palabra alguna; se puso en pie y empezó a moverse torpemente en dirección al lado opuesto de la tapia, pero sin dejar nunca de mirar al párroco, que a su vez le devolvía la mirada; hasta que, al cabo de un minuto, el negro saltó la tapia y echó a correr para ocultarse entre los árboles. El señor Soulis, sin saber apenas por qué, corrió tras él; pero estaba exhausto por el paseo con aquel tiempo tan caluroso y desagradable; y, por mucho que corrió, sólo pudo vislumbrar al negro entre los abedules, hasta que, al llegar al pie de la ladera, volvió a verlo saltando sobre la corriente del Dule camino de la rectoría.

Al señor Soulis no le hizo mucha gracia que aquel espantoso vagabundo se tomara tales libertades con la rectoría de Balweary; y echó a correr más deprisa y se mojó los zapatos para vadear el arroyo hasta llegar al camino; pero, demonios, allí no había ningún negro. Apretó el paso hacia la carretera, pero allí tampoco había nadie; atravesó el jardín, pero no había ni rastro del negro. Al llegar al extremo de atrás, y un poco asustado como era normal, levantó el picaporte de la puerta y entró en la rectoría. Allí estaba, frente a él, Janet

M'Clour, con su cuello torcido y nada contenta de verlo. Y desde entonces siempre recordó que, la primera vez que le puso la vista encima, sintió el mismo escalofrío fatal.

—Janet —le dijo—, ¿has visto a un hombre negro?

—¿Un hombre negro? —dijo ella—. ¡Dios nos libre! Qué cosas dice usted, reverendo. No hay ningún negro en Balweary.

Pero no lo dijo con claridad, ¿me comprenden?, sino refunfuñando, como un poni con el bocado puesto.

—Pues entonces, Janet —le dijo el párroco—, si no fue con un negro, será con El que Acusa a los Hermanos^[30] con quien he hablado.

Y se sentó como quien tiene fiebre, y le castañetearon los dientes.

—¡Caray! —dijo ella—, vergüenza debería darle, señor párroco.

Y le dio una pizca de aguardiente, que guardaba para ella misma.

Luego el señor Soulis entró en su despacho, donde guardaba los libros. Era un aposento grande y de techo bajo, lóbrego, extremadamente frío en invierno y no muy seco ni siquiera en pleno verano, pues la rectoría estaba cerca del arroyo. Así que se sentó, agotado, y pensó en lo que había ocurrido desde su llegada a Balweary, y en su casa cuando era niño y corría alegremente por la cima de las colinas; y aquel hombre negro le rondaba por la mente como el estribillo de una canción. Y cuanto más pensaba, más se acordaba del negro. Intentó rezar, pero no le salían las palabras; y, según dicen, trató de seguir escribiendo su libro, pero no pudo. A veces tenía la impresión de que el negro estaba a su lado, y le recorría un sudor frío como el agua de pozo; y otras veces, recordaba su infancia cristiana y no le importaba nada.

El resultado fue que se dirigió a la ventana y se puso a mirar las aguas del Dule. Los árboles son extraordinariamente gruesos, y la corriente es profunda y negra debajo de la rectoría; allí estaba Janet lavando la ropa con la falda recogida. Estaba de espaldas al párroco y ni él mismo sabía qué era lo que miraba. Luego ella se dio la vuelta y mostró la cara; el señor Soulis sintió el mismo escalofrío que ya había sentido por dos veces el día anterior, y cayó en la cuenta de lo que la gente decía, que Janet había muerto hacía mucho, y que aquello era un espectro revestido de carne, fría como el barro.

Retrocedió un poco y la escudriñó exhaustivamente. La vieja seguía frotando la ropa insistentemente mientras canturreaba; y que Dios nos asista, pero su rostro daba miedo. A veces cantaba más alto, pero ningún hombre nacido de mujer habría podido identificar las palabras de su canción; y de vez en cuando miraba de soslayo hacia abajo, pero allí no había nada que mirar. Un sentimiento de rechazo le recorrió todo el cuerpo hasta llegar a los huesos; era un aviso del Cielo. Pero el señor Soulis se culpó a sí mismo, dijo, por pensar tan mal de una pobre mujer, vieja y achacosa, que no tenía más amigo que él; y rezó una breve oración por los dos y bebió un poco de agua fresca... pues la idea de comer le

revolvía el estómago... y al anochecer subió a acostarse en el sencillo lecho donde dormía sin quitarse la ropa.

Aquella fue una noche que nadie ha olvidado en Balweary, la noche del diecisiete de agosto de mil setecientos doce. Antes había hecho mucho calor, como ya he dicho, pero aquella noche hizo más que nunca. El sol se puso entre nubes de aspecto misterioso; todo estaba tan oscuro como un pozo; ni una estrella, ni un soplo de viento; no podías ver tu propia mano puesta delante de la cara, e incluso la gente de más edad, pese a quitarse la colcha de la cama, respiraba con dificultad. Con todo lo que tenía en mente, era muy poco probable que el señor Soulis pudiera dormir mucho. Daba continuas vueltas en la cama en la que se había metido, que, pese a ser agradable y fresca, parecía abrasarle hasta los mismos huesos; a ratos dormía, y a ratos se despertaba; unas veces oía el paso del tiempo en el reloj, y otras a un chucho aullando en el páramo, como si alguien se hubiera muerto; de vez en cuando le parecía escuchar a espectros que le parloteaban al oído, o veía fuegos fatuos en la habitación. Debía de estar enfermo, pensó; y lo estaba... aunque poco sospechara cuál era su enfermedad.

Finalmente, con la cabeza más despejada, se sentó en camisa a un lado de la cama y se puso a pensar de nuevo en el negro y en Janet. No sabría decir cómo... quizás por el frío que sentía en los pies... pero de repente se le ocurrió que había alguna relación entre los dos, y que alguno de ellos, o ambos, eran espectros. Y en aquel preciso momento, en la habitación de Janet, que estaba junto a la suya, se oyeron unas patadas, como si varios hombres estuvieran peleando, y a continuación un fuerte ruido; y luego el viento rodeó la casa por sus cuatro esquinas; y una vez más todo quedó en silencio como una tumba.

El señor Soulis no le tenía miedo ni a los hombres ni al demonio. Cogió su yesquero y encendió una vela, y en tres zancadas llegó a la puerta de la habitación de Janet. No estaba cerrada por dentro, así que la abrió de un empujón y echó una ojeada a su interior con descaro. Era una habitación grande, tan grande como la del párroco, y estaba llena de grandes y sólidos muebles antiguos, que era todo cuanto él poseía. Había una cama con dosel de tapicería antigua; un excelente bargueño de roble, lleno de libros de teología, que el párroco había puesto allí para tenerlos a mano; y unas cuantas prendas de Janet tiradas por el suelo.

Pero a ella no la vio, ni tampoco vio ninguna señal de lucha. Entró (y pocos le habrían seguido), echó una ojeada y escuchó con atención. Pero no había nada que oír, ni dentro de la rectoría ni en toda la parroquia de Balweary; ni nada que ver, salvo las numerosas sombras que daban vueltas en torno a la vela. Y entonces, de repente, el corazón del párroco se puso a latir con fuerza y se quedó completamente inmóvil; y notó un soplo de viento helado que jugaba con su cabello. ¡Qué visión tan espantosa para los ojos de aquel pobre hombre! Pues allí estaba Janet, colgando de un clavo junto al viejo bargueño de roble; la cabeza

inclinada sobre el hombro, como siempre, los ojos cerrados, la lengua saliéndole de la boca, y los talones a dos pies del suelo.

« ¡Que Dios nos perdone a todos! », pensó el señor Soulis, « ¡la pobre Janet ha muerto! »

Y cuando se adelantó un paso hacia el cadáver, el corazón le dio un vuelco. Pues, por algún sortilegio que a ningún hombre corresponde juzgar, colgaba de un solo clavo y de un solo hilo de estambre para zurcir medias.

Es algo terrible encontrarse solo, de noche, entre tantos prodigios de las tinieblas; pero el señor Soulis tenía una fe profunda en el Señor. Se dio la vuelta, salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí; poco a poco, bajó la escalera, las piernas pesándole como si fueran de plomo, y puso la vela encima de la mesa que había al pie de la escalera. No podía rezar, ni pensar, estaba bañado en sudor frío, y no oía más que los latidos de su corazón.

Puede que se quedara allí durante una hora, o tal vez dos, poco le importaba; hasta que, de repente, escuchó un murmullo sordo y misterioso en el piso de arriba; eran unos pasos que recorrían de un lado a otro el aposento donde colgaba el cadáver. La puerta estaba abierta, aunque recordaba muy bien haberla cerrado; luego se oyeron unos pasos en el rellano, y le pareció que el cadáver estaba mirando por encima de la barandilla hacia donde él se encontraba.

Tomó de nuevo la vela (pues no podía quedarse sin luz) y, lo más silenciosamente que pudo, salió de la rectoría y se dirigió al extremo más alejado del sendero elevado. La oscuridad era completa; la llama de la vela, cuando la depositó en el suelo, ardía con tanta firmeza y claridad como en la habitación; nada se movía, salvo la corriente del Dule, que fluía sollozante por el valle, y a lo lejos las impías pisadas que bajaban con dificultad las escaleras en el interior de la rectoría. Reconoció muy bien aquellas pisadas, pues pertenecían a Janet; y a cada paso con que se aproximaban un poco más, el frío le penetraba en las tripas cada vez más hondo. Encomendó su alma a Aquel que lo había creado y lo mantenía con vida.

—Oh, señor —dijo—, dame fuerzas esta noche para luchar contra los poderes del mal.

Para entonces, los pasos atravesaban el pasillo en dirección a la puerta; podía oír el contacto de su mano con la pared, como si aquel ser espantoso anduviese a tientas. Los sauces se agitaron y gimieron, un largo suspiro llegó de las colinas y la llama de la vela empezó a temblar; y allí estaba, en el umbral de la rectoría, el cadáver de Janet, con su vestido de gorgorán y su cofia negra, la cabeza inclinada, como siempre, sobre el hombro, la misma mueca en el rostro... viva, habrían dicho ustedes... pero en realidad muerta, como bien sabía el señor Soulis.

Es extraño que el alma de un hombre esté tan sujeta a su cuerpo percedero; pero lo cierto es que el párroco vio aquello y su corazón no estalló.

La vieja no se quedó allí mucho tiempo; empezó a moverse de nuevo y se

dirigió despacio hacia el señor Soulis, que se encontraba bajo los sauces. Con toda la vitalidad de su cuerpo y la fortaleza de su espíritu, el párroco le lanzó una mirada furibunda. Parecía que ella fuese a hablar, pero le faltaron las palabras e hizo una señal con la mano izquierda. Llegó una ráfaga de viento, como el bufido de un gato; la vela se apagó, los sauces chillaron como si fueran personas, y el señor Soulis comprendió que, no importa que estuviera viva o muerta, aquello sería el final.

—¡Bruja, arpía, demonio! —exclamó—, te exhorto, por el poder de Dios, que vuelvas a la tumba, si estás muerta, o al infierno, si estás condenada.

Y en aquel mismo momento, salió del cielo la mano del Señor y golpeó a aquel horror allí mismo donde estaba; el cadáver profanado de la vieja bruja, durante tanto tiempo alejado de la tumba y arrastrado por los demonios, ardió como la yesca y cayó al suelo convertido en cenizas. A continuación se oyó el estallido de una serie de truenos y rompió a llover. El señor Soulis atravesó de un salto el seto del jardín y echó a correr hacia la aldea, sin dejar de gritar.

Aquella misma mañana, John Christie vio al Hombre Negro pasar por Muckle Cairn^[31] cuando daban las seis; antes de las ocho pasó cerca de la taberna de Knockdow; y no mucho después, Sandy M'Lellan lo vio andando a paso rápido por las colinas de Kilmackerlie. Hay pocas dudas de que fuera él quien habitó durante tanto tiempo el cuerpo de Janet; pero al fin se ha ido; y desde entonces no nos ha vuelto a molestar en Balweary.

Pero fue una dura prueba para el párroco; durante mucho, mucho tiempo estuvo en cama delirando; y desde entonces hasta ahora ha sido el hombre que hoy conocéis.

ELLADRÓN DE CADÁVERES

Todas las noches del año, cuatro de nosotros: el empresario de pompas fúnebres, el dueño del establecimiento, Fettes y yo, nos sentábamos en el pequeño reservado del *George*, en Debenham. A veces éramos más; pero, tanto si soplabla viento, ya fuera mucho o poco, como si llovía, nevaba o caía una helada, los cuatro ocupábamos nuestros propios sillones. Fettes era un viejo escocés bastante borrachín, obviamente culto, y además rico, ya que vivía en la ociosidad. Había llegado a Debenham hacía algunos años, siendo todavía joven, y se había convertido, por la mera permanencia de su estancia, en ciudadano de adopción. Su capa azul de camelote^[32] era una antigüedad local, como la aguja de la iglesia. Su sitio fijo en el reservado del *George*, su falta de asistencia a la iglesia y sus inveterados, crapulosos y vergonzosos vicios eran cosas bien sabidas en Debenham. Sostenía vagas opiniones radicales y algunas infidelidades efímeras, que de vez en cuando exponía y recalca con vacilantes palmadas en la mesa. Bebía ron... normalmente cinco vasos todas las veladas; y durante la mayor parte de su visita nocturna al *George* permanecía sentado, con su vaso en la mano derecha, en un estado de melancólica saturación de alcohol. Lo llamábamos «Doctor», porque se le suponía en posesión de ciertos conocimientos de medicina y, en caso de necesidad, había sabido encajar una fractura o reducir una dislocación; pero, fuera de esos pequeños detalles, nada sabíamos sobre su carácter y antecedentes.

Una oscura noche de invierno... habían dado las nueve poco antes de que el propietario se reuniera con nosotros... apareció un hombre enfermo en el *George*, un importante terrateniente de los alrededores, súbitamente abatido por un ataque de apoplejía cuando se dirigía al Parlamento; y telegrafiaron al médico londinense de este gran hombre, todavía más famoso que él, para que acudiera a su lado. Era la primera vez que tal cosa ocurría en Debenham, ya que acababa de inaugurarse el ferrocarril y todos nos sentíamos proporcionalmente impresionados por el acontecimiento.

—Ya ha llegado —dijo el propietario, después de llenar y encender su pipa.

—¿Quién? —dijo yo—. ¿el doctor?

—El mismo —replicó nuestro mesonero.

—¿Cómo se llama?

—Doctor Macfarlane —dijo el propietario.

Fettes había apurado su tercer vaso y estaba ya embriagado como un tonto, asintiendo unas veces con la cabeza, otras mirando perplejo a su alrededor; pero al oír la última palabra pareció despertar y repitió por dos veces el apellido «Macfarlane», en voz baja la primera, pero con súbita emoción la segunda.

—Sí —dijo el propietario—, así se llama, doctor Wolfe Macfarlane.

Fettes recobró inmediatamente la sobriedad; abrió los ojos, su voz se aclaró y se hizo más fuerte y más firme, y su lenguaje más contundente y cuidadoso.

Todos nos sorprendimos por la transformación, como si hubiese resucitado.

—Discúlpenme —dijo—. Temo no haber prestado mucha atención a su conversación. ¿Quién es el tal Wolfe Macfarlane?

Y luego, después de escuchar hasta el final al propietario, añadió:

—No puede ser, no es posible; y, sin embargo, me gustaría mucho verlo cara a cara.

—¿Lo conoce usted, «Doctor»? —preguntó el empresario de pompas fúnebres, dando un grito ahogado.

—¡No lo permita Dios! —fue su respuesta—. Y, sin embargo, el apellido es poco usual; sería excesivo imaginar que hay dos personas con ese mismo apellido. Y dígame, patrón, ¿es viejo?

—Verá usted —dijo el mesonero—, no es joven precisamente, y tiene el pelo blanco; pero parece más joven que usted.

—Sin embargo, es mayor; varios años mayor. Pero es el ron —añadió, dando un manotazo en la mesa— lo que usted ve en mi cara... el ron y los pecados. Ese hombre quizá tenga la conciencia tranquila y una buena digestión. ¡Conciencia! Escúcheme lo que le digo. Creerá usted que soy un cristiano bueno, viejo y decente, ¿no es cierto? Pues no, no lo soy; nunca me dio por fingirlo. Puede que Voltaire lo hubiera fingido de haberse encontrado en mi pellejo; pero aunque tengo una mente clara y activa —dijo, dándose un rápido capirotazo en la calva— yo sólo veo y nunca saco conclusiones.

—Si usted conoce a ese doctor —me aventuré a comentar, después de una pausa algo tremenda—, se diría que no comparte la buena opinión que el patrón tiene de él.

Fettes no me hizo caso.

—Sí —dijo, con súbita determinación—, tengo que verlo cara a cara.

Hubo otra pausa y de repente se cerró una puerta en el primer piso y se oyeron pasos en la escalera.

—Es el doctor —exclamó el propietario—. Si se da usted prisa podrá alcanzarlo.

No había más que dos pasos desde el pequeño reservado hasta la puerta del mesón del viejo *George*; la amplia escalera de roble llegaba casi hasta la calle; entre el último peldaño y el umbral de la puerta sólo quedaba sitio para una alfombra turca; pero aquel pequeño espacio quedaba intensamente iluminado todas las tardes, no sólo por la luz de encima de la escalera y el gran farol de debajo del letrero, sino también por el cálido resplandor de la ventana del bar. El *George* se anunciaba así brillantemente para los que pasaban por aquella fría calle. Fettes caminó con paso firme hacia aquel lugar y los demás, que nos habíamos rezagado, contemplamos el encuentro de ambos hombres cara a cara, como uno de ellos había anunciado.

El doctor Macfarlane era un hombre despierto y vigoroso. El cabello blanco

resaltaba su semblante pálido y sereno, aunque enérgico. Iba espléndidamente vestido con el velarte^[33] más fino y el lino más blanco, y lucía una leontina de oro, así como gemelos y gafas del mismo metal precioso. Llevaba una corbata ancha con pliegues, blanca con lunares de color lila, y en el brazo un cómodo abrigo de piel para viajar en coche. No había duda de que, con el paso de los años, había conseguido fortuna y consideración; y producía un sorprendente contraste ver a nuestro borracho... calvo, sucio, lleno de granos y arropado en su vieja capa de camelote... enfrentarse a él al pie de la escalera.

—¡Macfarlane! —dijo Fettes en voz alta, más propia de un heraldo que de un amigo.

El eminente doctor se paró en seco en el cuarto escalón, como si aquella familiaridad de trato le sorprendiera y, hasta cierto punto, hubiese herido su dignidad.

—¡Toddy Macfarlane! —repitió Fettes.

El londinense casi se tambaleó. Durante un brevísimo instante miró fijamente al sujeto que tenía delante, echó una ojeada detrás de él como si estuviera asustado y a continuación dijo, sobresaltado, en un suspiro:

—¡Fettes!, ¡tú!

—Sí —dijo el otro—, ¡yo! ¿Creías que yo también estaba muerto? No es tan fácil deshacer nuestra relación.

—¡Cállate! —exclamó el doctor—. ¡Cállate! Este encuentro es tan inesperado... ya veo que estás abatido. Al principio casi no te reconocí, lo confieso, pero estoy encantado... realmente encantado de tener esta oportunidad. Por el momento sólo podemos decirnos «¿qué tal?» y «¡adiós!» a un tiempo, pues mi carruaje espera, no puedo perder el tren; pero dame... veamos... sí... dame tu dirección y cuenta con recibir noticias mías en breve. Debemos hacer algo por ti, Fettes. Me temo que estás en las últimas; pero ya nos ocuparemos de eso «por los viejos tiempos», como solíamos cantar en nuestras cenas.

—¡Dinero! —exclamó Fettes—; ¿dinero tuyo? El dinero que recibí de ti permanece todavía donde lo arrojé aquella noche de lluvia.

El doctor Macfarlane había hablado con cierto tono de superioridad y jactancia, pero la singular energía de aquel rechazo lo sumió de nuevo en su primitiva confusión.

Una horrible y desagradable mirada se explayó en su casi venerable semblante.

—Amigo mío —dijo—, sea como gustes; no tengo la menor intención de ofenderte. No quisiera entrometerme en la vida de nadie. De todos modos, te dejaré mi dirección...

—No la deseo... no deseo conocer el techo que te cobija —interrumpió el otro—. Oí tu nombre y temí que fueras tú; deseaba saber si, después de todo, había un Dios; ahora sé que no lo hay. ¡Fuera de aquí!

Fettes seguía plantado en mitad de la alfombra, entre la escalera y la puerta; y el gran médico londinense, para escapar, se vio obligado a hacerse a un lado. Era evidente que dudaba ante lo que consideraba una humillación. Aunque estaba demudado, había un brillo peligroso en sus gafas; pero, mientras permanecía todavía inmóvil e indeciso, se dio cuenta de que el cochero de su carruaje estaba contemplando esta insólita escena y al mismo tiempo vislumbró a nuestra tertulia del reservado, apiñados junto a una esquina de la barra.

La presencia de tantos testigos le decidió en seguida a huir. Se agachó, rozando el zócalo de madera, y se abalanzó como una serpiente hasta alcanzar la puerta. Pero sus tribulaciones no habían acabado del todo, y a que, según pasaba, Fettes lo agarró por un brazo y le susurró estas palabras, exasperantemente precisas:

—¿Lo has vuelto a ver?

El próspero doctor londinense lanzó un grito agudo y ahogado; arrojó a un lado al que le hizo la pregunta y, con las manos en la cabeza, huyó por la puerta como un ladrón que hubiera sido descubierto. Antes de que a ninguno de nosotros se nos hubiera ocurrido hacer el menor movimiento, el carruaje estaba ya traqueteando en dirección a la estación. La escena se desvaneció como un sueño, pero ese sueño había dejado pruebas y huellas de su paso. Al día siguiente el criado encontró en el umbral las gafas de oro, rotas, y aquella misma noche nos quedamos todos de pie, sin aliento, junto a la ventana del bar, y Fettes a nuestro lado, sobrio, pálido y con aire resuelto.

—¡Que Dios nos proteja, señor Fettes! —dijo el propietario, que fue el primero en recobrar el sentido—. ¿Qué diantres es todo esto? ¡Qué cosas tan extrañas ha estado usted diciendo!

Fettes se volvió hacia nosotros y nos miró a la cara uno por uno.

—Procuren estar callados —dijo—. El tal Macfarlane no es de fiar cuando le llevan la contraria. Los que lo han hecho se han arrepentido demasiado tarde.

Y entonces, sin apurar siquiera su tercer vaso, y menos aún esperar los otros dos, nos dijo adiós y, pasando bajo el farol del mesón, se internó en la oscuridad de la noche.

Los tres volvimos a nuestros puestos en el reservado, donde ardía un buen fuego y cuatro flamantes velas; y al recapitular todo lo sucedido, nuestro inicial escalofrío de sorpresa pronto se convirtió en un cosquilleo de curiosidad. Nos quedamos hasta muy tarde; no recuerdo otra tertulia en el viejo *George* que durase más. Antes de separarnos, cada uno de nosotros tenía su propia teoría, que estaba dispuesto a demostrar; y ninguno tenía otro quehacer más urgente en este mundo que rastrear el pasado de nuestro condenado contertulio, y descubrir el secreto que compartía con el afamado doctor londinense. No es por presumir, pero creo que he sido más hábil que mis otros compañeros del *George* para sonsacar la verdad de esa historia; y quizás no exista actualmente ninguna otra

persona viva que pueda contarles los asquerosos y anormales sucesos que seguidamente se relatan.

En su juventud, Fettes estudió medicina en la Universidad de Edimburgo. Poseía un talento especial: esa clase de talento que rápidamente retiene lo que oye y de inmediato lo repite como propio. Trabajaba poco en casa; pero se mostraba cortés, atento e inteligente en presencia de sus profesores. Pronto adquirió fama entre ellos de ser un muchacho que escuchaba atentamente y memorizaba bien; más aún, por extraño que me pareciese cuando lo oí por vez primera, en aquellos días era bien parecido y cuidaba mucho de su aspecto exterior.

Había en aquella época cierto profesor de anatomía, que actuaba fuera de la universidad, al cual designaré aquí con la letra K. Posteriormente su nombre fue bastante conocido. El hombre que lo llevaba merodeó, disfrazado, por las calles de Edimburgo, mientras la muchedumbre que aplaudía la ejecución de Burke pedía a gritos la sangre de su patrón. Pero el señor K. estaba entonces en la cresta de la ola; disfrutaba de una popularidad debida en parte a su propio talento y habilidad, y en parte a la incompetencia de su rival, el catedrático de la universidad. Los estudiantes, al menos, confiaban en él y el propio Fettes creía, y hacía creer a otros, haber puesto los cimientos de su éxito cuando se granjeó el favor de aquel hombre de fama meteórica.

El señor K. era tan *bon vivant* como consumado profesor; disfrutaba lo mismo con una alusión maliciosa que con una cuidadosa preparación. En ambos cometidos, Fettes gozaba mercedamente de su reconocimiento, y al segundo año de su asistencia a clase ocupaba el cargo, a media jornada, de segundo auxiliar de prácticas o subadjunto.

En este cometido, recaía en particular sobre sus espaldas ocuparse del aula y la sala de conferencias. Debía responder de la limpieza de ambos locales, y de la conducta de los demás estudiantes, y formaba parte de sus deberes proveer, recibir y repartir las diversas piezas destinadas a la práctica anatómica. Con el propósito de atender a este último asunto —muy delicado en aquellos tiempos—, el señor K. lo alojó en el mismo callejón, y finalmente en el mismo edificio de las salas de disección. Allí, tras una noche de placeres turbulentos, con el pulso todavía vacilante y la vista nublada y confusa, lo sacaban de la cama en las aciagas horas que anteceden a los amaneceres invernales los sucios y desesperados traficantes que abastecían las mesas de prácticas. Tenía que abrir la puerta a aquellos hombres, luego de infame celebridad en todo el país. Tenía que ayudarlos a transportar su trágica carga, pagarles su sórdido precio y quedarse a solas, cuando se fueran, con aquellos desagradables despojos humanos. Tras semejante escena, volvía a procurarse otra hora o dos de sueño, a fin de reparar los abusos de la noche anterior y reponerse para los trabajos del día siguiente.

Pocos muchachos habrían podido mostrarse más insensibles a las impresiones

de una vida pasada de esta manera entre los símbolos de la mortalidad. Su mente era reacia a cualquier tipo de consideraciones. Era incapaz de interesarse por la suerte de los demás, esclavo de sus propios deseos y de sus ambiciones abyectas. Frío, despreocupado y egoísta en última instancia, poseía esa pizca de prudencia, mal llamada moralidad, que mantiene alejados a los hombres de la inconveniente embriaguez o del robo punible. Además, ambicionaba ser bien considerado por sus maestros y sus condiscípulos, y evidentemente quería guardar las apariencias. Así pues, su mayor satisfacción era distinguirse en los estudios y, día tras día, prestaba un irreprochable servicio a su patrón, el señor K. Procuraba compensar su trabajo diurno con noches de placeres estruendosos y ruines; y cuando alcanzaba el equilibrio, el órgano que él llamaba su conciencia se declaraba satisfecho.

El suministro de cadáveres para diseccionar era una preocupación constante, tanto para él como para su maestro. En aquella clase tan concurrida y atareada, la materia prima que necesitaban los anatomistas siempre estaba a punto de acabarse; y el negocio que necesariamente se derivaba de ello no sólo era desagradable en sí mismo, sino que amenazaba con peligrosas consecuencias a todos los implicados. El señor K. tenía por norma no hacer preguntas en sus tratos comerciales. «Ellos traen el cadáver y nosotros pagamos el precio», solía decir, haciendo hincapié en la aliteración... «quid pro quo» [34]. Y después añadía a sus ayudantes un tanto burlón: «No hagan preguntas, en bien de sus conciencias».

No había constancia de que los cadáveres se consiguieran por medio del asesinato. Si le hubiesen sugerido semejante idea, habría retrocedido horrorizado; pero la ligereza con que hablaba de un asunto tan serio era, en sí misma, una ofensa a las buenas costumbres y una tentación para los hombres con quienes trataba. Fettes, por ejemplo, le había comentado a menudo lo recientes que eran los cadáveres. Una y otra vez le había sorprendido las miradas culpables y abominables de los rufianes que acudían a él antes del amanecer; y al sacar conclusiones para sus adentros, quizás atribuía un significado demasiado inmoral y demasiado categórico a los imprudentes consejos de su maestro. En suma, su cometido se reducía, a su entender, a tres cosas: aceptar lo que traían, pagar el precio y hacer la vista gorda ante cualquier indicio de crimen.

Una mañana de noviembre aquella táctica de silencio fue puesta a prueba severamente. Había estado despierto toda la noche a causa de un terrible dolor de muelas, recorriendo insistentemente la habitación de un lado a otro como una fiera enjaulada o echándose con furia sobre la cama, y finalmente había caído en ese sueño profundo e inquieto que tan a menudo sigue a una noche de sufrimiento. En eso le despertó la irascible repetición por tercera o cuarta vez de la señal convenida. Había un brillante claro de luna, pese a estar esta apenas terciada, pero la noche era desapacible, ventosa y helada; la ciudad todavía no

había despertado, pero una indefinible agitación preludiaba ya el ruido y el ajetreo del día. Los profanadores de tumbas habían llegado más tarde que de costumbre y parecían mucho más ansiosos por irse que otras veces. Fettes, muerto de sueño, les alumbró mientras subían. Oía como en sueños sus gruñonas voces con acento irlandés y, mientras despojaban del saco a su triste mercancía, él dormitaba con la espalda apoyada en la pared; tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para encontrar el dinero con que pagar a aquellos hombres. Mientras lo hacía, sus ojos tropezaron con la cara del muerto. Se sobresaltó y dio dos pasos hacia él con la vela en alto.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó—. ¡Es Jane Galbraith!^[35]

Los hombres no contestaron, pero se dirigieron hacia la puerta arrastrando los pies.

—La conozco, os lo aseguro —continuó Fettes—. Ayer estaba viva y bien sana. Es imposible que haya muerto; es imposible que hayan conseguido este cadáver honradamente.

—Sin duda, señor, está usted equivocado —afirmó uno de los hombres.

Pero el otro miró a Fettes a los ojos misteriosamente y exigió allí mismo su dinero.

Era imposible interpretar mal aquella amenaza o exagerar el peligro que suponía. Al muchacho le faltó valor. Balbuceó algunas excusas, contó la suma convenida y vio marcharse a sus odiosos visitantes. Tan pronto como estos se fueron, se apresuró a confirmar sus dudas. Gracias a una docena de marcas incuestionables, identificó a la chica con la que había estado bromeando el día anterior. Vio, con horror, marcas en aquel cuerpo que bien pudieran indicar violencia. El pánico se apoderó de él y buscó refugio en su habitación. Allí reflexionó con detenimiento sobre el descubrimiento que había hecho; consideró seriamente el alcance de las instrucciones del señor K. y el peligro que para él entrañaría su intromisión en un asunto tan grave, y finalmente, con gran perplejidad, decidió aguardar el dictamen de su inmediato superior, el adjunto de la clase.

Se trataba de un médico joven, Wolfe Macfarlane, ídolo indiscutible de los estudiantes revoltosos, un tipo listo, disipado y falto de escrúpulos por completo. Macfarlane había viajado y estudiado en el extranjero. Sus modales eran agradables, aunque un poco impertinentes. Era una autoridad en cuestiones teatrales, y hábil patinando sobre hielo o ruedas, o con el palo de golf; vestía con meticulosa audacia y, como una última pincelada a su esplendor, poseía un calesín y un robusto trotón. Tenía una relación bastante íntima con Fettes; la verdad es que sus respectivas posiciones exigían que se vieran muy a menudo; y cuando escaseaban las existencias, se desplazaban ambos por todo el país en el calesín de Macfarlane, visitaban y profanaban algunos cementerios solitarios, y regresaban antes del amanecer con su botín para la sala de disección.

Aquella mañana precisamente, Macfarlane llegó algo más temprano que de costumbre. Fettes le oyó entrar y, saliéndole al encuentro en la escalera, le contó su historia y le mostró la causa de su alarma. Macfarlane examinó las marcas que presentaba el cadáver.

—Sí—dijo, con una inclinación de cabeza—, parece sospechoso.

—Bien, ¿qué debo hacer?—preguntó Fettes.

—¿Hacer?—replicó el otro—. ¿Quieres hacer algo? Cuanto menos se diga, mejor, diría yo.

—Alguien más puede reconocerla —objetó Fettes—. Era tan popular como Castle Rock^[36].

—Esperemos que no —dijo Macfarlane—, y si alguien lo hace... pues bien, tú no la reconociste, ¿me entiendes?, y asunto concluido. La verdad es que esto ha ido demasiado lejos. Si remueves el asunto, meterás a K. en un lío de mil demonios; y tú mismo saldrás con los pies por delante. Y lo mismo me pasará a mí, si vamos a eso. Me gustaría saber qué cara íbamos a poner cualquiera de nosotros, o qué demonios podríamos decir a nuestro favor en el banquillo de los testigos. A mi modo de ver hay una cosa cierta: hablando en plata, todas nuestras existencias proceden de asesinatos.

—¡Macfarlane! —exclamó Fettes.

—¡Vamos! —se mofó el otro—. ¡Como si tú mismo no lo hubieses sospechado!

—Una cosa es sospechar...

—Y otra probarlo. Sí, lo sé; y siento como tú que esto haya llegado hasta aquí —dijo, dando un golpecito al cadáver con su bastón—. Lo mejor que puedo hacer es no reconocerla y —añadió tranquilamente— no lo haré. Tú puedes hacerlo, si quieres. No te ordeno nada, pero creo que un hombre de mundo haría lo que yo; y debo añadir que me imagino que eso es lo que K. espera de nosotros. La pregunta es: ¿por qué nos eligió a nosotros dos como ayudantes? Y la respuesta: porque no quería viejas chismosas.

Aquel era el tono más indicado para afectar la mente de un muchacho como Fettes. Aceptó imitar a Macfarlane. El cadáver de la infortunada chica fue debidamente troceado, y nadie hizo el menor comentario ni pareció reconocerla.

Una tarde, acabada la jornada laboral, Fettes pasó por una popular taberna y encontró a Macfarlane sentado con un desconocido. Era un hombre de corta estatura, muy pálido y moreno, de ojos negros como el tizón. Su semblante parecía sugerir una inteligencia y un refinamiento que sus modales apenas confirmaban, ya que resultó ser, en un trato más íntimo, grosero, vulgar y estúpido. Aquel hombre ejercía, sin embargo, un notable control sobre Macfarlane; le daba órdenes como si fuese el Gran Bajá; se acaloraba a la menor discusión o retraso y comentaba groseramente el servilismo con que era obedecido. Esta persona tan repugnante le cogió cariño a Fettes en el acto,

constantemente le ofrecía bebidas y le honró con inusitadas confianzas sobre sus pasadas andanzas. Si la décima parte de lo que confesaba era cierto, se trataba de un asqueroso bribón; y la vanidad del muchacho se sintió halagada por la atención que le dispensaba un hombre tan experimentado.

—Yo soy un sujeto bastante malo —comentó el desconocido—, pero Macfarlane se las trae... Toddy Macfarlane, lo llamo yo. «Toddy^[37], pide otro vaso para tu amigo». O bien: «Toddy, levántate y cierra la puerta». Toddy me odia —volvió a decir—. ¡Oh, sí, Toddy, claro que me odias!

—¡No me lames por ese condenado nombre! —refunfuñó Macfarlane.

—¿Le oye? ¿Ha visto alguna vez a los chicos jugar con cuchillos? Eso es lo que a él le gustaría hacer con mi cuerpo —comentó el desconocido.

—Nosotros los médicos tenemos un procedimiento mejor —dijo Fettes—. Cuando se muere algún conocido que no nos cae bien, lo llevamos a la sala de disección.

Macfarlane lo miró de pronto, como si la broma no fuera de su agrado.

Pasó la tarde. Gray, pues así se llamaba el desconocido, invitó a Fettes a cenar con ellos, encargó un festín tan suntuoso que alborotó a toda la taberna y, cuando todo se acabó, ordenó a Macfarlane que pague la cuenta. Cuando se separaron era ya tarde; el tal Gray estaba completamente borracho. Macfarlane, a quien la irritación mantenía sereno, reflexionó sobre el dinero que se había visto obligado a despilfarrar y los desaires que había tenido que soportar. Fettes, en cuya cabeza zumbaban licores diversos, regresó a su casa con paso tortuoso y la mente completamente en blanco.

Al día siguiente, Macfarlane no asistió a clase y Fettes sonrió para sus adentros al imaginárselo acompañando todavía al insoportable Gray de taberna en taberna. Tan pronto como sonó la hora de su libertad, se puso a recorrer todas las tabernas en busca de sus compañeros de la noche anterior. Sin embargo, no pudo encontrarlos en ninguna parte; por tanto, regresó pronto a sus habitaciones, se acostó temprano y durmió el sueño de los justos.

A las cuatro de la mañana le despertó la bien conocida señal. Al bajar a abrir la puerta, se asombró al encontrarse con Macfarlane con su calesín, y en su interior uno de esos largos y macabros bultos con los que estaba tan familiarizado.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Has salido solo? ¿Cómo te las arreglaste?

Pero Macfarlane lo acalló bruscamente y le ordenó volver a su ocupación. Cuando subieron el cadáver y lo depositaron sobre la mesa, Macfarlane al principio hizo ademán de irse. Luego se detuvo y pareció vacilar.

—Más vale que le mires la cara —dijo en un tono algo embarazoso—. Más vale... —repitió, mientras Fettes lo miraba asombrado.

—Pero ¿dónde, cómo y cuándo lo has conseguido? —exclamó el otro.

—Mírale la cara —fue la única respuesta.

Fettes titubeó; extrañas dudas le asaltaban. Su mirada iba alternativamente del joven doctor al cadáver. Finalmente, en un arranque, hizo lo que se le pedía. Aunque casi había imaginado lo que iban a ver sus ojos, el impacto fue cruel. La contemplación, inmobilizado por la rigidez de la muerte y desnudo en aquella basta mortaja de arpillera, del hombre que había dejado, bien vestido y repleto de comida y de pecados, en el umbral de una taberna, despertó un súbito terror, incluso en el irreflexivo Fettes. Que aquellas dos personas que él había conocido hubieran venido a parar a aquellas heladas mesas resonaba en su alma como una advertencia: *cras tibi*^[38]. Con todo, semejantes consideraciones fueron relegadas a un segundo término. Lo que más le preocupaba era Wolfe. Desprevenido ante tan repentino reto, no sabía cómo mirar cara a cara a su compinche. Evitaba su mirada, y no le salían ni las palabras ni la voz.

Fue el mismo Macfarlane quien dio el primer paso. Se acercó silenciosamente por detrás y puso una mano, suavemente pero con firmeza, sobre el hombro del otro.

—Richardson —dijo— puede quedarse con la cabeza.

Richardson era un estudiante que desde hacía tiempo estaba ansioso por hacer la disección de esa parte del cuerpo humano. No hubo respuesta, y el asesino prosiguió:

—Hablando de negocios, deberías pagarme. Tus cuentas, ¿sabes?, tienen que cuadrar.

A Fettes le salió una voz que no era ni sombra de la suya:

—¡Pagarte! —exclamó—. ¡Pagarte por eso!

—¡Claro que sí! Por supuesto que debes pagarme. No faltaría más, y hasta el último centavo —respondió el otro—. Ni yo me atrevería a dártelo gratis, ni tú lo aceptarías en esas condiciones; nos comprometería a ambos. Este es otro caso como el de Jane Galbraith. Cuanto peor salen las cosas, tanto más debemos actuar como si fueran bien. ¿Dónde guarda su dinero el amigo K.?

—Allí —respondió Fettes con voz ronca, señalando la alacena del rincón.

—Dame las llaves, pues —dijo el otro, con calma, alargando la mano.

Hubo un instante de vacilación y la suerte estaba echada. Macfarlane no pudo reprimir un ligero temblor nervioso, residuo infinitesimal de su inmenso alivio, al sentir la llave entre los dedos. Abrió la alacena, sacó pluma, tinta y un cuaderno de notas que guardaba en uno de los compartimentos, y retiró de los fondos que había en un cajón la cantidad apropiada a la ocasión.

—Escucha un momento —dijo Macfarlane—, el pago ya está hecho... primera prueba de tu buena fe: el primer paso hacia tu seguridad. Ahora debes afianzarlo con un segundo paso. Anota el pago en el cuaderno y, en lo que a ti respecta, ya puedes desafiar al mismísimo diablo.

Los segundos que siguieron fueron angustiosos para la mente de Fettes; pero al sopesar sus terrores, el más inmediato fue el que triunfó. Cualquier dificultad

futura casi sería bien recibida si ahora podía evitar una disputa con Macfarlane. Dejó en el suelo la vela que había estado sosteniendo todo el tiempo, y con mano firme registró la fecha, la naturaleza y la cuantía de la transacción.

—Y ahora —dijo Macfarlane— es de justicia que te embolses tu dinero. Yo y tengo mi parte. A propósito, cuando un hombre de mundo tiene un poco de suerte, y se encuentra unos cuantos chelines de más en su bolsillo... me avergüenza hablar de ello, pero hay una regla de conducta para tales casos. No convidar a nadie, no comprar caros libros de texto, no saldar las viejas deudas; pedir prestado en lugar de prestar.

—Macfarlane —empezó a decir Fettes, todavía algo ronco—. Me he puesto la soga al cuello por complacerte.

—¿Por complacerme? —exclamó Wolfe—. ¡Oh, vamos! Has hecho, según veo yo el asunto, exactamente lo que tenías que hacer para protegerte. Suponte que me metiese en un lío, ¿dónde quedarías tú? Este segundo asuntillo deriva claramente del primero. El señor Cray es la continuación de la señorita Galbraith. No es posible empezar y luego pararse. Si uno empieza, tiene que continuar; esa es la verdad. No hay reposo para los malvados.

Una horrible sensación de oscuridad y la constatación de la perfidia de su sino se apoderaron del alma del desdichado estudiante.

—¡Dios mío! —exclamó—. Pero ¿qué he hecho?, ¿y cuándo empezó todo esto? Seamos razonables, ¿qué hay de malo en ser adjunto de la clase? Service quería el puesto; podría haberlo conseguido. ¿Se encontraría *él* en la misma posición en que me encuentro *yo* ahora?

—Mi querido amigo —dijo Macfarlane—, no eres más que un chiquillo. ¿Acaso *has* sufrido algún daño? ¿Qué daño crees que puedes sufrir si mantienes la boca cerrada? Vamos, hombre, ¿no sabes cómo es la vida? Existen dos bandos: los leones y los corderos. Si eres cordero, acabarás tendido sobre estas mesas como Gray o Jane Galbraith; y si eres león, vivirás y conducirás un caballo como yo, como K., como todo el mundo con algo de ingenio o de valor. Al principio se suele titubear. Pero ¡mira a K.! Mi querido amigo, tú eres listo, tienes agallas. Me caes bien, y a K. también. Has nacido para dirigir la cacería y te aseguro, por mi honor y mi experiencia de la vida, que dentro de tres días te reirás de todos estos espantajos como un colegial en una farsa.

Y dicho esto, Macfarlane se marchó y se alejó del callejón en su calesín para estar a cubierto antes del amanecer. Así que Fettes quedó solo con sus lamentos. Comprendió el tremendo peligro en que se hallaba envuelto. Comprendió, con inexcusable consternación, que su debilidad no tenía límites y que, de concesión en concesión, había pasado de ser el árbitro del destino de Macfarlane a ser su inefable cómplice a sueldo. Habría dado un mundo por haber tenido un poco más de coraje a su debido tiempo, pero no se le ocurrió que todavía podía ser valiente. El secreto de Jane Galbraith y la maldita entrada en el diario le obligaban a

mantener la boca cerrada.

Pasaron las horas; los alumnos empezaron a llegar; los miembros del desdichado Gray fueron repartidos entre unos y otros, y nadie hizo comentarios. La cabeza hizo feliz a Richardson; y antes de que sonara la hora de salida Fettes temblaba, exultante, al comprobar lo lejos que habían llegado ya en lo referente a su seguridad.

Durante dos días continuó observando, con creciente alegría, el espantoso proceso de ocultación.

Al tercer día apareció Macfarlane. Había estado enfermo, dijo; pero recobró el tiempo perdido gracias a la energía con que dirigía a los estudiantes. A Richardson en particular, le concedió su valiosísima ayuda y consejo, y el estudiante, alentado por los elogios del auxiliar de prácticas, se consumía repleto de esperanzas ambiciosas y veía ya la medalla a su alcance.

Antes de que acabara la semana, la profecía de Macfarlane se había cumplido. Fettes había sobrevivido a sus terrores y había olvidado su vileza. Empezaba a vanagloriarse de su valor, y había acomodado la historia en su mente de tal forma que podía recordar lo sucedido con morbosos orgullo. Veía a su cómplice, pero poco. Se encontraban, por supuesto, en los quehaceres de la clase; ambos recibían órdenes del señor K. A veces intercambiaban en privado una o dos palabras, y Macfarlane se mostraba en todo momento especialmente amable y jovial. Pero era evidente que evitaba cualquier referencia a su común secreto, e incluso, cuando Fettes le susurró que se había pasado al bando de los leones y renunciaba a los corderos, se limitó a indicarle con una sonrisa que guardase silencio.

Al fin se presentó una ocasión que volvió a unir más íntimamente a la pareja. El señor K. estaba otra vez escaso de existencias; los alumnos estaban impacientes, y uno de los pruritos de aquel profesor consistía en estar siempre bien provisto. Por aquel entonces llegaron noticias de un entierro en el rústico cementerio de Glencorse. El paso del tiempo había cambiado muy poco el lugar en cuestión. Erigíase entonces, como ahora, en un cruce de caminos, alejado de viviendas humanas y sepultado una braza de profundidad bajo el follaje de seis cedros. Los únicos sonidos que perturbaban el silencio en torno a la iglesia rural eran los balidos de las ovejas en las colinas vecinas, los riachuelos que corrían a ambos lados: uno cantando ruidosamente entre guijarros y el otro chorreando sigilosamente de charca en charca, el murmullo del viento en los enormes y viejos castaños en flor, y una vez cada siete días el tañido de la campana y los cánticos antiguos del chantre.

Al «resurreccionista» ... por emplear un término de la época... no lo detenía ningún santo respeto basado en costumbres piadosas. Formaba parte de su oficio el despreciar y profanar los pergaminos y las trompetas de las viejas tumbas, los senderos hollados por pies devotos y dolientes, y las ofrendas e inscripciones de

desconsolado afecto. Los vecindarios rústicos, en los que el amor es más tenaz de lo corriente, y donde toda la sociedad de una misma parroquia se halla unida por lazos de sangre o de compañerismo, lejos de repeler al ladrón de cadáveres por respeto natural, le atraían por lo fácil y seguro de la tarea. A los cadáveres depositados bajo tierra, en gozosa expectación de un despertar muy diferente, les acaecía aquella apresurada y terrorífica resurrección a base de pico y pala, a la luz de una linterna. El ataúd era forzado, las mortajas rasgadas, y los melancólicos restos, cubiertos de arpillera, después del traqueteo de unas horas por caminos apartados, sin luna, eran finalmente sometidos a las mayores indignidades delante de una clase de muchachos boquiabiertos.

Como buitres abatiéndose sobre un agonizante cordero, Fettes y Macfarlane se disponían a abalanzarse sobre una tumba en aquel verde y tranquilo lugar de reposo. La esposa de un granjero, mujer que había vivido sesenta años y era conocida únicamente por su excelente mantequilla y sus piadosas conversaciones, iba a ser arrancada de su sepultura a medianoche y llevada, muerta y desnuda, a aquella lejana ciudad que siempre había visitado con sus mejores galas; su lugar al lado de la familia iba a quedar vacío hasta el día del Juicio Final; sus inocentes y casi venerables miembros serían expuestos a la extrema curiosidad del anatomista.

Avanzada la tarde, la pareja se puso en camino, bien arropados en sus capas y provistos de una formidable botella. Llovía sin remisión... una lluvia fría, densa, en tromba. De vez en cuando soplabla una ráfaga de viento, pero las cortinas de agua seguían cayendo. Pese a la botella, tuvieron un viaje triste y silencioso hasta Penicuik, donde iban a pasar la tarde. Se detuvieron para esconder sus utensilios en un espeso matorral no lejos del cementerio, y luego entraron en la posada Fisher's Tryst^[39] para tomar una tostada al calor de la lumbre y alternar sus tragos de whisky con un vaso de cerveza. Cuando llegaron al final de su viaje, pusieron a cubierto el calesín, dieron al caballo pienso y acomodo, y los dos jóvenes doctores se sentaron en un reservado ante la mejor cena y el mejor vino que la casa podía ofrecer. Las luces, el fuego, la lluvia golpeando en la ventana y la macabra e incongruente tarea que tenían ante sí, estimularon su goce de la comida. Con cada vaso que bebían aumentaba su cordialidad. Pronto Macfarlane puso en manos de su colega un montón de monedas de oro.

—Un detalle —dijo—. Entre amigos estos malditos pequeños préstamos deberían menudear como los papeles enrollados para encender la pipa.

Fettes se guardó el dinero en el bolsillo y alabó en voz alta el comentario.

—Eres todo un filósofo —exclamó—. Yo era un asno hasta que te conocí. Tú y K., ¡por Belcebú que entre los dos haréis de mí un hombre!

—Por supuesto que lo haremos —aprobó Macfarlane—. ¿Un hombre? Te aseguro que habías de serlo para respaldarme la otra mañana. Más de un

cobarde grandullón, pendenciero y cuarentón, se habría descompuesto con sólo ver aquella condenada cosa; pero tú no... no perdiste la cabeza. Te estuve observando.

—Bueno, ¿y por qué iba a hacerlo? —se jactó Fettes—. No era asunto mío. Por un lado, no saldría ganando más que disgustos, y por el otro, podría contar con tu gratitud, ¿me comprendes? —y se dio una palmada en el bolsillo hasta hacer sonar las piezas de oro.

Macfarlane se sintió alarmado hasta cierto punto ante aquellas desagradables palabras. Puede que le pesara el haber aleccionado tan certeramente a su joven colega, pero no tuvo tiempo de entrometerse, pues el otro continuó haciendo mucho ruido con el mismo aire jactancioso.

—Lo importante es no tener miedo. Ahora bien, entre nosotros, te aseguro que no quiero que me cuelguen... eso a efectos prácticos; pero en cuanto a la gazoñería, Macfarlane, la desprecio desde que nací. El infierno, Dios, el demonio, el bien, el mal, el pecado, el crimen, y toda esa vieja galería de curiosidades... pueden asustar a los muchachos, pero los hombres de mundo, como tú y como yo, los desdeñamos. ¡Brindemos a la memoria de Gray!

Se estaba haciendo demasiado tarde. Según lo acordado, llevaron a la puerta el calesín con los dos faroles encendidos y los jóvenes pagaron su cuenta y prosiguieron su camino. Hicieron saber que se dirigían a Peebles, y tomaron esa dirección hasta perder de vista las últimas casas de la ciudad; luego, con los faroles apagados, volvieron sobre sus pasos y siguieron por una carretera secundaria hacia Glencorse. No se oía más ruido que el de su propio carruaje y el incesante y estridente caer de la lluvia. Estaba oscuro como boca de lobo; aquí y allá, una puerta blanca o una piedra encalada de alguna tapia les guiaba a través de la noche durante un trecho; pero la mayor parte del tiempo siguieron caminando al paso y casi a tientas en medio de aquella resonante oscuridad hacia su solemne y solitario destino. En las profundidades del bosque que cubre los alrededores del camposanto les faltó visibilidad y tuvieron que encender una cerilla para volver a iluminar uno de los faroles del calesín. Así, bajo los goteantes árboles, y rodeados por enormes sombras movedizas, llegaron al escenario de su impío trabajo.

Ambos eran expertos en tales asuntos, y eficientes con la pala; y cuando llevaban apenas veinte minutos en el tajo, fueron recompensados con el sordo ruido metálico en la tapa del ataúd. Al mismo tiempo, Macfarlane, habiéndose lastimado la mano con una piedra, la arrojó despreocupadamente por encima de su cabeza. La tumba, cuyo nivel ahora les llegaba a la altura de los hombros, se encontraba próxima al final de la explanada del cementerio; para iluminar mejor su trabajo habían apoyado el farol del calesín contra un árbol, al borde mismo de la escarpada pendiente que descendía hasta el arroyo. La casualidad hizo que la piedra diera en el blanco. Se oyó un estrépito de cristales rotos; la noche cayó

sobre ellos; unos ruidos, alternativamente sordos y resonantes, anunciaron que el farol rodaba pendiente abajo, colisionando de vez en cuando con los árboles. Unas cuantas piedras que el farol había desplazado en su caída rodaron tras él hasta el fondo de la cañada; y luego el silencio, como la noche, volvió a dominarlo todo; y por más que aguzaron el oído hasta el máximo no se oía más que la lluvia, unas veces al compás del viento, otras cayendo a un ritmo constante sobre millas y millas de campo abierto.

Tan próximos estaban al término de su detestable tarea, que juzgaron más conveniente completarla a oscuras. Exhumaron el ataúd y lo forzaron; introdujeron el cadáver en el empapado saco y entre los dos lo llevaron hasta el calesín; uno de ellos se montó para mantenerlo en su sitio, y el otro, cogiendo al caballo por el bocado, lo condujo a tientas a lo largo de la tapia y entre arbustos hasta llegar al camino más ancho cerca de Fisher's Tryst. Desde allí llegaba un tenue y raro resplandor, que acogieron como si se tratara del amanecer; con su ayuda pusieron el caballo al trote y empezaron a traquetear alegremente en dirección a la ciudad.

Ambos se habían calado hasta los huesos durante la operación, y ahora, al saltar el calesín en las profundas rodadas, la cosa que sostenían entre los dos caía, bien sobre uno, bien sobre el otro. Cada vez que se repetía aquel horroroso contacto, uno u otro, instintivamente, se apresuraban a rechazarlo; y el proceso, aunque fuese natural, acabó por afectar a los nervios de ambos. Macfarlane hizo alguna broma desagradable acerca de la esposa del granjero, pero sonó tan falsa, que se perdió en medio del silencio. La anormal carga seguía golpeando de un lado a otro; y o bien la cabeza se apoyaba confiadamente en los hombros de ellos, o bien la empapada tela de saco golpeaba friamente sus rostros. Un progresivo escalofrío empezó a adueñarse del ánimo de Fettes. Escudriñó el fardo y le pareció algo mayor que antes. Por todo el campo, y desde diferentes distancias, los perros de las granjas acompañaban su paso con trágicos aullidos; y en su mente fue creciendo la sospecha de que se había llevado a cabo algún prodigio sobrenatural, que algún cambio indecible le había acontecido al cadáver, y que si los perros aullaban era porque tenían miedo de su infernal cargamento.

—Por el amor de Dios —dijo Fettes, haciendo un gran esfuerzo para llegar a hablar—, ¡por el amor de Dios, encendamos una luz!

Aparentemente, Macfarlane estaba igualmente afectado; pues, aunque no respondió, detuvo al caballo, le pasó las riendas a su compañero, descendió del calesín, y procedió a encender el farol que aún les quedaba. En aquel momento acababan de dejar atrás el cruce que conduce a Auchendinny. Seguía lloviendo a cántaros como si estuviera volviendo el diluvio, y no era tarea fácil encender una luz en medio de semejante aguacero y a oscuras. Cuando, finalmente, la vacilante llama azul fue transferida a la mecha, y esta comenzó a expandirse y a dar más luz, derramando alrededor del calesín un amplio círculo de resplandor

mortecino, los dos jóvenes pudieron verse el uno al otro, y también la cosa que llevaban con ellos. La lluvia había ceñido la áspera arpillera a la silueta del cuerpo en ella envuelto; la cabeza se distinguía del tronco, los hombros estaban perfectamente moldeados; algo a la vez espectral y humano atrajo los ojos de ambos hacia su espantoso compañero de viaje.

Durante algún tiempo, Macfarlane permaneció inmóvil, sosteniendo el farol. Un pavor indecible envolvió el cuerpo de Fettes, como una sábana mojada, y tensó la piel blanca de su rostro; un miedo que carecía de sentido, un horror a lo que pudiera ser, siguió asaltándole la mente. Un segundo más, y habría hablado. Pero su camarada se le adelantó.

—No es una mujer —dijo Macfarlane, en voz muy baja.

—Era una mujer cuando la pusimos dentro —susurró Fettes.

—Sujeta el farol —dijo el otro—. Tengo que verle la cara.

Y mientras Fettes cogía el farol, su compañero desató las ligaduras del saco y retiró la parte que cubría la cabeza. La luz alumbró con claridad las bien moldeadas facciones y las tersas mejillas de un semblante demasiado familiar para estos jóvenes, que a menudo lo habían contemplado en sus sueños.

Un espantoso alarido resonó en medio de la noche; ambos saltaron a la carretera, cada uno por su lado; el farol cayó, se rompió y se apagó; y el caballo, aterrorizado por tan insólito alboroto, dio un brinco y partió al galope tendido, llevando consigo, como único ocupante del calesín, el cadáver del difunto Gray, que hacía ya tiempo había pasado por las mesas de disección.

MARKHEIM

—Sí —dijo el tendero— tenemos diferentes clases de ganancias inesperadas. Algunos clientes son ignorantes, y entonces mis mayores conocimientos me proporcionan un dividendo adicional. Otros son poco honrados —y al decirlo levantó la vela, de manera que la luz iluminase totalmente a su visitante—, y en tal caso —continuó— saco provecho de mi integridad.

Markheim acababa de entrar procedente de la calle, donde aún lucía el sol, y sus ojos no se habían acostumbrado todavía a la semioscuridad de la tienda. Al oír aquellas palabras mordaces, y ante la cercana presencia de la llama, parpadeó con mucho esfuerzo y miró a un lado.

El tendero se rió entre dientes.

—Usted viene a verme el día de Navidad —prosiguió—, sabiendo que estoy solo en la tienda, con los postigos echados, y ya no me propongo hacer ninguna transacción más. Tendrá usted, pues, que pagar por ello; tendrá usted que pagarme el tiempo que pierda, ya que debería estar haciendo el balance; y tendrá que pagar, además, por esa extraña actitud que hoy observo en usted. Yo soy básicamente discreto y no hago preguntas embarazosas; pero cuando un cliente no puede mirarme a los ojos, tiene que pagar por ello.

El tendero se rió entre dientes una vez más; y luego añadió, volviendo a su acostumbrado tono de comerciante, aunque con un deje de ironía en su voz:

—¿Puede usted, como de costumbre, explicarme con claridad cómo llegó a su poder el objeto en cuestión? ¿Procede también del gabinete de su tío? ¡Un coleccionista excepcional, vaya que sí!

Y el tendero, un hombrecillo pálido y cargado de espaldas, casi se puso de puntillas, lo miró por encima de sus gafas de montura dorada y movió la cabeza denotando incredulidad. Markheim le devolvió la mirada con otra que mostraba una compasión infinita y una pizca de horror.

—Esta vez —dijo— está usted equivocado. No he venido a vender, sino a comprar. No tengo ninguna curiosidad de la que deshacerme; del gabinete de mi tío sólo queda el revestimiento de madera de las paredes; pero aunque estuviera intacto, me ha ido bien en la Bolsa y me inclinaría más bien por aumentarlo; lo que me trae aquí hoy es bien sencillo. Busco un regalo de Navidad para una dama —prosiguió, hablando con más soltura a medida que avanzaba el discurso que había preparado—; y sin duda le debo una disculpa por molestarlo por un asunto tan nimio. Pero ayer me olvidé de hacerlo y debo entregar mi pequeño obsequio en la cena; y, como usted sabe muy bien, casarse con una dama rica es algo que no debe despreciarse.

Siguió una pausa, durante la cual el tendero pareció sopesar con incredulidad aquella afirmación. El tictac de los numerosos relojes que abarrotaban la tienda y el débil ajeteo de los coches de alquiler en una calle cercana llenaron el intervalo de silencio.

—De acuerdo, señor —dijo el tendero—, lo que usted diga. Después de todo,

usted es un viejo cliente; y si, como dice, tiene la oportunidad de hacer un buen matrimonio, no tengo la menor intención de ser un obstáculo. Aquí tiene algo delicado para una dama —prosiguió—: este espejo de mano... del siglo XV, se lo garantizo; procede también de una buena colección; pero me reservo el nombre para proteger los intereses de mi cliente, que al igual que usted, mi querido señor, era sobrino y único heredero de un extraordinario coleccionista.

Mientras seguía así hablando con su voz seca y cortante, el tendero se había inclinado para coger el objeto del lugar en donde se encontraba; y al hacer eso, Markheim tuvo un sobresalto, un respingo tanto de la mano como del pie, y una serie de pasiones tumultuosas asomaron de pronto a su rostro. Su turbación desapareció tan rápido como vino y no dejó más rastro que cierto temblor en la mano que recibía el espejo.

—Un espejo —dijo con voz quebrada; luego hizo una pausa y repitió con mayor claridad—: ¿Un espejo en Navidad? ¡No es posible!

—¿Y por qué no? —exclamó el tendero—. ¿Por qué no un espejo?

Markheim lo observaba con una expresión indefinible.

—¿Y me lo pregunta usted? —dijo—. Pues bien, mire... ¡mírese en él! ¿Le gusta lo que ve? ¡No! Ni a mí... ni a nadie.

El hombrecillo saltó hacia atrás cuando Markheim le puso delante el espejo tan repentinamente; pero, al darse cuenta de que lo que llevaba aquel en la mano no suponía ningún peligro para él, se rió entre dientes.

—Su futura esposa, señor, debe de ser poco agraciada —dijo.

—Le pido un regalo de Navidad —dijo Markheim—, y usted me ofrece esto... este maldito recordatorio de años, de pecados y de desatinos... ¡esta conciencia de mano! ¿Lo dice en serio? ¿Pensaba usted en algo concreto? Dígamelo. Será mejor que lo haga. Vamos, hágamelo de usted. Me atrevo a suponer que, en el fondo, es usted un hombre muy generoso.

El tendero observó a su interlocutor con detenimiento. Era muy extraño, pero Markheim no parecía reírse; por el contrario, en su rostro había algo así como un apremiante destello de esperanza, pero de ningún modo estaba alborozado.

—¿Qué insinúa usted? —preguntó el tendero.

—¿No es usted generoso? —replicó el otro, con melancolía—. No es generoso, ni piadoso, ni escrupuloso; no ama ni es amado; tiene manos sólo para recoger dinero y una caja de caudales para guardarlo. ¿Es eso todo? ¡Dios mío! ¿Es eso todo?

—Le diré lo que es —empezó el tendero, con cierta acritud, y luego se echó a reír entre dientes otra vez—. Ya veo que se trata de un matrimonio por amor, y que ha estado usted bebiendo a la salud de la dama.

—¡Ah! —exclamó Markheim, mostrando una extraña curiosidad—. ¿Ha estado usted enamorado alguna vez? Hábleme de ello.

—¿Yo? —exclamó el tendero—. ¿Enamorado yo? Nunca tuve tiempo, ni lo

tengo ahora, para todas esas bobadas. ¿Va a llevarse el espejo?

—¿Qué prisa hay? —respondió Markheim—. Resulta muy agradable estar aquí hablando; y la vida es tan breve y tan insegura que no quisiera apurar con prisas ningún placer... no, ni siquiera un placer tan moderado como este. Deberíamos aferrarnos, aferrarnos a lo poco que podamos conseguir, como un hombre al borde de un precipicio. Cada segundo es un precipicio, si piensa usted en ello... un precipicio de una milla de altura... lo bastante alto, si caemos, para estrellarnos y perder hasta el último vestigio de humanidad. Por lo tanto es preferible hablar de cosas agradables. Hablemos el uno del otro; ¿por qué ponernos caretas? Charlemos confidencialmente. ¿Quién sabe? Podríamos llegar a ser amigos.

—Sólo tengo una cosa que decirle —replicó el tendero—. Haga su compra, o salga de mi tienda.

—Cierto, cierto —dijo Markheim—. Basta de bromas. Vayamos al grano. Muéstreme otra cosa.

El tendero se inclinó una vez más, esta vez para volver a poner el espejo en la estantería, y mientras lo hacía sus finos cabellos rubios le cayeron sobre los ojos. Markheim se acercó a él un poco más, con una mano metida en el bolsillo de su gabán; se irguió y llenó sus pulmones de aire; al mismo tiempo su rostro expresó muchas emociones diferentes: terror, pavor y determinación, fascinación y repugnancia física; y levantando con fiereza el labio superior, enseñó los dientes.

—Tal vez le agrade esto —dijo el tendero; y entonces, mientras trataba de levantarse otra vez, Markheim saltó sobre su víctima desde atrás. Una daga, larga como un espetón, centelleó antes de caer al suelo. El tendero forcejeó como una gallina, se golpeó la sien contra el estante y luego cayó desplomado.

Un montón de vocecitas seguía marcando el paso del tiempo en la tienda; unas, majestuosas y lentas como correspondía a su mucha edad; otras, locuaces y apresuradas. Todas aquellas voces computaban los segundos en un intrincado coro de tictacs. Luego, el ruido de pasos de un muchacho que corría pesadamente por la acera se impuso a aquellas voces más débiles y sobresaltó a Markheim, que empezó a darse cuenta de lo que le rodeaba. Echó una mirada a su alrededor completamente espantado. La vela seguía ardiendo sobre el mostrador y su llama flameaba solemnemente impulsada por una corriente de aire; y mediante aquel insignificante movimiento toda la habitación se llenó de un silencioso bullicio que subía y bajaba como las olas del mar: las sombras alargadas se balanceaban, las densas manchas de oscuridad crecían y menguaban como si respirasen, los rostros de los retratos y los dioses de porcelana se transformaban y fluctuaban como imágenes en el agua. La puerta interior permanecía entornada y atisbaba aquella conjura de sombras a través de una larga rendija de luz diurna semejante a un dedo que señala.

De esas ondulaciones que daban miedo, los ojos de Markheim retornaron al

cuerpo de la víctima, que yacía encorvado y al mismo tiempo extendido, increíblemente pequeño y aunque parezca mentira más despreciable que en vida. Con aquella pobre y miserable ropa, en aquella postura desgarrada, el tendero yacía como un montón de serrín. Markheim había temido mirarlo y ¡hete aquí!, no era nada. Y sin embargo, mientras lo miraba, aquel montón de ropa vieja y aquel charco de sangre comenzaron a expresarse con voces elocuentes. Tenía que quedarse allí; no había nada que hiciera funcionar aquellas hábiles articulaciones, ni ordenar el milagro de la locomoción... tenía que quedarse allí hasta que alguien lo encontrara. ¿Y luego? Aquella carne muerta proferiría un grito que resonaría por toda Inglaterra y llenaría el mundo con ecos de persecución. Sí, muerto o no, todavía era el enemigo. «El tiempo lo era cuando no había cerebro», pensó; y las dos primeras palabras golpearon su mente. El tiempo, ahora que el hecho estaba consumado... el tiempo, que se había acabado para la víctima se había convertido en urgente y trascendental para el asesino.

La idea seguía todavía en su mente cuando, primero uno y después otro, con gran variedad de ritmos y voces... uno, profundo como la campana de una catedral; otro, entonando con sus notas agudas el prelude de un vals... los relojes empezaron a dar las tres de la tarde.

El súbito estallido de tantas lenguas en aquella cámara enmudecida le dejó estupefacto. Comenzó a moverse de un lado a otro con la vela, asediado por sombras en movimiento, y asustado hasta los tuétanos por reflejos casuales. En muchos espléndidos espejos, algunos de diseño casero, otros de Venecia o de Amsterdam, vio su rostro repetido una y otra vez, como si se tratara de un ejército de espías; sus propios ojos lo descubrían y le localizaban; y el ruido de sus propios pasos, por muy ligeros que fueran, turbaba el silencio que le rodeaba. Y mientras seguía llenándose los bolsillos, su mente todavía le echaba en cara, con una reiteración que le ponía enfermo, los mil fallos de su plan. Debería haber elegido una hora más tranquila; tendría que haberse preparado una coartada; no debería haber utilizado un cuchillo; tendría que haberse mostrado más precavido, y limitarse a atar y amordazar al tendero, en lugar de matarlo; debería haber sido más atrevido y haber matado también a la criada; tendría que haberlo hecho todo de otra manera; patéticos remordimientos, fastidiosos, continuos esfuerzos de la mente para cambiar lo inalterable, para planear lo que ya era inútil, para ser el artífice del pasado irrevocable. Mientras tanto, y tras toda aquella actividad, brutales terrores, cual ratas corriendo por un desván desierto, llenaban de alboroto los más remotos rincones de su cerebro; la mano del agente de policía caería pesadamente sobre su hombro y sus nervios se estremecerían como si fuese un pez atrapado en el anzuelo; o si no contemplaba, en galopante desfile, el banquillo de los acusados, la prisión, el patíbulo y el negro ataúd.

El terror a la gente que pasaba por la calle se presentaba ante su mente como

un ejército sitiador. Era imposible, pensó, que no hubiera llegado a sus oídos algún rumor de la lucha y despertado su curiosidad; y ahora, en todas las casas del vecindario, adivinaba a sus moradores inmóviles, con los oídos alerta... gente solitaria, condenada a pasar la Navidad sin más compañía que los recuerdos del pasado, y ahora inesperadamente obligada a abandonar aquel delicado ejercicio; alegres reuniones familiares que de pronto enmudecían alrededor de la mesa, la madre con el dedo todavía levantado: gente de todas clases, edades y humores, pero todos, en el fondo, curioseando y prestando atención y tejiendo la soga que debía ahorcarlo. A veces le parecía que no podía moverse sin hacer algo de ruido; el tintineo de las altas copas de Bohemia sonaba tan alto como el repicar de campanas; y alarmado por la magnitud de los tictacs de los relojes, sentía la tentación de pararlos. Y luego, de nuevo, con una rápida transición de sus terrores, el mismo silencio del lugar parecía una fuente de peligro, algo que debía sorprender y paralizar a los transeúntes; y entonces se movía con mayor atrevimiento y se afanaba entre los objetos de la tienda, tratando de imitar, con rebuscada bravuconería, los movimientos de un hombre ocupado, a gusto en su propia casa.

Pero se sentía tan desconcertado por las diferentes alarmas que, mientras una parte de su mente todavía permanecía alerta y despierta, otra temblaba al borde de la locura. Una alucinación en particular se apoderó con fuerza de su credulidad. El vecino que escuchaba junto a la ventana con rostro lívido, el transeúnte detenido en la acera por una horrible conjetura... en el peor de los casos podían sospechar, pero no saber; a través de los muros de ladrillo y de las ventanas con los postigos cerrados sólo podían penetrar los sonidos. Pero allí, dentro de la casa, ¿estaba solo? Sabía que sí; había visto salir a la criada en busca de su novio, ataviada lo mejor posible dentro de su modestia, con las palabras «pasaré el resto del día fuera de casa» impresas en cada cinta y en cada sonrisa. Sí, estaba solo, por supuesto; y sin embargo, en el piso de arriba de la casa vacía, podía escuchar ciertamente un ligero revuelo de pasos... era consciente sin duda, inexplicablemente consciente, de la presencia de alguien. Sí, en efecto; su imaginación la siguió por cada cuarto y cada rincón de la casa; unas veces era algo sin rostro que, no obstante, tenía ojos para ver; otras, era la sombra de sí mismo; y sin embargo contemplaba otra vez la imagen del tendero muerto, inspirada de nuevo por la astucia y el odio.

A veces, tras un intenso esfuerzo, echaba una ojeada a la puerta abierta que sus ojos todavía parecían rechazar. La casa era alta, la claraboya pequeña y sucia; el día sin visibilidad a causa de la niebla; y la luz que se filtraba hasta la planta baja era extremadamente débil y apenas permitía ver el umbral de la tienda. Y no obstante, en aquella franja de claridad incierta, ¿no se agitaba una sombra?

De pronto, en la calle, un caballero muy jovial empezó a golpear la puerta de

la tienda con su bastón, acompañando los golpes con gritos y chanzas en los que continuamente llamaba al tendero por su nombre. Paralizado por el miedo, Markheim echó un vistazo al muerto. ¡Pero no!, yacía completamente inmóvil; se encontraba completamente fuera del alcance de aquellos golpes y de aquellos gritos; estaba sumergido bajo océanos de silencio; y su nombre, que otrora le hubiese llamado la atención en medio del fragor de la tormenta, se había convertido en un sonido hueco. Y al poco rato el jovial caballero desistió de seguir llamando y se marchó.

Aquello era un claro indicio de que debía darse prisa en lo que le quedaba por hacer, que tenía que marcharse de aquel vecindario que le acusaba, zambullirse en un baño de multitudes y, al final del día, llegar a aquel refugio seguro y de aparente inocencia... su cama. Ya había llegado un visitante y en cualquier momento podía aparecer otro más obstinado. Haber consumado el hecho y no obtener provecho de él sería un imperdonable fracaso. Lo que ahora le preocupaba a Markheim era el dinero; y, como un medio para llegar hasta él, las llaves.

Echó una ojeada por encima del hombro a la puerta abierta, donde la sombra permanecía titubeante, y sin ninguna repugnancia consciente en su mente y, sin embargo, con un temblor en el estómago, se acercó al cuerpo de su víctima. Sus característicos rasgos humanos habían desaparecido por completo. Como un traje medio relleno de salvado, las extremidades yacían desparramadas por el suelo y el tronco doblado; y sin embargo aquello le repelia. A pesar de ser tan sórdido y tan repugnante para la vista, Markheim temía que fuera más impresionante tocarlo. Cogió el cuerpo por los hombros y lo volvió boca arriba. Era extrañamente ligero y flexible, y las extremidades, como si estuvieran descoyuntadas, adoptaron las posturas más raras. El rostro carecía de expresión; pero estaba tan pálido como la cera, y terriblemente manchado de sangre en una sien. Para Markheim, esa fue la única circunstancia desagradable. Le hizo recordar al instante cierto día de feria en una aldea de pescadores: un día gris, de fuerte viento, con mucha gente en la calle, el estruendo de los instrumentos de metal, el redoblar de tambores, la voz nasal de un cantante de baladas; y un muchacho que iba y venía, sepultado bajo la multitud y fluctuando entre la curiosidad y el miedo, hasta que, al salir del lugar más concurrido, divisó un puesto y un enorme cartelón con varias escenas, pésimamente dibujadas, con colores chillones: Brownrigg con su aprendizaje; los Manning con su huésped asesinado; Weare apaleado hasta la muerte por Thurtell^[40]; y una veintena más de crímenes famosos. Lo veía tan claro como si fuera una ilusión óptica; volvía a ser aquel niño; miraba de nuevo aquellas infames imágenes con la misma sensación de repugnancia física; todavía estaba aturdido por el rataplán de los tambores. Le vino a la memoria un compás de la música de aquel día; y ante aquello, por vez primera le invadió la aprensión, una sensación de náusea y una

repentina debilidad en las articulaciones, que debía contener y vencer en el acto.

Juzgó más prudente hacer frente a aquellas consideraciones que huir de ellas; mirar el rostro del muerto con más osadía, doblegar su mente para que se diera cuenta de la naturaleza y la magnitud de su crimen. Hacía tan poco que aquel rostro se había demudado con cada cambio de sentimiento, que aquella pálida boca había hablado, que aquel cuerpo había estado lleno de energía y vigor; y ahora, como consecuencia de su acto, aquel trozo de vida se había parado, de la misma forma que el relojero, interponiendo un dedo, detiene el tictac de un reloj. De modo que razonaba en vano; no lograba sentir ningún remordimiento más en su conciencia; el mismo corazón que se había estremecido con las efigies pintadas del crimen contemplaba impasible su realidad. A lo sumo, sentía una chispa de compasión por alguien que había estado dotado en vano de todas aquellas facultades que pueden hacer del mundo un jardín encantado, alguien que nunca había vivido y que ahora estaba muerto. Pero de arrepentimiento, nada, ni inmutarse.

Apartando esas consideraciones de su mente, encontró las llaves y avanzó hacia la puerta abierta de la tienda. Fuera había empezado a llover con fuerza; y el sonido del aguacero sobre el tejado había desterrado el silencio. Como una cueva con goteras, los aposentos de la casa estaban invadidos por un continuo eco, que llenaba los oídos y se mezclaba con el tictac de los relojes. Y a medida que Markheim se aproximaba a la puerta, le pareció oír, en respuesta a su propio andar cauteloso, los pasos de otros pies que subían la escalera. La sombra aún palpitaba flácidamente en el umbral. Markheim sometió a sus músculos a un supremo esfuerzo de determinación y abrió la puerta.

La débil y brumosa luz del día iluminaba tenuemente el suelo desnudo y la escalera, la brillante armadura apostada, alabarda en mano, en el rellano, y las sombrías tallas de madera y los cuadros enmarcados que colgaban de los paneles amarillentos del revestimiento. El golpeteo de la lluvia por toda la casa era tan fuerte que los oídos de Markheim empezaron a distinguir una gran variedad de sonidos. Pisadas y suspiros, el desfilar de regimientos en la distancia, el tintineo de monedas al ser contadas, y el chirriar de las puertas entreabiertas a hurtadillas, parecían mezclarse con el repiqueteo de las gotas de lluvia sobre la cúpula y el gorgoteo del agua en las tuberías. La sensación de que no estaba solo se hizo más intensa hasta llevarlo al borde de la locura. Por todos lados se sentía acosado y cercado por aquellas presencias. Las oía moverse en los aposentos de arriba; oyó que el muerto se ponía de pie en la tienda; y al empezar a subir las escaleras, con gran esfuerzo, oyó pasos que huían delante de él sin hacer apenas ruido, o que lo perseguían furtivamente. Si al menos fuera sordo, pensó, ¡qué fácil le sería conservar la calma! Y luego, escuchando con atención siempre renovada, de nuevo se felicitó por aquel incansable sentido que velaba por él y era como un fiel centinela que protegía su vida. Volvía la cabeza constantemente;

sus ojos, que parecían salirsele de las órbitas, escrutaban por doquier, y por doquier se veían recompensados a medias con el rabo de algún ser indescriptible que se esfumaba. Los veinticuatro peldaños que conducían a la primera planta le parecieron otras tantas agonías.

En el primer piso las puertas estaban entornadas, y tres de ellas, como otras tantas asechanzas, lo pusieron nervioso cual si fueran bocas de cañón. Tuvo el presentimiento de que nunca más podría sentirse suficientemente fortalecido y resguardado de los ojos humanos que le observaban; deseaba ardientemente encontrarse en su casa, rodeado de paredes, escondido entre la ropa de cama, e invisible para todos excepto para Dios. Y aquel pensamiento le asombró un poco, al recordar historias de otros asesinos y el miedo que supuestamente tenían a los vengadores celestiales. A él, al menos, no le ocurría así. Él temía la ley de la naturaleza, no fuera que, en su despiadado e inmutable proceder, conservaran alguna prueba irrecusable de su crimen. Temía diez veces más, con un terror ciego y supersticioso, alguna escisión en la continuidad de la experiencia humana, alguna deliberada ilegalidad de la naturaleza. El suyo era un juego de habilidad, que dependía de reglas, que extraía consecuencias a partir de las causas; pero ¿qué sucedería si la naturaleza, al igual que el tirano derrocado volcó el tablero de ajedrez, rompiera el molde de su descendencia? Algo semejante le había acontecido a Napoleón (según dicen los historiadores) cuando el invierno modificó el momento de su aparición. Lo mismo podía ocurrirle a Markheim: las sólidas paredes podían volverse transparentes y revelar sus actividades como las de las abejas en una colmena de cristal; las sólidas tablas podían ceder bajo sus pies como arenas movedizas y atraparlos en sus garras; sí, y existían accidentes más graves que podían destruirlo: por ejemplo, que la casa se derrumbase y lo aprisionara junto al cadáver de su víctima; o que se prendiera fuego en la casa de al lado y los bomberos la invadieran por todas partes. Esas eran las cosas que Markheim temía; y en cierto sentido, podría decirse que esas cosas equivalían a las manos de Dios extendidas contra el pecado. Pero, en cuanto al mismo Dios, él estaba tranquilo; sin duda alguna su acto fue excepcional, pero también lo eran sus excusas, que Dios conocía; era allí, y no entre los hombres, donde Markheim estaba seguro de alcanzar justicia.

Cuando llegó sin contratiempos al salón y cerró la puerta tras él, se dio cuenta de que sus motivos de alarma le daban un respiro. La habitación estaba completamente desmantelada, desprovista además de alfombras, y cubierta de cajas de embalaje y de muebles inadecuados, varios espejos de cuerpo entero, en los que se podía contemplar él mismo desde distintos ángulos, como un actor sobre el escenario, muchos cuadros, con marco o sin él, de espaldas contra la pared, un elegante aparador Sheraton^[41], un bargueño de taracea y una enorme cama antigua con dosel. Las ventanas se abrían hasta el suelo; pero por fortuna los postigos estaban echados en su parte inferior, y eso le ocultaba de los vecinos.

Markheim puso entonces una caja de embalaje delante del bargeño y empezó a probar las llaves. Le llevó bastante tiempo, pues había muchas, y no pocas molestias; ya que, después de todo, era posible que no hubiese nada en el bargeño y el tiempo pasaba volando. Pero la minuciosidad de la ocupación lo calmó. Veía la puerta por el rabillo del ojo... de vez en cuando incluso la miraba directamente, lo mismo que al comandante de una plaza sitiada le agrada comprobar por sí mismo el buen estado de sus defensas. Pero la verdad es que estaba tranquilo. La lluvia que seguía cayendo en la calle parecía natural y agradable. En seguida, al otro lado, las notas de un piano atacaron los primeros compases de un himno, y las voces de numerosos niños rompieron a cantar. ¡Qué melodía más majestuosa y reconfortante! ¡Qué voces juveniles más dulces! Markheim las escuchó con una sonrisa, mientras seleccionaba las llaves; y su mente se llenó de ideas y de imágenes relacionadas: niños que van a la iglesia a los sones del órgano; niños en el campo, bañándose en el arroyo, paseando por el ejido lleno de zarzas, haciendo volar sus cometas bajo un cielo salpicado de nubes arrastradas por el viento; y entonces, otra cadencia del ritmo volvía a recordarle la iglesia, y la somnolencia de los domingos veraniegos, y la voz aguda y remilgada del párroco (sonrió un poco al recordarla), y las tumbas pintadas de la época jacobina^[42], y las borrosas inscripciones de los Diez Mandamientos en el presbiterio.

Y mientras permanecía así sentado, ocupado y ausente a la vez, se levantó de pronto sobresaltado. Le recorrió un escalofrío helado, un fognazo, un borbotón de sangre, que le dejaron paralizado y estremecido. Unos pasos subían por las escaleras lenta pero firmemente, y en seguida una mano se posó en el picaporte, la cerradura hizo un ruido seco y se abrió la puerta.

El miedo atenazó a Markheim. No sabía qué esperar: si al muerto que había resucitado, o a los representantes de la justicia humana, o a algún testigo fortuito que sin pretenderlo le enviaba al patíbulo. Pero cuando un rostro asomó por la abertura, echó un vistazo alrededor de la habitación, le miró, asintió con la cabeza y sonrió amistosamente como si lo reconociera, y luego se volvió a ir, cerrando la puerta a sus espaldas, Markheim perdió el control de su miedo y gritó hasta enronquecer. Al escucharlo, el visitante regresó.

—¿Me llamaba?—preguntó en tono agradable, y luego entró en la habitación y cerró la puerta tras él.

Markheim se quedó mirándolo fijamente. Tal vez un velo ocultara su vista, pues los contornos del recién llegado parecían cambiar y temblar como los de las figurillas de la tienda a la luz vacilante de la vela; unas veces creía reconocerlo; otras pensaba que se parecía a él; y en todo momento, con una evidente sensación de terror, crecía en su pecho la convicción de que aquel ser no era humano ni divino.

Y sin embargo, mientras miraba a Markheim con una sonrisa en los labios,

aquella criatura resultaba de lo más vulgar; y cuando añadió: «Supongo que está buscando el dinero, ¿no es cierto?», lo dijo en un tono educado de lo más corriente.

Markheim no contestó.

—Debo advertirle —continuó el otro— que la criada se despidió de su novio más temprano que de costumbre y que no tardará en llegar. Si encontrase al señor Markheim en esta casa, no necesito describirle lo que pasaría.

—¿Me conoce usted? —exclamó el asesino.

El visitante sonrió.

—Desde hace mucho ha sido usted uno de mis preferidos —dijo—; hace mucho que le observo y a menudo he tratado de ayudarle.

—¿Quién es usted? —gritó Markheim—, ¿el diablo?

—Lo que yo pueda ser —respondió el otro— no afecta al servicio que me propongo prestarle.

—Claro que afecta —exclamó Markheim—, ¡vaya que sí! ¿Recibir ayuda de usted? No, nunca; ¡de usted no! Todavía no me conoce; ¡gracias a Dios usted no me conoce!

—Lo conozco —replicó el visitante, con una especie de amable severidad o más bien firmeza—. Conozco hasta sus más íntimos pensamientos.

—¡Conocerme! —gritó Markheim—. ¿Quién puede conocerme? Mi vida no es más que una parodia y un descrédito de mí mismo. He vivido para contradecir mi naturaleza. Todos los hombres lo hacen; todos los hombres son mejores que ese disfraz que crece a su alrededor y los ahoga. Los verá usted arrastrándose por la vida, como alguien a quien hubieran secuestrado unos asesinos a sueldo, embozándolo para acallar sus gritos. Si tuvieran el control de sí mismos... si pudieran ver sus rostros, serían totalmente diferentes, ¡resplandecerían como héroes o santos! Yo soy peor que la mayoría; he ocultado más mi verdadera personalidad; mi justificación sólo la conocemos Dios y yo. Pero, si tuviera tiempo, podría mostrarme tal cual soy.

—¿Ante mí? —preguntó el visitante.

—Sobre todo ante usted —respondió el asesino—. Supuse que era usted inteligente. Pensaba que... puesto que existe... podría usted leer en los corazones. Y sin embargo, ¡se propone juzgarme por mis actos! Piense en ello; ¡mis actos! Nací y he vivido en un país de gigantes; gigantes que me han arrastrado por las muñecas desde que salí del vientre de mi madre... los gigantes de las circunstancias. ¡Y usted quiere juzgarme por mis actos! ¿Acaso no puede usted ver en mi interior? ¿No comprende que el mal me resulta odioso? ¿No puede ver dentro de mí la diáfana escritura de mi conciencia, jamás desdibujada por sofismas deliberados, aunque con demasiada frecuencia haya hecho caso omiso de ella? ¿No puede reconocer en mí a alguien que sin duda debe de ser tan corriente como la humanidad misma: el pecador a regañadientes?

—Todo eso lo ha expresado usted con profunda emoción —fue su respuesta —, pero me trae sin cuidado. Esos consistentes argumentos no son de mi incumbencia y no me importa en lo más mínimo cuál fue el impulso que le arrastró a usted, mientras sea en la dirección correcta. Pero el tiempo vuela; la criada se demora mirando a la gente que pasa y a los dibujos de las carteleras, pero cada vez está más cerca; y recuerde: ¡es como si el propio patíbulo se acercara a usted resueltamente a través de las calles en este día navideño! ¿Quiere que le ayude, y o que todo lo sé? ¿Quiere que le diga dónde encontrar el dinero?

—¿A qué precio? —preguntó Markheim.

—Le ofrezco este servicio como regalo de Navidad —respondió el otro.

Markheim no pudo contener una sonrisa que expresaba una especie de júbilo amargo.

—No —dijo—, no aceptaré nada de usted; si estuviera muriéndome de sed y fuera su mano la que me llevase el jarro a los labios, encontraría el valor suficiente para rechazarlo. Puede que sea crédulo, pero no haré nada que me comprometa con el mal.

—No tengo nada que objetar a que se arrepienta en su lecho de muerte —comentó el visitante.

—¡Porque no cree usted en su eficacia!

—Yo no diría eso —contestó el otro—; pero yo miro esas cosas desde otro ángulo, y cuando la vida se acaba, mi interés decae. El hombre ha vivido para servirme, para propagar pensamientos ruines bajo apariencia de religión, para sembrar cizaña en el trigal, como hace usted, en escasa complicidad con el deseo. Cuando está tan cerca su liberación, sólo puede añadir un acto de servicio más... arrepentirse, morir con la sonrisa en la boca, y de este modo infundir confianza y esperanza a los más timoratos de mis seguidores que quedan vivos. No soy un amo tan severo. Póngame a prueba. Acepte mi ayuda. Disfrute de la vida como ha hecho hasta ahora; disfrute en mayor cuantía, ponga los codos sobre la mesa; y cuando empiece a anochecer y se corran las cortinas, le aseguro, para su mayor consuelo, que hasta le resultará fácil arreglar cuentas con su conciencia y hacer servilmente las paces con Dios. Precisamente vengo de uno de esos lechos de muerte, y la estancia estaba llena de sinceros dolientes que escuchaban las últimas palabras de aquel hombre; y cuando le miré a la cara, antes tan despiadada y dura como el pedernal, comprobé que sonreía esperanzado.

—Entonces, ¿supone usted que soy uno de esos seres? —preguntó Markheim —. ¿Cree que no tengo más aspiraciones que pecar, pecar y pecar, para al final entrar a hurtadillas en el cielo? Me solivianta la idea. ¿Es esa, pues, la experiencia que tiene usted del género humano? ¿O se imagina tales vilezas porque me ha descubierto con las manos en la masa? ¿Acaso el asesinato es un delito tan impío

como para secar las fuentes mismas del bien?

—El asesinato no representa para mí ninguna categoría especial —respondió el otro—. Todos los pecados son asesinatos, en la medida en que toda vida es una guerra. Considero a su raza como unos marineros muriéndose de hambre sobre una balsa, que arrebatan el último mendrugo a los más necesitados y se alimentan de las vidas de los demás. Sigo de cerca los pecados más allá del momento en que se cometen; compruebo que en todos ellos la última consecuencia es la muerte; y para mí, la linda doncella que engaña a su madre con tanta gracia para asistir a un baile tiene las manos tanto o más visiblemente manchadas de sangre humana que un asesino como usted. ¿Le he dicho que sigo de cerca los pecados? También las virtudes; apenas difieren de ellos en el grosor de una uña, unas y otros son las guadañas con las que el ángel de la Muerte lleva a cabo su mortífera siega. El mal, para el cual vivo, no está en la acción sino en el personaje. Le tengo mucho cariño al hombre malo; no así a las malas acciones, cuyos frutos, si pudiéramos remontarnos lo bastante lejos a través de la impetuosa catarata del tiempo, podríamos encontrar sin embargo más provechosos que los de las virtudes más raras. Y si le ofrezco ayudarle a escapar, no es porque haya matado a un tendero, sino porque usted es Markheim.

—Le abriré mi corazón —respondió Markheim—. Este crimen en el que usted me ha sorprendido es el último que cometeré. Hasta llegar a él he aprendido muchas lecciones; él mismo es una lección, una trascendental lección. Hasta ahora me he visto arrastrado a mi pesar a hacer lo que no quería; era un esclavo, forzoso y atormentado, de la pobreza. Existen sólidas virtudes que pueden soportar esas tentaciones; no era ese mi caso: tenía sed de placeres. Pero hoy, y como consecuencia de este acto, he obtenido riquezas y un escarmiento... la posibilidad y la renovada decisión de ser yo mismo. Me he convertido en un actor libre sobre el escenario del mundo; empiezo a verme completamente cambiado, a considerar estas manos agentes del bien, este corazón en paz. Algo llega hasta mí procedente del pasado; algo de lo que había soñado los domingos por la tarde cuando escuchaba el órgano de la iglesia, algo de lo que pronostiqué cuando derramaba lágrimas sobre las páginas de libros sublimes, o cuando hablaba con mi madre, siendo todavía una criatura inocente. Allí está mi vida; he andado a la deriva unos cuantos años, pero ahora veo otra vez cuál es mi destino.

—Va a invertir usted el dinero en la Bolsa, ¿no es así? —comentó el visitante —; y si no me equivoco, ya ha perdido usted algunos miles.

—Sí —dijo Markheim—, pero esta vez tengo algo seguro.

—Esta vez perderá de nuevo —respondió el visitante en voz baja.

—¡Sí, pero me quedaré con la mitad! —exclamó Markheim.

—También la perderá —dijo el otro.

El sudor empezó a perlar la frente de Markheim.

—Pues entonces, ¡qué más da! —exclamó—. Digamos que lo pierdo todo,

que me hundo de nuevo en la pobreza, ¿seguirá hasta el fin una parte de mí, la peor, pisoteando a la mejor? El bien y el mal conviven dentro de mí, tirando de mí en ambas direcciones. No quiero sólo una cosa, las quiero todas. Puedo imaginar grandes hazañas, renunciamientos, martirios; y aunque he incurrido en un delito como el asesinato, la compasión no es ajena a mis pensamientos. Compadezco a los pobres; ¿quién conoce mejor que yo sus tribulaciones? Los compadezco y los ayudo; aprecio el amor, me encanta la risa sincera; no existe en el mundo nada bueno ni auténtico que yo no ame de todo corazón. ¿Han de ser únicamente mis vicios quienes dirijan mi vida, mientras que mis virtudes no surten efecto, como si fueran inútiles cachivaches de la mente? No; el bien también es un manantial de actos.

Pero el visitante levantó un dedo.

—Durante los treinta y seis años que ha estado usted en el mundo —dijo—, a través de muchos cambios de fortuna y de diversos estados de ánimo, lo he visto caer sin parar. Hace quince años la idea de cometer un robo le habría asustado. Hace tres años habría retrocedido ante la palabra asesinato. ¿Existe algún delito, alguna crueldad o vileza que todavía le repugne?... ¿Dentro de cinco años lo sorprenderé cometiéndolos! Su trayectoria cada vez va más cuesta abajo; nada salvo la muerte la podrá detener.

—Es verdad —dijo Markheim con voz ronca—, hasta cierto punto he acatado el mal. Pero eso les ocurre a todos: los mismos santos, por el simple hecho de vivir, se hacen cada vez más remilgados y se acomodan a lo que les rodea.

—Le plantearé una simple pregunta —dijo el otro—; y cuando me conteste le leeré su horóscopo moral. En muchas cosas se ha vuelto usted cada vez más descuidado; posiblemente hace usted bien; y en todo caso, a todos les sucede lo mismo. Pero, aun admitiendo eso, ¿existe algún aspecto particular del mal, por insignificante que sea, que le resulte más difícil de acomodar a su conducta, o se deja llevar a rienda suelta en todo?

—¿Algún aspecto particular? —repitió Markheim, angustiado al pensar en ello—. No —añadió con desesperación—, ¡ninguno! Me he dejado llevar en todo.

—Entonces —dijo el visitante—, confórmese con lo que es, porque nunca cambiará; el papel que usted representa en esta obra está ya irrevocablemente escrito.

Markheim permaneció callado un buen rato, y realmente fue el visitante el primero en romper el silencio.

—Siendo así —dijo—, ¿le digo dónde está el dinero?

—¿Y el perdón? —gritó Markheim.

—¿Acaso no lo ha intentado? —respondió el otro—. Hace dos o tres años, ¿no le vi en la tribuna de una reunión evangelista, y era su voz la que entonaba más fuerte el himno?

—Es cierto —dijo Markheim—, y ahora veo claramente lo que me queda por

hacer. Le agradezco estas lecciones con toda mi alma; me han abierto los ojos y al fin me veo a mí mismo tal como soy.

En aquel momento, el agudo tintineo de la campanilla de la puerta resonó por toda la casa; y el visitante, como si la llamada fuese una señal que había estado esperando, cambió inmediatamente de actitud.

—¡La criada! —exclamó—. Ha regresado, como le advertí, y ahora usted tiene que dar otro paso más difícil. Su amo, debe decirle, está ya dentro; debe dejarla entrar, mostrando una expresión serena aunque más bien sería... nada de sonrisas, ¡no exagere su papel y le prometo éxito! Una vez que la chica esté dentro y haya cerrado la puerta, la misma habilidad con que se deshizo del tendero le permitirá salir airoso del último obstáculo en su camino. A partir de entonces tendrá toda la tarde... la noche entera, si fuese necesario... para saquear los tesoros de la casa y ponerse a salvo. Le será provechoso aunque venga con la máscara del peligro.

—¡Levántese! —exclamó—, levántese, amigo; su vida pende de un hilo: ¡levántese y actúe!

Markheim miró fijamente a su consejero.

—Aunque estoy condenado a hacer el mal —dijo—, aún me queda una puerta abierta para actuar libremente... puedo dejar de hacerlo. Aunque mi vida sea aciaga, puedo dejarla de lado. Aunque sea presa fácil, como usted dice bien, de todas las tentaciones por pequeñas que sean, todavía puedo, mediante un gesto decidido, ponerme fuera del alcance de todas ellas. Mi inclinación al bien está condenada a la esterilidad; puede ser, ¡faltaría más! Pero todavía me queda mi odio al mal; y ya comprobará usted, aunque le irrite y le decepcione, que de ello puedo sacar energía y valor.

Las facciones del visitante comenzaron a experimentar un sorprendente cambio; se iluminaron y suavizaron con una expresión de frágil triunfo; y del mismo modo que se iluminaron, se desvanecieron y desaparecieron. Pero Markheim no se detuvo a observar ni a comprender la transformación. Abrió la puerta y bajó las escaleras muy despacio, entregado a sus pensamientos. Su pasado desfiló ante él sobriamente; lo contempló tal como era, inquietante y agotador como un sueño, fortuito como un homicidio casual... el escenario de una derrota. La vida, tal como ahora la veía, ya no le seducía; pero, en el otro extremo, divisaba un refugio tranquilo para su embarcación. Se detuvo a mitad del pasillo y miró al interior de la tienda, donde la vela continuaba ardiendo junto al cadáver. Reinaba un extraño silencio. Mientras seguía mirando, su mente era un hervidero de pensamientos acerca del tendero muerto. Y entonces sonó una vez más la campanilla con impaciente clamor.

Hizo frente a la criada en el umbral de la puerta con algo parecido a una sonrisa.

—Será mejor que vaya a avisar a la policía —dijo—. Acabo de matar a su

amo.

OLALLA

—Pues bien —me dijo el doctor—, yo ya he cumplido con mi deber y, puedo añadir, con algo de vanidad, que lo he hecho muy bien. Sólo me resta sacarle a usted de esta fría y pernicioso ciudad y proporcionarle dos meses de aire puro y sin preocupaciones. Esto último es asunto suyo. En cuanto a lo primero, creo poder ayudarle. La verdad es que todo ha sido pura casualidad; hasta hace pocos días no regresó el *Padre*^[43] del campo, y como él y yo éramos viejos amigos, aunque de profesiones opuestas, acudió a mí para consultarme acerca del infortunio de algunos de sus feligreses.

» Se trataba de una familia... pero usted no sabe nada de España y ni siquiera conoce apenas los nombres de nuestros grandes; baste decir, pues, que fueron en otro tiempo gente importante y que ahora se encuentran al borde de la indigencia. No poseen ya más que la *residencia* y unas cuantas leguas de monte desértico, en la mayor parte del cual ni siquiera una cabra podría subsistir. Pero la casa es un bello edificio antiguo, situado en un lugar muy alto, entre colinas, y de lo más saludable. Nada más oír la historia de mi amiga me acordé de usted. Le dije que tenía a un oficial herido, en lucha por una buena causa, que tenía necesidad de cambiar de aires; y le propuse que sus amigos lo tomaran como huésped. Inmediatamente el rostro del *Padre* se ensombreció, como yo había previsto maliciosamente que ocurriría.

» —Eso es imposible —me dijo.

—Entonces dejemos que se mueran de hambre —le dije yo—, pues no siento la menor simpatía por el orgullo en andrajos.

» Inmediatamente después nos separamos, nada satisfechos el uno del otro; pero ayer, para mi asombro, el *Padre* regresó y me hizo una proposición:

» —Al preguntarlo —me dijo—, he podido comprobar que no era tan difícil como yo me había temido.

» Es decir, aquella gente orgullosa se había tragado su orgullo. Cerré el trato y, contando con su aprobación, he concertado su alojamiento en la *residencia*. El aire de aquellas montañas le renovará la sangre; la vida tranquila que llevará allí vale más que todas las medicinas del mundo.

—Doctor —le dije—, ha sido usted mi ángel bueno en todo y sus consejos son órdenes. Pero cuénteme, por favor, algo sobre la familia con la que voy a residir.

—Me disponía a hacerlo —respondió mi amigo—; desde luego existe una dificultad. Estos mendigos, como le he dicho, descenden de una familia de gran alcurnia y están llenos de la más infundada vanidad; han vivido durante varias generaciones en un aislamiento cada vez mayor, evitando siempre, tanto a los ricos, que habían llegado a colocarse demasiado por encima de ellos, como a los pobres, a los que consideraban todavía demasiado por debajo; e incluso hoy, cuando la pobreza les fuerza a abrir la puerta de su casa a un huésped, no son capaces de hacerlo sin poner una cláusula de lo más desagradable. Usted seguirá

siendo, me dicen, un forastero; le atenderán en todas sus necesidades, pero rechazan desde el principio la posibilidad de que llegue a establecer con ellos la menor intimidad.

No negaré que aquello me enfadó, y tal vez ese sentimiento fortaleció mi deseo de ir, pues estaba convencido de poder derribar aquella barrera si me lo proponía.

—No hay nada ofensivo en una cláusula como esa —le dije—, e incluso comparto el sentimiento que la inspira.

—Es cierto que ellos nunca le han visto a usted —repuso el doctor cortésmente—; y si supieran que usted es el hombre más apuesto y más simpático que jamás haya venido de Inglaterra (donde, según me dicen, abundan los hombres apuestos, pero no tanto los simpáticos), sin duda lo recibirían con mejor disposición. Pero, ya que usted se lo toma tan bien, no tiene ninguna importancia. A decir verdad, a mí me parece una descortesía. Pero tal vez salga usted ganando. La familia no le seducirá demasiado. Una madre, un hijo y una hija; una anciana de la que se dice que es retrasada mental, un rústico palurdo y una joven aldeana, que se lleva muy bien con su confesor y, por tanto —el médico se rió por lo bajo—, deduzco que no tiene el menor atractivo; no parece gran cosa para llamar la atención de un apuesto oficial.

—Y, sin embargo, usted dice que son de alta cuna —objeté yo.

—Pues bien, en cuanto a eso, habría que destacar algo —respondió el doctor—. La madre sí lo es; los hijos, no. La madre era la última representante de un linaje principesco, que ha degenerado a la vez en talento y en fortuna. Su padre no sólo era pobre, sino que estaba loco; y la chica creció en estado salvaje en los alrededores de la *residencia* hasta su muerte. Además, como la mayor parte de la fortuna desapareció al morir él, y la familia estaba extinguida por completo, la chica creció en estado más salvaje que nunca, hasta que al fin se casó, Dios sabe con quién; unos dicen que era un arriero, otros que un contrabandista; en tanto que algunos sostienen que ni siquiera hubo matrimonio, y que Felipe y Olalla^[44] son bastardos. Esa unión, fuera del tipo que fuese, se disolvió trágicamente hace algunos años; pero como viven tan aislados, y en aquella época había tanto desorden en el país, el modo exacto en que el hombre murió sólo lo conoce el sacerdote... y quizá ni eso.

—Empiezo a creer que la experiencia va a resultar interesante —le dije.

—Yo no exageraría, si fuera usted —replicó el doctor—; me temo que va a encontrarse con una realidad muy despreciable y vulgar. A Felipe, por ejemplo, lo he visto. ¿Y qué le puedo decir? Es muy tosco, muy astuto, muy palurdo, y yo diría que más bien un inocente; los demás probablemente han de ser por el estilo. No, no, *señor* comandante, debe usted buscar compañía adecuada en los grandes paisajes de nuestras montañas; y en cuanto a estos al menos, le prometo que, si usted es un amante de las obras de la naturaleza, no le defraudarán.

Al día siguiente Felipe vino a buscarme con una tosca carreta, tirada por una mula; y un poco antes de que dieran las campanadas del mediodía, después de haberme despedido del doctor, del posadero y de algunas almas buenas que me habían ofrecido su amistad durante mi enfermedad, salimos de la ciudad por la puerta del este y empezamos a ascender en dirección a la *sierra*. Llevaba tanto tiempo como prisionero, desde que me dejaron por muerto tras la pérdida del convoy, que el simple olor de la tierra me puso de buen humor. La zona que atravesábamos era agreste y rocosa, parcialmente cubierta de espesos bosques, ora de alcornoques, ora de grandes castaños españoles, a menudo cortados por el lecho de un torrente de montaña. Brillaba el sol, el viento susurraba alegremente y, cuando habíamos recorrido algunas millas, y la ciudad no era ya más que un insignificante montículo en medio de la llanura que habíamos dejado atrás, empecé a fijar la atención en mi compañero de viaje.

A primera vista, no parecía más que un diminuto muchacho campesino, un poco palurdo, tal como el doctor lo había descrito, muy vivaz y activo, pero desprovisto por completo de cultura; y para la mayoría de los observadores esta primera impresión era la definitiva. Lo primero que me sorprendió fue su palique y su familiaridad al hablar, tan extrañamente en desacuerdo con los términos en los que yo iba a ser recibido; y en parte por su imperfecta pronunciación, en parte por la vivacidad e incoherencia de lo tratado, su conversación era muy difícil de seguir sin hacer un esfuerzo mental. Es cierto que yo ya había hablado con personas de mentalidad similar, personas que parecían vivir (como él lo hacía) por los sentidos, atrapados y poseídos por lo que veían en cada momento e incapaces de liberar sus mentes de esas impresiones. Su conversación (a la que yo prestaba escasa atención) me parecía propia de carreteros, que pasan gran parte de su tiempo en medio de una gran vacuidad intelectual, limitándose a ver desfilar los paisajes que ya conocen. Pero ese no era el caso de Felipe; según él mismo me contó, era muy hogareño.

—Me gustaría haber llegado ya —me dijo; y a continuación, al divisar un árbol al borde del camino, se detuvo a contarme que una vez había visto un cuervo entre sus ramas.

—¿Un cuervo? —repetí yo, sorprendido por la necesidad de aquel comentario, y creyendo haber entendido mal sus palabras.

Pero para entonces, otra idea ocupaba ya su mente; escuchaba con profunda atención, con la cabeza ladeada y el ceño fruncido; y me golpeó bruscamente para que guardara silencio. Luego sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Ha oído algo? —le pregunté.

—No tiene importancia —me dijo; y empezó a acicatear su mula con gritos que resonaron inhumanamente entre las paredes de la montaña.

Lo examiné más detenidamente. Tenía un cuerpo excepcionalmente bien formado, ligero, flexible y fuerte, y unas bellas facciones; sus ojos de color

avellana eran muy grandes, aunque quizás no muy expresivos; en conjunto, era un muchacho de aspecto agradable, y no le encontré más defecto que el tono oscuro de su piel y la abundancia de pelo; dos características que me desagradaban.

Era su mente lo que me desconcertaba y a la vez me atraía. Me acordé de la frase del doctor: un inocente; y me preguntaba si, después de todo, sería esa una descripción acertada, cuando el camino empezó a descender hacia la angosta y pelada sima de un torrente. Las aguas retumbaban en el fondo embravecidas; y aquel sonido llenaba el barranco, junto con la fina rociada y las ráfagas de viento que acompañaban su descenso. El espectáculo era, sin duda alguna, impresionante; pero en aquella parte el camino estaba muy bien amurallado; la mula avanzaba con paso seguro; y me asomé al darme cuenta de que el rostro de mi acompañante había palidecido de terror.

El rugido de aquel río tumultuoso no era constante, unas veces disminuía como si estuviera cansado, otras redobla sus roncocientos; pasajeras avenidas, que bajaban rápidamente por el desfiladero, tronando y retumbando contra sus paredes, parecían hacer crecer su caudal; y observé que, cada vez que aumentaba el clamor, mi guía se estremecía y palidecía todavía más. Me vino a la mente el recuerdo de algunas supersticiones escocesas y de los *kelpies* de los ríos^[45]; me preguntaba si por casualidad en aquella parte de España prevalecían creencias similares; y volviéndome hacia Felipe, traté de sonsacarle.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Tengo miedo —me respondió.

—¿De qué tiene miedo? —repliqué yo—. Este lugar me parece uno de los más seguros de este camino tan peligroso.

—Hay mucho ruido —me dijo, con una ingenuidad que disipó mis dudas.

El muchacho no era más que un niño en el plano intelectual: su mente era como su cuerpo, activa y rápida, pero atrofiada en su desarrollo; y desde aquel momento empecé a mirarlo con una especie de compasión, y a escuchar su cháchara inconexa, primero con indulgencia y por último incluso con placer.

A eso de las cuatro de la tarde habíamos traspasado la cima de la cordillera y, despidiéndonos del sol que se iba ocultando ya, empezamos a descender por la otra vertiente, bordeando las crestas de numerosos barrancos y atravesando sombríos bosques. Por todas partes se elevaba el ruido de la caída de las aguas, no tan concentrado ni tan impresionante como en la garganta del río, sino disperso y resonando alegre y musicalmente de cañada en cañada.

El humor de mi conductor también mejoró, y empezó a cantar con voz de falsete y una extraordinaria carencia de sentido musical, que no seguía ni la melodía ni el tono, sino que se desviaba a voluntad y, sin embargo, producía en cierto modo un efecto tan natural y agradable como el canto de los pájaros. A medida que aumentaba la oscuridad, yo iba cayendo cada vez más bajo el

hechizo de aquel ingenuo gorjeo, esperando poder reconocer algún tema concreto, lo cual no sucedió; y cuando, por fin, le pregunté qué era lo que estaba cantando, exclamó:

—Sólo estoy cantando.

Me seducía sobre todo su habilidad para repetir incansablemente la misma nota a pequeños intervalos; no resultaba tan monótona como podría creerse o, al menos, no era desagradable; y parecía alentar una maravillosa satisfacción con todo lo que le rodeaba, como la que nos gusta imaginar en la posición de ciertos árboles, o en la quietud de un estanque.

Había anochecido por completo antes de que llegáramos a una meseta, y poco después nos detuvimos ante una mancha más oscura que no tuve más remedio que suponer que se trataba de la *residencia*. Mi guía bajó de la carreta y durante un buen rato se puso a gritar y a silbar en vano, hasta que, por fin, un viejo campesino surgió de alguna parte de la penumbra que nos rodeaba y se dirigió hacia nosotros con una vela en la mano. A su luz pude distinguir un gran portal en forma de arco de estilo morisco: estaba cerrado mediante una puerta con remaches de hierro, en uno de cuyos batientes Felipe abrió un portillo.

El campesino se llevó la carreta a otra dependencia; pero mi guía y yo franqueamos el portillo, que se cerró de nuevo a nuestras espaldas; y alumbrados por el tenue resplandor de la vela, atravesamos un patio, subimos por una escalera de piedra, recorrimos parte de una galería abierta, y volvimos a subir escaleras hasta llegar, por fin, ante la puerta de un gran aposento casi vacío. Esta habitación, que en seguida comprendí que iba a ser la mía, estaba revestida con paneles de madera brillante y alfombrada con pieles de animales salvajes, y tenía tres ventanas. En su chimenea ardía un gran fuego, que emitía al exterior un vacilante parpadeo; cerca del hogar habían colocado una mesa, lista para la cena; y en el extremo opuesto habían dispuesto una cama. Estaba satisfecho con todos aquellos preparativos y así se lo dije a Felipe; y él, con la misma simplicidad que ya había notado, repitió con entusiasmo mis alabanzas.

—Una excelente habitación —dijo—; realmente excelente. Y con fuego además; el fuego es bueno; hace que el bienestar penetre hasta los huesos. Y la cama —prosiguió, llevando la vela en aquella dirección—, vea qué sábanas tan finas... qué mullidas, qué suaves.

Y pasó la mano una y otra vez por su textura, y luego dejó caer la cabeza y frotó sus mejillas contra ellas con un gozo tan enorme que, por alguna razón, me ofendió. Le quité la vela de las manos (pues tuve miedo de que prendiera fuego a la cama) y regresé a la mesa, donde, al ver un recipiente con vino, serví una copa y lo llamé para que viniera a bebérsela. Inmediatamente se incorporó y corrió hacia mí con una acusada expresión de esperanza; pero, cuando vio el vino, visiblemente se estremeció.

—Oh, no —dijo—; eso no; es para usted. Yo lo detesto.

—Muy bien, *señor* —le dije—; entonces beberé a su salud, y por la prosperidad de su casa y de su familia. A propósito —añadí—, ya que hablamos de eso, ¿no voy a tener el placer de saludar a su *señora* madre?

Pero, al oír aquellas palabras, desapareció de su rostro aquella expresión pueril, y fue reemplazada por otra de indescriptible astucia y sigilo. Al mismo tiempo, se apartó de mí, como si fuese un animal a punto de saltar sobre él, o un algún peligroso individuo armado, y cuando llegó a las proximidades de la puerta, me lanzó una mirada hosca y huraña con las pupilas contraídas.

—No —me dijo por fin, y un instante más tarde había salido de la habitación sin hacer ruido; y oí que sus pasos, tan ligeros como un chaparrón, se desvanecieron escaleras abajo, y la casa quedó de nuevo en silencio.

Después de cenar, acerqué la mesa junto a la cama y empecé a prepararme para descansar; pero al cambiar la luz de posición, me llamó la atención un cuadro que había en la pared. Representaba a una mujer todavía joven. A juzgar por el traje que llevaba y por la suave armonía que reinaba en el lienzo, debía de haber muerto hacía mucho tiempo; había tal vivacidad en su actitud, en sus ojos y en sus facciones, que bien podía creerse estar contemplando la imagen de la vida misma, reflejada en un espejo. Su figura era muy esbelta pero a la vez robusta, y estaba muy bien proporcionada; sus trenzas de color rojo parecían formar una corona sobre su frente; sus ojos, de un color marrón muy dorado, no dejaban de mirarme; y una expresión cruel, hosca y sensual echaba a perder la perfecta silueta de su rostro.

Tanto en su rostro como en su figura había algo sumamente intangible, como el eco de un eco, que hacía pensar en las facciones y en el porte de mi guía; y me quedé un rato delante del cuadro, atraído desagradablemente y a la vez asombrado por aquel extraño parecido. El típico envoltorio carnal de aquella estirpe, destinada originariamente a producir damas de tanta alcurnia como la que me miraba desde el lienzo, había decaído hasta menesteres más despreciables y ahora vestía ropas de aldeano, se sentaba en la lanza de una carreta tirada por una mula y sostenía las riendas, para llevar a casa a un huésped. Es posible que subsistiera un vínculo real; es posible que una minúscula porción de la frágil carne de aquella difunta dama, que en otro tiempo vestía de raso y brocado, se estremeciera ahora ante el rudo contacto con la estameña que vestía Felipe.

Los primeros rayos de sol del nuevo día iluminaron por completo el retrato y, mientras yacía en la cama despierto, mis ojos continuaron fijándose en él con una complacencia cada vez mayor; su belleza cautivaba insidiosamente mi corazón sin que me diese cuenta, silenciando uno tras otro todos mis escrúpulos; y aunque sabía que amar a una mujer como aquella equivalía a firmar y sellar la sentencia de mi propia degeneración, reconocía no obstante que, si todavía viviese, probablemente la amaría.

Día tras día, la conciencia que tenía de su maldad y de mi debilidad era cada vez más evidente. Llegó a ser la heroína de muchos de mis ensueños, en los cuales sus ojos me incitaban a cometer crímenes, que me recompensaba suficientemente. Aquella mujer proyectaba una sombra oscura sobre mi imaginación; y cuando me encontraba afuera al aire libre, haciendo vigorosos ejercicios y renovando saludablemente mi corriente sanguínea, a veces pensaba con agrado que la hechicera causante de mi embeleso descansaba en la tumba, rota la varita mágica de su belleza, sus labios sellados para siempre, el filtro de su encanto derramado. Y, sin embargo, sentía un terror lánguido al pensar que, después de todo, era posible que no estuviese muerta, podía haber revivido en el cuerpo de alguna descendiente.

Felipe me servía las comidas en mi propio cuarto, y su parecido con el retrato me obsesionaba. En ocasiones no pasaba nada; otras veces, a causa de un cambio de postura o de un fognazo en su expresión, aquella semejanza se abalanzaba sobre mí como un fantasma. Era sobre todo en sus accesos de malhumor cuando la similitud triunfaba.

Él me tenía afecto indudablemente; estaba orgulloso de la atención que yo le prestaba, y procuraba retenerla mediante sencillas estratagemas pueriles; le gustaba sentarse a mi lado junto al fuego y hablar de aquella manera incoherente o cantar aquellas canciones extrañas e interminables; y a veces me pasaba la mano sobre la ropa a manera de afectuosa caricia, lo cual nunca dejaba de causarme un desconcierto del que me avergonzaba. Pero a pesar de todo, podía tener injustificados accesos de ira y obstinados arrebatos de malhumor. Ante una palabra de reproche, lo he visto volcar el plato del que me disponía a comer, y no a escondidas, sino como una provocación; y lo mismo sucedía en cuanto me ponía a hacerle preguntas. Mi curiosidad era lógica, estando en un lugar desconocido y rodeado de gentes que no conocía; pero al menor asomo de pregunta, él retrocedía con el ceño fruncido y un aire amenazador. Era entonces cuando, por una fracción de segundo, aquel tosco muchacho podría haber sido el hermano de la dama del cuadro. Pero aquellos humores repentinos se le pasaban muy pronto, y con ellos el parecido se desvanecía.

Durante aquellos primeros días no vi a nadie más que a Felipe, a menos que contemos el retrato; y puesto que el muchacho era débil mental y como tal tenía sus arrebatos de ira, no es de extrañar que yo soportase con ecuanimidad su peligrosa proximidad. En realidad, durante algún tiempo aquello me resultó fastidioso; pero poco después dio la casualidad de que logré un dominio tan completo sobre él como para apaciguar mis preocupaciones.

Ocurrió así. Aunque él era por naturaleza indolente, y tenía mucho de vagabundo, solía quedarse en casa, y no sólo atendía a mis necesidades, sino que trabajaba todos los días en el jardín, una especie de pequeña huerta situada al sur de la *residencia*.

Allí se reunía con él el campesino que yo había visto la noche de mi llegada, el cual vivía al otro extremo del recinto, a una media milla de distancia, en una tosca dependencia; pero para mí estaba claro que, de los dos, Felipe era el que hacía más; y aunque a veces le vi tirar al suelo su azada y ponerse a dormir entre las mismas plantas que había estado cavando, su constancia y su energía eran admirables en sí mismas, y todavía me lo parecían más ya que estaba convencido de que eran ajenas a su carácter y más bien fruto de un esfuerzo ingrato. Pero, aunque lo admiraba tanto, me preguntaba qué podía haber provocado en un muchacho tan voluble aquel permanente sentido del deber.

¿Cómo lograba mantenerlo?, me preguntaba, y ¿hasta qué punto prevalecía sobre sus instintos? Es posible que el sacerdote fuera su inspirador. Pero un día vino el sacerdote a la *residencia*; lo vi llegar y marcharse después de casi una hora, desde un montículo donde yo estaba dibujando, y durante todo aquel tiempo Felipe siguió trabajando en el jardín tranquilamente.

Por fin, con una actitud poco loable, decidí desviar al muchacho de sus buenos propósitos y, abordándolo frente a la puerta, le persuadí fácilmente a que se viniera conmigo a dar un paseo. Hacía un día estupendo y los bosques a los que le llevé estaban verdes y rebosantes de fragantes aromas y del zumbido de los insectos. Allí el joven reveló un nuevo aspecto de su personalidad, llegando su alborozo a unos extremos que me desconcertaron, y desplegando una energía y un garbo en sus movimientos que eran un deleite para la vista. Saltaba y corría a mi alrededor de puro júbilo; se detenía a mirar y a escuchar, y parecía beberse el mundo como si fuera un cordial; y luego, de pronto trepaba a un árbol de un salto, y se colgaba de las ramas y retozaba como si estuviera en su elemento.

Aunque me dijo pocas cosas, y de escasa importancia, raras veces he disfrutado de una compañía más estimulante; verlo divertirse era una continua fiesta; la rapidez y precisión de sus movimientos me complacía muchísimo; y podría haber sido tan desconsideradamente poco amable como para hacer una costumbre de aquellos paseos, si el azar no hubiera dispuesto una conclusión tan repentina a mi placer.

Gracias a su rapidez o a su destreza, el muchacho capturó una ardilla en la copa de un árbol. Se me había adelantado un poco, pero lo vi caer al suelo y ponerse de cuclillas, gritando de placer como un niño. Aquel sonido despertó mis simpatías, de lo fresco e inocente que era; pero cuando apreté el paso para acercarme, el chillido de la ardilla me llegó al alma.

He visto y he oído contar muchas crueldades cometidas por muchachos, sobre todo campesinos; pero lo que entonces presencié me puso furioso. Aparté bruscamente a Felipe, le quité de las manos la bestezuela y me apresuré a matarla por compasión. Después, me volví hacia el torturador y le hablé un buen rato al calor de mi indignación, llamándole de todo, lo cual pareció afectarle; y finalmente, señalando hacia la *residencia*, le ordené que se fuera y me dejara,

porque quería pasear con personas, no con sabandijas. Él cayó de rodillas y, con palabras que salían de sus labios con mayor claridad que de costumbre, vertió un torrente de súplicas de lo más conmovedoras, pidiéndome clemencia y rogándome que lo perdonara, que olvidase lo que había hecho, que tuviera en cuenta el futuro.

—Me esfuerzo tanto —me dijo—. ¡Por favor, comandante, tenga paciencia con Felipe por esta vez, no volverá a comportarse como una bestia!

Inmediatamente después, mucho más afectado de lo que hubiese querido parecer, permití que me convenciera, y por fin le estreché la mano y me reconcilié con él. Pero, como penitencia, le hice enterrar a la ardilla; le hablé de la belleza del pobre animal, le expliqué los sufrimientos que había padecido y lo despreciable que era abusar de la propia fuerza.

—Mire, Felipe —le dije—, la verdad es que usted es muy fuerte, pero en mis manos está tan indefenso como esa pobre criatura que vive en los árboles. Deme la mano y póngala en la mía. Ya ve que no puede retirarla. Ahora suponga que yo fuese tan cruel como usted, y que disfrutara con el dolor ajeno. No tengo más que apretar para ver cómo usted sufre.

Se puso a chillar, su cara adoptó un tono ceniciento y se perló de pequeñas gotas de sudor; y cuando lo dejé en libertad, se tiró al suelo y atendió su mano, gimiendo como un crío. Pero aceptó la lección en buena parte; y ya fuera por eso, o por lo que le dije, o por el mejor concepto que ahora tenía de mi fuerza corporal, su afecto de los primeros días se transformó en fidelidad perruna, llena de adoración.

Mientras tanto mi salud mejoraba rápidamente. La *residencia* estaba situada en la parte más alta de una meseta pedregosa, bordeada de montañas por todas partes; sólo desde el tejado, donde había una garita, se podía ver, entre dos picos, una pequeña extensión de llanura, de color azul debido a la extrema distancia. En aquellas alturas el aire soplaba libre y generosamente; allí se congregaban grandes nubes, que el viento disgregaba, dejando jirones en las cumbres de las colinas; de todas partes llegaba un ronco aunque débil estruendo de torrentes; allí se podían estudiar los rasgos más rudimentarios y antiguos de la naturaleza, que en aquellos parajes conservaba algo de su fuerza primitiva.

Disfruté desde el principio con aquel vigoroso paisaje y aquel clima cambiante, no menos que de la antigua y ruinosa casa solariega en la que moraba. Consistía en un extenso rectángulo, flanqueado en dos esquinas opuestas por sendos salientes a modo de bastiones, uno de los cuales dominaba la puerta; ambos estaban provistos de troneras para mosquetes. Además, la planta baja carecía de ventanas, de manera que el edificio, si estuviera guarnecido, no podría ser tomado sin recurrir a la artillería. Encerraba un patio descubierto plantado de granados. Desde allí una amplia escalinata de mármol ascendía hasta una galería abierta, que recorría todo el perímetro del patio y se apoyaba en esbeltos pilares.

Desde allí, de nuevo varias escaleras interiores conducían a los pisos superiores de la casa, que así quedaban divididos en diferentes secciones. Los postigos de las ventanas, tanto las de dentro como las de fuera, estaban herméticamente cerrados; algunos sillares de las partes altas se habían caído; una de las ráfagas de viento, que tan frecuentes eran en aquellas montañas, había hundido el tejado en un lugar; y toda la casa, bañada por la fluctuante pero intensa luz del sol, sobresalía por encima de un bosquecillo de alcornoques canijos, descoloridos por la espesa capa de polvo que los cubría, y parecía el castillo de la bella durmiente de la leyenda^[46].

El patio, en particular, parecía el hogar mismo del sueño. A todas horas se oía un inquietante y ronco zureo de palomas, procedente de los aleros; allí no llegaba el viento, pero cuando soplabá en el exterior, el polvo de la montaña caía tan espeso como la lluvia, cubriendo con un velo las flores rojas de los granados; las ventanas tapiadas y las puertas cerradas de los numerosos sótanos, así como los arcos vacíos de la galería, lo rodeaban por todas partes; y a lo largo del día, el sol dibujaba perfiles irregulares en los cuatro costados, y proyectaba las sombras de los pilares en el suelo de la galería.

A ras de tierra había, sin embargo, un hueco sostenido con columnas, que mostraba huellas de ocupación humana. Aunque estaba abierto en la parte delantera que daba al patio, estaba provisto de una chimenea en la que ardía siempre un precioso fuego de troncos; y su suelo de baldosas estaba cubierto de pieles de animales.

Fue en aquel lugar donde vi por primera vez a mi anfitriona. Había extendido delante de ella una de las pieles y tomaba el sol, apoyada en una columna. Lo primero que me llamó la atención fue su vestido, pues era lujoso y de colores vivos, y relucía en aquel patio polvoriento, resaltando casi tanto como las flores de los granados. Tras una segunda ojeada, lo que me cautivó fue su belleza. Recostada indolentemente —observándome, pensé, aunque no pudiera ver sus ojos—, y con una expresión satisfecha y, a la vez, de buen humor casi estúpido, mostraba una perfección de rasgos y una actitud de serena nobleza que sobrepasaba a la de las estatuas. Me quité el sombrero al pasar frente a ella, y su rostro se contrajo en un gesto de sospecha, tan liviano y pasajero como las ondas que la brisa produce en un estanque; pero no prestó atención a mi cortesía.

Proseguí mi acostumbrado paseo un poco intimidado, pues su impasibilidad de ídolo me obsesionaba; y cuando regresé, aunque ella seguía poco más o menos en la misma postura, me sorprendió un tanto el comprobar que se había trasladado a la siguiente columna, siguiendo la luz del sol. Esta vez, sin embargo, se dirigió a mí con una especie de saludo trivial, bastante cortés, pronunciado con la misma voz grave, aunque confusa y ceceante, que ya había echado a perder mi primer contacto con su hijo.

Le contesté un poco al azar; pues no sólo no logré comprender del todo lo que

quería decirme, sino que la súbita revelación de sus ojos me trastornó. Eran inusitadamente grandes, con el iris dorado como los de Felipe, pero en aquel momento tenían las pupilas tan dilatadas que parecían casi negros; y lo que me afectó no fue tanto su tamaño como (lo que posiblemente era consecuencia suya) la rara insignificancia de su mirada. Jamás he visto una mirada tan vacía y estúpida. Bajé los ojos mientras hablaba, y seguí mi camino escaleras arriba hacia mi habitación, desconcertado y al mismo tiempo avergonzado. Sin embargo, cuando llegué y vi el rostro del retrato, recordé de nuevo el milagro de la descendencia familiar. Mi anfitriona era, desde luego, de más edad y más corpulenta; sus ojos eran de distinto color; además, su rostro no sólo carecía de la significación malsana que me escandalizó y atrajo en la pintura, sino que estaba desprovisto de cualquier referencia al bien o al mal... su vacío moral literalmente no expresaba nada.

Y, sin embargo, había un parecido, no tanto manifiesto cuanto immanente, no tanto en algún rasgo determinado como en conjunto. Se diría, pensé, que cuando el maestro firmó aquel solemne lienzo, no sólo había captado la imagen de una mujer sonriente y de pérfida mirada, sino que había logrado plasmar la cualidad esencial de una estirpe.

A partir de aquel día, tanto cuando me iba como cuando regresaba, estaba seguro de encontrar a la *señora* recostada al sol contra una columna, o tendida sobre una alfombra delante del fuego; sólo algunas veces cambiaba de posición y se apostaba con la misma indiferencia en el peldaño más alto de la escalera de piedra, justo por donde yo pasaba.

En todos aquellos días, jamás la vi desplegar ni una pizca de energía más allá de la que dedicaba a cepillarse y volverse a cepillar su copiosa cabellera cobriza, o a balbucear, con su graciosa voz ronca, los acostumbrados y fútiles saludos que me hacía al pasar. Aquellos eran, creo, sus dos principales placeres, aparte de la mera inactividad.

Parecía ufanarse siempre de sus comentarios, como si se tratara de verdaderas ocurrencias; y aunque, en efecto, fueran bastante huecos, como la conversación de muchas respetables personas, y trataran un número muy reducido de temas, nunca carecían de sentido ni eran incoherentes; más bien, tenían una cierta belleza muy propia, que provenía sin duda de la completa satisfacción que a ella le producían. Unas veces hablaba del calor que hacía, que (como a su hijo) tanto le gustaba; otras, de las flores de los granados, o de las palomas blancas y de las golondrinas de largas alas que agitaban el aire del patio con sus vuelos.

La entusiasmaban los pájaros. Cuando batían en enfilada los aleros con sus rápidos vuelos, o pasaban rozando de costado junto a ella como una ráfaga de viento, a veces se animaba a incorporarse, y parecía despertar de su plácida somnolencia. Pero el resto del tiempo, permanecía voluptuosamente plegada

sobre sí misma, sumida en los placeres de la indolencia.

Su invencible satisfacción al principio me molestaba, pero poco a poco llegué a encontrar sosiego en el espectáculo, hasta que por fin se convirtió en una costumbre sentarme a su lado cuatro veces al día, a la ida y a la vuelta de mis paseos, y hablar con ella, soñolienta, sin saber apenas de qué.

Había llegado a gustarme su proximidad inerte, casi animal; su belleza y su estupidez me tranquilizaban y me divertían. Empezaba a descubrir en sus comentarios una especie de sensatez trascendental, y su insondable amabilidad me producía admiración y envidia.

La simpatía era recíproca; ella disfrutaba de mi presencia casi sin darse cuenta, como un hombre sumido en profunda meditación puede disfrutar con el murmullo de un arroyo. No podría decir que se alegrara de verme, en la satisfacción estaba impresa en su rostro permanentemente, como en algunas estatuas necias; pero yo me daba cuenta de que disfrutaba por una vía más íntima que la vista. Y un día que estaba sentado cerca de ella en el escalón de mármol, extendió de pronto una mano y me dio unas palmaditas.

Tan pronto como lo hizo, volvió a su actitud acostumbrada antes de que mi mente se diera por enterada de la caricia; y cuando me volví para mirarla, no percibí en su rostro ningún sentimiento en consonancia. Estaba claro que ella no concedía ninguna importancia a aquel acto, y me sentí culpable de mi propia desazón.

El ver y tratar (si puedo llamarlo así) a la madre confirmó la idea que me había formado de su hijo. La sangre de la familia se había debilitado, posiblemente debido a una larga serie de uniones endogámicas, extravió común, me constaba, en las familias altivas y selectas. No se percibía, a decir verdad, ningún declive físico en su cuerpo, cuyas formas bien proporcionadas y vigor se habían transmitido intactos, y los rostros del presente estaban forjados tan nítidamente como el de hacía dos siglos, que me sonreía desde el cuadro.

Pero la inteligencia (ese patrimonio mucho más precioso) había degenerado; el tesoro de la memoria ancestral escaseaba; y fue necesario el vigoroso cruce plebeyo con un arriero o contrabandista montañés para convertir el embrutecimiento de la madre en la vigente rareza del hijo.

Sin embargo, de los dos, yo prefería a la madre. A Felipe, vengativo y fácil de aplacar, chiflado y asustadizo, inconstante como una liebre, podía imaginármelo como una criatura posiblemente nociva. La madre no me inspiraba más que simpatía. Y, en efecto, al igual que los espectadores están dispuestos a tomar partido sin ningún conocimiento de causa, yo llegué a hacer lo mismo en relación a la enemistad latente que percibía entre ellos.

Es cierto que esa enemistad parecía advertirse sobre todo en la madre. A veces contenía el aliento cuando él se acercaba, y las pupilas de sus ojos inexpresivos se contraían como si le tuviera miedo o terror. Sus emociones,

fueran las que fuesen, eran muy evidentes y fáciles de compartir; y aquella repulsión latente me ocupaba la mente y hacía que me preguntase qué base podía tener, y si su hijo sería verdaderamente culpable.

Cuando llevaba unos diez días en la *residencia*, se levantó un fuerte vendaval que llevaba consigo nubes de polvo. Procedía de las tierras bajas azotadas por la malaria, y había atravesado varias *sierras* nevadas. Su azote crispaba y ponía los nervios de punta; los ojos se irritaban con el polvo; las piernas flaqueaban bajo el peso del cuerpo; y el mero contacto de una mano con otra llegaba a ser odioso. Además, bajaba de las colinas por los barrancos y asediaba la casa con un gran zumbido apagado y un silbido que resultaban tediosos para el oído y estrepitosamente deprimentes para la mente. No soplaba a ráfagas, sino más bien con el constante empuje de una cascada, de modo que el malestar no cesaba mientras duraba. Pero en la parte más alta de las montañas, su fuerza era probablemente más variable, con accesos de furia; pues unas veces bajaban unos gemidos lejanos, sumamente penosos de oír; y otras, en uno de los salientes o terrazas se levantaba una columna de polvo que luego se dispersaba, como el humo de una explosión.

Nada más despertarme aquella mañana, tomé conciencia de la tensión nerviosa y de la depresión producida por las condiciones atmosféricas, y aquella impresión aumentó según avanzaba el día. Fue en vano que me resistiera; en vano que me pusiera en camino para dar mi acostumbrado paseo matutino; la constante e irracional furia de la tormenta pronto venció mi resistencia y echó por tierra mi temple; regresé a la *residencia*, abrasado por el calor seco, sucio y cubierto de polvo.

El patio ofrecía un aspecto de abandono; de vez en cuando lo atravesaba un destello de sol; otras veces, el viento se abalanzaba sobre los granados y dispersaba las flores, y hacía golpear contra la pared los postigos de las ventanas. En el hueco abierto la *señora* iba de un lado a otro con el semblante sofocado y los ojos brillantes; me pareció también que hablaba consigo misma, como si estuviera enojada. Pero cuando me dirigí a ella con mi habitual saludo, su única respuesta fue un gesto imperioso y siguió paseando. El mal tiempo había destemplado incluso a aquella criatura impasible; y mientras subía las escaleras en dirección a mi habitación me sentí menos avergonzado de mi propia turbación.

El viento continuó durante todo el día; me quedé en mi habitación fingiendo leer, o paseándome de un lado a otro y escuchando el alboroto en lo alto. Se hizo de noche y ni siquiera tenía una vela. Comencé a desear algún tipo de compañía y bajé sigilosamente al patio. Estaba ya sumido en el azul de la primera oscuridad, pero el hueco estaba iluminado de rojo por el fuego. La leña estaba apilada formando un buen montón, coronado por un haz de llamas, que el tiro de la chimenea blandía de un lado a otro.

Bajo aquella intensa y temblorosa claridad, la *señora* seguía paseando de una pared a la otra haciendo gestos inconexos, retorciéndose las manos, estirando los brazos, echando la cabeza hacia atrás como si apelase al cielo. En aquellos movimientos desordenados se mostraban más claramente la belleza y la gracia de aquella mujer; pero había también en su mirada un brillo que me impresionó de manera desagradable; y después de haberla observado durante un rato en silencio, sin que aparentemente ella se diese cuenta, me marché a toda prisa como había venido y busqué a tientas el camino de vuelta a mi habitación.

Cuando Felipe me trajo la cena y unas velas, yo tenía los nervios completamente desquiciados; y si el muchacho hubiera mostrado el mismo aspecto que otras veces, le habría hecho quedarse conmigo (incluso a la fuerza, si hubiese sido necesario) para atenuar mi ingrata soledad. Pero el viento también había ejercido su influencia sobre Felipe. Había estado todo el día con fiebre; y cuando llegó la noche estaba tan malhumorado y tembloroso que me sentí afectado. La vista de su rostro asustado, sus sobresaltos, su palidez y sus repentinos esfuerzos para atender, me desquiciaron; y cuando dejó caer un plato, que se rompió, literalmente salté de mi asiento.

—Me parece que hoy estamos todos un poco locos —dije, fingiendo que me reía.

—Es el viento negro —me respondió él con pesar—. Tiene uno la impresión de que hay que hacer algo, pero no sabe qué.

Tomé debida nota de lo apropiado de la descripción; pero la verdad es que, a veces, Felipe tenía una extraña facilidad para expresar con palabras las sensaciones del cuerpo.

—Y su madre —le dije— también parece bastante afectada por este tiempo. ¿No tiene miedo de que pueda sentirse mal?

Me miró fijamente durante unos instantes, y luego dijo «No» casi insolentemente, y a continuación, llevándose la mano a la frente, clamó de manera lamentable contra el viento y el ruido, que hacían que la cabeza le diera vueltas como una rueda de molino.

—¿Quién es capaz de sentirse bien? —exclamó; y a decir verdad, sólo podía hacerme eco de su pregunta, pues yo mismo estaba bastante trastornado.

Me acosté pronto, fatigado por aquel desasosiego que me había durado todo el día, pero la índole funesta del viento, y el atroz tumulto ininterrumpido que lo acompañaba, no me permitieron dormir. Estuve dando vueltas en el lecho, con los nervios y los sentidos en tensión. A veces dormitaba, tenía horribles sueños y volvía a despertarme; y aquellos ratos de olvido me hicieron perder la noción del tiempo. Pero la noche debía de estar muy avanzada, cuando de repente me sobresaltó un estallido de gritos lastimeros y aborrecibles.

Salté de la cama, creyendo que los había soñado; pero los gritos seguían resonando por toda la casa, gritos de dolor, pensé, pero sin duda también de rabia,

y tan salvajes y discordantes que me llegaron hasta el fondo del alma. No era ninguna ilusión; algún ser vivo, algún lunático o algún animal, estaba siendo torturado asquerosamente. Me pasó por la cabeza el recuerdo de Felipe y la ardilla, y eché a correr hacia la puerta, pero la habían cerrado por fuera; ya podía sacudirla como quisiera, estaba irremediadamente prisionero.

Sin embargo, los gritos continuaron. A veces se reducían a un gemido que parecía articulado, y entonces estaba seguro de que provenían de un ser humano; pero después estallaban de nuevo y llenaban la casa de desvaríos propios del infierno. Me quedé junto a la puerta escuchándolos, hasta que por fin se desvanecieron. Mucho tiempo después, todavía seguía oyéndolos mezclarse en mi imaginación con el bramido del viento y, cuando por fin me fui sigilosamente a la cama, sentía unas ganas tremendas de vomitar y un aciago pavor dentro de mi corazón.

No es de extrañar que no pudiera dormir más. ¿Por qué me habían encerrado? ¿Qué había pasado? ¿Quién era el autor de aquellos gritos indescriptibles y aterradores? ¿Algún ser humano? Era inconcebible. ¿Alguna bestia? Los gritos no eran del todo bestiales; ¿y qué animal, excepto un león o un tigre, podía estremecer de aquella manera los sólidos muros de la *residencia*? Y mientras le daba vueltas en la cabeza a los ingredientes de aquel misterio, me vino a la mente que todavía no había visto a la hija de la casa. ¿No era más probable que la hija de la *señora*, y hermana de Felipe, estuviera loca? O ¿no era más verosímil que aquella gente ignorante y medio tonta tratara de domeñar mediante la violencia a una parienta aquejada de locura?

Era una explicación; y, sin embargo, cuando recordé los gritos (cosa que nunca pude hacer sin estremecerme), me pareció completamente insuficiente: ni siquiera la crueldad podía arrancar tales gritos a una demente. Pero de una cosa estaba seguro: no podía seguir viviendo en una casa donde tales horrores eran concebibles sin investigar a fondo el asunto y, si fuera necesario, inmismarme.

Llegó el día siguiente; el viento había amainado y no había nada que me recordase los sucesos de la noche. Felipe vino hasta la cabecera de mi cama con patente alegría; al atravesar el patio, la *señora* estaba tomando el sol con su acostumbrada inmutabilidad; y cuando salí al exterior, comprobé que la naturaleza en pleno sonreía austeramente, los cielos eran de un frío color azul y estaban sembrados de grandes nubes aisladas, y las laderas de las montañas delineaban un entramado de luces y sombras.

Un corto paseo me devolvió la confianza y reavivó dentro de mí la resolución de dilucidar el misterio; y cuando, desde mi ventajosa posición en el montículo, vi que Felipe se disponía a hacer sus labores en el jardín, regresé inmediatamente a la *residencia* para poner en práctica mi plan. La *señora* parecía estar dormitando; permanecí un rato observándola, pero no se movió; aunque mi plan fuese imprudente, tenía poco que temer de semejante guardián; y, tras regresar,

subí a la galería y empecé a explorar la casa.

Toda la mañana fui de una puerta a otra y entré en espaciosas habitaciones en desuso; unas, herméticamente cerradas, otras iluminadas de lleno por la luz del sol, pero todas ellas vacías y poco acogedoras. Era una casa suntuosa, cuyo lustre el tiempo había empañado, y sobre la cual el polvo había esparcido desilusión. Las arañas colgaban de sus telas; las pomposas tarántulas correteaban por las cornisas; las hormigas habían establecido sus concurridos caminos sobre el suelo de los salones; las asquerosas moscardas que se alimentan de carroña y son, a menudo, mensajeros de la muerte, habían instalado sus nidos en los carcomidos artonados, y sus sordos zumbidos llenaban las habitaciones. Aquí y allá quedaba un taburete o dos, un sofá, una cama o un sillón tallado, como islotes sobre los suelos desnudos, para atestiguar que en el pasado estuvieron habitadas por seres humanos; y por todas partes, los cuadros de los difuntos se desplegaban por las paredes.

A juzgar por aquellas efigies deterioradas, era evidente la grandeza y el esplendor de la estirpe que habitó la casa que ahora estaba recorriendo. Muchos de los varones llevaban condecoraciones en el pecho y tenían el porte de grandes dignatarios; las hembras iban ricamente ataviadas; la mayor parte de los lienzos estaban firmados por artistas famosos. Pero lo que más me impresionó no fueron esos indicios de grandeza, en contraste con el abandono y la decadencia actuales de la gran casa. Fue más bien la parábola sobre la vida de una familia que pude extraer de aquella sucesión de rostros hermosos y cuerpos bien proporcionados.

Nunca antes me había dado cuenta tan bien del milagro de la continuidad de un linaje, de su creación y expansión, del entrelazamiento, modificación y transmisión de sus ingredientes carnales. Que un niño pueda nacer de su madre, que pueda crecer y revestirse de humanidad (no sabemos cómo), y adquirir rasgos heredados, como volver la cabeza a la manera de alguno de sus antepasados, o tender la mano con el gesto de otro, son prodigios que nos aburren por lo mucho que se repiten. Pero en la singular armonía de apariencias, en los rasgos y conductas comunes, de todas aquellas generaciones pintadas sobre los muros de la *residencia*, surgió el milagro y me saltó a los ojos. Y en un antiguo espejo que se cruzó oportunamente en mi camino, me detuve un buen rato a examinar mis propias facciones, y localicé, uno a uno, los hilos de mi descendencia y los vínculos que me unen a mi familia.

Por fin, en el curso de mis investigaciones, abrí la puerta de un aposento que mostraba signos de estar habitado. Era de amplias proporciones y estaba orientado al norte, donde las montañas presentaban perfiles más agrestes. Los rescoldos de un fuego se consumían y humeaban en el hogar de la chimenea, cerca de la cual habían colocado una silla. Y, sin embargo, el aposento mostraba un aspecto ascético de lo más austero; la silla carecía de cojín; el suelo y las paredes estaban desnudos; y aparte de los libros, que yacían aquí y allá en cierto

desorden, no había ningún instrumento ni de trabajo ni de diversión.

La presencia de libros en la casa de semejante familia me asombró sobremanera; y a toda prisa, con el temor de ser interrumpido a cada momento, empecé a hojearlos y rápidamente examiné su contenido. Eran de todas clases: piadosos, históricos y científicos, pero sobre todo muy antiguos, y estaban escritos en latín. Pude comprobar que algunos tenían huellas de haber sido sometidos a un asiduo estudio; otros estaban rotos y los habían echado a un lado, ya fuera por malhumor o por desaprobación. Finalmente, al recorrer más detenidamente aquella habitación vacía, atisé unos papeles escritos a lápiz sobre una mesa que había cerca de la ventana. Una irreflexiva curiosidad me llevó a coger uno de ellos. Se trataba de unos cuantos versos, toscamente rimados en español, que voy a traducir más o menos así:

*El placer se acercó con dolor y vergüenza,
La congoja con una corona de lirios llegó.
El placer mostró al sol en toda su belleza;
¡Jesús mío, cuán dulcemente brillaba!
La congoja su mano arrugada tendió
hacia ti, ¡Jesús mío, hacia ti!*

En seguida me invadió la vergüenza y la confusión; y, dejando a un lado el papel, inmediatamente me batí en retirada y abandoné aquel aposento. Ni Felipe ni su madre podían haber leído los libros, ni haber escrito aquellos toscos aunque sentidos versos. Estaba claro que mis pies sacrilegos habían hollado la habitación de la hija de la casa. Bien sabe Dios que mi propio corazón castigó con severidad mi indiscreción. La idea de que me había colado subrepticamente en la intimidad de una chica en tan extraña situación, y el temor de que, de algún modo, ella pudiera llegar a enterarse, me agobiaba como si hubiera cometido un crimen.

Me reprochaba también mis sospechas de la noche anterior; me asombraba de haber atribuido aquellos gritos espantosos a alguien que ahora consideraba una santa, de apariencia espectral, consumida por las mortificaciones, estrechamente vinculada a las prácticas de una devoción maquina, y que vivía en un gran aislamiento espiritual con sus extraños parientes; y al apoyarme en la balaustrada de la galería y recorrer con la mirada el brillante recinto de los granados y la mujer somnolienta, vestida con ropa muy alegre, que en aquel preciso instante se estaba desperezando y se relamía con delicadeza, como saboreando la sensualidad de la pereza, mi mente comparó rápidamente la escena con el frío aposento orientado al norte hacia las montañas, donde vivía la hija.

Aquella misma tarde, situado en mi montículo, vi entrar al *Padre* por las puertas de la *residencia*. La revelación del carácter de la hija había impresionado

profundamente a mi imaginación, y casi eclipsó los horrores de la noche precedente; pero al ver a aquel hombre justo los recuerdos se reavivaron. Bajé, pues, del montículo y, dando un rodeo por el bosque, me aposté al borde del camino para esperar su paso.

Tan pronto como apareció me adelanté hacia él y me presenté como huésped de la *residencia*. Tenía un semblante enérgico y honrado, en el que no era difícil adivinar las confusas emociones con que me contemplaba, por ser extranjero y herético, no obstante haber sido herido por la buena causa. De la familia de la *residencia* habló con reserva, aunque con respeto. Le mencioné que todavía no había visto a la hija, a lo que respondió que así era como tenía que ser, y me miró con un poco de recelo. Finalmente, me armé de valor y le hablé de los gritos que me habían perturbado durante la noche. Me escuchó en silencio hasta el final, y luego se detuvo y se volvió en parte, como para indicar, sin lugar a dudas, que se estaba despidiendo de mí.

—¿Quiere un poco de rapé? —me dijo, ofreciéndome su tabaquera—. Yo ya soy viejo —añadió, al rechazarla y o—, y puedo permitirme recordarle que usted no es más que un huésped.

—¿Cuento, pues, con su autorización —le respondí, con bastante firmeza, aunque sonrojándome por el reproche implícito—, para dejar que las cosas sigan su curso, sin inmiscuirme?

Me dijo «Sí» y, saludándome un poco preocupado, se dio la vuelta y me dejó donde estaba. Pero había logrado dos cosas: tranquilizar mi conciencia y suscitar mi ternura. Hice un gran esfuerzo, descarté una vez más el recuerdo de aquella noche, y de nuevo me puse a cavilar sobre mi piadosa poetisa. Al mismo tiempo, no podía olvidar del todo que me habían encerrado, y aquella noche, cuando Felipe me trajo la cena, saqué a relucir con cautela las dos cuestiones que me interesaban.

—No veo nunca a su hermana —le dije, de manera informal.

—Oh, no —respondió él—, es una buena chica, muy buena.

E inmediatamente su pensamiento tomó otros derroteros.

—Imagino que su hermana debe de ser piadosa, ¿verdad? —le pregunté, durante la pausa que siguió.

—¡Oh, sí! —gritó, juntando las manos con extremo fervor—, es una santa, es ella quien me mantiene firme.

—Es usted muy afortunado —le dije—, pues la mayoría de nosotros, entre los que, me temo, debo incluirme, preferimos dejarnos llevar.

—Señor —dijo Felipe, encarecidamente—, y o no diría eso. No debería usted tentar a su ángel. Si uno se deja llevar, ¿adonde irá a parar?

—Caramba, Felipe —le dije—, nunca habría imaginado que fuese usted un predicador, y debo decir que de los buenos; supongo que eso es obra de su hermana, ¿no es cierto?

Asintió con la cabeza, abriendo mucho los ojos.

—Pues entonces —proseguí—, le habrá censurado sin duda por su pecado de crueldad, ¿no es cierto?

—¡Una docena de veces! —exclamó; pues esa era la frase con la que aquella extraña criatura expresaba su sentido de la frecuencia—. Y le dije que usted también me había reñido... me acordé de eso —añadió con orgullo—... y a ella le agradó.

—Entonces, Felipe —le dije—, ¿qué eran esos gritos que oí la noche pasada?, pues sin duda eran gritos de alguna criatura que sufría.

—Era el viento —respondió Felipe, mirando al fuego.

Tomé su mano en la mía y, creyendo que se trataba de una caricia, él sonrió con tan halagüeña satisfacción que casi desarmó mi decisión. Pero superé aquel momento de debilidad.

—¿El viento? —repetí—; y, sin embargo, creo que fue esta mano —y la levanté—, la misma que antes me había encerrado en mi habitación.

El muchacho se estremeció visiblemente, pero no respondió ni una sola palabra.

—Verá usted —le dije—, yo soy un extranjero y estoy aquí de huésped. No me corresponde entrometerme en sus asuntos ni juzgarlos; para eso pídale consejo a su hermana, que no me cabe la menor duda que será excelente. Pero en lo que a mí se refiere, no estoy dispuesto a ser prisionero de nadie y exijo esa llave.

Media hora más tarde, de repente se abrió la puerta de par en par y la llave rebotó estruendosamente en el suelo.

Un día o dos más tarde volví de mi paseo un poco antes del mediodía. La *señora* dormía apaciblemente recostada en el umbral del hueco abierto al patio; las palomas dormitaban bajo los aleros como si fueran montones de nieve acumulada durante una ventisca; la casa estaba bajo el hechizo profundo de la calma del mediodía; y sólo un ligero e intermitente viento procedente de la montaña invadía sigilosamente las galerías, susurraba entre los granados y removía agradablemente las sombras. Había algo en aquella quietud que me incitaba a seguir su ejemplo, por lo que atravesé el patio con paso ligero y subí la escalera de mármol. Cuando acababa de poner el pie en el último escalón, se abrió una puerta y me encontré cara a cara con Olalla.

La sorpresa me paralizó; su belleza me llegó al alma; toda ella brillaba en la espesa sombra de la galería como una gema tornasolada; sus ojos tomaron contacto con los míos y se aferraron a ellos, ligándonos como si uniéramos nuestras manos; y los instantes que estuvimos así cara a cara, bebiéndonos el uno al otro, fueron sacramentales, como un enlace de almas.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que desperté de aquel trance profundo y, haciendo a toda prisa una reverencia, seguí para adelante y pasé al tramo

superior de la escalera. Ella no se movió, pero me siguió con sus grandes ojos anhelantes; y cuando me perdió de vista me pareció que palidecía y se apagaba.

Una vez en mi habitación, abrí la ventana y, al asomarme al exterior, no podía creerme cómo había cambiado aquel austero panorama de montañas, que ahora resplandecía bajo un cielo majestuoso y parecía elevarse como un canto. ¡Había visto... a Olalla! Y los riscos me contestaban: ¡Olalla!, y el mudo e insondable azul celeste repetía: ¡Olalla!

La pálida santa de mis sueños se había esfumado para siempre; y en su lugar contemplaba a aquella doncella a la que Dios había prodigado los más espléndidos colores y las más exuberantes energías vitales, a la que Él había hecho activa como una gacela, esbelta como un junco, y en cuyos grandes ojos Él había encendido las antorchas del alma. La emoción de su vida joven, tensa como la de un animal salvaje, había penetrado en mi interior; la fuerza anímica que emanaba de sus ojos y que había cautivado los míos, envolvía mi corazón y hacía brotar de mis labios una canción.

No diré que aquel entusiasmo decayera; más bien fue que mi alma se mantuvo firme en su éxtasis como en un castillo fortificado, y se vio asediada por frías y penosas consideraciones. No podía dudar de que me había enamorado de ella a primera vista, y desde el primer momento, con un ardor tembloroso como nunca había experimentado antes. ¿Qué sucedería después?

Era descendiente de una familia abocada al infortunio, la hija de la *señora*, la hermana de Felipe; se reflejaba incluso en su belleza. Veloz como una flecha, liviana como el rocío, tenía la liviandad y la rapidez de este; como aquella, resplandecía sobre el pálido fondo del mundo con la brillantez de las flores. No me era posible llamar hermano a aquel muchacho medio tonto, ni podía dar el nombre de madre a aquella impasible y hermosa criatura de carne y hueso, cuyos cándidos ojos y perpetua sonrisa afectada volvían a mi mente como algo odioso. Y si no podía casarme con ella, ¿entonces qué?

Estaba irremediablemente indefensa; sus ojos, en aquella única y prolongada mirada que habíamos intercambiado, habían confesado una debilidad pareja a la mía; pero, en mi fuero interno, sabía que ella era la que estudiaba en el frío aposento de la fachada norte y la autora de aquellos tristes versos; y eso bastaba para desarmar al ser más insensible. No tenía suficiente valor para huir; pero expresé una promesa solemne de comportarme con la más alerta circunspección.

Cuando volví de la ventana, mis ojos se posaron en el retrato. Se había quedado sin vida, como una vela cuando ya ha salido el sol; sus ojos pintados me seguían. Sabía que se parecía al original y me maravillaba la persistencia de rasgos comunes en aquel linaje en decadencia; pero el parecido se tragaba las diferencias. Recordaba que me había parecido inaccesible, una criatura producto más bien de la habilidad del pintor que de la modesta naturaleza, y ese

pensamiento me maravillaba, y me regocijaba al evocar la imagen de Olalla. Había visto con anterioridad mujeres bellas que no lograron cautivar-me, y con frecuencia me habían atraído otras que sólo a mí me parecían bellas; pero en Olalla encontré todo cuanto deseaba y nunca me había atrevido a imaginar.

Al día siguiente no la vi y me dio muchísima pena, y mis ojos la desearon con ansia, como los hombres anhelan que amanezca. Pero al día siguiente, cuando regresé, más o menos a mi hora habitual, ella estaba de nuevo en la galería, y nuestras miradas volvieron a encontrarse y a fundirse. Habría querido hablar, me habría acercado a ella; pero, por muy fuerte que tirase de mi corazón, atrayéndome como un imán, algo todavía más imperioso me retenía; y sólo pude hacerle una reverencia al pasar a su lado; y ella, sin devolverme el saludo, se limitó a seguirme con aquellos ojos sublimes.

Tenia su imagen tan grabada en mi memoria que, cuando memorizaba todos sus rasgos, me parecía estar leyendo en lo más íntimo de su corazón. Se vestía con cierta coquetería heredada de su madre y le gustaban los colores llamativos. Su traje, que sin duda había confeccionado con sus propias manos, se ceñía a su cuerpo con una sutil elegancia. Además, según la moda de su país, su corpiño estaba abierto en el centro, y en aquel largo escote, a pesar de la pobreza de la casa, descansaba sobre su pecho moreno una moneda de oro, colgada de una cinta. Eran pruebas, si es que hacían falta, de su innato amor a la vida y de su propio encanto.

Por otra parte, pude percibir en sus ojos, que estaban pendientes de los míos, abismos cada vez más profundos de pasión y de tristeza, luces de poesía y esperanza, sombras de desesperación y pensamientos nada terrenales. Su cuerpo era precioso, pero el alma que lo ocupaba era aún más digna de aquella morada. ¿Debería permitir que esta incomparable flor se marchitase, oculta entre aquellas agrestes montañas? ¿Debería despreciar el sublime regalo que me ofrecía el silencio elocuente de sus ojos? La suya era un alma enclaustrada; ¿no debería yo sacarla de su prisión?

Cualquier otra consideración adicional me parecía inconsecuente; aunque fuese hija del propio Herodes, juré que la haría mía; y aquella misma tarde, con una confusa sensación de traición y de vergüenza, hice el propósito de cautivar a su hermano. Puede que ahora le viera con ojos más propicios, puede que el pensamiento de su hermana me evocara siempre las mejores cualidades de aquella alma imperfecta; pero él nunca me había parecido tan amable, y su mismo parecido con Olalla, aunque me fastidiase, sin embargo me enternecía.

Un tercer día pasó en vano... un desierto vacío de horas. No quería perder ni una sola oportunidad, y merodeé toda la tarde por el patio, donde (para despistar) hablé con la *señora* más tiempo de lo acostumbrado. Dios sabe que ahora la observaba con un interés más afectuoso y sincero; y en cuanto a Felipe, me daba cuenta de que ahora lo contemplaba, como a su madre, con una indulgencia cada

vez más cordial. Y sin embargo estaba asombrado. Incluso cuando hablaba con ella, podía echar una cabezadita y en seguida volvía a despertarse sin el menor apuro; y esta compostura me dejaba estupefacto. Y además, mientras observaba sus cambios infinitesimales de postura, saboreando y recreándome en el placer corporal de cada movimiento, no podía menos de asombrarme por la profundidad de aquella sensualidad pasiva.

Vivía pendiente de su propio cuerpo; y su conocimiento interior del bien y del mal, oculto y diseminado por todos sus miembros, disfrutaba con ello. Por último, no podía acostumbrarme a sus ojos. Cada vez que volvía hacia mí aquellos grandes luceros, tan bellos como inanes, abiertos de par en par a la luz del día, pero cerrados a cualquier indagación humana... cada vez que tenía ocasión de observar los rápidos cambios de sus pupilas, que se dilataban y contraían en un suspiro... no sé qué me pasaba, no encuentro palabras para definir la confusa mezcla de sentimientos de decepción, enfado y aversión que me ponía los nervios de punta.

Probé con ella una diversidad de temas, igualmente en vano; y por fin llevé la conversación hacia su hija. Pero incluso aquí se mostró indiferente; dijo que era bonita, lo cual para ella (como para los niños) era el colmo del elogio, pero fue completamente incapaz de expresar cualquier pensamiento más elevado y, cuando le comenté que Olalla parecía callada, se limitó a bostezar y respondió que de poco sirve hablar cuando no se tiene nada que decir.

—La gente habla mucho, muchísimo —añadió, mirándome con las pupilas dilatadas; y luego volvió a bostezar, y me mostró de nuevo una boca tan delicada como un juguete.

Esta vez me di por aludido y, dejándola reposar, subí a mi habitación y me senté junto a la ventana abierta, mirando a las colinas pero sin verlas, sumido en profundos y brillantes sueños, e imaginando que escuchaba el sonido de una voz que jamás había oído.

La mañana del quinto día me desperté con unas expectativas tan halagüeñas que parecían desafiar al destino. Estaba seguro de mí mismo, tenía el corazón alegre y los pies ligeros, y decidí darle a conocer mi amor inmediatamente. Dejaría de ser prisionero del silencio, mudo, viviendo sólo a través de la vista, tal como se aman las bestias; tendría valor y empezaría a gozar de la plena intimidad de los humanos. Pensé en ello con insensatas esperanzas, como un explorador en busca de El Dorado; ya no temblaría más ante la idea de aventurarme en aquel territorio desconocido y encantador que era su alma.

Sin embargo, cuando me encontré con ella, la misma vehemencia de la pasión cayó sobre mí e inmediatamente inundó mi alma; el don del habla parecía abandonarme como si fuera un hábito infantil; y no pude por menos de acercarme a ella como un hombre aturdido se acerca al borde de un precipicio. Ella retrocedió un poco cuando me vio llegar; pero sus ojos no se apartaron de los

míos y me incitaron a seguir adelante. Por fin, cuando ya casi le había dado alcance, me detuve.

Las palabras se negaron a salir de mi boca; un paso más y podría estrecharla en silencio contra mi corazón; y todo lo que me quedaba de cordura, todo lo que aún no estaba vencido, se resistía ante la idea de semejante abordaje. De modo que permanecemos callados durante unos segundos, mirándonos únicamente, intercambiando salvvas de atracción y, sin embargo, resistiendo mutuamente; y entonces, con un gran esfuerzo de voluntad, y al mismo tiempo consciente de la súbita amargura de la decepción, me di la vuelta y me marché sin decir palabra.

¿Qué poder se adueñaba de mi voluntad y me impedía hablar? Y ella, ¿por qué callaba también? ¿Por qué se alejaba de mí sin decir nada, a pesar de la fascinación que había en sus ojos? ¿Era aquello amor? ¿O era una simple atracción animal, sin sentido e inevitable, como la que ejerce el imán sobre el acero? Nunca habíamos hablado, éramos completamente desconocidos; y, sin embargo, una influencia tan poderosa como la garra de un gigante nos arrastraba silenciosamente el uno hacia el otro.

En cuanto a mí, aquello me llenó de impaciencia; y, sin embargo, estaba seguro de que ella era digna de mi amor; había visto sus libros y leído sus versos, y por eso, en cierto sentido, había adivinado el alma de mi amada. En cuanto a Olalla, aquello me dejó casi petrificado. De mí no conocía más que el aspecto físico; se sentía atraída hacia mí como las piedras caen a la tierra; las leyes que gobiernan la tierra la arrastraban, sin su consentimiento, a mis brazos; y retrocedí ante la idea de semejante unión y empecé a tener celos de mí mismo. No era así como deseaba ser amado.

Y entonces comencé a sentir una gran compasión por ella misma. Pensé en la intensa humillación que debía de sentir ella, la estudiosa, la reclusa, la piadosa guía espiritual de Felipe, por haber confesado una presuntuosa debilidad por un hombre con el que no había cruzado ni una sola palabra. Y esta compasión hizo desaparecer cualquier otro pensamiento; y ya no tenía más que un solo deseo: encontrarla, consolarla y tranquilizarla; decirle hasta qué punto su amor era correspondido por mí, y cómo su elección, aunque hecha a ciegas, no era indigna.

Al día siguiente hacía un tiempo espléndido; la bóveda celeste, de un color azul intenso, se extendía como un dosel sobre las montañas; el sol resplandecía; y el viento, al pasar entre los árboles, y los múltiples torrentes procedentes de las montañas llenaban el aire de una música exquisita y obsesionante. Sin embargo, yo estaba abatido por la tristeza. Mi corazón se lamentaba de no poder ver a Olalla, como un niño llora la ausencia de su madre. Me senté en una roca al borde de los precipicios poco profundos que limitan la meseta por el norte. Desde allí contemplaba el valle poblado de árboles de un arroyo que jamás habían hollado pies humanos. En el estado de ánimo en que me encontraba, era incluso

conmover a contemplar aquel lugar vacío; faltaba Olalla; y pensé en lo delicioso y maravilloso que sería pasar toda la vida con ella, respirando aquel aire vivificante y disfrutando de aquellos agrestes y encantadores parajes; y, al principio con un sentimiento de aflicción, y más tarde con un júbilo apasionado, tuve la impresión de que, como Sansón, mi fuerza y mi estatura aumentaban.

Y entonces, de repente me di cuenta de que Olalla se acercaba. Parecía salir de un bosquecillo de alcornoques y venía derecha hacia mí; y me puse de pie y esperé. Por sus andares, parecía una criatura dotada de tanta vivacidad, ardor y agilidad que me asombraba; sin embargo venía despacio y discretamente. Aquella lentitud era consecuencia de su energía; pero tenía el presentimiento de que si no corría, si no venía volando hacia mí, era por aquella fortaleza inimitable que tenía. Sin embargo, mientras se acercaba, mantenía los ojos fijos en el suelo; y cuando llegó a mi altura se dirigió a mí sin ni siquiera mirarme.

El primer sonido que salió de su boca me sobresaltó. Aquello era lo que había estado esperando; era la última prueba que debía superar mi amor. Y he aquí que su elocución fue clara y precisa, sin balbuceos ni palabras incompletas como la de su familia; y la voz, aunque más grave de lo que es habitual en las mujeres, era a la vez juvenil y femenina. Hablaba en un tono vibrante: dorados acentos de contralto mezclados con otros roncros, lo mismo que en sus trenzas se entremezclaban las hebras rojas con las castañas. No sólo era una voz que me hablaba directamente al corazón, sino que además me hablaba de ella. Y, sin embargo, sus palabras de inmediato me sumieron de nuevo en la desesperación.

—Tiene que marcharse —me dijo—, hoy mismo.

Su ejemplo rompió las trabas que me impedían hablar; me sentí aliviado, como si se hubiera disipado un maleficio. No sé en qué términos le contesté; pero, de pie frente a ella al borde del precipicio, dejé que se desahogara todo el ardor de mi amor, le dije que sólo vivía pensando en ella, que únicamente dormía para soñar con su belleza, y que con mucho gusto renunciaría a mi país, a mi lengua y a mis amigos por vivir para siempre a su lado. Y entonces, haciendo un gran esfuerzo para controlarme, cambié de tono; la tranquilicé y la consolé: le dije que había adivinado en ella un alma piadosa y heroica, con la cual me consideraba digno de congeniar, y que ansiaba compartir y aliviar.

—La naturaleza —le dije— es la voz de Dios, que los hombres desobedecen por su cuenta y riesgo; y si nos hemos sentido atraídos mutuamente sin decirnos nada, como por un milagro de amor, eso implica una idoneidad providencial en nuestras almas; debemos estar hechos —añadí— el uno para el otro. Seríamos unos insensatos rebeldes —exclamé—, unos insensatos rebeldes contra Dios, si no obedeciéramos este instinto.

Ella negó con la cabeza.

—Tiene que irse hoy mismo —repitió ella, y luego, con un gesto y en un súbito tono más agudo—: No, hoy no —exclamó—, ¡mañana!

Pero ante aquel signo de debilidad por parte de ella, recobré la fuerza de golpe. Alargué los brazos hacia ella y la llamé por su nombre; y ella se echó sobre mí y me abrazó estrechamente. Las colinas vibraron a nuestro alrededor, la tierra tembló; una sacudida, como si hubiera recibido un golpe, me atravesó de parte a parte, dejándome ciego y mareado. Y al cabo de un instante ella me hizo retroceder, separándose bruscamente de mis brazos, y huyó entre los alcornoques con la celeridad de una gacela.

Me quedé allí y grité a las montañas; me volví y regresé a la *residencia* sin saber en mí de gozo. Me echaba y, sin embargo, no hice más que llamarla por su nombre y ella corrió a mis brazos. No era más que una de esas flaquezas de jovencita, de las que incluso ella misma, la más fuerte de su sexo, no estaba exenta. ¿Irme? Ni hablar, Olalla... ¡ni pensarlo!

Cerca cantó un pájaro; y en aquella estación los pájaros eran poco frecuentes. Era una invitación a sentirme animoso. Y una vez más la naturaleza en pleno, desde las pesadas y estables montañas hasta la hoja más liviana y la mosca más pequeña que volaba como un dardo a la sombra de las alamedas, empezó a agitarse ante mí y a adoptar rudimentos de vida, mostrando su rostro más alegre. El sol lanzó sus rayos contra las colinas, con la fuerza del martillo sobre el yunque, y estas empezaron a temblar; bajo aquella enérgica insolación, la tierra despedía aromas fuertes; los bosques echaban humo por la reverberación. Sentí que un estremecimiento de afán y deleite recorría la tierra. Algo elemental, algo rudimentario, violento y salvaje, en el amor que mi corazón celebraba, era como una llave que abría los secretos de la naturaleza; y las mismas piedras que sonaban bajo mis pies parecían vivas y amistosas.

¡Olalla! El contacto con ella me había revivido y renovado, todo mi ser vibraba al unísono con la dura tierra, y mi alma se exaltaba hasta un grado que los hombres aprendieron a olvidar en sus civilizadas sociedades. El amor ardía dentro de mí como una pasión; la ternura crecía impetuosa; la odiaba, la adoraba, la compadecía y la reverenciaba con embeleso. Ella parecía ser el eslabón que me ligaba por un lado con las cosas inanimadas, y por el otro con nuestro puro y compasivo Dios; algo brutal y divino, emparentado al mismo tiempo con la inocencia y con las fuerzas desbocadas de la tierra.

Entré en el patio de la *residencia* con la cabeza dándome vueltas, y el ver a la madre de Olalla me pareció como una revelación. Estaba allí sentada, completamente indolente y contenta, pestañeando bajo el fuerte sol, marcada por una especie de gozo pasivo, una criatura completamente al margen, ante la cual todo mi ardor se desvaneció como si se tratase de algo vergonzoso. Me detuve unos instantes y, controlando lo más posible mi temblorosa voz, le dirigí unas palabras. Ella me miró con su insondable amabilidad; me respondió con una voz que parecía surgir vagamente del reino apacible en el que dormitaba y, por primera vez, me vino a la mente un sentimiento de respeto por alguien tan

inocente y feliz por igual, y seguí para adelante, asombrado hasta cierto punto por estar tan preocupado.

Encontré sobre mi mesa una hoja del mismo papel amarillo que había visto en la habitación de la fachada norte; estaba escrita a lápiz por la misma mano, la de Olalla; la cogí con un súbito presentimiento de alarma y leí: « Si siente usted algún aprecio por Olalla, si hay en usted algún sentimiento caballeroso hacia un ser tan torturado, váyase de aquí hoy mismo; por compasión, por su honor, por el amor de Aquel que murió en la cruz, le suplico que se marche» .

Miré aquel papel durante un rato medio atontado, luego empecé a sentir cansancio y horror a la vida; afuera, la luz del sol se oscurecía sobre las peladas colinas y empecé a temblar como un hombre aterrorizado. El vacío que de pronto se abría en mi vida me abatía como si se tratara de una realidad física. No era mi corazón, ni mi felicidad, era la vida misma lo que estaba en juego. No podía perder a Olalla.

Así lo dije, y seguí repitiéndolo. Y entonces, como en un sueño, me dirigí hacia la ventana, alargué la mano para abrirla y atravesé con ella el cristal. La sangre salió a chorros de mi muñeca; y, recobrando instantáneamente la calma y el dominio de mí mismo, apreté el pulgar sobre el pequeño surtidor y reflexioné sobre lo que debía hacer. En aquella habitación vacía no había nada que pudiera servirme; además, me parecía que necesitaba ayuda. Me pasó por la cabeza la esperanza de que la misma Olalla pudiera ser la que me ayudase, y me di la vuelta y bajé las escaleras, sin dejar de taponar la herida con el pulgar.

No había ni rastro de Olalla ni de Felipe y me dirigí al hueco abierto al patio adonde la señora se había retirado y dormitaba sentada frente al fuego, pues el calor no parecía afectarla demasiado.

—Perdone que la moleste —le dije—, pero necesito su ayuda.

Levantó sus ojos soñolientos y me preguntó de qué se trataba, y mientras se lo explicaba, me pareció que contenía la respiración y que se le agrandaban las ventanas de la nariz como si de pronto volviese a la vida.

—Me he hecho un corte —le dije—, y creo que es bastante profundo. ¡Mire!
Y le tendí ambas manos por las que la sangre rezumaba y goteaba.

Ella abrió los ojos como platos y sus pupilas se contrajeron hasta convertirse en sendos puntos; pareció como si un velo cayese de su rostro, dejando al descubierto una expresión muy marcada y sin embargo inescrutable. Y mientras yo seguía inmóvil, un tanto asombrado de su alteración, ella vino rápidamente hacia mí y se inclinó para cogerme la mano; e inmediatamente se la llevó a la boca y me mordió hasta el hueso.

El dolor del mordisco, el súbito correo de la sangre y el monstruoso horror de aquel acto cruzaron mi mente a la vez como una ráfaga, y la hice retroceder; y ella saltó sobre mí una y otra vez dando gritos bestiales, gritos que reconocí, eran como los que me habían despertado la noche del vendaval. Su fuerza era

como la que atribuimos a la locura; la mía menguó rápidamente con la pérdida de sangre; además, la cabeza me daba vueltas por la abominable novedad de aquel ataque violento y, ya me tenía arrinconado contra la pared, cuando Olalla se interpuso entre nosotros, seguida de Felipe que, de un salto, la inmovilizó en el suelo.

Una debilidad como de trance se apoderó de mí; veía, oía y sentía, pero era incapaz de moverme. Oía el forcejeo de ambos rodando por el suelo de un lado a otro, y los chillidos de aquel gato montés que clamaban al cielo cada vez que intentaba darme alcance. Tuve la impresión de que Olalla me estrechó entre sus brazos, su pelo cubriéndome el rostro, y que me levantó, con la fuerza de un hombre y, medio a rastras, medio en vilo, me llevó por las escaleras hasta mi habitación, donde me echó sobre la cama.

Entonces la vi correr apresuradamente hacia la puerta y, tras cerrarla, se quedó unos instantes escuchando los gritos salvajes que hacían temblar la *residencia*. Y luego, rápida y ligera como un pensamiento, volvió de nuevo junto a mí y me vendó la mano, poniéndosela sobre el pecho, gimiendo y lamentándose con sonidos parecidos a los de una paloma.

No eran palabras lo que salía de su boca, eran sonidos más bellos que la propia habla, mil veces más conmovedores, mil veces más tiernos; y, sin embargo, mientras estaba acostado, un pensamiento me carcomió el corazón, un pensamiento me hirió como una espada, un pensamiento, como un gusano en una flor, profanó la santidad de mi amor. Sí, aquellos sonidos eran bellos y estaban inspirados por una ternura humana; pero ¿era también humana su belleza?

Permanecí acostado todo el día. Durante mucho tiempo los gritos de aquella criatura indescriptible, mientras forcejeaba con su cachorro medio idiota, resonaron por toda la casa y me traspasaron el corazón, con una mezcla de tristeza desesperante y de repugnancia. Eran los gritos de muerte de mi amor; mi amor acababa de morir; no sólo estaba muerto, sino que era una ofensa para mí; y, sin embargo, no importa lo que pensara, o lo que sintiese, crecía dentro de mí como un torrente de dulzura, y mi corazón se conmovía con sus miradas y el contacto de su piel. Aquel horror que había surgido, aquella duda acerca de Olalla, aquella veta salvaje y bestial que no sólo estaba presente en el comportamiento de toda la familia, sino que aparecía hasta en los mismos cimientos de la historia de nuestro amor... aunque me horrorizara, aunque me asustara y asqueara, no tenía poder suficiente para romper los vínculos de mi encaprichamiento.

Cuando cesaron los gritos, unos ligeros golpes en la puerta me dieron a entender que Felipe estaba fuera; y Olalla se fue a hablar con él... no sé de qué. Excepto en aquel momento, ella permaneció todo el tiempo junto a mí, ya fuera arrodillada rezando con fervor, ya fuera sentada sin dejar de mirarme a los ojos. Así pues, durante aquellas seis horas me empapé de su belleza y, sin decir

palabra, leí atentamente su historia en su rostro. Vi la moneda de oro que le colgaba sobre el pecho; vi que sus ojos se entristecían y alegraban, aunque no hablaban otro lenguaje que el de una bondad insondable; vi su rostro perfecto y, a través del vestido, las líneas impecables de su cuerpo.

Al fin llegó la noche y, en la creciente oscuridad del aposento, sus formas se desvanecieron poco a poco; pero incluso entonces ella demoró su suave mano sobre la mía y el contacto de la misma siguió hablándome. Yacer así extremadamente debilitado y empaparse de los rasgos de la amada es suficiente para volver a despertar el amor, no importa la conmoción que pueda haber producido la desilusión. Intenté razonar y cerré los ojos a cualquier horror, y de nuevo fui muy audaz para aceptar lo peor. ¿Qué importaba si aquel imperioso sentimiento sobrevivía? ¿Qué importaba si sus ojos todavía me atraían y arrebatan? ¿Qué importaba si ahora, igual que antes, todas las fibras de mi cuerpo debilitado suspiraban por ella y recurrían a ella? Bien entrada la noche, recobré algo de fuerza y hablé:

—Olalla —le dije—, no te preocupes; no voy a preguntarte nada; estoy contento; te amo.

Ella se puso de rodillas y rezó durante un rato, y yo respeté fervientemente sus devociones. La luna había empezado a iluminar una parte de cada una de las tres ventanas y en la habitación reinaba una confusa claridad que me permitía ver a Olalla vagamente. Cuando de nuevo se incorporó, se santiguó.

—A mí es a quien corresponde hablar —me dijo—, y a ti escuchar. Yo sé; tú sólo puedes hacer suposiciones. He rezado, ¡oh, cómo he rezado para que abandones este lugar! Te lo he pedido, y sé que me habrías concedido incluso eso; o al menos, ¡déjame que lo crea!

—Te amo —le dije.

—Y, sin embargo, has vivido en este mundo —dijo ella, después de una pausa—; eres un hombre y además sensato; y yo no soy más que una niña. Perdóname si parece que trato de enseñarte, yo que soy tan ignorante como los árboles de la montaña; pero los que aprenden mucho no hacen más que rozar la superficie del conocimiento; ellos comprenden las leyes, conciben la dignidad de su propósito... el horror del hecho real desaparece gradualmente de su memoria. Somos nosotros, creo, que permanecemos en casa con el mal, los que recordamos, y somos advertidos y nos compadecemos. Vete, por favor, vete ahora y no me olvides. Así viviré en el rincón más querido de tu memoria una vida tan mía como la de este cuerpo que me pertenece.

—Te amo —le dije una vez más; y tendiéndole mi debilitada mano, tomé la suya, me la llevé a los labios y la besé.

Ella no se resistió, aunque puso mala cara, y vi que al mirarme fruncía el ceño; no es que se lo tomara a mal, sino que estaba triste y desconcertada. Y entonces pareció tomar una resolución; atrajo mi mano hacia ella, inclinándose

un poco hacia adelante, y la colocó encima de su corazón palpitante.

—Siente la palpitación misma de mi vida —exclamó—. Mi corazón late sólo por ti; te pertenece. Pero ¿acaso todavía es mío? Es mío, en efecto, para ofrecértelo, lo mismo que podría quitarme la moneda que llevo colgada del cuello, o romper una rama de un árbol y dártela. ¡Y aunque no fuese realmente mío! Yo moro, o creo morar (si es que existo), en algún lugar apartado, como una prisionera impotente, y me llevan de un lado para otro, ensordecida por una muchedumbre que repudio. Esta viscera, semejante a la que late en el costado de cualquier animal, te reconoce como único dueño cuando la tocas; sí, ¡te ama! Pero ¿y mi alma? Creo que no; no lo sé, y me asusta preguntarlo. Sin embargo, cuando me hablaste, las palabras te salían del alma; es por el alma por quien preguntas... sólo por ella me tomarías.

—Olalla —le dije—, el alma y el cuerpo son una sola cosa, sobre todo en el amor. Lo que quiere el cuerpo, el alma también lo desea; a lo que se aferra el cuerpo, el alma es fiel; cuerpo con cuerpo y alma con alma, se juntan a una señal de Dios; y la parte más baja (si se puede calificar de bajo a algo) es sólo el pedestal y la base de la más elevada.

—¿Has visto —me dijo ella— los retratos de mis antepasados? ¿Te has fijado en mi madre o en Felipe? ¿Nunca se han detenido tus ojos en aquel cuadro que cuelga junto a tu cama? La que posó para ese retrato murió hace siglos; y cometió muchas maldades en vida. Pero, vuelve a mirarla: su mano es idéntica a la mía hasta el último detalle, y los ojos y el cabello son como los míos. ¿Qué es mío, pues, y quién soy yo, si no hay una sola curva en este pobre cuerpo mío (que tú amas, y por el cual sueñas ciegamente que me amas), ni un solo gesto que yo pueda esbozar, ni un tono en mi voz, ni una mirada de mis ojos, ni siquiera ahora cuando hablo con el hombre que amo, que no haya pertenecido a otros?

» Otras mujeres, muertas hace siglos, han atraído a otros hombres con mis ojos; otros hombres han escuchado las súplicas de la misma voz que ahora resuena en tus oídos. Las manos de los muertos están en mis entrañas; ellas dictan mis movimientos, tiran de mí, me guían; soy una marioneta a sus órdenes; y no hago más que remodelar rasgos y atributos que llevan mucho tiempo apartados del mal en la quietud de la tumba.

» ¿Es a mí a quien amas, amigo, o al linaje que me hizo? ¿A la chica que no es consciente ni responsable de la más mínima porción de su ser? ¿O más bien a la corriente de la que ella no es más que un molinillo transitorio, o al árbol del que es fruto pasajero? El linaje existe; es antiguo y siempre joven, lleva en su seno su destino eterno; en él, como las olas en el mar, los individuos se suceden unos a otros, fingiendo una apariencia de autocontrol, pero no son nada. Hablamos del alma, pero el alma está en el linaje.

—Te preocupa el derecho consuetudinario —le dije—. Te rebelas contra la voz de Dios, que Él ha hecho tan atractiva para convencer, tan imperiosa para

mandar. ¡Escucha cómo habla entre nosotros! Tu mano se aferra a la mía, tu corazón salta cuando lo toco, los desconocidos elementos de que estamos compuestos despiertan y corren a unirse con una sola mirada; el barro de la tierra recuerda su vida independiente y ansia unirse; nos dirigimos el uno hacia el otro, como los astros dan vueltas en el espacio, o como la marea sube y baja, impulsados por fuerzas más antiguas y poderosas que nosotros mismos.

—¡Ay de mí! —me dijo—. ¿Qué más puedo decirte? Hace ochocientos años mis antepasados gobernaban toda esta provincia: eran sabios, nobles, astutos y crueles; formaban uno de los linajes más selectos de España; sus banderas iban a la cabeza en las batallas; el rey les llamaba primos; las gentes del pueblo, cuando les ponían la cuerda al cuello para ahorcarlos, o cuando, al regresar a sus chozas, las encontraban convertidas en cenizas, maldecían su nombre. Pronto se produjo un cambio. El hombre se ha elevado; si ha surgido de las bestias, puede descender de nuevo al mismo nivel. El aliento del hastío afectó a su naturaleza humana y los nervios se relajaron; empezó su decadencia; sus mentes se adormecieron, sus pasiones despertaron a ráfagas, impetuosas e insensatas como el viento en las gargantas de las montañas; la belleza seguía transmitiéndose de generación en generación, pero no la inteligencia ni el sentimiento humano; la semilla pasaba de unos a otros, envuelta en carne, carne que a su vez cubría los huesos, pero se trataba de huesos y carne de bestias y su cerebro era como el de los mosquitos. Te hablo mientras me atreva; pero tú mismo has visto con tus propios ojos cómo la rueda de la fortuna ha dado marcha atrás en el caso de mi linaje condenado. En este desesperado descenso, me encuentro, por así decirlo, sobre un pequeño terreno elevado y veo lo que hay delante y lo que dejamos atrás, tanto lo que hemos perdido como aquello a lo que estamos condenados si seguimos descendiendo.

» ¿Repetiré el hechizo... yo, que vivo aparte en la casa de los muertos que es este cuerpo mío, aborreciendo sus costumbres? ¿Encadenaré a otro espíritu, reacio como el mío, a esta propiedad embrujada y arruinada por las tempestades en la que ahora sufro? ¿Transmitiré a otros este maldito receptáculo humano, lo llenaré de una vida nueva como un veneno nuevo, y lo lanzaré, como si fuera fuego graneado, al rostro de la posteridad? Pero ya he dado mi palabra: la estirpe desaparecerá de la tierra. En estos momentos mi hermano se está arreglando; pronto sonarán sus pasos en la escalera; y tú te irás con él y desaparecerás de mi vista para siempre. Piensa en mí de vez en cuando como alguien que aprendió muy duramente las lecciones de la vida, sin acobardarse nunca; como alguien que te amaba, en efecto, pero que se odiaba tanto a sí misma que su amor le resultaba odioso; como alguien que te echó de su lado y, sin embargo, deseaba quedarse contigo para siempre; que no tenía esperanza más preciada que olvidarte, ni mayor temor que ser olvidada.

Mientras hablaba se había acercado a la puerta, y su potente voz sonaba cada

vez más débil y más lejana; tras decir las últimas palabras se marchó y yo me quedé solo en el aposento iluminado por la luna. No sé lo que habría hecho si mi extrema debilidad no me hubiera atado de pies y manos; pero, sea como fuere, me invadió una profunda desesperación. Poco después apareció en la puerta el resplandor rojizo de una linterna y entró Felipe, el cual me cargó sobre sus espaldas sin decir palabra y me bajó hasta la puerta principal, donde esperaba el carro. Con el claro de luna las colinas destacaban nitidamente, como si fueran de cartón; sobre la espejeante superficie de la meseta, y entre los árboles bajos que se balanceaban al unísono y centelleaban a causa del viento, sobresalía el voluminoso cubo negro de la *residencia*, con su fachada norte, encima de la puerta principal, perforada por tres ventanas débilmente iluminadas. Eran las ventanas del cuarto de Olalla y, mientras el carro seguía adelante con su traqueteo, permanecí con los ojos fijos en los de ella hasta que, donde el camino descendiendo hacia un valle, los perdí de vista para siempre.

Felipe caminaba en silencio junto a los varales, pero de cuando en cuando hacia detenerse a la mula y parecía volverse para mirarme; y por fin se acercó a mí y me puso la mano en la cabeza. Había tanta amabilidad en aquel gesto, y tanta ingenuidad puramente animal, que las lágrimas brotaron de mis ojos como el estallido de una arteria.

—Felipe —le dije—, llévame a donde no me hagan preguntas.

No dijo ni una sola palabra, sino que hizo dar la vuelta a la mula, desanduvimos parte de lo que habíamos andado y, tomando otro sendero, me llevó a una aldea en la montaña, que era la *kirkton*^[47], como decimos en Escocia, de aquel distrito tan poco poblado. Todavía guardo en la memoria algunos recuerdos fragmentarios del despuntar del día en la llanura, del carro deteniéndose, de brazos que me ayudaron a bajar, de una habitación vacía a la que me llevaron y del desvanecimiento que se apoderó de mí como un sueño.

Al día siguiente, y en días sucesivos, el anciano sacerdote estuvo muchas veces a mi lado, con su caja de rapé y su devocionario, y poco tiempo después, cuando empecé a recobrar fuerzas, me dijo que estaba en buen camino de recuperarme, y que debía apresurar mi partida lo antes posible; después de lo cual, sin darme ninguna razón, tomó un poco de rapé y me miró de soslayo. No fingí ignorancia; sabía que él debía de haber visto a Olalla.

—Señor —le dije—, sabe usted muy bien que no se lo pido por capricho. ¿Qué le pareció aquella familia?

Me dijo que eran muy desgraciados; que la estirpe parecía estar en decadencia, y que eran muy pobres y que habían estado muy abandonados.

—Pero ella no —le dije—. Gracias, sin duda, a usted, ella está más instruida y es más sensata de lo que es habitual en las mujeres.

—Sí —me dijo él—, la *señorita* es una persona instruida. Pero la familia ha estado muy abandonada.

—¿Y la madre? —inquirí.

—Sí, la madre también —dijo el *Padre*, tomando rapé—. Pero Felipe es un muchacho con buenas intenciones.

—¿No es un poco extraña la madre? —le pregunté.

—Muy extraña —respondió el sacerdote.

—Creo, señor, que no debemos andarnos con más rodeos —le dije—. Usted debe de saber acerca de mis asuntos más de lo que reconoce. Usted debe de saber que mi curiosidad tiene varios motivos que la justifican. ¿Por qué no quiere ser franco conmigo?

—Hijo mío —dijo el anciano caballero—, seré muy franco con usted en aquellas materias que sean de mi competencia; en aquellas otras de las que nada sé no se requiere mucha discreción para estar callado. No le responderé con evasivas, comprendo perfectamente lo que usted quiere decirme; y ¿qué puedo añadir yo, excepto que todos estamos en manos de Dios, y que Sus caminos no son como los nuestros? Incluso he consultado a mis superiores eclesiásticos, pero ellos también prefirieron callarse. Es un gran misterio.

—¿Acaso está loca? —pregunté.

—Le contestaré según lo que creo. No está loca —replicó el *Padre*—, o al menos no lo estaba. Cuando era joven... válgame Dios, me temo que abandoné un poco a aquel corderito salvaje... sin duda estaba en su sano juicio; y sin embargo, aunque no llegaba a los extremos actuales, esa misma tendencia se notaba ya; antes que a ella le había ocurrido lo mismo a su padre, sí, y a otros antes que a él, lo que me inclina, quizás, a juzgar el asunto con mucha indulgencia. Pero estas cosas van en aumento, no sólo en algunos individuos sueltos sino en todo el linaje.

—Cuando era joven —empecé a decir, aunque por un momento me falló la voz y tuve que hacer un gran esfuerzo para continuar—... ¿era como Olalla?

—¡Dios nos libre! —exclamó el *Padre*—. No permita Dios que nadie piense tan despectivamente de mi penitente favorita. No, no; la *señorita* (salvo en lo referente a su belleza, que desearía sinceramente que no fuera tanta) no se parece nada a su madre a la misma edad. No puedo admitir que usted crea eso; aunque, bien lo sabe Dios, quizás fuese mejor que lo creyera.

Al oír esto, me incorporé en el lecho y abrí mi corazón al anciano; le hablé de nuestro amor y de la decisión de Olalla, reconocí mis propios temores, mis propias fantasías pasajeras, aunque le aseguré que se habían acabado y, con algo más que una sumisión meramente formal, apelé a su buen juicio.

Me escuchó con mucha paciencia y sin manifestar sorpresa; y cuando hube terminado, se quedó callado durante algún tiempo. Luego empezó así:

—La Iglesia —e inmediatamente se interrumpió para disculparse—... Había olvidado, hijo mío, que usted no es cristiano —me dijo—. Y la verdad es que, en una cuestión tan insólita, ni siquiera puede decirse que la Iglesia se haya

pronunciado. Pero ¿quiere usted saber mi opinión? En un asunto como este, la *señorita* es el mejor juez; y aceptaría su criterio.

Después de eso se marchó y, a partir de entonces, sus visitas no fueron tan asiduas; en efecto, incluso cuando de nuevo me levanté de la cama y empecé a salir, temía y reprochaba mi compañía, no tanto porque le desagradara sino más bien porque parecía decidido a huir de enigmas como los de la esfinge. Los lugareños también me evitaban; no estaban dispuestos a servirme de guía en la montaña. Noté que me miraban con recelo, y tenía la convicción de que los más supersticiosos se santiguarían si me acercase a ellos.

Al principio lo atribuí a mis heréticas opiniones; pero finalmente empecé a caer en la cuenta de que si me temían era porque me había alojado en la *residencia*. Todo el mundo desprecia las ideas salvajes de tales campesinos; y, sin embargo, yo me daba cuenta de que una sombra helada parecía cernirse sobre mi amor insistentemente. Y aunque no logró que me rindiera, no puedo negar que refrenó mi ardor.

Varias millas al oeste de la aldea había una quebrada en la *sierra*, desde donde se divisaba la *residencia* directamente, y allí solía acudir yo a diario. Un bosque coronaba la cumbre y, en el lugar donde el sendero abandonaba sus márgenes, se elevaba un considerable saliente rocoso, rematado a su vez por un crucifijo de tamaño natural y de ejecución más laboriosa de lo habitual. Era mi puesto de observación; desde allí, día tras día, contemplaba la meseta y el antiguo caserón, y podía ver a Felipe, del tamaño de una mosca, ir de un lado para otro alrededor del jardín. A veces, interceptaban la vista las neblinas, que los vientos de la montaña volvían a dispersar; de vez en cuando, la llanura dormitaba a mis pies bajo un sol radiante; o quedaba oculta por la lluvia.

Aquel lejano puesto de observación, aquellas visiones intermitentes del lugar donde mi vida había experimentado tan extraño cambio, convenían a mi estado de ánimo indeciso. Pasé allí días enteros, debatiendo conmigo mismo los diversos factores de nuestra situación; tan pronto cediendo a las sugerencias del amor, como prestando oídos a la prudencia, y al final deteniéndome indeciso entre los dos.

Un día, mientras estaba sentado en mi roca, vino por aquel camino un aldeano más bien enjuto envuelto en una capa. Era forastero y evidentemente no me conocía ni siquiera de oídas; pues, en lugar de pasar de largo, se acercó y se sentó a mi lado, y en seguida entablamos conversación. Entre otras cosas, me dijo que había sido arriero, y que años atrás había frecuentado mucho aquellas montañas; más tarde, había seguido al ejército con sus mulas, había logrado un sueldo suficiente para vivir y ahora vivía retirado con su familia.

—¿Conoce usted aquella casa? —le pregunté finalmente, señalando la *residencia*, pues en seguida me cansaba cualquier conversación que me impidiera pensar en Olalla.

El aldeano me miró misteriosamente y se santiguó.

—Demasiado bien —dijo—, fue allí donde uno de mis camaradas vendió su alma a Satanás; ¡que la Virgen nos proteja de las tentaciones! Y bien que lo ha pagado, ¡ahora se abrasa en lo más recóndito del infierno!

El miedo se apoderó de mí; no pude contestar nada; y en seguida él siguió hablando, como consigo mismo.

—Sí —dijo—, claro que la conozco. He traspasado sus puertas. Había nieve en el desfiladero y el viento la barría; efectivamente aquella noche la muerte aguardaba en las montañas, pero era peor todavía encontrarse delante de la chimenea. Lo tomé del brazo, *señor*, y lo arrastré hasta la puerta de entrada; lo conminé, en nombre de todo lo que más amaba y respetaba, que se fuera conmigo; me arrodillé en la nieve ante él y pude comprobar que mi súplica lo había conmovido. Y en aquel preciso momento ella salió a la galería y lo llamó por su nombre; él se dio la vuelta y allí estaba ella con una lámpara en la mano y sonriéndole para que volviera. Clamé al Cielo en voz alta y alargué los brazos para cogerlo, pero él se apartó y me dejó solo. Había tomado su decisión; que Dios nos ayude. Quise rezar por él, pero ¿con qué propósito? Hay pecados que ni el mismo Papa puede absolver.

—¿Y qué fue de su amigo? —le pregunté.

—Sólo Dios lo sabe —dijo el arriero—. Si fuese cierto todo lo que oímos, su fin fue, como su pecado, algo que pone los pelos de punta.

—¿Quiere usted decir que lo mataron? —le pregunté.

—En efecto, lo mataron —contestó el aldeano—. Pero ¿cómo? Sí, ¿cómo? Pero esas son cosas de las que es pecado hablar.

—La gente de aquella casa... —empecé a decir.

Pero él me interrumpió con un arrebató de rabia.

—¿La gente? —exclamó—. ¿Qué gente? ¡No hay hombres ni mujeres en aquella casa de Satanás! ¿Cómo? ¿Ha vivido usted aquí tanto tiempo y nunca oyó nada?

Y entonces acercó su boca a mi oído y me susurró, como si hasta las aves de la montaña pudieran oírle y sobrecogerse de horror.

Lo que me contó no era cierto, y ni siquiera era original; no era, en efecto, más que una nueva versión, improvisada y retocada por la ignorancia y la superstición de los aldeanos, de historias casi tan antiguas como la raza humana. Fue más bien su aplicación lo que me horrorizó. En épocas pasadas, dijo, la Iglesia habría quemado aquel nido de basiliscos; pero el brazo de la Iglesia ahora es más corto; mi amigo Felipe no había sido castigado por la mano de los hombres y había quedado a merced del juicio más atroz de un Dios ofendido. Aquello estuvo mal; pero no seguiría así por mucho tiempo. El *Padre* estaba haciéndose viejo; incluso él mismo estaba embrujado; pero su rebaño era ya consciente del peligro que corría; algún día... sí, y no tardaría mucho... el humo

de aquella casa subiría hasta el cielo.

Aquel hombre me dejó completamente horrorizado y asustado. No sabía qué camino tomar; si debía avisar primero al *Padre*, o llevar directamente mis malas noticias a los amenazados ocupantes de la *residencia*. El destino iba a decidir por mí, pues, mientras seguía sin decidirme, vislumbré la silueta de una mujer cubierta con un velo que se acercaba a mí por el sendero. Ningún velo podía engañar a mi perspicacia; reconocí a Olalla en cada rasgo y cada movimiento; y, manteniéndome oculto detrás de una esquina de la roca, dejé que llegara hasta la cima. Entonces me di a conocer. Ella me reconoció y se detuvo, pero no habló; yo, también, permanecí callado, y así continuamos durante algún tiempo contemplándonos el uno al otro con una tristeza apasionada.

—Creía que te habías ido —dijo ella por fin—. Lo único que puedes hacer por mí es... irte. Es lo que siempre te he pedido. Y sigues aquí. ¿No sabes que cada día que pasa se acumula el peligro de muerte, no sólo sobre tu cabeza, sino sobre las nuestras? Ha circulado un rumor por la montaña; creen que me amas y la gente no lo puede tolerar.

Vi que ya estaba informada del peligro y me alegré de ello.

—Olalla —le dije—, estoy dispuesto a irme hoy, ahora mismo, pero no me iré solo.

Ella se hizo a un lado y se arrodilló y rezó delante del crucifijo, y yo me quedé sin hacer nada, mirando alternativamente a ella y al objeto de su devoción, a la figura llena de vida de la penitente, o al cadavérico semblante, las heridas pintadas y las costillas que sobresalían de la imagen. El silencio sólo lo rompían los lamentos, como de sorpresa o alarma, de algunas aves de gran tamaño que volaban en círculo en la cumbre de las colinas. Olalla se puso de pie nuevamente, volvió el rostro hacia mí, alzó su velo y, con una mano todavía apoyada en el madero de la cruz, me miró con una expresión apesadumbrada en su cara pálida.

—He puesto la mano en la cruz —me dijo—. El *Padre* dice que no eres cristiano; pero mira con mis ojos por un momento y contempla la faz del Hombre del Calvario. Todos somos, como Él... herederos del pecado; debemos soportar y expiar un pasado que no fue nuestro; hay en todos nosotros... sí, incluso en mí... un destello de la divinidad. Como Él, debemos sufrir durante algún tiempo, hasta que vuelva a amanecer y nos traiga la paz. Deja que siga mi camino en solitario; así me sentiré menos sola, contando por amigo con Aquel que es amigo de todos los afligidos; así seré más feliz, después de haberme despedido de la felicidad terrenal y de haber aceptado de buen grado mi porción de dolor.

Miré la faz del crucifijo y, aunque no soy partidario de las imágenes, y desprecio el arte imitativo y gesticulante del que aquel era un burdo ejemplo, llegué a percibir hasta cierto punto lo que significaba. La faz me miraba desde lo

alto, contraída por una angustia mortal; pero la circundaba una aureola, que me recordó que el sacrificio fue voluntario. Allí estaba, coronando la roca, como todavía se mantiene al borde de tantos caminos, ofreciendo en vano a los transeúntes un emblema de tristes y nobles verdades; proclamando que el placer no es un fin, sino un accidente; que el sufrimiento es la elección de los magnánimos; que es mejor sufrir y hacer el bien.

Me volví y bajé de la montaña en silencio; y, cuando miré hacia atrás por última vez antes de que el camino se internara en el bosque, vi a Olalla todavía apoyada en el crucifijo.

Notas

[1] Robert Kirk, *La Comunidad Secreta*, edición de Javier Martín Landa, Siruela, Madrid, 1993, pág. 40. <<

[2] En numerosas ocasiones Stevenson afirmó, a este respecto, que el carnicero de Bournemouth, con sus continuas facturas a pagar, fue el verdadero causante de que escribiera *Jekyll & Hyde*. <<

[3] Duendes domésticos, peludos y un poco brutos, típicos de las Tierras Bajas de Escocia, que ayudan en las tareas domésticas durante la noche y, por lo general, están dispuestos a trabajar sólo a cambio de una pequeña ración de comida (un bol de natillas y una tarta caliente, rociada con miel). Stevenson cuenta a sus lectores que estos traviesos duendecillos golosos se habían mostrado inesperadamente útiles al proporcionarle argumentos para varios de sus libros. Sin saberlo, mediante este divertido símil literario, estaba anticipando la teoría freudiana del subconsciente. <<

[4] Extravagante personaje escocés, famoso por su doble vida. William Brodie, ebanista de profesión e inveterado jugador por las noches, fue presidente [acepción escocesa de «deacon»] del gremio de carpinteros y masones de Edimburgo y consejero cívico de su ciudad natal, antes de convertirse en jefe de una banda de salteadores. Fue ejecutado el uno de octubre de 1788. <<

[5] Chesterton opina, sin embargo, que « la historia de Jekyll y Hyde, que presumiblemente transcurre en Londres, en realidad está ocurriendo todo el tiempo, de una manera inconfundible, en Edimburgo. [...] Hay algo en el doctor Jekyll que recuerda aquella cualidad de Edimburgo que indujo a un observador a describirla como “un lugar al oeste, azotado por el viento del este”» [*Roben Louis Stevenson*. Dodd, Mead & Co., Nueva York, 1928, pág. 34]. <<

[6] Así define el autor lo que para él es el estilo: « una telaraña, una pauta a la vez sensorial y lógica, una trama elegante y fecunda: eso es el estilo, ese es el fundamento del arte de escribir» . <<

[7] Darwin publicó *El origen de las especies* en 1859 y *La expresión de las emociones en el hombre y los animales* (libro menos conocido que el anterior, pero que establece una conexión más directa entre hombres y animales) en 1872. <<

[8] «Je» es «yo» en francés y «kyl» equivale al «kill» inglés, que significa «matar». Nabokov no está de acuerdo con esta etimología ortodoxa y aduce que, al igual que Hyde, son apellidos de origen escandinavo. Según él, Jekyll procede del danés «Jókulle», que quiere decir «carámbano», y Hyde deriva de «hide», «puerto» o «abra». No hay que olvidar que, como corrobora George S. Hellman [en *The True Stevenson: A Study in Clarification*, Little Brown, Boston, 1925, pág. 160], Stevenson consideró el suicidio al menos en tres ocasiones. <<

[9] En Marshall B. Tymn (ed.), *Horror Literature. A Core Collection and Reference Guide*, R. R. Bowker, Londres, 1981, pág. 267. <<

[10] « No me gustaría pensar en la vida —escribió Stevenson a Henry James en junio de 1893— sin el vino tinto sobre la mesa ni el tabaco con su encantadora brasa encendida». De hecho, su prematura muerte estuvo marcada por esta afición suya por el vino. El lunes tres de diciembre de 1894 bajó a la bodega a por una botella de su borgoña favorito, la descorchó en la cocina y de repente se llevó las manos a la cabeza exclamando: «¿Qué me pasa?», y acto seguido preguntó: «¿Me ha cambiado la cara?», y cayó al suelo fulminantemente. Se le había reventado un vaso sanguíneo en el cerebro. Un par de horas después falleció. <<

[11] « Thrawn» en dialecto escocés significa « torcido» o « contrahecho» , pero también « hosco», « recalcitrante» o « contumaz». Al elegir la primera acepción para esta traducción, pese a la también rica polisemia del término castellano, indudablemente se pierden algunos sentidos del original. <<

[12] Janet Douglas, más conocida como Lady Glamis, fue torturada en 1537, acusada de tratar de envenenar al rey Jacobo III. Janet Wishart fue quemada en la hoguera en 1597 junto a otra bruja de Aberdeen. Janet Wishart, de Dalkeith, fue sometida a la prueba de los alfileres [método para reconocer a las brujas mediante el descubrimiento de las señales o marcas invisibles que el demonio imprimía a todos sus vasallos] en 1646. Janet Cornfoot (Corfeitt, Corphat o Carset), una de las llamadas brujas de Pittenween, pequeña ciudad portuaria al este de Escocia, fue prendida en 1704 y, aunque escapó, una multitud enfurecida la atrapó, maltrató y finalmente lapidó. <<

[13] La práctica estaba también extendida desde mediados del siglo XVIII por Inglaterra e Irlanda, así como en otros países europeos. En París, por ejemplo, se otorgaba una prima por cada cuerpo recuperado de los que caían en las aguas del Sena. La prima debía de ser sustanciosa cuando un tal Fournier, apodado *Queue de Bœuf*, fue guillotinado en 1835 por haber arrojado al canal de Saint-Martin a algunos desgraciados, cuyos cadáveres había entregado seguidamente a la brigada lluvial. <<

[14] Se trata de la prima del autor, Katharine Elizabeth Alan Stevenson (1851-1939), casada más tarde con William Sydney de Mattos, que compartió su infancia con aquel y frecuentó el *cottage* de Skerryvore durante la época de gestación de la novela. <<

[15] En la *Biblia* [Génesis, 4: 9] Caín rehúsa aceptar la responsabilidad por su hermano Abel: « ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?» . <<

[16] Deidad de la mitología hindú. En la Inglaterra victoriana el término se utilizaba para denotar a alguien que abrumaba a la gente hasta matarla. <<

[17] En el original « view halloa» , grito de caza cuando se divisa a un zorro. <<

[18] Uno de los bancos más antiguos de Londres, fundado en 1692 por los hermanos Coutts. A partir del reinado de Jorge III, todos los monarcas ingleses han abierto cuentas corrientes en sus oficinas del Strand. <<

[19] Doctor en Medicina, doctor en Derecho canónico, doctor en Derecho, miembro de la Royal Society [la más antigua sociedad científica de Gran Bretaña]. <<

[20] De estos dos filósofos pitagóricos se cuenta que eran tan amigos que, al ser condenado a muerte el primero de ellos por el tirano Dionisio de Sicilia, solicitó permiso para ocuparse de ultimar sus asuntos con la promesa de volver para la ejecución y Fintias salió como fiador suyo, sujetándose a la misma pena si su amigo no comparecía. Cuando llegó el día señalado, Damón compareció puntualmente y fue tal la admiración del tirano por su mutua lealtad, que les rogó le contasen por su tercer amigo. <<

[21] Juego de palabras con « hyde» (equivalente fonético de « hide», esconder, ocultar) y « seek» (buscar). Mr. Hyde sería el “Señor que se esconde” y Mr. Seek, el “Señor que busca”. <<

[22] John Fell (1625-1686), deán del Christ Church College y obispo de Oxford, recordado sobre todo como impulsor de la reputada Oxford University Press. Curiosamente, el nombre de este benefactor de las letras y humanidades suele utilizarse para describir a una persona más bien desagradable, aunque no se sepa bien por qué, gracias al epigrama de Thomas Brown, “Doctor Fell” [« No me gustas, Dr. Fell; / Aunque no puedo decir por qué; / Esto es lo único que sé: / No me gustas, Dr. Fell»], que en realidad es una traducción de otro de Marcial. <<

[23] Expresión latina: « Con paso ligero pero que no se detiene» . <<

[24] Este adjetivo, que no aparecía en las primeras ediciones, se añadió al título a partir de la edición TUSITALA. <<

[25] Según la *Biblia* [Hechos de los Apóstoles, 16: 26], un terremoto sacudió los cimientos de la cárcel de Filipos, ciudad al oeste de Macedonia en la que san Pablo fundó la primera iglesia cristiana, y al instante se abrieron todas las puertas y a todos los presos (entre ellos, el propio apóstol) se les soltaron las cadenas. <<

[26] Nueva referencia bíblica, esta vez al libro de Daniel (5): durante el festín sacrilego de Baltasar, último rey de Babilonia, aparecieron los dedos de una mano de hombre y escribieron sobre la pared un misterioso texto que sólo pudo interpretar Daniel, vaticinando la muerte del monarca. Aquella misma noche falleció Baltasar y su reino pasó a manos de Darío el medo. <<

[27] Abandonado por Dios y amenazado por los filisteos, Saúl invocó a una pitonisa que vivía en Endor, pequeña localidad al sur del monte Tahor, la cual, evocando al espíritu de Samuel, le profetizó su muerte y la destrucción de su ejército [*Samuel*, I: XXVIII]. <<

[28] Alusión a la Gloriosa Revolución inglesa, un levantamiento propiciado por el obispo de Londres contra la política pro católica y anticonstitucional de Jacobo I, que desembocó en 1689 en el exilio del monarca (a Francia) y la ascensión al trono de su hija María Estuardo y su marido Guillermo de Orange (protestante), que había desembarcado en Torbay a finales de 1688 con once mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería. <<

[29] Era creencia común en Escocia que el demonio se aparecía en forma de hombre negro. Así aparece recogido en varios procesos por brujería y, creo, en los *Memorials* de Law, ese delicioso depósito de lo pintoresco y lo espeluznante. (N. del A.) <<

[30] Otra denominación o título del demonio, no tan habitual como « Príncipe de las tinieblas », « Rey de los infiernos », « Genio del mal », « El Maligno », « El Enemigo », « El Macho Cabrío », o « Pedro Botero » (« Old Nick » en Inglaterra). « Hermano » es un título utilizado entre los católicos para designar a los novicios y postulantes de las órdenes religiosas y a los miembros de las congregaciones religiosas que no tomaban las sagradas órdenes. <<

[31] Literalmente, « Gran montón de piedras» . Estos montones de piedras, de forma piramidal, tan abundantes en Escocia, eran utilizados como monumento conmemorativo, mojón o marcador de huellas, por exploradores, agrimensores o excursionistas. <<

[32] Tejido resistente e impermeable de origen asiático, que antes se hacía con pelo de camello (mezclado con seda o terciopelo, según Samuel Johnson) y a partir del siglo XIX con lana, sobre todo de cabra de augura. Muy utilizado por los colonos norteamericanos para capas, enaguas, capuchas, etcétera. <<

[33] Paño lustroso de color negro con que se hacían capas, sayos y otras prendas de abrigo. <<

[34] En latín en el original: « lo uno por lo otro» . <<

[35] Aunque el cuento transcurre unos años antes de los hechos, este pasaje está basado en la confesión de Burke publicada en el *Edinburgh Evening Courant* el 21 de enero de 1829, una semana antes de ser ahorcado. <<

[36] Castillo del siglo XVI, reliquia de otra época histórica asentada sobre un elevado montículo rocoso en el centro de la ciudad. <<

[37] Diminutivo de Tod, que en alemán significa muerte. <<

[38] En latín en el original: « mañana tú» , o « el próximo tú» . <<

[39] “El lugar de cita del pescador”. <<

[40] Elizabeth Brownrigg fue la más odiada asesina de Inglaterra durante el siglo XVIII. Antigua comadrona, estaba encargada de adiestrar para el trabajo de asistenta a las madres solteras del asilo para pobres de St. Duncan. Fue ejecutada en Tyburn el 14 de septiembre de 1767 por torturar atrocemente hasta matar a su aprendiz Mary Mitchell, huérfana recogida en el Foundling Hospital. Los Manning asesinaron en 1849 a su amigo Patrick O'Connor y enterraron su cadáver en cal viva debajo del suelo de la cocina. En octubre de 1823 Thurtell mató a golpes con su pistola a Weare cuando intentaba huir después de un primer intento frustrado. <<

[41] Thomas Sheraton (1751-1806), ebanista inglés, diseñador de muebles y creador de un estilo neoclásico muy personal, que renovó el estilo Adam (1760-1790) y anticipó el Regency (1800-1830). Autor de *The Cabinet-Maker and Upholsterer's Drawing Book* (1791-1794), del *Cabinet Dictionary* (1803) y, tras ser ordenado pastor baptista, de varios tratados religiosos como *The Character of God as Love* (1805). Famoso sobre todo por sus aparadores de caoba con incrustaciones de palo del águila (su madera favorita, procedente de las Indias Occidentales). <<

[42] Entre 1603 y 1649, durante los reinados de Jacobo I y Carlos I. <<

[43] En castellano en el original, en el sentido de sacerdote. El término se repite bastante a lo largo del texto. En lo sucesivo aparecerá en cursiva, como el resto de palabras en castellano. <<

[44] El nombre de Olalla es una deformación de Eulalia, frecuente en el norte de España. La grafía correcta es Olaya en Asturias y Olaia en el País Vasco. <<

[45] Fabulosos espíritus de las aguas que viven en los ríos. Aunque pueden asumir un aspecto humano (una especie de rudo hombre peludo, que suele asaltar a los caminantes solitarios y darles una paliza), por lo general tienen forma de equino y, al igual que otros míticos caballos acuáticos [water horses] del folclore escocés, como el *cabyll-ushtey* de la Isla de Man o el feroz *each uisge* de las Tierras Altas, después de haber conseguido que los monten, se precipitan al agua y ahogan a su jinete. Recuerdan al *diañu* burlón de la mitología asturiana, que a veces adopta la forma de un caballo terrible y, si se topa con algún aldeano y este lo monta, no hay manera de contenerlo ni de tumbarlo, hasta que llega a un río, aguazal o regatuelo, en el que da un remojón a su jinete y lo arrastra hasta el fondo. <<

[46] Se refiere a Talía, la joven hija de un rey que, víctima de un maleficio, yace en el castillo de su padre completamente abandonado, sumida en un profundo sopor del que nada ni nadie puede despertarla. La versión más antigua que se conserva de esta leyenda aparece en el *Pentamerón* de Giambattista Basile (siglo XVII), pero las más conocidas se incluyen en los cuentos de hadas de Perrault (“La Bella Durmiente del Bosque”) y de los hermanos Grimm (“Escaramujo”). Una variante española, “Águila la hermosa”, se recoge en los *Cuentos extremeños* (1944) de Marciano Curiel Merchán. <<

[47] Aldea donde estaba ubicada la iglesia parroquial de un distrito de población diseminada. <<